CANDACE
CAMP
CORAZÓN ESCONDIDO
Tenía una vida que ocultar...
HH

CANDACE CAMP

Corazón escondido

Aincourt Nº2

Traducción de Rocío Salamanca Garay

Harlequin Ibérica, S.A.

Sinopsis

Richard, duque de Cleybourne, volvió a casa con la vida destrozada, pero dispuesto a superar la trágica pérdida que había sufrido cuatro años antes. Sin embargo, sus planes se vieron interrumpidos por la llegada de Jessica Maitland. Aquella pelirroja estaba allí para presentarle a su nueva pupila, Gabriella. Por si la presencia de ambas mujeres no fuera problema suficiente, Jessica le reveló que Gabriella se encontraba en peligro. Alguien estaba intentando hacerse con la fortuna de la muchacha...

Traductor: Salamanca Garay, Rocío
Autor: Camp, Candace
©2011, Harlequin Ibérica, S.A.
Colección: Coleccionable Candace Camp, 8
ISBN: 9788467196986
Generado con: QualityEbook v0.64

Prólogo

EL duque de Cleybourne iba a regresar a su castillo para morir allí.

Lo había decidido la noche anterior, en su despacho, mientras contemplaba el retrato de Caroline que Devin había pintado como regalo de bodas. Al mirar aquel cuadro, y el más pequeño y menos logrado de su hija, pensó que era diciembre y que se avecinaba el aniversario de sus muertes.

El carruaje volcó y resbaló por la carretera y la hierba heladas hasta el estanque, y la capa de hielo que cubría el agua gélida se resquebrajó. Sucedió poco antes de la Navidad.

Todavía recordaba el olor penetrante de las ramas de abeto que adornaban el castillo por aquellas fechas. Lo estuvo inspirando durante toda su enfermedad y convalecencia, como si del hedor irrespirable de la muerte se tratara, e incluso después de que retiraran y quemaran las ramas.

Habían transcurrido cuatro años desde entonces, y muchos opinaban que ya debería haber superado la tragedia. Uno lloraba la pérdida de un ser querido durante un plazo de tiempo razonable; después, se recomponía y seguía adelante. Él, sin embargo, no lo había logrado; ni siquiera había sentido deseos de rehacer su vida. Después de la tragedia, abandonó su residencia campestre y se instaló en la mansión ducal londinense. No había regresado al castillo de Cleybourne desde entonces.

Pero la noche anterior, mientras contemplaba el retrato, pensó en lo hastiado que estaba de luchar por sobrevivir día tras día, y se le ocurrió, como un rayo de esperanza, que no tenía por qué seguir de aquella manera. No tenía por qué prolongar aquella agonía hasta que Dios tuviera piedad y se lo llevara. Los Cleybourne solían vivir hasta una edad avanzada, muchos habían sido octogenarios, y, además, Richard tenía poca fe en la piedad divina.

En lo que sí tenía fe era en sus pistolas y en la firmeza de su pulso. Sería el ejecutor de su destino y, también, su propio ángel vengador.

Así que llamó a su mayordomo y le ordenó que hiciera las maletas. Iban a regresar al castillo, le dijo, y sintió una punzada de remordimiento cuando el anciano sonrió de oreja a oreja. Los criados, que se preocupaban por él, estaban jubiloso s porque creían que por fin había desechado su manto de pesar, y habían organizado el viaje con alegría y diligencia.

Y era cierto, se dijo Richard. Pondría fin a su pesar. En el lugar más apropiado: donde habían perecido su mujer y su hija. Donde él no había podido salvarlas.

1

LADY Leona Vesey estaba hermosa cuando lloraba, y estaba llorando en aquellos instantes... a mares. Los lagrimones le anegaban los ojos y resbalaban por sus mejillas mientras apretaba la mano nudosa del anciano que yacía en la cama.

-Tío, por favor, no te mueras -le suplicó con voz lastimera y labios trémulos.

Jessica Maitland, que estaba de pie al otro lado del lecho del general Streathem, junto a la sobrina nieta de este, Gabriela, contemplaba a lady Vesey con frío desprecio. Su interpretación, pensaba, era digna de una actriz consumada. Y Leona estaba preciosa cuando lloraba: un talento que, según sospechaba Jessica, había perfeccionado a lo largo de los años. Según tenía entendido, las lágrimas hacían maravillas con los hombres. Jessica las odiaba y, cuando no podía reprimirlas, cedía al llanto en el silencio y la soledad de su alcoba.

Claro que Jessica, con su impecable sentido de la justicia, no podía menos que reconocer que lady Leona Vesey también estaba hermosa cuando no lloraba. Hacía varios años que era una de las reinas de la belleza en Londres, aunque se la considerara demasiado escandalosa y no fuera recibida en las mejores casas. Y, aunque estaba agotando los últimos años de ese reinado, el resplandor dorado de las velas en la habitación en penumbra ocultaba los estragos que el tiempo y la vida disoluta pudieran haberle causado.

Lady Vesey era toda ella curvas y carne suculenta, hombros suaves y senos que desbordaban el pronunciado escote de su vestido, más apropiado para una fiesta que para visitar el lecho de un pariente enfermo. Tenía una piel tersa y dorada que realzaba el oro de sus tirabuzones y el color leonado de sus ojos grandes y redondos. A Jessica le recordaba un gato lustroso y mimado... aunque podía transformarse en una leona cuando se enfurecía, como el día anterior, cuando abofeteó a una doncella por cometer la torpeza de derramar un poco de té sobre su vestido.

Jessica sentía deseos de abofetear a Leona en aquellos momentos pero, como no era más que la institutriz de la pupila del general, se conformó con apretar los labios. Aunque Jessica gobernaba la casa del general con eficiencia, Leona no solo la superaba en rango sino que, como esposa que era del sobrino nieto del general Streathern, estaba, además, emparentada con él. Desde que ella y lord Vesey habían puesto los pies en la casa, Leona había tomado las riendas de la mansión y había tratado a Jessica como a una criada.

-Tío -gimió Leona, mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo de encaje-. Por favor, háblame. Me abate verte de esta manera.

Jessica notó que Gabriela se ponía rígida, y adivinó lo que la adolescente estaba pensando: que el general no era, en realidad, pariente de lady Vesey, sino de su marido, y que la dama en cuestión distaba de estar abatida viendo al general en su lecho de muerte.

En los seis años que Jessica llevaba en la casa del general, los Vesey habían ido a visitarlos en contadas ocasiones, y siempre para pedir dinero. No había duda de que era también el dinero lo que los impulsaba a estar allí.

Hacía menos de una semana, el general Streathem había recibido una carta en la que le comunicaban el fallecimiento de una vieja y querida amiga. Saltó de la silla profiriendo un sonoro gemido; después, se llevó la mano a la cabeza y cayó desplomado sobre la alfombra. Los criados lo trasladaron a la cama, donde yacía desde entonces, inmóvil y en apariencia ajeno a todo y a todos. «Apoplejía», había diagnosticado el médico con un movimiento de cabeza, y con escasas probabilidades de recuperación, dada la edad avanzada del general. Los Vesey habían acudido raudos a su lecho de muerte porque esperaban figurar en su testamento.

Jessica se había esforzado por contener su antipatía hacia lord y lady Vesey. A fin de cuentas, eran los únicos parientes, aparte del general, que le quedaban a Gabriela y, como tales, pensó con frío malestar, sería muy probable que lord Vesey se convirtiera en el tutor de Gabriela si el general fallecía, lo cual, cada día que pasaba, parecía más inevitable.

Se dijo que parte del desagrado que sentía hacia lady Vesey nacía de la belleza voluptuosa de la mujer. Jessica había sido una adolescente flacucha, con una melena indómita de color zanahoria y ojos y boca demasiado grandes para su delgado rostro. Por aquella época, ya superaba en estatura a todas sus amigas y a la mayoría de los chicos, y se sentía larguirucha, torpe y en absoluto femenina en comparación con las féminas pequeñas y carnosas que la rodeaban. Y, aunque su figura maduró finalmente, se le suavizó el rostro y su pelo adquirió un intenso tono rojizo, y se convirtió en una mujer impactante y escultural, Jessica todavía sentía punzadas de envidia y de incomodidad en compañía de mujeres como Leona Vesey, que empleaban su feminidad como un arma infalible.

También reconocía tener prejuicios sobre ella por las cartas que había recibido de Viola Lamprey, la única amiga que había sido leal a Jessica durante el escándalo en que se había visto envuelto su padre. Viola se había casado tarde pero sorprendentemente bien, y desde que se había convertido en lady Eskew se codeaba con la flor y nata londinense. Seguían carteándose, y a Viola le encantaba entretener a Jessica con sus amenos recuentos de los escándalos y los excesos de la nobleza.

Lord y lady Vesey solían ser la comidilla de la aristocracia. De él se decía que sentía debilidad por las jovencitas, y de ella, que durante más de diez años había sido la amante de Devin Aincourt. Meses atrás, las cartas de Viola se llenaron con las historias que circulaban por Londres sobre la repentina boda de Aincourt con una heredera norteamericana y la consiguiente ruptura, por parte de Aincourt, no de lady Vesey, del prolongado idilio. Las damas londinenses estaban jubilosas. Leona Vesey contaba con pocas amigas entre las aristócratas, porque en numerosas ocasiones había querido demostrar con qué facilidad podía arrebatarles a sus maridos o pretendientes.

Jessica sabía que no estaba bien juzgar a lady Vesey por lo que se rumoreaba sobre ella. A fin de cuentas, ella misma había sido víctima de muchos rumores injustos hacía diez años. Cuando los Vesey se presentaron en la casa del general, Jessica se esforzó por dejar a un lado sus prejuicios e ideas preconcebidas sobre Leona, pero no tardó en comprender que las malas lenguas no iban descaminadas. Leona Vesey era egoísta, vanidosa y temperamental. Despreciaba a las personas de rango inferior, y solo era amable con aquellas que, según pensaba, podían ayudarla, hombres por lo general. Los Vesey solo llevaban allí tres días y Jessica apenas podía soportar estar en la misma habitación que ellos.

-Tío, por favor -gimió Leona, y se le anudó la voz mientras se inclinaba sobre la figura inmóvil

del anciano, cerosa a la tenue luz de las velas -. Por favor, dime alguna palabra de despedida.

De improviso, el anciano abrió los ojos de par en par. Leona profirió un gritito y saltó hacia atrás. El general la estaba perforando con sus penetrantes ojos de halcón.

-¿Qué diablos haces aquí? -preguntó, con voz más rasposa y débil que su habitual rugido, pero cargada de enojo.

-Tío, ¡qué cosas dices! -exclamó Leona, que estaba recuperando la compostura, aunque todavía no había recobrado del todo el aliento -. Vesey y yo hemos venido al enteramos de que estabas enfermo. Queríamos estar a tu lado.

El anciano le lanzó una mirada furibunda.

-Más bien temíais perder vuestra parte de mis bienes. ¡Ja! Pues tengo una sorpresa para ti: no me estoy muriendo. Y aunque así fuera, no te dejaría nada a ti ni a ese libertino que tienes por marido.

-Tío... -lord Vesey, que estaba en la penumbra, detrás de su esposa, intentó reír con indulgencia-. Vas a provocar un malentendido. No todo el mundo sabe lo bromista que eres...

-Contigo no estaba hablando -lo interrumpió el general con aspereza, recuperando la fortaleza con cada segundo que pasaba-. ¡Maldición! Nadie te ha invitado a venir. Eres un incordio.

-¡Abuelo! -exclamó Gabriela, incapaz de seguir conteniéndose-. ¡Estás bien! Pensábamos que te estabas muriendo.

El general volvió la cabeza y vio a Gabriela de pie al otro lado de la cama, con Jessica detrás, y sonrió.

-¿Morirme yo? ¡Ja! -le dijo, y le tendió la mano a la joven. Las lágrimas resbalaron de los ojos de Gabriela, y se inclinó hacia delante para tomar la mano de su tío abuelo.

-Me alegro tanto de que te hayas puesto bueno... Estábamos muertas de miedo.

-No lo dudo, Gaby -el anciano recibió el apretón afectuoso de su sobrina nieta -. Pero no es necesario. Sigo respirando.

Miró hacia el pie de la cama, donde se encontraban su médico y el vicario del pueblo, que lo miraban perplejos.

-No gracias a ti, de eso estoy seguro -prosiguió el general Streathem, dirigiéndose al médico-. Marchaos. Parecéis un par de cuervos ahí de pie. No me estoy muriendo.

-General, no debe alterarse -dijo el médico en tono tranquilizador-. Lleva casi una semana inconsciente.

-Mentira. Me desperté anoche, pero volví a quedarme dormido.

-Ha debido de ser la voz de lady Vesey lo que lo ha sacado de su estupor -comentó el vicario, y dirigió una sonrisa de admiración a la dama.

-¡Ja! -respondió el general-. Ya eras estúpido de joven, Babcock; no me extraña que sigas siéndolo de viejo. La voz de esa mujerzuela, antes que resucitarme, me haría pasar a mejor vida.

-¿Qué? -exclamó Leona, indignada, y se puso en jarras -. Vaya, qué bonito. Abandonamos Londres para venir a este lugar dejado de la mano de Dios solo porque estabas enfermo ¿y este es el agradecimiento que recibimos?

-Yo no os pedí que vinierais -dijo el general en tono razonable-. Nadie lo hizo. Vinisteis porque esperabais recibir vuestra parte del dinero. Es la única razón por la que habéis venido siempre a esta casa, y os dije la última vez que no volvierais. Sois unos frescos al haberos presentado otra vez aquí.

Eres una mujerzuela astuta y maliciosa, Leona, y doy gracias a Dios por que no seas de mi sangre. ¡Ojalá pudiera decir lo mismo de esa inmundicia con la que te has casado! -interrumpió su arenga el tiempo justo para lanzar una mirada malévola a lord Vesey -. Ahora, marchaos los dos. No quiero volver a veros.

-Será mejor que regresemos a nuestras habitaciones -le sugirió lord Vesey a su esposa, más pálido que antes.

-¿A vuestras habitaciones? ¿Es que os estáis alojando aquí? -el general enrojeció de manera alarmante.

-Por supuesto -respondió Leona -. ¿Dónde si no?

-Os dije que no erais bienvenidos a esta casa -le espetó el general, que estaba haciendo esfuerzos por Incorporarse.

-Por favor, general, tranquilícese -se apresuró a decir el médico, y rodeó la cama para apoyar las manos en los hombros del anciano y volver a tumbarlo sobre la cama-. Si no tiene cuidado, sufrirá otra apoplejía.

-¡Y un cuerno! -el general Streathern lanzó una mirada iracunda al médico, pero no tenía fuerzas para desafiarlo-. Quiero que se larguen de mi casa, ¿entendido?

-Pero, general... -protestó el vicario-. Lord Vesey es su sobrino nieto. Y lady Vesey... -se interrumpió con brusquedad cuando el general lo traspasó con la mirada.

-Esta es mi casa -replicó el general Streathern con frialdad, y soy yo quien decide quién puede o no quedarse aquí, no tú.

-Por supuesto, general -lo tranquilizó el vicario, y forzó una sonrisa-. No pretendía ser presuntuoso. Es que... es que han hecho un largo viaje, y ¿dónde si no podrían alojarse?

-Acógelos tú en tu casa, si tanto te agradan.

El reverendo Babcock rió con indulgencia, un sonido que pareció irritar aún más al irascible anciano.

-Hay una posada en Lapham -rugió, refiriéndose al pueblo de la localidad-. Que se hospeden allí si tanto empeño tienen de quedarse, pero no voy a permitir que me torturen con sus gemidos y quejas, y sus malos tratos a mis criados. Es horrible ver a las doncellas llorando por toda la casa porque él las acorrala y se toma libertades con ellas, y que ella les chille como una arpía y las abofetee. Es el colmo que un hombre no pueda tener paz cuando lleva una semana a las puertas de la muerte.

-Por supuesto que tendrá paz -dijo el médico en tono tranquilizador, y lanzó una mirada significativa a lord y lady Vesey-. Milord...

-Sí, sí, por supuesto -lord Vesey desplegó una sonrisa que parecía el rictus de un cadáver-. Cualquier cosa con tal de que el general se sienta mejor. Lady Vesey y yo nos marcharemos de inmediato.

Tomó a su mujer de la mano, y juntos salieron por la puerta. El general volvió la cabeza hacia Jessica.

-Jessica, asegúrate de que se van.

-Por supuesto, general -le dijo Jessica con una sonrisa-. Será un placer -y se volvió hacia el grupo que quedaba en la habitación -. Gabriela, vicario, ¿por qué no dejamos que el general hable con su médico?

El clérigo estaba ansioso por salir del dormitorio, aunque Jessica no sabía si por temor al general o por la esperanza de encontrar a lady Vesey. Gabriela caminaba con paso alegre por el pasillo, parloteando sin parar.

-Señorita Jessie, ¿no es maravilloso? ¡Estaba tan segura de que el abuelo se estaba muriendo...! Pero ni siquiera una apoplejía puede con él.

Jessica sonrió a la joven. A sus catorce años, Gabriela ya prometía convertirse en una belleza. Aunque todavía tenía la figura esbelta y plana de una niña, tenía un paso airoso que auguraba una elegancia futura, una piel fresca y cremosa, y un rostro animado y armonioso, con grandes ojos grises muy vivaces y la nariz respingona.

Jessica se alegraba de ver a Gabriela tan feliz aunque, en el fondo de su alma, albergaba ciertas dudas. Quizá el general se hubiera despertado y pareciera el mismo de siempre. Hasta podría recuperar las fuerzas. Pero Jessica había advertido que apenas había movido el lado izquierdo de la cara al hablar, y que no había cerrado la mano izquierda en tomo a la de Gabriela en respuesta a su apretón. Había permanecido inconsciente varios días y, por tanto, se encontraba mucho más débil. Estaba muy mayor, y los ancianos siempre eran sensibles a las fiebres y a los catarros, en especial, después de padecer algún mal.

El general la preocupaba, no solo porque sentía un sincero afecto por él, sino porque su repentina enfermedad la había hecho comprender lo vulnerable que era Gabriela. Menor de edad y huérfana como era, podía quedar a la merced de personas como los Vesey. Jessica se había ocupado de Gabriela, había sido su compañera, maestra y confidente desde que la joven tenía ocho años, y la quería como si fuera su propia hermana. Pero, a los ojos de los demás, no era más que una institutriz y, si el general fallecía, el nuevo tutor de Gabriela podría prescindir de sus servicios y dejarla sin trabajo. Había estado dándole vueltas al problema durante la enfermedad del general.

Gabriela subió a su habitación con la promesa de estudiar las lecciones que había descuidado los últimos días y Jessica se dirigió a la cocina en busca del mayordomo, Pierson, para informarle de la milagrosa recuperación del general y del subsiguiente destierro de los Vesey. Sabía que nada haría más felices a los criados que aquellos dos acontecimientos.

El médico se fue y, poco después, lord y lady Vesey abandonaron la casa. El general se pasó los días siguientes durmiendo la mayor parte del tiempo, aunque se despertaba de vez en cuando para comer. Devoró primero un cuenco de consomé, después de gachas y, por fin, exigió sopa con un poco de sustancia. Con cada orden y queja airadas, crecía la esperanza. El general volvía a ser el mismo de siempre.

Jessica iba a visitarlo con su discípula por la mañana y por la tarde, y veía en él una clara mejoría. Se alegraba mucho, no solo por el bien de Gabriela, sino por el afecto que le profesaba al general. Al estallar el escándalo y ser su padre destituido de su cargo en el ejército, la mayoría de sus amigos y conocidos, incluso el hombre de cuyo amor Jessica había creído ser objeto, le dieron la espalda; todos menos el general, Streathern. Se presentó para expresarle sus condolencias por la muerte de su padre, un gesto que muy pocos compañeros de armas habían considerado oportuno.

La muerte del comandante Maitland dejó a Jessica en la ruina. Se negó a pedir ayuda a la familia de su padre, que se había burlado de él después del escándalo. Durante un tiempo, se alojó en casa del hermano de su difunta madre, pero la situación era insostenible. Su tío tenía cinco hijas en edad

casadera y lo último que necesitaba era a otra jovencita en la familia. Jessica, a quien su padre había enseñado a ser fuerte e independiente, estaba acostumbrada a gobernar una casa, no a vivir plácidamente en ella. No congeniaba con su tía, y no tardó en comprender que tampoco podía vivir con ellos. Empezó a prestar servicios de institutriz o dama de compañía en varias casas, pero solían considerarla demasiado joven, o atractiva, o mancillada por el escándalo y, cuando por fin la empleaban, acababa yéndose por las insinuaciones inoportunas de un hombre de la familia.

A Jessica le parecía una triste ironía que ella, que había sido un patito feo en la adolescencia, se hubiese convertido en el objeto de la lujuria masculina. Sabía que, en parte, se debía al tardío desarrollo de su figura, pero le costaba entender que su indómita cascada de pelo bermejo pudiera resultar atractiva, o que sus rasgos, antes demasiado grandes para su cara, hubiesen conformado un rostro de increíble belleza. Así que, con cierto cinismo, achacaba el interés de los hombres a su posición vulnerable. La deseaban, concluía, porque la consideraban un blanco fácil, una mujer que estaba a su merced porque tenía que trabajar para vivir.

Desolada y desengañada, dejó de solicitar puestos de institutriz y logró subsistir gracias a sus bordados. Tenía buena vista y buena mano con la aguja, y cuando se tragó su orgullo y fue humildemente a ofrecer sus servicios, cierto número de mujeres de riqueza y posición compraron sus hermosas labores. Aun así, apenas ganaba para sobrevivir y, en ocasiones, se desesperaba. Los inviernos eran la peor época del año, porque la leña y el carbón encarecían la vida. Trataba de racionarse bien el carbón, pero no podía bordar con los dedos helados. Un invierno, seis años atrás, el número de encargos de costura se redujo de forma alarmante y, para colmo de males, Jessica enfermó y no pudo trabajar durante una semana. Estaba al borde del desastre, y se vio obligada a considerar la posibilidad de volver a vivir con su tío o incluso de pedir ayuda a la pretenciosa familia de su padre.

Fue entonces cuando el general llamó a su puerta como un ángel de luz desabrido, y le ofreció una ocupación como dama de compañía e institutriz de su sobrina nieta Gabriela, cuyos padres habían fallecido un mes antes y de quien él era su tutor. El general pensó en Jessica de inmediato, pues había mantenido el contacto con ella a lo largo de los años. De hecho, Jessica sospechaba que era el responsable de algunos de los regalos y suplementos que recibía de vez en cuando de sus clientas. Jessica aceptó el ofrecimiento con gozoso alivio, y jamás había lamentado la decisión.

Había sido feliz allí. No tardó en encariñarse con su discípula y, poco a poco, fue asumiendo más responsabilidades del gobierno de la casa. Los criados recurrían a ella para pedirle consejo o instrucciones, y el general estaba encantado de encomendarle aquellas «cosas de mujeres». Se encontraba a gusto en aquella casa, y le parecía que el general Streathem y Gabriela eran su familia.

Tras otro día de convalecencia, el general mandó llamar a Jessica. Esta dejó a Gabriela con un deber de escritura y fue a visitar al anciano, intrigada. Conociéndolo, podía ser cualquier cosa; desde las cuentas de la casa a una partida de ajedrez para aliviar el tedio.

No fue ni lo uno ni lo otro. El general Streathem estaba sentado en la cama, con aspecto más recio que el día anterior. Sonrió al ver a Jessica, y esta advirtió que la sonrisa seguía sin propagarse por el lado izquierdo de su cara. Sostenía el brazo izquierdo en el regazo y apenas lo movía mientras hablaba; pero tenía buen color y la mirada despierta, y hablaba como de costumbre.

-Bueno, jovencita, ¿tú también me habías dado por muerto? -ladró.

-Estaba muy preocupada -reconoció Jessica. -Mujer de poca fe...

-Llevaba una semana inconsciente, general - señaló Jessica. Su padre la había enseñado a expresar sus opiniones, y había sido un alivio comprobar que el general también era partidario de hablar libremente. El anciano rió entre dientes.

-Así me gusta, que me hables sin pelos en la lengua, Jess -dio una palmada a la cama-. Ven a sentarte donde no tenga que romperme el cuello para mirarte.

Jessica avanzó y se sentó en el borde de la cama, frente a él.

-Me alegro mucho de haberme equivocado.

-Y yo, pequeña -el general Streathem exhaló un suspiro-. Tengo que reconocer que me llevé un buen susto. No iba a decírselo a ese matasanos, pero sé que me he librado por los pelos -se dio una palmadita en el brazo izquierdo -no puedo mover muy bien este lado, ¿sabes? -movió la cabeza-. Es terrible que tu propio cerebro se rebele contra ti.

-Me lo imagino. Pero ya se encuentra mucho mejor, y puede que recupere la fuerza en el brazo.

-Eso espero; es un fastidio. Aunque no tanto como despertar y encontrar a esa sabandija de Vesey en mi cuarto. No me explico cómo mi hermana pudo tener un nieto así. Su hija era una niña dulce... claro que el linaje de los Vesey siempre ha tenido mala sangre. Le dije a Gertie que no saldría nada bueno del enlace, pero no fue culpa suya. Su yerno siempre ha tenido la cabeza llena de serrín.

-Lamento que los encontrara aquí.

-No ha sido culpa tuya. Pero le dije a Pierson que no volviera a dejarlos pasar. Ahora que tiene esa orden, los mantendrá alejados de la casa. Y, si vacila, recuérdale lo que le he dicho.

-Lo haré.

-Me quedé de piedra al ver a Vesey -el general guardó silencio un momento y se miró las manos. No era dado a expresar sentimientos; era militar hasta la médula-. Me dio que pensar. Podría morirme pronto; tengo setenta y dos años, ya he vivido más que suficiente. Siempre pensé que podría combatir la muerte, pero cuando leí esa carta y supe que Millicent había muerto...

-La muerte de su amiga debió de ser un golpe muy duro.

-Lo fue -los rasgos del anciano se empañaron de tristeza-. La quería, ¿sabes?

-Pues claro.

-No. Quiero decir que la quería de verdad. La he amado durante casi cincuenta años.

Sobresaltada, Jessica miró al general con atención.

Raras veces había visto aquella suavidad en su mirada. .

-Estaba casada con otro. No era un mal tipo, lo conocía. A ella me la presentaron en una fiesta en casa de lady Abemethy. Yo tenía treinta y cuatro años por aquella época, y no me había casado. Había estado demasiado ocupado con mi carrera militar para preocuparme por esas cosas. En cuanto vi a Millicent, supe que nunca me casaría. Era terrible vivir deseando la muerte de un buen hombre. Cómo no, al final, murió, muchos años después, pero, para entonces, ya nos habíamos hecho viejos. Nos habíamos acostumbrado a ser amigos, vivíamos instalados en nuestras respectivas rutinas y no queríamos renunciar a ellas. Nos bastaba con vemos de vez en cuando, y seguir carteándonos. Claro que yo habría hecho cualquier cosa por ella.

Estaba absorto en su ensoñación. Jessica también guardó silencio, tratando de asimilar aquella nueva imagen del anciano militar cascarrabias como un devoto galán, enamorado de una mujer

inalcanzable.

-En fin -el general desechó sus pensamientos-. No te he hecho venir por eso. La cuestión es que, al leer esas líneas, sentí un dolor terrible en la cabeza y, cuando volví a abrir los ojos, tenía a esa estúpida de Leona balbuciendo encima de mí. Ahora me doy cuenta de lo presuntuoso que he sido todos estos años, creyendo que podría vencer a la muerte como a un soldado enemigo. Estaría indefenso. He tenido suerte de volver en mí. La próxima vez puede que no sea tan afortunado. .

Jessica no sabía qué decir. El general tenía razón, y costaba trabajo hacer un comentario optimista.

-Setenta y dos años. Hay quien diría que ya iba siendo hora de que comprendiera que no era invencible -el general profirió una carcajada-. La cuestión es: ¿qué será de Gaby? Sí, la he dejado bien provista en mi testamento, eso no es lo que me preocupa. Y su padre le dejó un cuantioso fondo fiduciario. Tendrá dinero en abundancia, pero necesitará algo más, alguien que la quiera.

-Yo me quedaré a su lado, general. Se lo prometo. Sabe el cariño que le profeso.

El general le sonrió, y a Jessica se le encogió el corazón al ver que la comisura izquierda de sus labios no imitaba a la derecha.

-Sabía que podría contar contigo. Pero quería explicarte lo que debes hacer si me ocurriera algo. He nombrado un tutor para ella en mi testamento. Es el mismo que su padre designó como mi sucesor si a mí me ocurría algo. No lo conozco muy bien, pero era amigo del padre de Gabriela y tiene fama de ser un hombre honrado. Cuidará de su dinero y de su bienestar. Acabo de escribirle una carta. Ahí está...

Señaló la mesilla de noche, en la que descansaba una carta cerrada con lacre rojo y el sello del general.

-Llévatela. Quiero que acompañes a Gaby a la casa de su tutor si volviera a ocurrirme algo. Dale esta carta, así como el testamento. En él, le pido que no te separe de Gabriela. Le he dicho que ella se apoya y confía en ti.

-Lo haré, no se preocupe. Pero confiemos en que no sea preciso. Se recuperará y vivirá para ver la boda de Gaby, estoy segura.

-Eso espero. Pero todavía no he terminado. En cuanto Gaby esté bajo la protección de su nuevo tutor, me quedaré tranquilo. Es un hombre poderoso e influyente: el duque de Cleybourne. Vesey no podría enfrentarse con él. Pero hasta entonces... Temo lo que Vesey pueda hacer.

-¿Lord Vesey? Pero si designa a otro hombre como tutor de Gabriela, ya no supondrá ninguna amenaza.

-Aun así, no me fiaría de él -el general Streathem hizo una mueca -. Es perverso, al igual que su esposa. Intentaría quedarse con Gaby, si tuviera oportunidad. No le he dejado nada en mi testamento, así que le encantaría apropiarse de la fortuna de Gaby; y esa arpía que tiene por mujer es capaz de meterse en el bolsillo a hombres honrados. No me fío de ninguno de los dos -frunció el ceño; después, prosiguió despacio-. No quiero ensuciarte los oídos con lo que se cuenta de él, pero debes saber de lo que es capaz. Es un lujurioso y, según tengo entendido, siente debilidad por las jovencitas. Por jovencitas de la edad de Gaby.

Jessica inspiró con brusquedad.

-¡General! ¿Cree que sería capaz...?

-No sé si podría caer tan bajo, pero no me extrañaría que su depravación llegara tan lejos. Digamos que Gaby estaría más segura si nunca estuviera bajo su control, ni siquiera durante un día -la miró con intensidad por debajo de sus gruesas cejas blancas-. Tu padre fue uno de los mejores soldados que he tenido a mis órdenes.

-Gracias, general -Jessica sintió la emoción que le cerraba la garganta.

-Espero que tú tengas su mismo espíritu.

-Rezo para que así sea -contestó Jessica-. Puede confiar en que la mantendré alejada de lord Vesey.

-Bien -se relajó y se acomodó de nuevo sobre las almohadas-. Gracias, Jessica. Si muero, vendrá como un buitre. Llévatela de aquí en cuanto se lea el testamento. Tened las maletas preparadas para iros. Me entiendes, ¿verdad?

-Sí, no perderé el tiempo. Se lo juro. Partiremos lo antes posible.

El general asintió.

-Eres una joven sensata y espabilada; sé que puedo confiar en ti. Llévala a casa del duque de Cleybourne. Está en Yorkshire, cerca del pueblo de Hedby, a no más de dos días en carruaje desde aquí.

-Lo haré, se lo prometo -Jessica se inclinó y tomó la mano del anciano-. Pero rezo para que ese momento no llegue hasta dentro de muchos años, y para que Gaby sea una mujer casada para entonces.

-Dios lo quiera.

Era de noche y reinaba la oscuridad en la casa. Todo el mundo estaba acostado cuando una puerta lateral se abrió en silencio y una figura oscura entró a hurtadillas. El hombre permaneció inmóvil un momento, alerta; después, avanzó con idéntico sigilo por el pasillo y por las escaleras de servicio hasta la planta de arriba. Una vez más, esperó, inmóvil, en el rellano, atento al menor ruido, antes de dirigirse a la puerta que buscaba. La abrió y se asomó. No había rastro del ayuda de cámara del general ni de ningún otro cuidador nocturno.

Entró sin hacer ruido y cerró la puerta tras él; después, atravesó la estancia con cautela y se detuvo junto a la cama. Contempló al anciano. El general tenía un aspecto tan frágil que se preguntó fugazmente si aquello sería realmente necesario. A fin de cuentas, había estado a punto de morir. Siempre existía la posibilidad de que no recobrara la salud y, por consiguiente, de que no supusiera una amenaza para él.

Mientras lo observaba, el anciano abrió los ojos, como si hubiera intuido su presencia. Entornó la mirada.

-¡Tú! -susurró con voz ronca-. ¿Qué diablos haces aquí? ¿No te dije que...?

-Sí, sí, lo sé -contestó el hombre con despreocupación -. No debo mancillarte nunca con mi presencia. Pero he creído conveniente hablar contigo. Verás, las cosas han cambiado.

-Cierto -el general se incorporó en la cama y se recostó en las almohadas con dificultad.

-Quería cerciorarme de que no estás pensando en cometer ninguna tontería.

-¿Te refieres a revelar lo que ocurrió de verdad? ¿Qué te hace pensar que no lo haría? -le espetó

el general con imprudencia-. Ya no tengo motivos para guardar silencio.

-Salvo el de no haber hablado hace años, cuando ocurrió. Daría que pensar. Destruiría tu buen nombre.

-Quizá sea lo mejor -repuso el anciano con gravedad.

-Para ti es fácil decirlo, cuando estás con un pie en la sepultura. A mí, por el contrario, me quedan muchos años de vida, y no albergo deseo alguno de vivirlos con la mancha del escándalo.

-Sería peor que eso.

-¿Tú crees? Yo no. Sería solo tu palabra contra la mía, y tú eres un anciano estúpido que acaba de sufrir una apoplejía. Todo el mundo pensaría que el cerebro ya no te funciona muy bien.

-Sí, me creerían -dijo el general Streathem, con un brillo de desprecio y odio en la mirada-. Tengo pruebas, ¿sabes?

La mirada del visitante era tan fría como abrasadora la del general. Observó al anciano con atención un momento; después, dijo:

-Pues es una lástima.

Rápidamente, tomó una almohada de la cama y cubrió con ella el rostro del anciano. El general forcejeó, pero la enfermedad lo había debilitado y no tardó en dejar de ofrecer resistencia. El visitante aguardó un momento más. Después, levantó la almohada, la dejó en su sitio y volvió a tumbar al anciano en la cama para que pareciera que había muerto apaciblemente mientras dormía.

Lanzó una rápida mirada a la habitación y, solo entonces, cayó en la cuenta: si era cierto que el general tenía pruebas contra él, todavía estaba en peligro. Apretó los dientes y volvió a mirar la figura inerte que yacía en la cama, preso del enojo. Aquel viejo estúpido lo había irritado tanto que se había precipitado. Debería haberlo obligado a revelar dónde guardaba las pruebas yen qué consistían antes de matarlo.

Se dirigió a la cómoda que estaba al otro lado del dormitorio y empezó a registrarla, pero no tardó en darse cuenta de lo ardua que sería la búsqueda. Para empezar, existía la posibilidad de que no hubiera prueba alguna, que el general hubiera recurrido a un farol para asustarlo. Y aunque el carcamal hubiera dicho la verdad, seguía sin conocer la naturaleza de la prueba. ¿Sería un objeto? ¿Un papel?

Fuera lo que fuera, estaba convencido de que el general lo tenía escondido en alguna parte. En una caja fuerte, posiblemente. Registró la habitación pero no encontró ninguna; claro que lo más probable era que la tuviera en su despacho o en su salón, o incluso donde guardaban la plata bajo llave.

Estaba en mitad de aquel pensamiento cuando oyó el ruido del pomo al girar. Corrió a refugiarse en las sombras que arrojaba el ropero y esperó conteniendo la respiración. Oyó el paso cansino de un anciano y vio el resplandor titilante de la llama de una vela. Por fortuna, la luz no iluminó su escondite. Él, sin embargo, podía ver los rasgos de un hombre próximo en edad al general, vestido con ropa de cama y albornoz. Su ayuda de cámara, pensó.

El criado se detuvo al pie de la cama y permaneció inmóvil un momento. Después, empezó a fruncir el ceño y a rodear el lecho para acercarse al anciano. Inspiró con brusquedad y profirió un grave gemido.

-¡Oh, no, milord! ¡No!

Volvió a gemir; se dio la vuelta y salió corriendo del dormitorio.

El intruso no se quedó rezagado. Salió por la puerta después del criado y lo vio arrastrar los pies por el pasillo, gimiendo y gritando.

-¡Ha muerto! ¡El general ha muerto!

No se detuvo, sino que recorrió el pasillo en sentido contrario, hacia la escalera principal, y salió a hurtadillas de la casa.

2

EL carruaje se detuvo despacio y Jessica retiró la cortina para escudriñar la oscuridad con una pregunta en los labios. En cuanto vio lo que se erguía ante ellos, la pregunta murió sin respuesta. El cochero se había detenido, como ella habría hecho, ante aquella amenazadora silueta oscura. Era una estructura gigantesca de piedra gris, levantada hacía siglos en una época de luchas frecuentes, y ampliada a lo largo de los años hasta convertirla en una masa irregular de muros de piedra, almenas y torres normandas. Había lámparas encendidas a ambos lados de la verja abierta, pero apenas disipaban la oscuridad. Era un lugar lúgubre e inhóspito que dominaba los alrededores desde su emplazamiento ligeramente elevado. El castillo de Cleybourne.

A Jessica no le costó trabajo creer que era la residencia campestre de una antigua y poderosa familia. Tampoco resultaba difícil imaginar el lugar asediado, con máquinas de guerra arrojando piedras a aquellos enormes muros, mientras los soldados se defendían disparando flechas desde las almenas. En cambio, sí que costaba imaginar aquel castillo como un lugar acogedor en el que criar a una joven que acababa de perder a su último pariente querido. No pudo evitar exhalar un suspiro.

Quizá hubiera sido un error obrar tan precipitadamente siguiendo las órdenes del general. Se había quedado tan conmocionada al oír al anciano ayuda de cámara gritando por el pasillo, anunciando su muerte, que había empezado a organizar el viaje al nuevo hogar de Gabriela casi de inmediato. Las palabras del general habían sido proféticas, y su súbita muerte había conferido una importancia sobrenatural a sus instrucciones. ¿Habría anticipado también otras cosas... cosas que lo habían impulsado a apremiarla para que alejara a Gabriela de lord Vesey?

Pasó el resto de la noche sentada junto a Gabriela, abrazándola, mientras la joven lloraba desconsolada hasta quedarse dormida. Jessica también dejó correr las lágrimas por aquel hombre que había sido tan bondadoso con ella, apoyándola cuando el resto de la sociedad distinguida le había dado la espalda.

A la mañana siguiente, le transmitió a Pierson, el mayordomo, las últimas instrucciones que había recibido del general, y este enseguida encargó a dos doncellas que prepararan el equipaje para el viaje de Jessica y Gabriela.

Mientras tanto, Jessica lo había dispuesto todo para el funeral y había notificado el fallecimiento del anciano a todos aquellos que debían saberlo, incluido lord Vesey, que seguía alojado en la posada del pueblo, aunque le dolía el corazón al imaginar el placer de aquel hombre abominable al conocer la noticia. Había escrito misivas a los amigos del general, y otra al duque de Cleybourne explicándole la situación y su inminente llegada con su pupila.

La joven estaba pálida y con la mirada vacía pero serena, y no volvió a ceder a las lágrimas hasta los últimos momentos del funeral. Jessica sufría por ella. Gabriela había padecido más infortunios de los que correspondían a una joven de catorce años y, tras la pérdida de sus padres y de su tío abuelo, lo único que le quedaba era un tutor desconocido. A pesar de su dolor, Jessica debía explicarle el motivo de su precipitada marcha. No le habló de la depravación de lord Vesey, puesto

que lo consideraba inadecuado para los oídos de una jovencita, además de aterrador. Aun así, en cuanto Gabriela supo que la idea era eludir a lord Vesey, se mostró ansiosa por partir.

-Lo odio -dijo a Jessica con vehemencia-. Sé que está mal. Es una persona mayor y merece respeto pero... me da escalofríos. Cuando me mira... Es como si se hubiera cruzado una serpiente en mi camino.

-Te entiendo; es una buena analogía -corroboró Jessica-. Es un hombre perverso; tu tío abuelo también lo creía así. No debes quedarte nunca a solas con él. Si lo ves entrar en una habitación, sal enseguida.

-Lo haré.

En el funeral, Leona lloró dulcemente. Jessica no entendía por qué se tomaba la molestia, ya que el general estaba muerto. ¿Confiaba en influir en el abogado que leería el testamento? ¿O acaso era incapaz de pasar por alto la oportunidad de ser el blanco de todas las miradas?

Jessica se esforzó por no llorar, sentada como estaba junto a Gabriela, sosteniéndole la mano. Sabía que necesitaba ser fuerte por el bien de la joven, pero no podía evitar recordar la amabilidad del general y, al final, no pudo seguir conteniendo las lágrimas y lloró en silencio.

Después, en el salón formal de la residencia del general, su abogado, el señor Cumpston, leyó su última voluntad. A Jessica no la sorprendió que el anciano legara su casa y toda su fortuna a Gabriela y nada a los Vesey; él mismo se lo había dicho. Sin embargo, fue una sorpresa que el general Streathern le hubiera legado a ella su caja de taracea favorita, con varios recuerdos suyos, además de una respetable suma de dinero. Se quedó mirando al abogado, atónita, sin reparar en las miradas venenosas de los Vesey. No era una gran cantidad comparada con la fortuna de Gabriela, y para Leona no sería más que calderilla, pero si la invertía con sensatez, Jessica podría mantenerse durante el resto de su vida. No tendría que escatimar y ahorrar, y nunca volvería a estar a la merced de los demás. Su corazón se inflamó de gratitud y afecto hacia el general.

Lord y lady Vesey, como era de esperar, protestaron enérgicamente por el contenido del testamento.

-¡Soy su sobrino! -exclamó lord Vesey-. Tiene que haber un error. Es imposible que le haya dejado dinero a su mayordomo, a su ayuda de cámara y a... a «ella» señaló a Jessica con desprecio- y ni un solo penique a un pariente.

-¡Es por culpa tuya! -añadió Leona, lanzando dagas a Jessica con la mirada-. Creo que todos sabemos por qué te ha dejado su dinero, ¿no? Por la clase de servicios que realizabas para el viejo...

-¡Lady Vesey! -exclamó el señor Cumpston, atónito-. ¿Cómo puede hablar así del general o de la señorita Maitland?

-Muy fácil -replicó Leona en tono burlón-. No soy una campesina ingenua como usted.

-He sido amigo del general Streathem durante muchos años -repuso el señor Cumpston-. Lo conocía bien, y sé que no había rastro de escándalo en su relación con la señorita Maitland. Me explicó a mí todos sus deseos.

-¡Ella lo influenciaba! -gritó Leona, con su hermoso rostro contorsionado por el odio-. ¡Ella y esa cría! -extendió vagamente la mano hacia Gabriela-. Lo han estado persuadiendo. Lo convencieron de que nos excluyera del testamento.

-En efecto -corroboró lord Vesey-. Influencia indebida, eso es lo que es. Era un anciano, y débil.

Seguramente no sabía lo que hacía. Llevaré este asunto a los tribunales.

-Muy bien, lord Vesey -dijo el abogado con un suspiro-. Puede hacerlo, sin duda, pero será malgastar el dinero. El general estaba en pleno uso de sus facultades mentales hasta que sufrió la apoplejía, y hay muchos miembros respetables de esta comunidad que pueden testimoniarlo. Los testigos del testamento fueron sir Roland Winfrey y el honorable Ashton Cranfield, que estaban visitando al general en el momento de la firma. Ellos también pueden dar fe de su buen juicio, y creo que encontrará a pocas personas capaces de contradecir a cualquiera de ambos caballeros.

Lord Vesey desplegó una mueca burlona pero guardó silencio. Jessica no lo creía muy inteligente, pero sospechaba que hasta él se daba cuenta de las pocas posibilidades que tenía de vencer en un tribunal a dos hombres tan respetados como aquellos. Tanto él como Leona abandonaron la casa poco después.

Consciente de la promesa que le había hecho al general, Jessica y Gabriela partieron aquella misma tarde, después de recoger sus últimas pertenencias. Jessica guardó la preciosa caja de taracea del general en uno de sus baúles, se despidió de los criados con lágrimas en los ojos y prometió escribirlos desde el hogar del nuevo tutor y fideicomisario de Gabriela.

Viajaron durante la noche, deteniéndose únicamente para cambiar de caballos en una posta, y durmieron lo mejor que pudieron pese al balanceo del carruaje. Pero a su llegada, a la tarde siguiente, a la residencia del duque, Jessica era presa de una nueva desolación. El castillo no parecía un lugar acogedor.

-¿Ya hemos llegado? -preguntó Gaby, y retiró la cortina de su ventana para echar un vistazo. Inspiró con brusquedad al ver la gigantesca estructura -. Dios mío... parece salido de un libro... ya sabe, señorita Jessie, de esas historias de amor que el abuelo no quería que leyera. ¿A que parece albergar fantasmas y villanos?

-Y un monje loco como mínimo -añadió Jessica con ironía, y se sintió complacida al oír la carcajada de la joven-. ¿Qué? ¿Nos aventuramos a entrar?

-Pues claro. Parece un lugar interesante.

Jessica sonrió a Gabriela; era admirable lo bien que estaba asimilando todo. Ordenó al cochero que prosiguiera y se acomodó en su asiento. Confiaba en que el duque de Cleybourne no se molestara mucho por su llegada nocturna. No era el mejor momento para presentarse en casa de nadie, pero la situación lo exigía. Era una pena, pensó, que el padre de Gabriela y, después, el general, hubieran escogido a un hombre de linaje y rango tan elevados para ser el tutor de la joven; temía que fuera tan arrogante que resultara difícil hablar con él. Jessica se había criado en buenos círculos: el hermano de su padre era un barón, y el padre de su madre, un baronet. Pero aquello era una menudencia comparado con un ducado, el título más alto al que uno podía aspirar por debajo de la realeza. Temía que el duque de Cleybourne prescindiera de sus servicios porque la instrucción que ella podía darle a Gabriela no le pareciera lo bastante buena para la pupila de un duque. Pero se guardó aquellos temores para sí, porque no quería preocupar a Gabriela.

El carruaje avanzó hasta la verja, se detuvo un momento y, después, entró en la finca. Tiempo atrás, el acceso debió de hallarse en el muro exterior del castillo, con portones que se cerraban por la noche, pero en aquellos tiempos modernos, los portones habían desaparecido y solo quedaba la entrada. Tras los muros se extendía un pequeño patio pavimentado. El cochero detuvo a los caballos

ante los peldaños de la casa, y se apeó para ayudar a Gabriela y a Jessica a apearse del carruaje.

La casa era majestuosa; los peldaños de piedra gastados por el tiempo conducían a una grandiosa puerta de madera tallada. Disimulando su nerviosismo, Jessica subió los peldaños con Gabriela pegada a sus talones y llamó enérgicamente con la aldaba. Un lacayo con semblante sorprendido la abrió casi de inmediato.

-¿Sí?

-Lamento irrumpir a estas horas de la noche. Soy Jessica Maitland, y esta es Gabriela Carstairs. Hemos venido a ver al duque de Cleybourne.

El joven seguía mirándolas sin comprender. -¿Al duque? -preguntó por fin.

-Sí, al duque -repitió Jessica, que empezaba a dudar de la lucidez del lacayo-. La señorita Carstairs es sobrina nieta del general Streathem. Su padre era amigo del duque.

-Ah, entiendo -el lacayo frunció un poco más el ceño pero retrocedió para dejarlas pasar.

-Si son tan amables de... eh, sentarse, le diré a Su Excelencia que están aquí.

No era, advirtió Jessica, un recibimiento muy grato. Su intranquilidad se intensificó. ¿Y si el duque no había recibido su misiva? Habían viajado muy deprisa, y era posible que se hubieran adelantado al correo.

El lacayo regresó minutos después con otro hombre de más edad que se acercó a Jessica.

-Lo siento mucho, señorita... ¿Maitland, verdad? Me llamo Baxter, y soy el mayordomo. Temo que este no sea un buen momento para ver a Su Excelencia. Son más de las nueve, una hora muy tardía para una visita.

-Le escribí una carta -dijo Jessica-. ¿Es que no la ha recibido? En ella le explicaba las circunstancias de nuestra llegada.

-Bueno... No estoy seguro. Hemos recibido correo, por supuesto, pero no sé si Su Excelencia lo ha leído. Parecía sorprendido de su llegada.

-Si no ha recibido mi carta, lo lamento mucho. Pero si la tiene y no la ha leído, sería aconsejable que la leyera ahora. En ella se explica todo. Sé que le parecerá extraño, pero debo hablar con él. Se lo ruego, dígaselo. La señorita Carstairs y yo hemos hecho un largo viaje. Es la pupila del duque.

El anciano miró a Gabriela con cierto escepticismo.

-¿Su pupila?

-Sí -Jessica insufló a su voz todo el acero de que fue capaz.

El mayordomo hizo una reverencia y se marchó, pero a los pocos minutos regresó con expresión acongojada.

-Lo siento, señorita Maitland, pero Su Excelencia se muestra inflexible. No es... No gusta del trato con otras personas. Sugirió que mañana se pusiera en contacto con su administrador, el señor Williams.

-¡Con su administrador! -estalló Jessica. Estaba cansada, hambrienta y sudorosa, y soñaba con poder lavarse y caer rendida en la cama para dormir toda la noche. Resultaba indignante que aquel duque tan arrogante ni siquiera tuviera el detalle de hablar con ella. Desde la muerte de su padre, se había acostumbrado a los desprecios, desaires y pequeñas humillaciones de los ricos y poderosos, pero nunca dejaban de enfurecerla.

No obstante, aquello era aún peor, porque constituía un desprecio y una ofensa para Gabriela.

Lanzó una mirada a la joven y vio que el bonito rostro de Gaby estaba pálido y receloso. Debía de preocuparla no ser del agrado de su tutor o, peor aún, que este resultara ser un hombre muy severo. Al ver que retorcía sus pequeñas manos en el regazo, la ira de Jessica se desbordó.

-Lamento muchísimo que sea un inconveniente para su señor bajar la escalera para conocer a una huérfana que ha sido asignada a su protección -le espetó Jessica-. Pero temo que no tiene elección. Es él el tutor de Gabriela, no su administrador, y pienso hablar con él ahora mismo. Hemos viajado durante un día y medio sin descanso para verlo y no tengo intención de buscar alojamiento en una posada a estas horas.

El mayordomo se movía con nerviosismo ante la mirada airada de Jessica.

-No sabe cuánto lo siento, señorita.

-¡Deje de decir eso! Dígame simplemente dónde está, y yo misma le daré el mensaje.

El anciano abrió los ojos, horrorizado.

-Señorita, no puede...

Pero sus palabras cayeron en saco roto, porque Jessica pasó de largo al mayordomo mientras le decía a Gabriela:

-Espérame aquí, Gaby. Enseguida vuelvo.

El mayordomo corrió tras ella agitando las manos con nerviosismo.

-Pero, señorita, no puede... Su Excelencia no recibe a nadie a estas horas.

-Sé perfectamente que es muy tarde. Y, sinceramente, no me importa si Su Excelencia recibe visitas o no. Pienso hablar con él y no voy a salir de esta casa hasta que no lo haga -afirmó Jessica mientras entraba en el enorme vestíbulo central situado detrás de la escalera-. Lo único que puede hacer es escoger entre decirme dónde está o dejarme que lo llame a gritos- le informó volviendo la cabeza.

-¿A gritos? -el hombre parecía a punto de desmayarse del horror que le producía la idea-. Señorita Maitland, por favor...

-¿Hola? -gritó Jessica con las manos en tomo a las comisuras de los labios -. ¡Estoy buscando al duque de Cleybourne!

El mayordomo profirió una exclamación.

-¡No! Señorita, no debe hacerlo, no es decoroso.

-¿Y es decoroso que un hombre haga caso omiso de su obligación para con un querido amigo y le diga a una niña de catorce años que acaba de perder a todos sus seres queridos que se vaya a pasar la noche a una posada y luego hable con su administrador? Puede que me falte decoro, pero no soy cruel -siguió avanzando hacia el pasillo que partía del salón-. ¡Cleybourne! -gritó otra vez.

Al final del pasillo se abrió una puerta por la que salió un hombre. Era alto, con una mata rebelde de grueso pelo negro y ojos casi igual de oscuros. Tenía pómulos altos y afilados, la mandíbula firme y las mejillas hundidas. Llevaba pantalones ajustados y una camisa, sin pañuelo ni chaqueta, y con el cuello abierto. Miraba a Jessica con expresión furibunda.

-¿Qué diablos pasa aquí? ¿Quién arma tanto jaleo?

-Yo -contestó Jessica, mientras avanzaba con paso decidido hacia él.

-¿Y quién diablos es usted?

-Jessica Maitland. La misma cuya petición acaba de desestimar.

-Lo siento, Su Excelencia -el mayordomo corría hacia él, jadeando.

-No te preocupes, Baxter. Me ocuparé de este asunto personalmente -el hombre perdió un poco el equilibrio, y se apoyó en la jamba de la puerta.

-¡Está borracho! -exclamó Jessica.

-No lo estoy -replicó-. De todas formas, mi estado de embriaguez no es asunto suyo, señorita Maitland. Sigo sin estar disponible para cualquier debutante esperanzada que pasa por aquí con la intención de alojarse en mi casa. Desde que ese idiota de Vindefors contrajo matrimonio con la cría que se instaló en su casa después de un accidente, todas las madres caza fortunas de la nobleza han intentado emularla.

-No sé de qué me habla, milord -dijo Jessica con impaciencia-, pero no tiene nada que ver conmigo ni con el motivo de mi visita, como habría comprendido si hubiese escuchado a su mayordomo.

El duque enarcó las cejas. Jessica estaba convencida de que, dado su rango, no estaba acostumbrado a que lo contradijeran.

-¿Perdón? -dijo con voz gélida.

-Y bien que debería pedírmelo -replicó Jessica, interpretando a su conveniencia la palabra-. La señorita Carstairs y yo hemos hecho un viaje muy fatigoso, y es intolerable que nos digan que nos vayamos a una posada a estas horas de la noche.

-Algunos creerían intolerable que esperara que un desconocido las acogiera en su casa a estas horas de la noche -el duque cruzó los brazos, mirándola con expresión airada-. ¿Y quién diablos es la señorita Carstairs?

-La hija de un hombre que lo consideraba su amigo -contestó Jessica-. Tan buen amigo, que lo designó para que fuera su tutor.

El duque dejó caer los brazos a los costados y se la quedó mirando.

-¿Roddy? ¿Roddy Carstairs? ¿Quiere decir que la hija de Roddy Carstairs está aquí?

-Eso es exactamente lo que quiero decir. ¿Acaso no ha recibido mi carta, o es que no se ha tomado la molestia de leerla?

El duque parpadeó un momento. Después, exclamó:

-¡Maldita sea!

Giró en redondo y regresó al interior de la habitación de la que había salido. Jessica lo siguió. Era un despacho decorado en tonos marrones y tostados, con sillones de cuero, un escritorio enorme y paneles de madera oscura en las paredes. En la chimenea ardía un fuego suave, la única luz de la habitación aparte de la lámpara de aceite del escritorio. Había una licorera y una copa sobre la mesa, un testimonio mudo de lo que el duque había estado haciendo al tenue resplandor de la vela. En una esquina de la mesa descansaba un pequeño montón de cartas.

Cleybourne las fue pasando y extrajo una. La caligrafía de Jessica adornaba el anverso, y permanecía sellada. El duque rompió el sello y extrajo la hoja de papel para leerla.

-Yo le diré lo que pone. Soy la institutriz de la señorita Carstairs, Jessica Maitland, y su tío abuelo, el general Streathern, falleció hace unos días, dejándola huérfana. Como el padre de la señorita Carstairs lo designó su tutor junto con su tío abuelo, el general lo consideró el hombre apropiado para reemplazarlo tras su muerte.

El duque maldijo entre dientes y arrojó la carta sobre la mesa. Volvió a mirar a Jessica, todavía con el ceño fruncido.

-No se parece a ninguna institutriz que haya visto nunca.

Jessica se llevó la mano mecánicamente a su pelo. Su melena de gruesos rizos rojos tenía vida propia, y por mucho que ella intentaba limitarla a los confines del moño prieto apropiado para una institutriz, solía liberarse de la opresión. Tras el largo viaje en carruaje, el recogido se había deshecho casi por entero y los mechones le circundaban el rostro, llameantes y rizados. También tenía el sombrero inclinado hacia un lado. Debía de estar hecha una facha. Avergonzada, se quitó el sombrero e intentó recogerse el pelo hacia atrás con la ayuda de una horquilla, pero solo consiguió que el moño terminara de deshacerse.

Cleybourne clavó la mirada involuntariamente en la luminosa cascada de pelo que refulgía a la luz de la lámpara, y sintió una contracción en el abdomen. Aquellos cabellos urgían a un hombre a hundir sus manos en ellos; no era la clase de pensamiento que solía inspirarle una institutriz... ni cualquier otra mujer.

Desde la muerte de Caroline, se había aislado del mundo y había evitado especialmente la compañía de las mujeres. El sonido melodioso de su risa, el resplandor dorado de unos hombros femeninos desnudos a la luz de las velas, el rastro de su perfume, eran recordatorios de lo que había perdido, y lo invadía el enojo siempre que las miraba. La única mujer a la que veía con regularidad, aparte de las doncellas y del ama de llaves, era su cuñada Rachel. Quizá fuera la mujer que más sufrimiento le producía ver, ya que se parecía a Caroline más que nadie, pero la apreciaba demasiado para apartarla de su lado y, además, era la única que de verdad compartía su dolor.

Pero nunca, en los cuatro años transcurridos desde la muerte de Caroline, había mirado a una mujer y había experimentado una punzada de puro deseo. Sí, en ocasiones había sentido los impulsos naturales de un hombre, pero se trataba sencillamente de una cuestión de instinto y del tiempo transcurrido sin gozar del cuerpo de una mujer.

Por eso le parecía absurdo sentir aquel impulso tan inesperado, y con aquella arpía que su supuesta pupila tenía por institutriz. No había duda de que era hermosa, llamativa y singular, con luminosos ojos azules, piel pálida y cremosa, y aquella mata salvaje de rizos bermejos. Más aún, el sencillo vestido oscuro que llevaba no lograba disimular su figura escultural. Pero también era ruidosa, estridente y maleducada. Dudaba haber conocido nunca a una mujer de comportamiento menos femenino que aquella.

No la quería en su castillo, ni a ella ni a la joven cuya tutela le había sido encomendada. Se había retirado allí para poner fin a su existencia. ¿Cómo iba a hacerlo con aquella fiera y una niña tonta en la casa?

-¿Cómo sé que lo que afirma es cierto? -preguntó con brusquedad-. ¿Qué pruebas tiene?

Jessica había estado intentando recogerse el pelo, pero acabó desistiendo. Se puso rígida al oír aquellas palabras.

-Detestaría ser tan desconfiada como Su Excelencia -dijo con mordacidad-. Primero da por hecho que somos unas voraces caza fortunas y ahora duda de que una pobre niña huérfana sea en verdad su pupila.

-Las experiencias nos enseñan a desconfiar - dijo Cleybourne en tono rotundo-. ¿Y bien? Si su

historia es cierta, debe de tener alguna prueba.

-Por supuesto -Jessica se había guardado el testamento y la carta del general en el bolsillo al salir del carruaje, y en aquel momento se los tendió al duque-. Aquí tiene el testamento del general, así como una carta que le escribió explicándole las circunstancias. Sin embargo, no tengo ninguna copia de su certificado de defunción, si duda de que haya muerto de verdad.

Cleybourne apretó los labios y le arrancó los papeles de la mano. Recorrió el testamento con la mirada hasta que leyó la cláusula que lo designaba tutor de la sobrina nieta del general Streathern, Gabriela Carstairs, hija de Roderick y Mary Carstairs. Suspiró mientras volvía a plegar la hoja. «Pobre Roddy». Recordaba perfectamente la muerte de su amigo y de su esposa, ambos víctimas de una fiebre virulenta que había asolado el sur de Inglaterra aquel año. Su hija pequeña sobrevivió únicamente porque el médico insistió en mantenerla en cuarentena en las dependencias infantiles, sin ver a sus padres.

Abrió la carta y la leyó, entornando los ojos para descifrar los trazos de un anciano enfermo. En un momento determinado, exclamó:

-¡Vesey es su único pariente con vida! ¡Santo Dios!

-Exactamente -Jessica sintió un profundo alivio al presenciar aquella reacción. Por su comportamiento, había temido que el duque decidiera dejar a Gabriela en manos de lord Vesey en lugar de mantenerla bajo su protección-. El general tenía miedo de que lord Vesey quisiera arrebatarle la tutela... aunque no sé muy bien cómo. Por eso insistió en que partiéramos de inmediato tras la lectura del testamento y viajáramos hasta aquí sin detenemos. Ha sido un trayecto largo y agotador. Gabriela está muy cansada.

-Sí, por supuesto -la miró fugazmente, y reparó por primera vez en las leves ojeras de cansancio y preocupación -. Y usted también, imagino -suspiró y dejó los documentos sobre el escritorio-. Está claro que deben alojarse aquí, desde luego -hizo una pausa para después proseguir con rigidez-. Le pido disculpas por la acogida que ha recibido. No sabía quién era. No... Todo el mundo le dirá que no soy un hombre sociable.

Jessica tuvo la tentación de replicar que no era ninguna novedad, pero se mordió la lengua. Quizá fuera un esnob y un patán, pero no quería ofenderlo hasta el punto de que renunciara a la tutela de Gabriela. Se tragó su orgullo y dijo:

-Gracias, Su Excelencia. Le estamos muy agradecidas.

-Le daré instrucciones a Baxter para que las acomode de inmediato.

-Gracias -Jessica echó a andar hacia la puerta, pero se detuvo y se volvió hacia él-. Supongo... que querrá conocer a su pupila. ¿Quiere que la traiga aquí?

-¡No! -la respuesta fue rápida y rotunda, y el semblante del duque, que se había relajado un poco, se contrajo de inmediato. Debió de reparar en la tosquedad de su reacción, porque se apresuró a explicarse-. Creo que no es la hora más indicada. La señorita Carstairs debe de estar exhausta, y verme ahora sería un esfuerzo innecesario.

Jessica lo miró a los ojos con fijeza durante un largo momento.

-Muy bien -dijo en voz baja-. Hasta mañana, entonces.

Se dio la vuelta y salió por la puerta. Pasó de largo a Baxter, que rondaba el despacho con preocupación. Oyó al duque llamar a su mayordomo mientras regresaba al vestíbulo echando humo.

¡Ni siquiera tenía él detalle de conocer a su pupila! Los buenos modales deberían haberlo incitado a saludarla, aunque no le hiciera gracia aquella repentina responsabilidad.

Vio a Gabriela esperándola, sentada sola en un banco de mármol próximo a la puerta principal. El lacayo estaba de pie a pocos pasos de distancia, como si estuviera montando guardia. Gabriela balanceaba los pies y los arrastraba sobre el mármol, y Jessica la habría regañado de no ser por lo delgada, indefensa y perdida que la veía. El pecho se le contrajo de compasión hacia la niña.

-Gabriela.

Gabriela giró en redondo y se puso en pie con recelo. Jessica le sonrió.

-Ya está todo arreglado -dijo con toda la alegría y aplomo de que era capaz-. El duque no había recibido mi carta, así que no entendía el motivo de nuestra llegada. Ya sabes, todo ha sido tan precipitado...

-Sí, claro. Pero ¿de verdad está todo aclarado? - el rostro de Gabriela se iluminó-. ¿Quiere que nos quedemos?

-Por supuesto -Jessica omitió la actitud remisa del duque a alojarlas en su casa. Por mucho que le desagradara, no quería influir en los sentimientos de su pupila hacia él-. Recordaba a tu padre con afecto y pesar. Creo que lo habíamos tomado por sorpresa; no tenía noticia de la muerte del general.

-¿Voy a verlo ahora? -Gabriela se sacudió un poco las faldas y empezó a alisar una arruga.

-No, creo que será mejor que esperemos a mañana Se mostró muy considerado; dijo que debías de estar agotada y con pocos ánimos de conocer a nadie.

-Vaya -a Gabriela se le cayó el alma a los pies-. Sí, claro, supongo que será mejor verlo mañana, cuando yo esté más presentable -guardó silencio un momento; después, le pudo la curiosidad-. ¿Qué clase de hombre es? ¿Qué aspecto tiene? ¿Es alto, bajo, amable...?

-De aspecto es bastante apuesto -reconoció Jessica, dejando de lado otros pensamientos menos positivos sobre él-. Es alto y moreno -pensó en su cuello dorado, en la amplitud de su pecho y hombros bajo la camisa abierta, en los penetrantes ojos oscuros, en los pómulos afilados -.En fin, es un hombre que llama la atención.

-Entonces, ¿tiene el físico que un duque debería tener?

-Ya lo creo.

-Me alegro. Temía que fuera bajito y regordete. Ya sabes, de esos que tienen dedos que parecen salchichas y un montón de anillos en las manos.

Jessica no pudo evitar reír.

-No, el duque de Cleybourne no es así.

-Estupendo. Pero ¿es agradable? ¿No tendrá muchos humos, no?

-No parecía ser muy amigo de las formalidades -le dijo a Jessica con cautela. No quería describir la frialdad de su recibimiento, pero tampoco quería pintarlo de rosa para que Gabriela no se llevara una decepción muy grande al conocerlo-. En cuanto a la clase de hombre que es, creo que debemos esperar a conocerlo mejor. No se puede juzgar a nadie tras un encuentro tan breve.

-Sí, claro -asintió Gabriela-. Mañana, cuando hable con él, podré formarme una opinión.

-Sí -sin duda, pensó Jessica, al día siguiente el duque estaría de mejor humor. Recordaría la carta del general ya su viejo amigo Carstairs y, para entonces, ya habría aceptado aquella nueva situación; tal vez, hasta lo complacería la idea de educar a la hija de su amigo. No cometería la grosería de no

llamar a Gabriela a su despacho para conocerla.

No tuvieron que esperar mucho a que el mayordomo regresara. A Jessica la complació ver que el anciano no solo se inclinaba con educación sino con buena disposición, como si le agradara dar la bienvenida a una niña al castillo.

-Señorita Carstairs, me llamo Baxter. Soy el mayordomo de Su Excelencia. Es un placer conocerla; me acuerdo perfectamente de su padre. Era un buen hombre.

El rostro de Gabriela se iluminó con una sonrisa.

-Gracias.

-Las doncellas ya les han preparado las habitaciones de las dependencias infantiles. Lamento haberlas hecho esperar, pero confío en que lo encuentren todo a su gusto.

-Seguro que sí -contestó Gabriela con otra sonrisa deslumbrante, y el rostro del anciano se suavizó aún más.

Baxter las condujo escaleras arriba hasta las dependencias infantiles, situadas en la parte posterior de la tercera planta, alejadas de los demás dormitorios, como se tenía por costumbre. Eran unas habitaciones amplias y alegres, con un aula y cuarto de juegos central de buen tamaño del que salían tres dormitorios de dimensiones menores.

El dormitorio de Gabriela era muy bonito, aunque un poco infantil para ella, con una colcha amarilla con bordados y un dosel de encaje por encima de la cama.

El motivo del papel de pared eran unas alegres rosas amarillas sobre una espaldera. Había una mecedora junto a la cama, así como una cómoda blanca y una mesita blanca con sillas a juego.

El cuarto de Jessica, contiguo al de Gabriela, era mucho más sobrio, con solo una pequeña cómoda de roble para su ropa y una estrecha cama también de roble, pero Jessica no había esperado nada más. Las habitaciones de las institutrices no solían ser ni amplias ni especialmente acogedoras. Al menos, aquella contaba con una pequeña chimenea.

El cansancio la venció nada más ver la cama, y solo tuvo fuerzas para lavarse la cara y ponerse el camisón. Por fin, con un suspiro de gratitud, se estiró entre las sábanas y cerró los párpados.

Al día siguiente, se dijo, lo vería todo con mejores ojos, y se quedó dormida pensando en el insufrible duque.

3

LADY Leona Vesey cruzó los brazos y miró a su marido como si fuera una rata que acabara de colarse en la habitación. Estaban sentados en el único comedor privado de la posada El Caballo Gris, esperando a que les sirvieran un almuerzo tardío. Leona estaba harta del servicio incierto y las toscas distracciones de una posada campestre. Como si tales molestias no fueran motivo de irritación suficiente, lord Vesey acababa de anunciar que iban a regresar a la casa solariega del general.

-¿Te has vuelto loco? -preguntó en tono mordaz, dando a entender que así lo creía-. ¿A santo de qué vamos a volver a la casa del general? Mejor dicho, ¿a la casa de esa niña malcriada? A mí, al menos, no me apetece que me den con la puerta en las narices.

Su marido la miraba con el ceño fruncido. Había pasado la noche posterior a la lectura del testamento del general consolándose con una voluminosa botella de oporto y, en consecuencia, aquella tarde tenía la lengua de trapo y un ejército de duendes daban martillazos en su cabeza.

A lord Vesey ni siquiera le agradaba su mujer. En aquellos instantes, tejía alegres fantasías de cerrar las manos en torno a su cuello y apretar hasta que se le salieran los ojos de las órbitas.

-No te darán con la puerta en las narices.

-Tienes el cerebro empapado de oporto. ¿No te acuerdas? El general nos echó a patadas.

-Sí, lo echaste todo a perder -corroboró lord Vesey.

-¿Yo? -exclamó Leona, abriendo los ojos de par en par-. ¿Que «yo» lo eché todo a perder? Tú eras su sobrino nieto. Fuiste tú quien se ganó su desprecio.

-Ah, pero sabías meterte a un viejo en el bolsillo, ¿recuerdas? -Vesey sonrió con malicia al recordarle a su mujer las palabras que con tanta seguridad había pronunciado hacía días al conocer la grave enfermedad del general.

A decir verdad, lord Vesey jamás había admirado la belleza de su mujer. Se había casado con ella porque era la única aristócrata a quien le traían sin cuidado sus pecadillos y sus aficiones... siempre que ella pudiera perseguir las suyas. Otros hombres hacían lo indecible por tener acceso a los generosos senos de Leona, pero a él aquella exuberancia le parecía bastante vulgar. Prefería siluetas más esbeltas y ágiles... como la de esa cría, Gabriela. Inconscientemente, se relamió al pensar en ella. Leona era demasiado madura; Vesey prefería la dulce flor de la juventud, y no había placer semejante al de ser el primero en deshojarla.

Disfrutó tanto al ver el semblante de congoja de Leona que prosiguió.

Es la segunda vez que fallas, ¿sabes? Primero, echaste a perder tu idilio con Devin el verano pasado, y ahora ni siquiera has podido despertar el interés de un anciano. Temo que estés perdiendo facultades, querida. ¿O es el peso de la edad?

Saltaban chispas de los ojos de Leona, y torció los labios de forma poco favorecedora. Quería abalanzarse sobre él y clavarle las uñas, pero sabía que Vesey era un cobarde y que empezaría a gemir y a chillar, y el posadero y su familia acudirían al oír el alboroto. Sería una vergüenza que descubrieran lo patético y llorón que era su marido. Así que se contentó diciendo:

-¡Como si tú supieras lo que les gusta a los hombres! ¡No eres más que un degenerado!

-Vaya, vaya, qué palabra más culta -Vesey abrió los ojos con burlona sorpresa-. ¿Has estado acostándote con un hombre de letras?

Leona lo miró con desdén. Vesey no era lo bastante hombre para ella. Había acudido a su lecho en varias ocasiones después de la boda en un débil intento de darle un heredero... ¡Como si alguno de los dos se preocupara por eso! No tardó en ponerle los puntos sobre las íes en ese sentido; no tenía intención de engordar con el hijo de nadie, y se tomaba infinitud de molestias para evitarlo. Su manera de hacer el amor le parecía patética, en absoluto comparable con la pasión que Devin había sido capaz de procurarle.

Su mirada se iluminó un poco al recordar sus diestras caricias. Ningún otro hombre había logrado hacerla gemir y estremecerse como Dev, y lo echaba terriblemente de menos. A pesar de los hombres, desde lores hasta campesinos, con los que había intentado sustituirlo, ninguno había demostrado tener su resistencia o destreza... o imaginación.

Lo que más la enfurecía era que Vesey tenía razón. Había sido ella quien había echado a perder su aventura con Devin al sobreestimar el poder que ejercía sobre él. Fue ella quien le sugirió que se casara con la heredera norteamericana. Pero ¿cómo iba a imaginar que la mujer insípida e inadecuada que había dibujado en su cabeza resultaría ser una gran belleza? Devin, en lugar de apoderarse de la fortuna de ella y gastársela en Leona y en su búsqueda de placeres, se había instalado con la norteamericana en su estúpida casa solariega de Derbyshire, y Leona se había quedado sin un penique y sexualmente frustrada. Su malhumor era perpetuo.

-Es inútil -dijo con contrariedad-. El general no nos ha dejado nada, y lo mejor que podemos hacer es volver a casa. Me muero por salir de aquí. No entiendo cómo alguien puede soportar vivir en el campo.

-Ah, pero sí que podríamos obtener algún beneficio, querida mía... y nada despreciable, si aprovechamos el momento.

-¿Aprovechar el momento? ¿Qué tonterías estás diciendo?

Vesey suspiró con dramatismo.

-¿De verdad eres tan dura de mollera? Puede que nos hayan dejado sin herencia, pero Gabriela no tiene más que catorce años. Será su tutor quien maneje su fortuna. Si yo fuera su tutor, tendríamos una holgada suma a nuestra disposición. Y estaría más que dispuesto a, digamos, ocuparme personalmente de la educación de la niña.

Leona puso los ojos en blanco.

-Eres un cerdo, Vesey, y no solo eso, sino un estúpido. Ya tiene tutor, y el duque de Cleybourne no es un hombre al que te convenga contrariar.

Vesey se encogió de hombros.

-Piensas en el duque como en el hombre que era antes. Ya sabes que se convirtió en un recluso tras la muerte de su esposa. ¿Crees que daría la bienvenida a su casa a una adolescente? No necesita su dinero... es más rico que Midas. Además, es demasiado noble para emplear la fortuna de su pupila para su propio provecho. No, la niña no será más que una molestia para él, y estoy dispuesto a apostar cualquier cosa a que le encantará pasarle la carga a otro.

-No si ese otro podrías ser tú.

-Dudo que fuera la primera elección de Cleybourne. Nunca hemos sido amigos... es demasiado aburrido. Pero si ya estoy en la casa, si estoy en posesión de la niña, por decirlo así, y él ve que será precisa una batalla legal para recuperarla, le resultará mucho más sencillo encomendarme a mí su tutela.

-¿Qué te hace pensar que podrás adueñarte de la niña? No nos dejarán franquear el umbral.

-Vamos, Leona, ¿quién nos lo va a impedir? Los criados no tendrán valor de negarme la entrada. El viejo está muerto; ya no los respalda su autoridad. No se atreverán a decirle que no a un lord, en particular, porque saben que si la niña no alcanzara la mayoría de edad, yo heredaría el lugar. Créeme, no se arriesgarán a ofenderme.

-La niña puede ordenarles que no te dejen entrar.

-¿Una adolescente de catorce años? No tendrá el valor ni la ocurrencia.

-Su institutriz es una bruja.

-Tal vez, pero no es más que una institutriz. Tampoco se enfrentará con un lord. Cuando llame a la puerta, no sabrán que otra cosa hacer salvo retroceder para dejarme pasar. Una vez dentro de la casa, y teniendo el control de la niña, exigiré su custodia. Como su único familiar con vida, tengo razones sólidas para obtenerla; además, dudo que Cleybourne se oponga. ¿Qué más le da? Ni siquiera la conoce.

Leona contempló a su marido con expresión dudosa. No le parecía un plan tan sencillo como su marido lo planteaba. Por otro lado, estaban al borde de la ruina; sus acreedores no dejaban de atosigarlos y la última vez que Leona había ido a la modista, la condenada mujer se había negado en redondo a confeccionarle otra prenda hasta que no saldara su cuenta. Cualquier posibilidad que aliviara su estrechez sería bien recibida.

-Bueno, está bien -accedió con contrariedad-. Volvamos a esa condenada casa. Al menos, si te dan con la puerta en las narices, me reiré un rato.

Se oyó un golpe de nudillos en la puerta y, sin aguardar a recibir permiso, el posadero entró cargado con una enorme bandeja.

-Buenas tardes, milord, milady. Aquí les traigo el almuerzo.

Su mujer entró detrás de él acarreando otra bandeja, y entre los dos dispusieron una amplia variedad de platos sobre la mesa. Leona echó un vistazo a la comida, abundante pero, sin duda, tan insípida como las viandas de los últimos días. Jamás había apreciado tanto a su cocinera de Londres.

-Ah, Sims, haz que preparen mi carruaje después de comer. Lady Vesey y yo vamos a mudamos a la casa del general.

-Por supuesto, milord. Van a ocuparse de los asuntos familiares, ¿verdad? Apuesto a que se alegrarán de verlo después del robo de anoche.

-¿Robo? -Vesey miró sin comprender al posadero gordinflón-. ¿De qué hablas?

-En la casa solariega, milord. Creía que lo sabía. Pensaba que iba allí por eso, para asegurarse de que todo estaba en orden.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Leona-. ¿Qué han robado?

Sims movió su enorme cabeza.

-Ahí está la cosa, que no se han llevado mucho. Forzaron la caja fuerte, y su contenido apareció desperdigado por el despacho, pero Pierson no sabía con exactitud lo que guardaba en ella el

general. Creen que han desaparecido varias joyas. Abrieron todos los cajones del escritorio, y había papeles por todas partes: el testamento y toda clase de documentos. Un par de objetos rotos. Está todo revuelto, al menos, eso me ha dicho mi sobrino. Fue a llevar un pedido, y el cocinero se lo contó. Dice que al mayordomo casi le da un ataque al ver lo ocurrido, con el general recién enterrado y todo eso -suspiró con ánimo lúgubre-. Es una pena. Ya no se respeta ni a los muertos. Bueno, al menos, la niña estaba a salvo, lejos de allí. Se habría llevado un susto de muerte.

-¿Lejos de allí? -repitió lord Vesey sin comprender.

-Pues claro -el posadero miró a Vesey con extrañeza-. ¿No lo sabe? La señorita y su institutriz partieron ayer por la tarde, después del funeral, para dirigirse a la casa de su tutor, un duque de Yorkshire, según dice Will. Pensaba que lo sabía.

-Por supuesto que lo sé. Es que tu historia me ha distraído. Claro que lo sé. Ha ido al castillo de Cleybourne.

-Sí, así se llama -el posadero asintió. Se apartó de la mesa y desplegó una alegre sonrisa-. Bueno, aquí tiene, milord. Que aproveche.

-¿Cómo? Ah, sí, claro.

-Y haré que preparen su carruaje.

-Ah. Sí, hazlo.

El posadero salió del comedor privado detrás de su esposa, cerró la puerta, y Vesey se dejó caer con un suspiro en la silla. Leona lo contemplaba con una sonrisita maliciosa.

-Bueno, esto echa por tierra tus planes -dijo sin ápice de compasión.

-¡Maldita sea! ¿Qué mosca le habrá picado a esa niña para que haya salido corriendo de esa manera?

-Mmm... Quizá sospechaba lo que estabas planeando.

-No digas tonterías -Vesey, que se consideraba bastante inteligente, lanzó una mirada de desagrado a su esposa-. Yo ni siquiera lo sabía hasta hace unos minutos. ¿Cómo iba a saberlo ella?

-Bueno -Leona se encogió de hombros-, fuera cual fuera la razón, ya no podrás hacerte con la niña. Al menos, podremos regresar a Londres -se acercó a la mesa y contempló los platos de comida. Vesey permaneció en la silla, estirándose pensativamente del labio superior.

-Quizá no... -dijo pasado un momento. Se puso en pie y se dirigió a la mesa con aire satisfecho.

-¿De qué hablas? -preguntó Leona con malhumor-. ¿De no regresar a Londres? Espero que no sigas pensando en la casa solariega.

-No. Y menos con ladrones entrando y saliendo, llevándose cosas. Estaba pensando en ir a Yorkshire.

Leona se lo quedó mirando.

-No hablarás en serio. ¿A Yorkshire? ¿Al castillo de Cleybourne? ¿Crees que le puedes arrebatar la niña al duque?

-¿Arrebatársela? Por supuesto que no; no digas tonterías. Pero no se pierde nada por preguntar. Ya te lo he dicho: ¿para qué quiere Cleybourne a la niña? Seguramente, le encantará deshacerse de ella. Si nos pasáramos por allí de camino a Londres...

-Sería un rodeo bastante grande, ¿no te parece? Vesey desechó la objeción.

-Me ofreceré a ocuparme de la cría. Con eso de que soy su único pariente, podría persuadirlo.

-Lo dudo -Leona tenía poca fe en la capacidad de su marido de persuadir a nadie-. Cleybourne siempre ha sido un tipo honorable... no un pedante como Westhampton, por supuesto. Y, antes de casarse con la hermana de Dev, le gustaba divertirse un poco, pero el matrimonio lo echó a perder -se interrumpió y se quedó pensativa-. Claro que ha vivido como un monje desde que Caroline murió.

Vesey la miró con atención.

-¿Adónde quieres ir a parar?

-Bueno... Puede que no sea inmune a un poco de persuasión femenina. ¿Cuánto tiempo hace que murió Caroline? ¿Tres, cuatro años? Es mucho tiempo. No he oído rumores de que haya tenido un idilio con nadie, ni siquiera una pequeña distracción.

Lord Vesey sonrió.

-¿Crees que puede estar a punto de caramelo?

Los ojos dorados de Leona brillaban con expectación.

-Un viudo solitario... noches de invierno frente a una cálida chimenea... Casi resulta demasiado fácil para una mujer con mi talento.

Cuanto más lo pensaba, más le agradaba la idea. Cleybourne era un hombre apuesto, alto y de hombros anchos, y rico. Seducirlo no le costaría trabajo, y sería grato tener un nuevo amante complaciente. No sabía si dejaría a la niña en manos de Vesey, pero eso era lo que menos la preocupaba. Su prioridad consistía en adquirir un amante ansioso y capaz de agasajarla con lujosos regalos.

-No sé, Leona -le advirtió Vesey-. Es muy amigo de los Aincourt, y ya sabes en qué estima te tienen.

A Leona le llamearon los ojos.

-No me importa si es uña y carne con esa detestable lady Westhampton. Es la hermana de Dev y su opinión de mí jamás apartó a Dev de mi cama. Créeme, unas pocas horas con Cleybourne y estará jadeando de deseo. Unos cuantos días, y estará dispuesto a darme lo que quiera.

Lord Vesey sonrió.

-Bueno, entonces... Comamos, y partiremos hacia Yorkshire.

A la mañana siguiente, Jessica se despertó de mucho mejor humor. Una larga noche de descanso solía ser el mejor antídoto contra los temores y las dudas. Al contemplar el paisaje ondulante de Yorkshire desde la ventana de su cuarto, creyó las palabras tranquilizadoras con las que había sosegado a Gabriela la noche anterior. Estaba convencida de que el duque de Cleybourne aceptaría la tutela de la niña y le daría la bienvenida a su casa. Su aparición repentina lo había tomado por sorpresa, nada más.

Desayunó con Gabriela, y charlaron sobre sus planes de explorar el castillo aquel día. A media mañana, cuando un criado subió para informarle que el duque deseaba verla, lo siguió con paso ligero.

El lacayo la condujo al mismo despacho en el que había hablado con Cleybourne la noche anterior; después, salió con una reverencia y cerró la puerta. El duque de Cleybourne estaba sentado tras su enorme escritorio, con un atuendo formal de chaqueta y pañuelo blanco inmaculado. Se puso

en pie al verla entrar y le indicó con la mano que se sentara al otro lado del escritorio.

-Señorita Maitland.

-Su Excelencia...

-Por favor, tome asiento.

Al ver su expresión, parte del buen humor de Jessica se evaporó. A la luz del día, era tan apuesto como a la luz de las velas, pero su expresión resultaba, si cabía, aún más sombría. Se preguntó fugazmente si sabría sonreír.

-He estado reflexionando detenidamente sobre esta situación -empezó a decir en tono grave-, y he llegado a la conclusión de que no sería beneficioso para la señorita Carstairs que yo fuera su tutor.

Jessica se puso rígida y cerró los dedos en torno a los brazos de la silla, como si así pudiera refrenarse de levantarse de un salto.

-Lo siento, creo que le he entendido mal. ¿Me está diciendo que nos echa de aquí? ¿Va a poner a Gabriela en manos de Vesey? -mientras hablaba, ya estaba pensando en la manera de huir con Gabriela antes de que el duque pudiera cederle la tutela a Vesey. ¿Adónde podía ir? ¿Cómo podría protegerla?

Cleybourne se sonrojó fugazmente, y apretó los labios.

-Santo Dios, no. ¡No pienso entregársela a ese libertino! ¿Cómo se le ocurre preguntarlo?

-¿Cómo no voy a hacerlo? -replicó Jessica con ardor-. Acaba de decirme que se niega a ser su tutor.

-No es eso, exactamente. Es que... En fin, cuando su padre redactó su testamento, yo llevaba una vida distinta. Mi mujer todavía vivía y mi... -se interrumpió con brusquedad y se puso en pie -.Pero ahora esta es la mansión de un viudo, señorita Maitland -, prosiguió, alejándose de ella-. No es un lugar indicado para una adolescente. Necesita la guía de una mujer, alguien que pueda proyectar su presentación en sociedad y enseñarle todo lo que una joven que está al borde de la madurez ha de saber. Yo ni siquiera sabría por dónde empezar.

-Gabriela me tiene a mí, señor -dijo Jessica, y también se puso en pie-. Puede que no sea más que una institutriz, pero fui debutante en Londres. Me educaron como Gabriela debe ser educada, y cuando haya que preparar su presentación en sociedad, estoy segura de que alguna mujer de su familia, una hermana, o madre, o tía, estará dispuesta a aconsejarla.

-Remiendos, señorita Maitland -dijo con voz entrecortada, mirándola desde el otro extremo del estudio-. No son más que remiendos. Sin duda es usted una profesora excelente, pero mi pupila necesitará mucho más que eso. Debería contar con la guía y la compañía de una mujer madura conocedora de las costumbres sociales. Yo no puedo procurarle nada de eso, y usted tampoco.

-Ahora mismo, necesita consuelo y apoyo, y eso es más importante que lo que precisará dentro de cuatro años. Necesita un hogar, un lugar al que pertenecer, en el que se sienta querida. Perdió a sus padres hace seis años, y ahora ha perdido al hombre que era como un abuelo para ella. No tiene familia, porque no estoy dispuesta a considerar a lord Vesey como tal.

-Por supuesto que no. No pretendo dejarla en manos de Vesey -Cleybourne la miraba con expresión borrascosa-. ¡Maldita sea! Es usted una mujer exasperante. Ya se lo he dicho, encontraré un hogar apropiado para ella. Con mi cuñada, tal vez. Escribiré a Rachel y le preguntaré si ella y su marido podrían cuidar de ella. Mientras tanto, permanecerán aquí.

Jessica iba a protestar de nuevo, pero apretó los labios y controló su furia. No podía apartarse de Gabriela; era lo más importante de todo, en particular, si aquel hombre iba a desplazar otra vez a la niña. Jessica ya lo había forzado más de lo permisible; no debía ofenderlo hasta el punto de que la echara.

-Muy bien, Su Excelencia.

El duque enarcó las cejas con leve sorpresa al oír su capitulación.

-Sí. Bueno. Entonces... asunto resuelto.

-¿Quiere que traiga a Gabriela ahora para que la conozca?

-¿Qué? -una extraña expresión, casi de miedo, afloró en su rostro, y el duque movió rápidamente la cabeza-. No... Creo que sería mejor que no nos conociéramos.

-¿Cómo? -Jessica estaba demasiado atónita para no quedarse mirándolo-. ¿Ni siquiera va a hablar con ella?

-Será lo mejor para Gabriela.

-¿Mejor para ella? -inquirió Jessica, presa del enojo-. ¿Saber que ni siquiera quiere verla? ¿Que no quiere tomarse la molestia?

-¡Ya basta, señorita Maitland! -le saltaban chispas por los ojos-. Soy su tutor, como bien recordará, y esta es mi decisión. No debe apegarse a este hogar. Será más fácil para ella que las cosas sigan como están.

-¡Más fácil para Su Excelencia, querrá decir! - replicó Jessica con ardor.

Richard abrió los ojos con estupefacción, y Jessica comprendió que se había pasado de la raya. Pero, al momento siguiente, para su sorpresa, el duque profirió una carcajada.

-No sé cómo ha conseguido conservar su puesto de institutriz, señorita Maitland, con esa lengua tan afilada que tiene.

Jessica elevó un poco el mentón.

-El general Streathern era partidario de hablar sin rodeos.

-Dudo que aprobara la insubordinación.

Mirando a Cleybourne fijamente a los ojos, Jessica dijo con voz serena:

-El general hacía uso de su autoridad con sabiduría.

Cleybourne se la quedó mirando un largo momento. Por fin, dijo:

-Gracias, eso es todo.

Jessica resistió el impulso de hacerle una reverencia sarcástica, se limitó a inclinar la cabeza y salió del despacho. Por dentro, estaba encolerizada. ¡Aquel hombre era insensible! Recorrió el pasillo sin saber adónde iba, con el ceño tan borrascoso que una doncella, que estaba quitando el polvo a una mesa, se apartó con rapidez.

Sabía que no debía ver a Gabriela de aquel talante. Tenía que idear la manera de presentarle la decisión de Cleybourne sin que hiriera sus sentimientos, y en aquellos instantes lo único que saldría de su boca sería la verdad pura y dura. Concluyó que un paseo sería la única manera de disipar su mal humor, así que bajó las escaleras de servicio y salió al pálido sol invernal.

Advirtió su error de inmediato; hacía demasiado frío para salir sin abrigo, pero no podía regresar a su cuarto sin tropezarse con Gabriela. Optó por limitarse a un rápido paseo por el jardín.

Había recorrido la mitad de la senda central, cuan- do oyó pasos sobre las baldosas de piedra,

detrás de ella. Al darse la vuelta, vio a una mujer menuda, envuelta en una capa, y con otra colgada del brazo, caminando hacia ella. Sonrió al acercarse a Jessica.

-Señorita Maitland, pensé que tendría un poco de frío, así que le he traído una prenda de abrigo.

Jessica la aceptó con gratitud.

-Es usted muy amable, señorita...

-Brown, Mercy Brown. Soy el ama de llaves del castillo -tenía los ojos muy vivos y una alegre sonrisa-. Y debo confesar que ha sido la curiosidad más que la amabilidad lo que me ha impulsado a salir. Estaba deseando conocerla desde que Baxter me habló de su llegada con la pequeña.

Jessica sonrió a la mujer.

-Es un placer, señorita Brown, sea cual sea la razón. Pero la señorita Gabriela ya no es una niña.

-Bueno, no era más que un bebé la última vez que la vi. Era muy bonita por aquel entonces, y Baxter me ha dicho que sigue siéndolo.

-Sí, lo es. Y de buen carácter.

La sonrisa del ama de llaves se amplió aún más.

-Me alegro. Será maravilloso volver a tener sangre joven en el castillo. Al amo le sentará bien.

-¿Al duque? Lo dudo. Piensa enviarla a otra parte en cuanto pueda -dijo Jessica con amargura.

-¡No! -la señorita Brown estaba desconsolada- .¡No habrá dicho eso!

-Más o menos. Alega que este no es el lugar más indicado para criar a una niña, siendo él viudo. Es el hombre más arrogante e irritante que he conocido. No sé por qué pensó el general que se ocuparía de Gaby; tenía una idea idealizada del sentido del honor y del deber del duque.

-Oh, no, ¡es un hombre de honor! -protestó la mujer-. Incapaz de eludir sus responsabilidades.

-Bueno... -repuso Jessica con un ápice de incredulidad-. Mientras no suponga una molestia para él, supongo.

-No debe juzgarlo tan duramente -le dijo el ama de llaves-. El duque es un buen hombre. De verdad. Compréndalo... tiene un pasado muy triste. Las malas experiencias lo han convertido en, bueno, en una especie de ermitaño, pero no hay ni un átomo de maldad en todo su cuerpo.

-Entonces, ¿cómo es posible que rechace a una joven huérfana cuyo último pariente acaba de morir y que ha sido confiada a él por un hombre que fue su amigo? No quiere responsabilizarse de ella.

Jessica miró al ama de llaves y percibió una tristeza infinita en su rostro. La mujer movió la cabeza y dijo:

-Ah, pobre hombre. Debe de ser por Alana. Debe de resultarle intolerable estar en compañía de una niña -miró a Jessica-. ¿Por qué no viene a mi saloncito y toma el té conmigo? Le hablaré de Su Excelencia y de... en fin, de por qué es como es.

Jessica accedió gustosamente, impelida por la curiosidad tanto como por el frío. Las dos mujeres regresaron al interior de la casa, donde el ama de llaves colgó sus capas y condujo a Jessica por el pasillo de atrás y a través de la cocina a un acogedor saloncito que formaba parte de los dominios del ama de llaves. Siguiendo la indicación de la señorita Brown, una doncella les llevó té con bollitos.

Los bollitos estaban deliciosos, y unos cuantos sorbos de té fuerte y dulce hicieron entrar en calor a Jessica casi de inmediato. Se recostó en la cómoda silla para escuchar a la señorita Brown.

-Conozco a Su Excelencia desde que era niño, lo mismo que Baxter y la mayoría de los criados de más edad -empezó a decir, con sus ojos castaños iluminados por el afecto-. Siempre ha sido un muchacho maravilloso. Cuando se hizo mayor, no se podía pedir un patrón mejor ni más amable. Hace casi diez años, contrajo matrimonio con Caroline Aincourt, la hija del conde de Ravenscar. Un matrimonio excelente: una familia antigua, un buen apellido... Pero sobre todo, Su Excelencia estaba locamente enamorado.

La señorita Brown exhaló un pequeño suspiro, y su mirada cobró una expresión melancólica.

-Era toda una belleza. Y toda una duquesa, además. Alta e imponente, con pelo negro y ojos verdes. Los Aincourt son todos agraciados, la verdad; hay un retrato de ella en el vestíbulo principal. Eran muy felices. ¡Ay, y qué fiestas se organizaban en el castillo por aquel entonces! Siempre había invitados, a veces, durante semanas enteras. Bailes, cenas y todo tipo de diversiones. Su Excelencia era un hombre sociable.

-¿El duque? -preguntó Jessica con incredulidad. La mujer asintió.

-Sí, aunque ahora le cueste trabajo creerlo. Disfrutaba de las visitas. No era irresponsable ni alocado, como otros, siempre cumplía con su deber y se ocupaba de sus asuntos, pero le gustaban las fiestas como al que más. ¡Y la duquesa! En los bailes estaba radiante; siempre era el centro de atención. Tenían una hija, Alana.

-¿Una hija? No la ha mencionado. Dijo que su mujer había muerto pero...

La señorita Brown asintió, y su mirada se ensombreció un poco.

-Sí, tenía una hija -sonrió para sí-. Una diablilla. Alegre y traviesa, pero era imposible enfadarse con ella, porque en cuanto te sonreía y te pedía disculpas, le perdonabas cualquier cosa. Cuando nació, sus padres vivían aquí casi todo el año, y solo viajaban a Londres en verano. El duque creía que sería más beneficioso educar a su hija en el campo. La señorita Alana ni siquiera dormía en las dependencias infantiles; Su Excelencia pensaba que estaban demasiado apartadas: no podían oírla si lloraba. Dormía en el mismo pasillo que sus padres, con su niñera.

-Pero ¿qué pasó? ¿Qué lo cambió todo?

-Sufrieron un accidente cuando viajaban en su carruaje. Tanto la duquesa como la niña perecieron.

-Qué horror.

El ama de llaves asintió, y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras recordaba:

-Su Excelencia iba a caballo junto al carruaje. Era invierno, poco antes de Navidad, justo en esta época del año -suspiró-. Seguramente, viajaban demasiado deprisa, y el carruaje volcó al tomar una curva. Resbaló por el terraplén y la duquesa salió despedida. Se rompió el cuello, y murió al instante. Pero el carruaje, con la pequeña dentro, rodó hasta el estanque.

Jessica inspiró con horror.

-¡Dios mío!

-Había una delgada capa de hielo en la superficie pero, como es natural, el carruaje la rompió. Su Excelencia se tiró al agua para rescatar a Alana. El cochero nos contó lo angustioso que era ver cómo se sumergía una y otra vez en las gélidas aguas oscuras. Por fin, la sacó y la llevó a la orilla, pero ya era demasiado tarde. La pobre estaba muerta.

Unas lágrimas compasivas anegaron los ojos de Jessica al imaginar la horrible escena: el padre

frenético, el estanque helado, la noche oscura y gélida...

-Llevó a la niña en brazos durante todo el trayecto de regreso al castillo, y cuando entró por la puerta... jamás olvidaré su semblante aquella noche. Nunca había visto nada tan lúgubre. No sé cómo conseguimos quitarle a la niña y meterlo en la cama. Sucumbió a una fiebre virulenta... Era de esperar, después de las zambullidas en esa agua helada. Estuvo a punto de morir él también. Su ayuda de cámara, Noonan, Baxter y yo cuidamos del duque. Durante días, creímos que íbamos a perderlo; después, tardó varias semanas en recuperarse. Estaba tan demacrado que costaba trabajo reconocerlo. Envejeció años en aquellas pocas semanas.

-Pobre hombre -a pesar de lo mucho que la había enfurecido, Jessica lo compadecía. La pérdida de su amada ya era bastante triste, pero que la muerte le hubiera arrebatado a su adorada hija al mismo tiempo parecía casi intolerable.

-Sí -el ama de llaves exhaló un hondo suspiro y se inclinó hacia delante para rellanar las tazas de té. Pasado un momento, prosiguió-. Después, cambió. No solo en aspecto, sino en su forma de ser. Al principio, se pasaba las horas sentado en una silla, mirando por la ventana. No parecía importarle vivir o morir. No quería ver a nadie... ni siquiera dejaba que el vicario se le acercara, y no soportaba ver al médico. Lady Westhampton, la hermana de su mujer, era a la única a quien recibía, y al hermano de la duquesa, lord Ravenscar. El duque solo pensaba en morir. Fue terrible, terrible... Nos tenía muy preocupados. Por fin, un día, anunció que iba a regresar a Londres. Nos alegramos mucho, porque creímos que había decidido seguir adelante con su vida -se interrumpió, y las lágrimas brillaron en sus alegres ojos castaños.

-¿Pero no fue así? -la apremió Jessica con suavidad pasado un momento. El ama de llaves lo negó con la cabeza.

-Después, le dijo a su ayuda de cámara que solo se había ido porque no soportaba seguir viviendo en esta casa. Es su casa solariega, ha sido la residencia de los duques de Cleybourne desde 1246, y ha vivido aquí toda su vida. Pero hace casi cuatro años que no ponía el pie aquí.

-Pero habrá salido si ha estado en Londres... En la capital hay más distracciones.

-Ojalá lo hubiera hecho. Baxter me escribía todos los meses para contarme las novedades de Su Excelencia y del resto del servicio. Aquí nos quedamos cuatro gatos -sonrió-. Somos como una familia. Lo cierto es que durante todos estos años, Su Excelencia ha vivido en Londres como un ermitaño, igual que hacía aquí. Ve a sus parientes y amigos muy de vez en cuando si van a visitarlo. Nunca sale a ver a nadie, y no asiste a ninguna fiesta. Baxter dice que nunca va a su club. Se ha aislado del mundo. Y lady Westhampton, la hermana de la duquesa, está muy preocupada por él. Le ha dicho a Baxter que últimamente lo ve más melancólico que de costumbre, claro que esta época del año es la peor para él.

-Pero ha vuelto a su castillo -señaló Jessica-. Eso debe de ser una buena señal.

-Eso esperábamos. Yo estaba muy contenta. Pero Su Excelencia... En fin, es tan educado y amable como siempre, pero irradia una tristeza que me encoge el corazón. A veces, me pregunto por qué habrá vuelto.

-¿Qué quiere decir?

La mujer frunció el ceño.

-No estoy segura, señorita, pero teniendo en cuenta la época del año en la que estamos... No

puedo evitar pensar que quizá haya vuelto aquí para morir.

-¡Para morir! -Jessica enarcó las cejas, sorprendida-. Pero si todavía es muy joven. No puede haber cumplido aún los cuarenta.

-No, señorita. Tiene treinta y cinco años nada más, pero...

-¿No querrá decir...? -Jessica estaba atónita- ¿De verdad cree que podría intentar... lastimarse?

-No lo sé. No quiero ni pensarlo. Es un hombre fuerte, pero a veces temo que haya cedido a la desesperación. Lady Westhampton debió de sospechar algo; le advirtió a Baxter que cuidara mucho de Su Excelencia. Siempre lo hace, por supuesto, y milady lo sabe, pero ella también está preocupada por él.

La mujer suspiró; después, movió la cabeza con firmeza.

-No, no quiero pensarlo. Pero, verá, por eso me alegré tanto esta mañana al saber que habían llegado usted y la señorita. Pensé: una niña en la casa es justo lo que Su Excelencia necesita. Devolverá la vida a este lugar, y la risa. Pero al decirme que el duque no piensa quedarse con ella, que ni siquiera quiere verla... -una vez más, suspiró-. Ay, es muy triste. Creo que no soporta ver a una niña aquí. La señorita Gabriela tiene más años de los que habría tenido su hija si hubiera vivido pero, sin duda, lo hará pensar en ella.

-Entonces, por eso quiere encomendar a otro la tutela de Gabriela. Lo siento; lo he juzgado mal -Jessica frunció el ceño-. Pobre hombre, pensé que era lúgubre e insociable, pero no sabía cuál era la causa de su comportamiento. En fin -suspiró-. Tendré que explicárselo a Gaby lo mejor que pueda.

Cuando dejó las dependencias del ama de llaves, entró en el vestíbulo principal, la amplia zona que arrancaba de la escalera y atravesaba el castillo. Tenía doble altura y debía de haber sido la estancia principal del castillo en sus orígenes. Según había dicho la señorita Brown, allí se encontraba el retrato de la duquesa.

Era evidente que los primeros cuadros no eran de ella, porque se trataba de hombres con atuendos de la época Tudor y Stuart. Pasó delante del retrato de una mujer de peluca alta y empolvada y se detuvo ante el de una mujer joven vestida de acuerdo con las tendencias recientes de la moda. No había duda de que se trataba de la duquesa. Era hermosa, a pesar de la naturaleza halagadora de la mayoría de los retratos. Alta y esbelta, sonreía sugestivamente al espectador. Tenía un hoyuelo en una mejilla, y ojos verdes centelleantes. Estaba de pie junto a una silla, con una esbelta mano apoyada en el respaldo, y a sus pies descansaba un spaniel de manchas blancas y negras que hacían juego con su pelo de color azabache. Llevaba un vestido de terciopelo verde que realzaba sus enormes ojos, y un magnífico anillo de esmeraldas refulgía en su dedo.

Resultaba fácil comprender por qué Cleybourne había estado tan enamorado de ella; parecía la clase de mujer que siempre tenía hombres a sus pies. Jessica la contempló con cierta fascinación. Ella jamás había poseído aquel encanto, ni la habilidad de coquetear y atraer, de cautivar a los hombres con una mirada o una sonrisa. Su tía, que la presentó en sociedad cuando Jessica cumplió los dieciocho años, solía desesperarse con ella, y le aseguraba que jamás atraparía marido si insistía en hablar a los hombres sobre la guerra en Europa en lugar de sonreír como las demás jovencitas. La tía Lily, recordó Jessica, se quedó atónita cuando Darius pidió su mano. Esbozó una pequeña sonrisa irónica al pensar que a ella también la había sorprendido mucho.

Desechó los recuerdos, dio media vuelta y empezó a subir las escaleras. Era absurdo evocar el

pasado. No conocería la dicha conyugal con la que había soñado de pequeña, pero gracias a la generosidad del general, podría mantenerse sin necesidad de escatimar. Tenía su independencia, y a Gabriela, y viviría una vida muy grata.

Jessica daba vueltas en la cama, suspirando. Era de noche, y Gabriela llevaba una hora acostada, pero no lograba conciliar el sueño.

No se debía a la falta de cansancio físico. Baxter se había ofrecido a enseñarles el castillo, y Gabriela y ella habían dedicado gran parte del día a recorrerlo. El mayordomo, un anciano bastante dinámico para su edad, las había conducido incluso a alas que no estaban en uso y a las cavernosas bodegas que en otra época habían sido las mazmorras y los almacenes del castillo. Gabriela había disfrutado especialmente de este último recorrido, estremeciéndose con claro deleite al oír las historias macabras de Baxter.

Pero, a pesar del agotamiento físico, nada más apoyar la cabeza en la almohada, Jessica se había puesto a pensar en todos los problemas y peligros a los que se enfrentaban. Llevaba casi una hora dando vueltas en la cama.

Por fin, desistió, se levantó y se puso la bata. Decidió leer un rato para atraer el sueño. Creía recordar el camino a la biblioteca, que Baxter les había mostrado horas antes.

Bajó las escaleras y, mientras recorría el pasillo que partía del vestíbulo principal, vio que el despacho del duque estaba iluminado. La luz se filtraba por el umbral, y Jessica vaciló un momento. No quería volver a ver a Cleybourne, y tenía que pasar por delante del despacho para entrar en la biblioteca, pero al final decidió continuar sin hacer ruido, con la esperanza de que el duque no la viera, y no la habría visto, comprendió Jessica al echar un vistazo al interior del despacho, porque no estaba mirando hacia la puerta. Sin embargo, lo que ella vio la detuvo en seco.

Cleybourne estaba sentado detrás de su mesa, con la cabeza enterrada entre las manos y los codos apoyados en la superficie de madera. A un lado tenía una licorera y una copa medio vacía; delante, un estuche abierto de pistolas de duelo. Mientras Jessica lo miraba, Cleybourne alargó la mano hacia el estuche y extrajo una de las armas. Jessica sintió un escalofrío. El ama de llaves tenía razón, ¡el duque iba a quitarse la vida!

4

JESSICA estaba tan estupefacta que no sabía qué hacer. Su primer impulso fue entrar corriendo para exhortarlo a que no lo hiciera. Pero su instinto la retuvo, alegando que esa no era la manera de arrancar al duque de Cleybourne de su ánimo sombrío. Vaciló al recordar las dos conversaciones que había mantenido con él. Después, avanzó rezando para que su segundo impulso fuera el correcto.

-Vaya -dijo con frialdad mientras se adentraba en el estudio. Detrás de la mesa, el duque alzó la cabeza, sorprendido -.Así que es por eso por lo que rechaza la tutela de Gabriela. Sería un obstáculo para sus planes de quitarse la vida.

Richard frunció el ceño con los ojos entornados.

-Yo no... Maldita sea.

Se había pasado la tarde en su estudio, bebiendo más de la cuenta. La llegada de aquella mujer exasperante había echado a perder sus planes; no iba a poder llevarlos a cabo hasta que no le pidiera a Rachel, o a otra persona, que se ocupara de la joven que le habían encomendado. Ya había escrito una carta a su cuñada, pero podrían pasar días, incluso semanas, hasta que recibiera noticias de ella. Después, tendría que esperar a que se presentara para llevarse a la muchacha... ¿Y si ni ella ni Michael querían ocuparse de su pupila?.

Podría tener que vivir en aquel condenado castillo durante meses, rodeado de recuerdos, oyendo la risa de Alana, viendo su rostro, durmiendo en la misma cama que había compartido con Caroline...

Empezó a beber con la esperanza de mitigar un poco el dolor. No había estado a punto de matarse, no era tan irresponsable. Había sacado el estuche de pistolas de duelo solo para mirarlas. Se le había ocurrido limpiarlas, pero no había hecho más que sacar una del estuche cuando aquella condenada mujer había aparecido en su despacho y, cómo no, había dado la peor interpretación posible a la escena que acababa de presenciar.

-¿Qué diablos está haciendo aquí? -rugió-. Siempre que me doy la vuelta, la encuentro metiendo las narices en mi estudio.

-Difícilmente, ya que no es más que la tercera vez que lo he visto. En respuesta a su pregunta, le diré que no podía dormir y que me dirigía a la biblioteca cuando lo he visto aquí sentado, contemplando sus pistolas -Jessica se acercó a la mesa y miró las armas; mantuvo el semblante sereno y la voz despreocupada-. Son una maravilla.

-Sí. Me las regaló mi padre.

-Ah. Y estoy segura de que a su padre le agradaría saber lo que piensa hacer con ellas.

-Pensaba limpiarlas -replicó Richard-. Claro que no es asunto suyo.

-Me temo que sí. Al menos, mientras sea tutor de Gabriela. De lo contrario, no me preocuparía que quisiera poner fin a su existencia; hay personas que no tienen valor para afrontar la vida. Son así; supongo que no pueden remediarlo.

La ira sacudió a Richard con tanta fuerza que se puso en pie con violencia.

-¡Cómo se atreve a insinuar que soy un cobarde!

Aquella mujer era una auténtica arpía, con lengua viperina y modales deplorables. El hecho de que también fuera hermosa, con la piel blanca como la crema y aquella mata rebelde de rizos rojos que caían en cascada sobre sus hombros, agravaba su naturaleza insufrible. Al verla allí, con sus curvas envueltas con suavidad en una bata azul oscura que realzaba el azul puro de sus ojos, y con la melena suelta y alborotada, solo podía pensar en yacer con ella... pero cuando abría la boca, lo único que deseaba hacer era zarandearla.

Acrecentaba su mal humor el hecho de que lo hiciera pensar en el sexo. No había deseado a ninguna otra mujer desde la muerte de Caroline; al menos, de forma específica. Resultaba irónico e irritante que aquella mujer cáustica provocara una reacción en su entrepierna.

Jessica se sintió complacida con su plan de ataque al ver el enojo que llameaba en los ojos del duque. Los ruegos y los argumentos no lo disuadirían, ya que no había duda de que sus abnegados criados y sus familiares y amigos ya lo habían intentado y fracasado. Sin embargo, la furia hacía milagros: lo arrancaba de golpe de su melancolía. Se encogió de hombros.

-Bueno, no se puede decir que sea la acción de un valiente... optar por la vía fácil, dejar a todos sus seres queridos llorando su muerte.

-¡La vía fácil! No sabe lo que dice. No sabe nada sobre mí ni sobre mi vida.

Jessica enarcó las cejas.

-Sí, estoy segura de que debe de haber sido un suplicio ser apuesto, rico, y poseer uno de los títulos nobiliarios más elevados del país. Entiendo que esté al borde de la desesperación.

Richard tuvo que cerrar los puños para no agarrarla por los hombros y zarandearla.

-No sabe lo que dice. No sabe nada sobre mí.

-Puede que no. Pero sé lo que ha sido mi vida. Sé que hasta que cumplí los dieciocho años llevaba una existencia privilegiada y feliz. Provengo de una buena familia; tenía un padre que me quería. Hice mi presentación en sociedad, como la que ambos deseamos para Gabriela. Incluso estaba prometida a un apuesto joven teniente. De pronto, mi vida plácida se vio interrumpida cuando a mi padre lo expulsaron del ejército. Puede que no recuerde el escándalo, ya que no nos movíamos en los círculos selectos de un duque. Mi padre era el comandante Thomas Maitland, y había sido un soldado honorable y eminente durante toda su vida. Pero lo echaron, lo despojaron de su grado, de su honor, de su forma de vida. Ya no nos acogían en ninguna casa. Mi prometido rompió nuestro compromiso; como comprenderá, su familia no podía emparentarse con otra manchada por el escándalo. Mi padre, un hombre bueno, cambió ante mis propios ojos. Se aficionó a la bebida y a las malas compañías, y lo mataron tres meses después durante una pelea en una vulgar taberna. Como mi madre había fallecido hacía años, me quedé sola, sin dinero, sin posibilidades, sin reputación. Lo perdí todo. Me hice institutriz y, como no se me da muy bien ceder a los deseos de los demás, estuve a punto de morir de hambre. La generosidad del general fue lo único que me salvó.

-Santo Dios. Lo siento, no lo sabía.

-Y conozco la vida de Gabriela -prosiguió Jessica-. Ha sufrido más dolor que lo que una muchacha de su edad debería haber sufrido. Se quedó huérfana a los ocho años y, ahora, su único pariente, el hombre a quien quería como a un abuelo, también ha fallecido. La han puesto en manos de un desconocido, pero ni siquiera este la quiere y está impaciente por entregarla a otro extraño, ya que no quiere tomarse la molestia de cuidarla.

-¡Maldición! -rugió Cleybourne, y su rostro, que se había suavizado con compasión durante el relato de la vida de Jessica, se endureció de nuevo-. ¡No es por eso! No la estoy rechazando, y menos porque no quiera tomarme la molestia de cuidarla.

-Ah, no. Es verdad, se me olvidaba. Es porque Gabriela sería un obstáculo para sus planes de quitarse la vida, y nadie debe entorpecer sus planes, ¿verdad?

-Se está extralimitando, señorita Maitland.

-¿Ah, sí? No sabe cuánto lo siento. Sé que está acostumbrado a tratar con criados abnegados, solícitos y preocupados, pero yo no soy su sirvienta. El general Streathem contrató mis servicios y, antes de morir, me confió el bienestar de Gabriela. No pienso permitir que la haga sufrir más de lo que ya ha sufrido quitándose la vida mientras esté en su casa. Si no tiene valor para aceptar la vida y sus problemas, si le preocupan tan poco sus criados que no le importa que una mañana encuentren su cuerpo ensangrentado y sin vida... Eso es cosa suya. Pero le ruego que no lo haga hasta que Gabriela no se haya ido.

-¡Ya basta! -Cleybourne estaba pálido y tenso, y los ojos le brillaban de ira.

Muchos se habrían arredrado al ver su furia, pero Jessica se mantuvo impávida, sosteniendo su mirada con las manos entrelazadas. El duque intimidaba un poco, pero lo había provocado deliberadamente y no iba a echarse atrás a aquellas alturas.

-Es usted una bruja de lengua viperina y quiero que salga de mi despacho ahora mismo -prosiguió Cleybourne en voz baja y airada-. Se lo aseguro, señorita Maitland, de no ser por la falta de decoro que supondría tener a una joven como la señorita Carstairs alojándose en mi casa sin una institutriz, la echaría de inmediato del castillo.

-No lo dudo pero, como le he dicho, fue el general quien me encomendó el cuidado de Gabriela, y no pienso eludir mi deber, por mucho que yo le desagrade.

-¡Salga ahora mismo de mi estudio! y espero verla lo menos posible durante su estancia.

-Será un placer, Su Excelencia -Jessica inclinó ligeramente la cabeza; después, giró sobre sus talones y salió con paso enérgico de la habitación, con la cabeza alta y la espalda recta. Oyó un golpe seco en el escritorio del duque, seguido de una retah11a de maldiciones, interrumpidas por un portazo.

Ya no volvería a pensar en quitarse la vida aquella noche, pensó Jessica. Cleybourne estaría demasiado ocupado ideando deliciosas maneras de acabar con ella. Sonriendo para sí, echó a andar hacia su cuarto. Atrás habían quedado sus intenciones de leer un rato.

El libro que Richard arrojó sobre la mesa cuando la señorita Maitland salió de su estudio no suavizó su mal genio, ni tampoco el portazo con que la despidió. A decir verdad, lo hizo sentirse un poco infantil. Pasó varios minutos dando vueltas por la habitación, pero aquello tampoco le aportó mucha paz, así que, finalmente, desistió y subió a acostarse.

Tardó más de una hora en conciliar el sueño; no hacía más que pensar en lo que debería haberle respondido a la insidiosa señorita Maitland. No alcanzaba a recordar su nombre de pila, ni siquiera sabía si se lo había dicho, y se convenció de que debía de ser Medusa, a tono con su temperamento. Contempló con regocijo la perspectiva de despedirla. Buscaría a otra mujer para que cuidara de la

niña, y le informaría a la señorita Maitland, con calma serena, que ya no requería sus servicios. Sonrió al imaginar su reacción.

Pero sabía que no la despediría. La señorita Maitland llevaba varios años con su pupila, y la pequeña ya había sufrido bastante para tener que soportar la pérdida de su amiga e institutriz. Richard ya se sentía bastante culpable por encomendársela a otra persona. No podía dejar de pensar que Carstairs se la había confiado a él y sabía que, en realidad, estaba decepcionando a su amigo.

De todas formas, sería más feliz con Rachel y con Michael. No tenían hijos, y sospechaba que Rachel lo lamentaba profundamente; acogería a Gabriela con los brazos abiertos. Eran buenas personas y educarían mejor a su pupila que un viudo sumido en el dolor. Estaba haciendo lo correcto, lo sabía... a pesar de lo que aquella arpía de institutriz pudiera decir. Sin dejar de pensar en ella, se quedó dormido.

Después, soñó con ella.

En el sueño, estaba recorriendo un largo pasillo. No reconocía el lugar, pero sabía que era parte del castillo. Había una mujer de pie junto a la ventana del fondo, y estaba bañada en la luz que se filtraba por los cristales. Era alta y, al trasluz, su vestido blanco dejaba entrever las suaves curvas de su cuerpo. Richard apretó el paso.

Se volvió hacia él cuando se acercaba, y reconoció a la institutriz de su pupila. Su melena rojiza caía con abandono sobre sus hombros. Sus ojos azules brillaban con intensidad, y tenía un rostro suave y atractivo y una expresión que no había visto antes. Le sonrió despacio, y aquella sonrisa lo hizo estremecerse.

Después, sin saber cómo, ya no estaban en el pasillo, sino en una cama, y ella estaba debajo de él, desnuda y complaciente. Uno de sus senos le llenaba la mano, increíblemente suave, y el pezón endurecido se le clavaba en la palma. Se movía debajo de él, con su voz reducida a un suave gemido. Richard sabía que ella lo deseaba, y aquella certeza avivó su deseo. Estaba ardiente y dispuesto, anhelando poseerla.

Ella abrió las piernas, y él se instaló entre ellas y gimió mientras la penetraba.

Lo despertó el sonido de su propio gemido. Abrió los ojos de par en par y se quedó mirando sin comprender el dosel de su propia cama. Estaba empapado en sudor, jadeando, rígido de deseo y dolorosamente insatisfecho.

¡Santo Dios! ¡Qué broma más desagradable! ¿Cómo podía desear a aquella pelirroja insufrible?

Se incorporó y se pasó los dedos por el pelo. ¡La institutriz! No podía creer que hubiera soñado con ella... y haciendo algo tan ardiente y lascivo. Le palpitaban las venas, estaba rígido de deseo, y todo por una mujer cuya mera aparición lo encolerizaba. Era dominante, crítica y poco femenina. Aunque a decir verdad... era poco femenina en cuanto a modales. En aspecto, tenía curvas deliciosas que sus vestidos insípidos y oscuros no lograban disimular. En aspecto era... hermosa.

Maldijo con furor. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Cómo podía pensar en ella, soñar con ella?

Hacía años que no soñaba con una mujer, y menos con alguien que no fuera su esposa. Había sido fiel a Caroline desde que la conoció. No supuso un gran esfuerzo; sinceramente, no había deseado a ninguna otra mujer. Y, tras su muerte, ya no le importaba nada ni nadie. Ninguna mujer lo había tentado, y las contadas ocasiones en las que había sentido deseo, había sido un instinto animal, lujuria indefinida o, en ocasiones, como en aquellos momentos, un sueño. Pero en sus sueños, había

sido Caroline quien lo abrazaba, y se había despertado sudoroso y llorando.

La culpabilidad le retorcía las entrañas. Amaba solo a Caroline, deseaba solo a Caroline. Sabía que muchos le dirían que su mujer había muerto hacía cuatro años, que era natural que buscara a otra mujer atractiva, incluso que pensara en el placer de acostarse con ella. Hacía menos de un año, su cuñado, Devin, le señaló que había sido Caroline quien había muerto, no él, y que nadie esperaba que no volviera a fijarse en una mujer.

Pero, como le dijo a Dev en aquella ocasión, tenía la sensación de haber muerto él también. Sin su mujer ni su hija, su vida estaba acabada, y cada día que pasaba contenía el mismo vacío, la misma rutina tras la cual solo podía decir que había sobrevivido a otra jornada.

El sueño había sido una aberración, se dijo. Era extraño e irreal y lo contrario de lo que sentía, porque aquella mujer le resultaba odiosa. Debía de ser igual de inexplicable que el hecho de reír cuando se estaba triste. Cualquier otro razonamiento era impensable.

Con un suspiro, volvió a tumbarse en la cama, y se propuso pensar en cualquier cosa que no fuera la señorita Maitland. Pero tardó horas en conciliar el sueño.

Al día siguiente por la tarde, Richard estaba sentado en solitario a la esplendorosa mesa del comedor principal. Recorrió con la mirada la reluciente superficie de caoba y pensó, no por primera vez, lo ridículo que era que estuviera sentado solo a una mesa concebida para acomodar a un pequeño ejército de invitados. Sería más sensato que le sirvieran la cena en una de las habitaciones más pequeñas de la planta baja, pero sabía que Baxter se horrorizaría si no celebraba una cena formal. A fin de cuentas, había tradiciones que mantener cuando se estaba al servicio de un duque.

Empezó a tomar la sopa. Se preguntó distraídamente dónde cenaría la señorita Maitland. En las dependencias infantiles, con su discípula, pensó. Debía de ser difícil para ella, se dijo, vivir en aquel extraño limbo que ocupaban las institutrices, pues no era ni una criada ni un miembro de la familia. Y, sobre todo, siendo de buena familia y habiendo hecho su presentación en sociedad en la capital. Debía de añorar la vida que había llevado... y, sin duda, esa era una de las razones de que se hubiera vuelto tan rancia.

Hizo una mueca al percatarse de que estaba pensando en ella. Hasta aquel momento había gozado de un humor excelente. Por la mañana había dado un paseo a caballo para disipar su enojo acumulado, y había resultado muy efectivo.

De hecho, era la primera vez que cabalgaba por sus tierras en más de cuatro años, y empezó a mirar a su alrededor con interés, advirtiendo los cambios en las granjas, las nuevas construcciones, los cambios en el curso de los arroyos. Tropezó con Jim Farwell, uno de sus arrendatarios, y este insistió en que entrara en su casa para ver a su familia y almorzara con ellos. Habría sido una grosería negarse, así que Richard acabó pasando la mañana con ellos y charlando con los vecinos con los que se cruzaban. Lo conmovía su claro deleite por tenerlo de vuelta en el castillo, y era agradable sentarse en torno a la chimenea de la pulcra casa y escuchar las novedades de los últimos cuatro años: nacimientos, muertes y desposorios.

Ojalá no se hubiera acordado de la institutriz, se dijo, porque se le había agriado el humor. Más aún, como si al pensar en ella la hubiese hecho aparecer, creyó oír su voz por el pasillo.

Con un suspiro, dejó la cuchara e hizo una seña para que retiraran la sopa. En aquel momento, la aldaba de la puerta principal resonó en sus oídos, amortiguado por la distancia y las paredes.

Richard frunció el ceño. ¿Quién diablos se presentaba en su casa a aquellas horas de la noche? Recordó la llegada tardía de la señorita Maitland y volvió a suspirar. No sabía por qué, pero sospechaba que aquella interrupción era también culpa de ella.

Empezó a masticar el segundo plato, decidido a no prestar atención a lo que pudiera estar ocurriendo en el vestíbulo, pero a sus oídos llegó el ruido de voces. Después, oyó la exclamación aguda y atónita de la institutriz:

-¡Lord Vesey!

-¡Será posible! -exclamó Richard. Se puso en pie con agitación y arrojó la servilleta sobre la mesa. Salió del comedor y se dirigió a la entrada.

La señorita Maitland estaba al pie de la escalera, con la mirada clavada en el grupo que se había reunido ante la puerta. Aunque a Richard le costaba trabajo creerlo, allí se encontraban lord y lady Vesey, entregando sus capas a un desventurado lacayo.

-¡Maldición! -exclamó Richard, a modo de bienvenida poco hospitalaria, y lanzó a Jessica una mirada acusadora, como si ella fuera responsable de la presencia de la pareja -.¿Qué diablos haces aquí, Vesey?

Vesey, que se estaba alisando la chaqueta, se volvió hacia Richard con una débil sonrisa.

-Ah, conque estás ahí, Cleybourne. Pensé que esta era tu casa. Verás, nos hemos extraviado. Sabía que no te importaría alojamos en tu castillo por esta noche.

Richard se lo quedó mirando, enmudecido. Junto a su marido, Leona sonreía de forma íntima y cálida.

-Hola, Richard.

Richard se volvió hacia Jessica, que estaba pálida e inmóvil en la escalera, contemplando a los Vesey como si hubiera visto un fantasma. Se volvió hacia él y, por primera vez, parecía haberse quedado sin palabras.

-¡Qué demonios! -dijo Richard con falta de tacto-. En ese caso, será mejor que paséis. Ahora mismo estaba cenando.

-Ah, perfecto -repuso Vesey con una sonrisa -. Me muero de hambre.

Richard se imaginó soportando la compañía de lord y lady Vesey durante la cena y, sorprendiéndose incluso a sí mismo, se volvió hacia la escalera.

-¿Por qué no cena con nosotros, señorita Maitland? -preguntó con fluidez, sabiendo lo poco que le agradaría la idea. Jessica frunció el ceño.

-No podría.

Al mismo tiempo, lady Vesey exclamó:

-¿La institutriz? ¡Vamos, Richard, no puedes hablar en serio!

Las palabras de Leona bastaron para impulsar a Jessica a aceptar, a pesar de su protesta inicial.

-Gracias, Su Excelencia, me encantaría acompañarlos.

Leona le lanzó una mirada de intensa antipatía, y recorrió con los ojos el insípido vestido oscuro de Jessica.

-¿No se viste para cenar?

-Aquí, en el campo, no guardamos demasiadas formalidades -intervino Richard.

-Es una suerte, ¿no, lady Vesey? -comentó Jessica con voz alegre-. Porque se le habrá manchado

el traje con el polvo del camino.

-Sí -dijo Leona en tono distraído, y desplegó una sonrisa deslumbrante para Richard. Avanzó hacia él y le tendió una mano, obligándolo a que le ofreciera el brazo para acompañarla al comedor-. Richard, hacía siglos que no te veía. Estás magnífico.

Richard desplegó una fugaz sonrisa.

-No tanto como usted, señora, aunque sobra decirlo.

-Ah, pero me encanta que seas tú quien lo digas...

-Me sorprende encontrarla tan lejos de Londres.

-Comentó Richard momentos después, al entrar en el comedor, donde Baxter, siempre tan eficiente, ya había dado instrucciones a los lacayos para que dispusieran tres servicios más en la mesa.

-A mí también me sorprende verte aquí, Richard -repuso lady Vesey-. Todo el mundo sabe que casi nunca sales de Londres -y se sentó de manera que Richard pudiera ver sin obstrucciones su generoso escote. A Jessica le extrañaba que los senos de la mujer no se desbordaran por completo del vestido, de lo abierto que era.

-¿Qué os trae por aquí? -Richard volvió la cabeza hacia el marido de Leona, que había entrado detrás de ellos en el comedor y se estaba sentando a la derecha de Richard.

Jessica miró a su alrededor, preguntándose qué sería peor, si sentarse junto a Vesey o junto a su esposa. Uno de los lacayos decidió por ella y retiró la silla contigua a la de Vesey.

-Estoy segura de que la institutriz ya te lo ha contado, ¿no? -respondió Vesey con naturalidad-. Hemos venido al funeral del general Streathem. Era mi tío abuelo, ¿sabes?

A Richard lo irritó que Vesey se refiriera a la señorita Maitland como «la institutriz», con lo que implicaba que no era lo bastante importante para llamarla por su nombre. Richard, que conocía los nombres de todos sus criados y arrendatarios, siempre había despreciado aquella actitud esnobista.

-Es cierto que la señorita Maitland -dijo con énfasis- me ha dicho que estás emparentado con mi pupila.

-Sí. Somos primos. Es una niña encantadora - dijo Vesey con voz pausada-. ¿Dónde está, por cierto? ¿Por qué no cena con nosotros? Así se equilibraría la mesa, ¿no crees?

-Ya ha cenado -respondió Jessica con rotundidad, y se abstuvo de añadir que ella la había acompañado. La perspectiva de comer con lord y lady Vesey no era nada apetecible, y se le pasó por la cabeza escurrir el bulto alegando sentirse indispuesta, pero quería averiguar cuáles eran las intenciones de Vesey, así que desechó la idea.

Vesey miró a Jessica como si lo sorprendiera que supiera hablar.

-¿Ah, sí? Bueno, entonces, quizá pueda presentarle mis respetos después de la cena.

-Estará durmiendo.

-No sabía que fueras tan afectuoso con la familia, Vesey -comentó Richard mientras los lacayos servían la sopa a sus invitados.

-Bueno, ya sabes... Soy el único pariente que le queda.

-Pobrecita -murmuró Richard.

-Sí -prosiguió Vesey, sin percatarse de la ironía del comentario-. No le queda nadie de la familia de su padre. Como es natural, a lady Vesey y a mí nos hubiera gustado hacemos cargo de la niña. No

tenemos hijos, ¿sabes?

-No porque yo sea lo bastante mayor para ser su madre -intervino Leona-. Pero me agradaría ayudarla a vadear las aguas de la sociedad londinense, cuando llegue la hora de presentarla en sociedad.

-Estoy seguro de que sería demasiada molestia para una mujer tan encantadora como usted, lady Vesey -dijo Richard-. Yo mismo me ocuparé de ello cuando llegue el momento.

Los labios llenos de Leona formaron una sonrisa seductora.

-No sería ninguna molestia, Richard. Estoy a tu entera disposición -era inequívoco el significado doble de sus palabras, pero Cleybourne las pasó por alto y centró su atención en la comida.

La conversación prosiguió de la misma manera, Vesey sacando a colación la tutela de Gabriela y Leona flirteando con Richard sin parar. Ninguno de los dos dirigía la palabra a Jessica; si el duque había confiado en que ella soportara parte de la carga de aquella compañía, había fracasado miserablemente. Para aquella pareja era invisible.

Leona aprovechaba la mínima oportunidad para tocar el brazo de Cleybourne, y solía llevarse la mano al pecho al emitir alguna que otra exclamación, con el fin de atraer la atención a las curvas generosas de sus senos. Jessica incluso creyó ver que se bajaba el escote con disimulo. En cambio, según pudo observar con regocijo, Richard no parecía percatarse de los ardides de lady Vesey. Al término de la cena, Leona apretaba sus generosos labios con irritación. Casi merecía la pena haber soportado su compañía, se dijo Jessica.

-Eres muy amable al alojamos en tu casa -comentó Vesey en un momento dado.

-¿Y se puede saber por qué debería hacerlo, Vesey? -repuso Richard.

-Bueno, ya sabes... Nos hemos extraviado.

-Estaré encantado de daros indicaciones precisas.

-Ahora no podemos viajar. Ha anochecido.

-Hay una posada en Hedby.

-Está llena.

-Entiendo.

-Sí. No tenemos más remedio que quedamos aquí.

-Eso parece -Richard lanzó una mirada a Jessica, que lo contemplaba con desolación. El duque encogió levemente los hombros.

Cuando concluyó la cena, Cleybourne dejó a los Vesey en manos de su mayordomo alegando que, sin duda alguna, querrían descansar. Leona dirigió una mirada significativa a Richard y comentó que sería incapaz de cerrar los ojos todavía. Vesey se interesó una vez más por Gabriela, pero Richard se limitó a sonreír y a pasar por alto aquellas insinuaciones.

-¡No puede permitir que se queden aquí! -le espetó Jessica en cuanto los Vesey salieron del comedor. Richard enarcó las cejas.

-¿Ah, no?

-Sí, ya sé que es el amo de sus dominios y todo eso, así que puede hacer lo que le plazca. Pero es estúpido y peligroso. No debería permitir que ese hombre se acercara a Gabriela.

-No sé lo que Vesey espera lograr viniendo aquí, pero le aseguro que no osará enfrentarse conmigo - dijo Richard con una leve sonrisa en los labios-. Vesey tiene fama de cobarde. Además,

¿qué podría hacer? ¿Secuestrarla? ¿Aquí, en mi propia casa?

-Yo no lo descartaría. El general Streathem no se fiaba de él, y era su propio sobrino. Por eso me instó a que me refugiara aquí lo antes posible. Vesey es... En fin, no se trata solo del dinero de Gabriela. También es... Hay otras razones por las que no debe permitírsele rondar a una joven de la edad de Gabriela... -Jessica se interrumpió, sonrojada.

-Sí, estoy al corriente de las predilecciones de Vesey, aunque debo decir que me sorprende un poco que usted sepa de esas cosas.

-Solo hay que ver cómo la mira para darse cuenta de que no es normal -replicó Jessica.

-Vesey es basura -corroboró Richard -.Pero nunca se atrevería a hacerle nada a una niña que está bajo mi protección. A usted, mi querida señorita Maitland, no la preocupa enfadarme pero, a la inmensa mayoría de la gente, sí. Son un incordio, pero nada más. No tiene por qué preocuparse, se lo aseguro. Ahora, si me disculpa, después de haber pasado la velada en compañía de lord y lady Vesey, me encantaría encerrarme en mi estudio. A solas.

¡Como si ella lo hubiera obligado a soportar a los Vesey toda la tarde! Jessica contempló cómo salía del comedor. Pues bien, aunque el duque de Cleybourne creyera que Vesey no osaría contrariarlo, Jessica no estaba dispuesta a dejar que la vida de Gabriela dependiera por completo del concepto elevado que Cleybourne tenía de sí mismo. Se dio la vuelta y se dirigió a las habitaciones infantiles, donde pretendía encerrarse con Gabriela aquella noche.

5

RICHARD pasó el resto de la tarde en su despacho, repasando las cuentas de la finca. Su administrador le había llevado los libros poco después de su regreso al castillo, pero no se había molestado en mirarlos. No le había parecido importante, dadas sus intenciones. Pero aquella mañana, tras cabalgar por sus tierras y hablar con sus arrendatarios, le había picado la curiosidad.

Llevaba una hora en su despacho cuando oyó que llamaban a la puerta, y antes de que pudiera contestar, esta se abrió y lord Vesey asomó la cabeza.

-Ah, conque estás aquí, amigo mío. Sabía que debías de andar escondiéndote en alguna parte.

Con aire de sentirse muy satisfecho de su deducción, Vesey entró con paso alegre en el despacho y cerró la puerta. Richard profirió un gemido.

-¿Y no se te ha ocurrido pensar que podía estar escondiéndome por algún motivo?

-Buscaba un poco de soledad.

-¿De verdad? -repuso Vesey con indiferencia, mientras se sentaba en un sillón de orejas, frente al escritorio de Richard -.A mí nunca me ha gustado estar solo.

-Es una de tantas cosas en las que nos diferenciamos -se quedó mirando a Vesey, que paseaba la vista por la habitación. Por fin, tras un largo silencio, lo apremió -. ¿Y bien?

-¿Y bien, qué?

-¿Qué haces aquí? Sé que no buscas el placer de mi compañía, y como yo no obtengo ninguno de la tuya, me parecería más práctico que me dijeras a qué has venido y te fueras. ¿Qué haces en mi castillo? ¿Qué haces aquí sentado ahora mismo? -ya conocía la respuesta, por supuesto, pero pensó que la manera más rápida de zanjar aquel asunto era tomar el toro por los cuernos.

-Alabo a los hombres que hablan sin rodeos - dijo Vesey, tratando de desplegar una sonrisa juvenil. En su rostro pálido de labios delgados, resultaba una expresión extraña -.He venido a quitarte de encima a la niña.

-¿A quién?

Vesey lo miró con extrañeza.

-Ya sabes... A mí... prima.

-¿Cómo se llama?

-¿Que cómo se llama? Pues... Carson. No, Carstairs, ¡eso es!

-Su nombre de pila.

-¿Por qué diablos he de saberlo? -replicó Vesey con el ceño fruncido-. ¿Qué más da cómo se llame?

-Me intriga que quieras «quitarme de encima, como tú dices, a una jovencita que es una desconocida para ti.

-Bueno, verás, es mi prima. Segunda o tercera, por supuesto, no lo sé con exactitud. No importa. Soy el único familiar que le queda.

-La acompaño en el sentimiento.

Vesey se mostró ligeramente perplejo pero siguió hablando con valentía.

-Sí, bueno, cómo no. Es una pena que se muriera el viejo. La cuestión es que... ya sabes, la sangre tira. La niña debería estar con su familia y, como es lógico, quiero cumplir con mi deber.

-Ah, tu deber. Entiendo.

-Sí. Dudo que un hombre de tu posición quiera asumir la responsabilidad de educar a una jovencita. Sin esposa que se ocupe de ella. Será una carga para ti. Así que... -desplegó las manos como expresión de generosidad -.Por eso estoy dispuesto a quedarme con ella. Es una exigencia demasiado grande para alguien que no es de la familia.

-Y estoy seguro de que su abundante fortuna no tiene nada que ver con tu decisión -dijo Richard en una voz sedosa que habría puesto sobre aviso a cualquier hombre más avispado que lord Vesey. Este lo miró con incertidumbre...

-Ah, bueno...

Richard se levantó de su sillón, plantó los puños en la mesa y se inclinó hacia delante.

-Permíteme que me explique, Vesey. No dejaría a tu cuidado ni un perro, y mucho menos a una adolescente. Estoy al comente de tus vicios, y tu mujer tiene menos instinto maternal que una loba. ¡No pienso cederte la tutela de Gabriela! Hasta me ofende que me creas capaz de hacerlo, y si vuelves a plantear la cuestión, ordenaré que te echen. ¿Me he explicado bien?

Más pálido de lo habitual, lord Vesey se levantó de su silla.

-No hace falta que grites, querido amigo. No era más que una sugerencia. No sé por qué te preocupas tanto.

-Porque tengo escrúpulos, pero no espero que lo entiendas. Ahora, ten la amabilidad de salir de mi despacho antes de que ceda a mis impulsos más básicos y te eche a patadas.

Vesey rodeó la silla y lanzó una mirada prudente a Cleybourne.

-No hace falta llegar a las manos. Ya me voy.

Vesey abrió la puerta y salió al pasillo. Richard hizo una mueca y volvió a sentarse, felicitándose por haber resuelto el problema. Vesey comprendería que no tenía forma humana de hacerse con la tutela de Gabriela y se marcharía a la mañana siguiente.

Pero sus expectativas de haberse librado de los Vesey se vieron frustradas minutos después cuando la puerta se abrió sin ni siquiera un golpe de nudillos y lady Vesey entró con paso sigiloso. Richard se la quedó mirando, estupefacto. Leona se había cambiado de atuendo y llevaba un vestido de muselina tan claro y vaporoso que podía ver los círculos oscuros y rosados de sus pezones a través de la tela. La prenda de cintura alta le ceñía los senos, presionándolos tanto que parecían estar a punto de desbordarse. Se había retocado el peinado de forma ingeniosa, y un largo mechón rizado le caía sobre el escote.

-¡Richard! -exclamó, fingiendo sorpresa-. No sabía que seguías levantado. Venía a buscar un libro -cruzó el despacho hacia él, balanceando las caderas de forma provocativa-. No podía dormir...

-¿Ah, no? -Richard se levantó y se acercó a la campanilla para tirar del cordón con energía-. Lo lamento, pero utilizo mi despacho como lugar de trabajo más que como sala de lectura. Casi todos los libros se encuentran en la biblioteca, le pediré a uno de mis lacayos que le indique el camino.

La carcajada de Leona fue grave y ronca.

-Eres tan bromista, Richard... -se acercó a él y le puso una mano en el pecho -.No necesito un

lacayo. Prefiero que me guíes tú.

-¿De veras? Es que ahora mismo me disponía a acostarme.

-¿En serio? Qué interesante -Leona lo miró con sus ojos dorados llenos de promesas sexuales-. ¿No te apetecería un poco de compañía?

-Estoy acostumbrado a dormir solo, lady Vesey. En aquel momento, la puerta se abrió y entró su ayuda de cámara.

-¿Su Excelencia?

-Ah, Noonan. Lady Vesey no consigue conciliar el sueño. Pide que le preparen un vaso de leche caliente, ¿quieres? Ah, y enséñale dónde se encuentra la biblioteca.

-Enseguida, Su Excelencia.

-Ya está. Seguro que no tardará en quedarse dormida. Buenas noches, milady -le hizo una leve reverencia, se dio la vuelta y salió por la puerta dejándola estupefacta.

Jessica y Gabriela pasaron la mañana siguiente estudiando en el aula, con la esperanza de que cuando terminaran, los Vesey ya hubieran partido hacia Londres. Era casi mediodía, y Gabriela se estaba cansando de conjugar verbos franceses, cuando las sobresaltó un agudo chillido.

Jessica se puso en pie y. salió corriendo del aula con Gabriela pisándole los talones. Mientras corría, oyó gritar a un hombre:

-¡Auxilio! ¡Ayúdenme! Leona, cielito mío, ¿te encuentras bien?

No se oyó más respuesta que un gemido. Jessica intercambió una mirada de sospecha con Gabriela. Juntas bajaron la escalera más despacio. Cuando alcanzaron el rellano y bajaron la vista a la entrada, vieron a Leona Vesey caída al pie de la escalera. Su marido estaba arrodillado junto a ella, sosteniéndole la mano y dándole palmaditas.

Acababan de aparecer dos lacayos y, mientras Jessica contemplaba la escena, el duque apareció preguntando:

-¿Se puede saber qué pasa? ¿Quién ha gritado? Los criados que se habían congregado contemplaban fascinados el cuerpo tendido de Leona. En aquel momento, ella profirió un gemido y levantó un poco la cabeza.

-Te has caído, querida -le dijo lord Vesey-. Estábamos a punto de irnos, y tú bajabas la escalera un pelín deprisa, quizás. Resbalaste y te caíste. Gracias a Dios sigues con vida.

Richard se acercó con el ceño fruncido y se puso en cuclillas junto a ella.

-¿Puede moverse, lady Vesey?

-Creo... Creo que sí -Leona se llevó la mano a la cabeza con un ademán digno de una actriz consumada-. Dios mío, estoy un poco mareada. Richard, ayúdame a levantarme.

Alargó la mano hacia el duque y cuando este le ofreció el brazo, ella se inclinó ingeniosamente sobre él para obligarlo a abrazarla. El duque la soltó nada más levantarla pero, una vez más, Leona se llevó la mano a la cabeza y se dejó caer sobre Cleybourne con un gemido.

-Espera un momento -murmuró, y miró a Richard con los ojos muy abiertos-. Ahora mismo, todo me da vueltas. Debo de haberme golpeado la cabeza.

Jessica puso los ojos en blanco y su mirada volvió a cruzarse con la de Gabriela, que se

mostraba igual de recelosa. Siguieron bajando la escalera hasta los primeros peldaños.

Leona, con los ojos cerrados y la cara pálida, se recostaba en el pecho del duque. Este permanecía inmóvil, terriblemente incómodo.

-¿Puede andar, lady Vesey? -preguntó, y le retiró el brazo.

-Lo intentaré... si me ayudas -lo agarró del brazo antes de que lo retirara por completo y se apoyó en él mientras daba un paso vacilante. Profirió un gritito y perdió el equilibrio, y Cleybourne la sujetó para impedir que se cayera.

-¡Oh, no! -gimió, con la cabeza reclinada en el amplio pecho del duque-. ¡No puedo andar! Creo que me he roto el tobillo.

Las palabras de Leona provocaron un ceño tan borrascoso en el rostro de Cleybourne que Jessica tuvo que ahogar una risita.

-¡Dios mío! -exclamó Vesey-. Hay que avisar a un médico. Mi querido Cleybourne...

-¡Sí, sí! -le espetó Richard, y se volvió hacia uno de sus criados mientras Leona seguía aferrándose a él-. ¡Blake! Dile a uno de los mozos de cuadra que vaya a buscar al doctor Houghton.

-Será mejor que vuelvas a la cama, querida - anunció lord Vesey con voz lastimera -. ¡Y pensar que estábamos a punto de ponemos en camino!

-Sí -corroboró Richard con ironía-. Una coincidencia asombrosa.

Vesey lo miró con expresión afable, y Leona aprovechó la oportunidad para rodear el cuello de Cleybourne con la mano.

-Llévame en brazos, Richard, por favor -lo miraba con ojos suplicantes y llorosos -. Me duele mucho cuando ando.

-No lo dudo -Richard volvió a dirigirse a sus criados-. Hobbs, Williams. Subid a lady Vesey a su habitación -y la dejó en manos de los dos lacayos-. Enviaré a una de las doncellas para que la ayude -le prometió.

Jessica reprimió otra risita al ver la expresión estupefacta de lady Vesey.

-Imagino que querrás estar con ella cuando llegue el médico, Vesey -prosiguió Richard.

-¿Cómo? Ah, sí. Supongo que sí -a lord Vesey no parecía agradarle mucho la idea, pero se dio la vuelta y siguió a los dos lacayos que acarreaban a lady Vesey escaleras arriba. El grupo pasó de largo a Jessica y a Gabriela. Cuando Jessica se volvió hacia el duque, lo sorprendió mirándola.

-Sospecho que nuestros invitados se quedarán un poco más de lo esperado -dijo Cleybourne con clara contrariedad. Posó la mirada en Gabriela, que estaba en el peldaño superior, pero la desvió enseguida-. ¡Baxter! -gritó-. ¡Envía a una de las doncellas a la habitación de lady Vesey!

-Será mejor que no le importe que la abofeteen -dijo Jessica con aspereza, irritada por el desaire que el duque acababa de hacerle a Gabriela.

-¿Cómo dice? -Richard se volvió nuevamente hacia ella..

-Lady Vesey no estaba de muy buen humor... Seguramente por lo mucho que le duele su «tobillo roto»: Y he notado que suele descargar su mal genio con los criados.

Richard se la quedó mirando un momento; después, le dijo a Baxter:

-Manda a Katy, y dile que si lady Vesey le da una bofetada, tiene mi permiso para romperle el otro tobillo dicho aquello, se alejó rápidamente.

Jessica se volvió hacia Gabriela; no sabía qué decir para disculpar el desaire de Richard. Gabriela se había quedado mirando cómo se alejaba, y la triste soledad que reflejaban los ojos grises de la niña le encogió el corazón.

-Lo siento, Gaby -empezó a decir, y la agarró del brazo.

-¿Por qué no le caigo bien? -preguntó, y se volvió hacia su mentora y amiga.

-No es eso; por favor, créeme.

-Sí, tiene que ser. Todavía no me conoce. No ha hablado conmigo. Ha sido la primera vez que lo he visto de cerca.

-Ha sido una grosería por su parte, pero no es un hombre sociable. Está acostumbrado a llevar una vida solitaria. Tengo entendido que, durante los últimos años, ha vivido como un ermitaño, sin salir, sin ver a nadie salvo a unas cuantas personas.

-No preciso que converse mucho conmigo -le explicó Gabriela con fervor-. Pero es que... ¡era el amigo de mi padre! Quería... pensaba que me querría por eso. Que querría educarme. Pensaba que, en cierto sentido, sería como volver a tener un padre. Ya sé lo que debe de ser, al menos un poco, tener una madre, porque usted lo ha sido para mí, señorita Jessie. Y pensé que él podría ser un padre. O, al menos, algo parecido.

Conmovida, Jessica le rodeó la cintura con el brazo y la abrazó.

-Tú eres igual que una hija para mí. Pero puede que el duque no sea capaz de comportarse así contigo. El ama de llaves me contó que su mujer y su hija fallecieron hace cuatro años y que, por lo visto, aún no lo ha superado. Creo que es eso lo que lo impulsa a no hablar contigo. Le resulta doloroso porque su hija murió y la echa de menos.

-Vaya -Gabriela miró a Jessica y, aunque seguía reflejándose dolor en su mirada, también había cierto alivio-. Entonces, no es solo a mí a quien no quiere ver, sino a cualquier adolescente.

-Creo que no es una cuestión de querer sino de temer. Teme el dolor que sentiría. Pero sí, pienso que le ocurriría lo mismo con cualquier niño o adolescente. Y también está pensando en ti. A pesar de lo grosero y testarudo que pueda ser, creo que lo preocupa tu bienestar. Sabe que nunca sale, que no recibe a nadie, que no asiste a ninguna fiesta. Sería una vida muy solitaria para ti.

-¡Pero a mí no me importan esas estúpidas fiestas!

-Ahora mismo, no. Pero créeme, dentro de unos años, serán el centro de tu existencia. Lo siento. Sé que esto es muy difícil para ti, Gaby. Quieres tener un hogar, un sitio al que pertenecer, volver a tener una familia. Pero será mejor esperar un poco más a tener la casa apropiada, y no a cambiar de casa dentro de unos años para que puedas hacer tu presentación en sociedad como es debido. El duque mencionó a su cuñada y, por lo que me ha contado el ama de llaves, parece una mujer sensible. Así que podría ser una solución aún mejor.

-Tal vez -reconoció Gabriela a regañadientes.

-Bueno, creo que esto ha sido toda la diversión que tendremos hoy. Es hora de regresar a nuestras lecciones.

Gaby suspiró y asintió, y las dos se dieron la vuelta y empezaron a subir las escaleras.

A Jessica no la sorprendió que, durante el resto del día, lady Vesey lograra desbaratar la rutina de la casa. Mantuvo ocupados a los criados tocando la campanilla. Quería algo de comer, algo de beber; nada de lo que le servían estaba a su gusto... necesitaba que le ahuecaran las almohadas, había que cambiar las sábanas... La lista parecía inacabable.

Al final, tras varias horas tediosas metida en la cama, Leona comprendió que, aunque había conseguido permanecer en el castillo de Cleybourne, no podía desplegar sus encantos con el duque. Pensó que la visitaría para interesarse por su estado, pero no lo había hecho. Cuando preguntó por él, la doncella le informó que estaba trabajando en su despacho, repasando los libros con el administrador del castillo.

A media tarde, Leona decidió cambiar de escenario y pidió a los lacayos que la trasladaran a la planta baja. La instalaron en el diván de terciopelo azul de uno de los saloncitos, y se colocó las faldas de forma seductora en torno a las piernas, dejando al descubierto el tobillo desnudo sobre el pequeño cojín en que lo apoyaba.

-Sin embargo, el duque seguía sin aparecer, y con cada segundo que pasaba, Leona estaba más malhumorada y aburrida. Al final, no le quedó más remedio que hablar con Vesey, que entró para ver cómo estaba. A este se le ocurrió requerir la presencia de la institutriz y de la niña.

-Sería muy natural que los primos de la pequeña se interesaran por ella. A los niños siempre se los obliga a hablar con familiares ancianos y soporíferos.

-¿Es que me incluyes en esa categoría? -preguntó Leona con voz gélida.

-En absoluto, querida. Solo intento decirte que no me importaría ver a la cría. Así podríamos hacemos amigos suyos, por decirlo así. La hará sentirse importante si habla con nosotros.

-Bueno, ¿qué se le dice a una niña? -gimió Leona-. Me he pasado la vida esquivándolas.

-Toda la vida, no -señaló su marido-. Tú también fuiste una niña. Y estoy segura de que tratabas con gente de tu edad.

-Y debía de ser terriblemente aburrido. Vesey, no me ayudas nada. ¿Qué me dices de la institutriz? No quiero tener que charlar con ella.

-Bueno, ¿con quién si no vas a hablar? ¿Con los criados? Al menos, la pelirroja proviene de una buena familia. Su tío es noble.

-¿Y se gana la vida como institutriz? Qué idiotez. -No, es cierto. Hace años, su padre estuvo envuelto en un escándalo. Todo el mundo le dio la espalda, por supuesto. Pero un pequeño escándalo no debería molestarte, mi amor.

Leona hizo una mueca.

-Estoy segura de que no fue un escándalo interesante, parece doña Remilgos -suspiró ante la perspectiva de pasar el resto de la velada con Vesey-. Está bien, invítalas a venir.

Vesey accedió de buena gana y, pocos minutos después, Jessica y Gabriela entraron en el pequeño salón. Estaban, pensó Leona, frescas como una lechuga e igual de insípidas, pero sería divertido ver a Vesey haciendo el ridículo tratando de meterse a la niña en el bolsillo.

Jessica y Gabriela se sentaron en el confidente que se encontraba frente a Leona, Jessica entre Gabriela y la silla que ocupaba Vesey. Su primera reacción había sido no responder a la arrogante llamada de lord Vesey, pero razonó que no podrían eludirlo día tras día y que, si no realizaban aquella visita formal, Vesey acabaría subiendo a las habitaciones infantiles. Aquella perspectiva era

aún peor, porque no podría irse con Gabriela cuando quisiera alegando cualquier excusa. Así que, al final, bajó con Gabriela al saloncito azul.

Al parecer, Baxter se había encargado de informar a Cleybourne de su inminente conversación con los Vesey, porque apenas habían transcurrido un par de minutos cuando el duque en persona entró en el salón.

Paseó la mirada por la habitación. Lord Vesey, que estaba a punto de trasladarse a una silla más próxima a Gabriela, permaneció donde estaba. Jessica se enderezó en el asiento y lo miró con expresión casi desafiante. Gabriela, por su parte, lanzó una mirada nerviosa a su institutriz. Leona, sin reparar en nadie más, sonrió a Cleybourne y ajustó su postura en el sofá para realzar la preciosa y seductora curva de su figura postrada.

-Richard -dijo en voz baja e íntima-. Has sido muy travieso al dejarme aquí sola todo el día.

-¿Sola? En absoluto, lady Vesey -contestó Richard, y miró a los demás-. Señorita Maitland, señorita Carstairs. Vesey.

Gabriela se volvió hacia Jessica.

-¿Puedo retirarme ya? Debería subir a terminar mis lecciones.

-Sí, por supuesto, querida -Jessica también se puso en pie cuando Gabriela se levantó de golpe y salió con paso rápido del saloncito-. Yo también debo irme. Si me disculpan...

-No, espere, no se vaya -dijo Cleybourne-. Quédese aquí. Eh... Desearía hablar con la señorita Carstairs.

Jessica se lo quedó mirando, demasiado atónita para hacer algo que no fuera asentir y volver a sentarse. Cleybourne se dio la vuelta y siguió a Gabriela al vestíbulo. La alcanzó al pie de la escalera. -¡Señorita Cars...! ¡Gabriela! Espera.

Gabriela se quedó petrificada, con un pie en el primer peldaño, y giró en redondo. Recordó sus modales y le hizo una pequeña reverencia.

-¿Sí, Su Excelencia?

-Me ha parecido que salías de la habitación porque yo acababa de entrar -empezó a decir Cleybourne.

-Lo siento. ¿He sido grosera? -Gabriela lo miró con incertidumbre-. No era mi intención. Es que... Bueno, pensé que no le agradaría mi presencia.

Una mirada de pesar afloró en el rostro de Cleybourne.

-Temía que fuera ese el motivo. Siento mucho haberte dado esa impresión -guardó silencio un momento y, después, prosiguió con rigidez-. Te he seguido porque quería disculparme.

-¿Ah, sí? -Gabriela lo miraba con asombro.

-Sí. Me he dado cuenta de que... de que he sido un grosero contigo esta mañana. Me sobresaltó verte y... y no sabía qué decir. He estado pensándolo desde entonces y me siento como... en fin, como si hubiera sido un monstruo contigo.

-En absoluto -lo tranquilizó Gabriela-. Al principio, pensé que yo no le agradaba, pero la señorita Jessica me lo explicó.

De modo que se llamaba Jessica. Le pegaba. «Jessica...». Pronunció el nombre en su cabeza.

-¿Ah sí? ¿Y qué te dijo tu señorita Jessica?

-Que iba a renunciar a mi tutela por mi bien, porque debería tener un hombre casado como tutor,

para que su mujer pudiera ayudarme en mi presentación en sociedad.

-Exacto -Richard exhaló un pequeño suspiro de alivio, un tanto sorprendido de que la institutriz lo hubiera defendido.

Contempló a Gabriela con disimulo. Era mayor de lo que Alana habría sido si hubiera vivido. Alana habría tenido siete años, la mitad de la edad de aquella niña. Aun así, no podía mirarla, ni pensar en ella, sin evocar a su hija.

Aunque también se diferenciaban físicamente. Alana, al igual que sus padres, había tenido el pelo de color negro azabache, con ojos de color avellana. Su alegre y pequeño rostro, con las mejillas sonrosadas y regordetas, tampoco se parecía al de Gabriela. Esta lo miraba con ojos grises y solemnes, y un rostro en forma de corazón enmarcado por cabellos lisos de color castaño claro.

-Pero le dije que no eran más que tonterías -prosiguió Gabriela, echando a perder la esperanza de Richard de que hubiera comprendido y aceptado sus motivos para buscar otro tutor-. Será mucho más fácil encontrar una dama que me guíe en mi entrada en sociedad dentro de cuatro años que persuadir a alguien de que acepte mi tutela durante los próximos siete.

-Sería mejor para ti que no tuvieras que cambiar de hogar -empezó a decir Richard con voz persuasiva, pero se interrumpió al ver la mirada escéptica de Gabriela.

-¿Y es por eso por lo que no ha querido verme ni hablar conmigo?

Aunque hablaba con serenidad, no podía disimular por completo el dolor que le había causado su indiferencia. A Richard se le encogió el corazón.

-Lo siento -repitió-. He sido muy egoísta. No me había parado a pensar en cómo te haría sentir. Pero te aseguro que no es por tu culpa.

-La señorita Jessica me dijo que tenía una hija que murió. Me dijo que era por eso. ¿Es porque no me parezco a ella?

-No, no es por ti. La culpa es toda mía. Temía... temía sufrir al verte, al estar contigo. Porque me recordarías a Alana.

-Lo siento. No quiero ponerlo triste.

Richard esbozó una sonrisa.

-Y no lo haces. Si te soy sincero, no es Alana a quien me recuerdas, sino a tu padre.

-¿En serio?

-Sí. Tienes sus mismos ojos. Solía mirarme con tu misma solemnidad cuando le proponía una estupidez. Era más sensato que yo. Pero después sonreía, y le brillaban los ojos y elevaba la comisura de los labios. Sí, justo así.

Gabriela rió entre dientes.

-¿De verdad? ¿De verdad me parezco a él?

-Los ojos son los mismos. Pero las facciones son las de tu madre que, dicho sea de paso, era una mujer muy atractiva.

-Es cierto -corroboró Gabriela, con un ápice de orgullo en la voz-. Pero no estaba segura de parecerme a ella. El general dijo que sí, pero pensé que solo lo decía por educación.

-Bueno, no tienes que preocuparte por eso conmigo -la tranquilizó Richard-, ya que los dos sabemos que no suelo ser educado.

Gabriela rió.

-Me cae bien.

-¿Ah, sí? Entonces, eres una jovencita muy comprensiva, porque me he comportado de forma abominable contigo.

-Echa de menos a su hija. Lo entiendo, yo echo de menos al general -desplegó una pequeña sonrisa-. Pero... me alegro de haberlo conocido.

-Y yo a ti -Richard empezó a darse la vuelta, pero se detuvo-. Tal vez...

-¿Sí? -Gabriela lo miraba con expectación. -Estaba a punto de salir a dar un paseo por el jardín cuando Baxter me habló del cónclave que estaba teniendo lugar en el saloncito azul. Estoy seguro de que no me echarán de menos si doy ese paseo ahora, pero puede que... quieras acompañarme. Podría hablarte de tu padre. ¿Te gustaría?

-¡Mucho! -Gabriela juntó las palmas con ojos centelleantes-. ¡Me encantaría!

Richard sonrió.

-Muy bien. Entonces, ve por tu abrigo y nos escabulliremos por la puerta de servicio.

6

LOS minutos transcurrían lentamente mientras los ocupantes del saloncito permanecían sentados con rigidez, hablando poco, los tres absortos en sus pensamientos. Jessica no entendía dónde podía haberse metido el duque, aunque albergaba la esperanza de que, efectivamente, hubiera hablado con Gabriela. Por otro lado, no podía evitar recriminarle que la hubiera dejado soportando la compañía de los Vesey.

Vesey apenas abría la boca, claramente aburrido, y aunque lady Vesey trababa conversación, siempre giraba en tomo a ella y a los horribles inconvenientes de tener que estar inmovilizada por un tobillo lastimado.

-El médico dice que no está roto -les informó, y con sus cejas enarcadas expresaba lo poco que confiaba en su diagnóstico -. Pero no lo entiendo, un esguince no me dolería tanto.

Jessica lanzó una mirada al tobillo de Leona, apoyado como lo tenía en un cojín.

-Es increíble lo poco hinchado y magullado que lo tiene -comentó con ironía. Leona la miró con ojos entornados.

-Sí, ¿verdad? En ese sentido he sido muy afortunada.

-Bueno, los médicos de la campiña no siempre son los mejores -se compadeció Jessica -.Debería ir a Londres... para poder visitar a un médico eminente.

Una intensa antipatía chisporroteó en los ojos de Leona.

-Y usted debería aprender a tener la boca cerrada cuando está en compañía de sus superiores.

-Y eso hago -repuso Jessica con fluidez.

Leona tardó un momento en comprender el insulto que Jessica acababa de dirigirle, pero antes de que pudiera formular una réplica airada, se oyeron pasos en el vestíbulo y Duncan, uno de los lacayos, entró en el salón sonriendo con puro deleite.

-¡Su Excelencia! Ha llegado lady Westhampton -se detuvo en seco, y paseó la mirada por la habitación con perplejidad.

Una mujer alta entró en el salón azul detrás de él. Llevaba una capa negra de lana, con ribete de marta y la capucha quitada. Era muy bella, con luminosos ojos verdes y pelo tan negro como su capa.

-Ri... -ella también se detuvo en seco al ver que Cleybourne no estaba en el salón. Su mirada se posó en Jessica con perplejidad y, después, en Leona. Se puso rígida y enarcó una elegante ceja con estupefacción. Era evidente que la sorpresa que le producía la presencia de lady Vesey no era agradable.

-Le ruego que me perdone, milady -se disculpó Duncan-. Pensaba que el duque estaba aquí. Iré... iré a buscarlo y le diré que lo está esperando. ¿Puedo llevarme su abrigo?

-Gracias -dijo la mujer con una sonrisa afable; se quitó la capa y se la pasó al lacayo antes de volver- se hacia Leona. Llevaba un vestido moderno de un intenso color esmeralda que intensificaba el color verde de sus ojos-. Caramba, lady Vesey -dijo en tono desabrido y frío-. Es una sorpresa encontrarla aquí -inclinó ligeramente la cabeza hacia el marido de Leona-. Lord Vesey -se volvió

hacia Jessica, y se presentó con cuidadosa voz neutral-. Soy Rachel, lady Westhampton, cuñada de Cleybourne.

-Encantada de conocerla. Soy Jessica Maitland.

-Una institutriz -señaló Leona en tono desdeñoso.

-¿Una institutriz? -repitió Rachel sin comprender.

-Sí. Mi discípula es la pupila del duque.

Lady Westhampton estaba aún más desconcertada. Miró a Leona como si buscara una confirmación, y lady Vesey se encogió de hombros.

-Sí. La niña es pariente de Vesey.

-Entiendo -dijo lady Westhampton, aunque era evidente por su tono de voz que no entendía nada-. Es un placer conocerla, señorita Maitland. Lo siento, confieso que estoy un poco confusa. Cleybourne no me había dicho que tuviera una pupila.

-Gracias. Para mí también es un placer; Su Excelencia habla muy bien de usted. Y la señorita Carstairs, mi discípula, hace poco que es su pupila.

-Entonces, por eso ha venido al castillo... para conocer a su pupila -Rachel parecía ligeramente aliviada-. Me envió una nota antes de venir, pero no me explicaba el motivo de su viaje.

-No, el duque no nos esperaba -le explicó Jessica-. Su Excelencia y el padre de Gabriela eran amigos, pero este murió.

-Ah. ¿Quiere decir que es la hija de Roddy Carstair?

-Sí.

-Pero Roddy murió hace ya algunos años...

-Sí. Su padre había designado al tío abuelo de Gabriela, el general Streathern, para que fuera su tutor. También designó al duque de Cleybourne para que asumiera la tutela si el general no podía ocuparse de su hija.

-Entiendo.

-Hace seis años que soy institutriz de Gabriela, desde que el general la acogió en su casa. Por desgracia, el general falleció hace unos días.

-Vaya, lo siento mucho -Rachel se acercó y se sentó junto a Jessica en el confidente, con semblante compasivo-. Pobre niña.

-Sí -asintió Jessica, y pensó que lady Westhampton parecía una mujer muy agradable.

-Entonces... -Rachel miró a los Vesey-. ¿Vinieron los cuatro juntos?

Leona resopló con escasa feminidad.

-No, por supuesto que no. Viajamos en nuestro propio carruaje.

-Nos perdimos y acabamos aquí, ¿sabe? -le explicó Vesey.

-Fue una tremenda coincidencia -añadió Jessica.

-Sí. Me lo imagino.

-Lady Vesey se cayó y se lastimó el tobillo esta mañana -prosiguió Jessica.

-Así que, como es natural, hemos tenido que quedamos aquí -terminó Vesey -.No podíamos obligar a Leona a viajar con el tobillo herido.

-Por supuesto que no -Rachel contempló con cierto escepticismo el tobillo levantado de Leona.

Esta se lo cubrió con el vestido con irritación, y anunció: -Estoy muy molesta. Vesey, llama a los

lacayos. Creo que debo subir otra vez a descansar.

-Por supuesto, querida -dijo su marido, y obedeció con diligencia.

Jessica estaba convencida de que sin la presencia de Gabriela, Vesey tenía los mismos deseos de permanecer en el salón que Leona sin la presencia del duque. Lady Westhampton y Jessica contemplaron con una mezcla de regocijo e irritación la retirada de lady Vesey. Requería dos lacayos, una doncella que le llevara el cojín y las sales, y a lord Vesey dirigiendo la maniobra.

Cuando por fin desaparecieron, Rachel se volvió hacia Jessica.

-No sabe cuánto me alegro de que Cleybourne tenga una pupila. Le animará la vida, creo, le dará una... una...

-¿Una razón para vivir? -dijo Jessica, sin parar- se a pensar. Lady Westhampton abrió los ojos de par en par, y tomó aire con brusquedad.

-¿Qué quiere decir? -alargó la mano para apoyarla en el brazo de Jessica-. ¿Ha ocurrido algo? ¿Es que Richard...?

-Lo siento -se apresuró a decir Jessica-, no debería haberme precipitado. No quiero alarmarla.

-Prefiero alarmarme a no saber lo que ocurre. Por favor, cuénteme por qué ha dicho eso.

-¿Puedo hablarle con franqueza, lady Westhampton?

-Se lo ruego.

-La señorita Brown me contó que usted... temía que el duque quisiera lastimarse.

-Cierto. Quiero mucho a Richard, es como un hermano para mí. Los últimos cuatro años han sido muy duros para él. Y, últimamente, estaba aún peor, como si hubiera perdido la esperanza de rehacer su vida. Después, cuando mis criados me entregaron su nota, me quedé muy preocupada. Hace años que no vive aquí, y no entendía por qué había decidido volver tan de repente... y en esta época del año, el aniversario de la muerte de Caroline. Me daba escalofríos. Por eso he venido. Estaba visitando a mi hermano Dev y a su mujer, que acaban de contraer matrimonio, y pensaba seguir mi camino a Westhampton House para pasar allí la Navidad. Pero estaba tan preocupada...

-Lady Westhampton, temo que sus miedos no sean infundados.

Un espasmo de dolor recorrió los hermosos rasgos de la mujer.

-¿Piensa quitarse la vida?

-La otra noche, bajé a la biblioteca para escoger una lectura y pasé delante de su despacho. El duque estaba sentado detrás del escritorio, bebiendo, con un estuche de pistolas de duelo abierto sobre la mesa. Dijo que solo iba a limpiarlas, pero su expresión al contemplar el arma que sostenía en la mano, y con lo que la señorita Brown me había contado...

-¡Oh, no! Me lo temía. Su nota parecía una des- pedida, y no solo por las fiestas navideñas.

-Puede que sea por eso por lo que no quiere aceptar a Gabriela como pupila. De hecho, mencionó su nombre como posible sustituta...

Lady Westhampton la miró sorprendida; después, pensativa.

-Bueno, supongo que podría hacerme cargo de ella pero... Sería mucho mejor para Richard que la criara él.

-Eso decía la señorita Brown. Aunque creo que no hará nada extremo hasta que Gabriela y yo nos hayamos ido...

-Sí, es un hombre muy responsable. Ya sé, si me ofrece la tutela de la niña, me negaré, y así

tendrá que buscar a otra persona. O mejor... -su rostro se iluminó-. Le diré que es una decisión muy importante, y que debo consultarla con mi marido. Así postergaré sus planes hasta después de Navidad. Luego, si me niego, tendrá que buscar a otra pareja, yeso requerirá tiempo -suspiró-. Pero ojalá pudiera disuadirlo en lugar de frenarlo temporalmente.

-Yo que usted no perdería la esperanza, milady. La otra noche, cuando pensé que estaba a punto de quitarse la vida, logré distraerlo.

-¿Distraerlo? -repitió lady Westhampton con perplejidad. Jessica asintió.

-El duque y yo... En fin, creo que tiendo a exasperarlo.

-¿A Richard? -Rachel parecía asombrada-. Si es un hombre muy afable... No muy sociable últimamente, lo reconozco, pero jamás irritable.

-No lo dudo, pero le desagrada mi forma de ser. Mi franqueza. Siempre que hablamos acabamos discutiendo.

-Caramba.

-Así conseguí distraerlo. Lo critiqué por intentar suicidarse, y se puso furioso. Acabó dando un portazo.

-¡Dios mío!

-Pero dejó de pensar en la muerte.

Rachel se quedó mirando a Jessica un largo momento, y una leve sonrisa empezó a formarse en las comisuras de sus labios.

-¿Es esa su estrategia, entonces, tenerlo malhumorado a todas horas?

Jessica rió.

-Me temo que ni siquiera yo soy capaz de tamaña proeza. Aun así, ayer salió a pasear a caballo por sus tierras, y a Baxter le pareció una buena señal. Era la primera vez que lo hacía desde su regreso. A veces, nuestros seres queridos, en su afán de resguardamos del dolor, nos quitan responsabilidades que, en realidad, nos ayudarían a superar nuestro sufrimiento.

-Puede que tenga razón. Es un hombre muy querido por todos, puede que lo hayamos protegido demasiado.

-Además -añadió Jessica con una sonrisa pícara-, con lady Vesey en el castillo será muy fácil enojarlo.

Sus palabras arrancaron una carcajada a Rachel.

-¿Qué está haciendo esa mujer aquí? Su atrevimiento no tiene límites, porque estoy segura de que Richard no la ha invitado. No querrá atraparlo en sus redes... -lady Westhampton se estremeció-. Debe de andar buscando a un hombre rico que la mantenga ahora que está sin Dev, pero... ¿Richard? ¿Acaso no sabe que la desprecia? Todos en la familia la aborrecemos.

De pronto, Jessica ató cabos sobre algunos de los rumores que su amiga Viola le había contado en sus cartas. Lady Vesey había mantenido un idilio público durante años con el conde de Ravenscar, Devin Aincourt, que la había dejado hacía unos meses al casarse con una heredera norteamericana. Los rumores habían cautivado a toda la nobleza. En aquellos instantes, Jessica comprendió que el «hermano Dev» del que hablaba lady Westhampton no era sino el Devin Aincourt que había estado durante tanto tiempo bajo el hechizo de lady Vesey.

-Creo que a lady Vesey le cuesta trabajo creer que un hombre pueda resistirse a sus encantos -

repuso Jessica-. Desde luego, flirtea con él como una posesa siempre que aparece -sonrió-. Pero he notado que el duque la rehúye.

En aquel momento, Baxter entró en el saloncito con la bandeja del té y unas fuentes de sándwiches y pastas.

-Pensé que les apetecería un refrigerio, milady - dijo, sonriendo a Rachel.

-Gracias, Baxter. Tienes razón, como siempre. Me alegro tanto de verte...

Baxter dejó la bandeja sobre la mesa de centro situada delante del sofá.

-Igualmente, lady Westhampton. Sé que Su Excelencia se alegrará de tenerla aquí. He encargado a uno de los lacayos que vaya a buscarlo; estaba paseando por el jardín con la señorita Gabriela.

-¡Con Gabriela! -exclamó Jessica con perplejidad. Baxter se volvió hacia ella con una sonrisa y una mirada significativa.

-Sí, señorita. Con la señorita Carstairs.

Sus palabras fueron confirmadas un momento después cuando el duque en persona entró en el salón con Gabriela pisándole los talones.

-¡Rachel!

Por primera vez desde que lo conocía, Jessica vio cómo a Cleybourne se le iluminaba el rostro con una sonrisa. Resultaba increíble lo apuesto que estaba cuando sonreía. La felicidad alteraba sus rasgos, suavizando las líneas duras de sus mejillas y mandíbulas. Jessica sintió un curioso hormigueo.

-Es maravilloso volver a verte -dijo mientras se acercaba a lady Westhampton, que se había puesto en pie al verlo entrar en el salón. Richard le puso las manos en los hombros y se inclinó para besarla en la mejilla.

A Jessica le invadió otro sentimiento mucho menos agradable. De pronto, se le ocurrió pensar que el duque podía profesarle a lady Westhampton sentimientos no precisamente fraternales. Se parecía mucho físicamente a su difunta hermana; incluso Jessica, que no había conocido a la duquesa, apreciaba la semejanza. Quizá lady Westhampton no fuera tan llamativa como la mujer de Cleybourne, ya que tenía los rasgos más suaves, pero los ojos y el pelo eran del mismo color, y sin duda habría otras similitudes, como el tono de voz, o incluso la risa.

Habiendo amado a su mujer con tanta hondura, a Jessica le parecía razonable que el duque se sintiera atraído por aquella mujer que tanto se parecía a la duquesa. ¿La amaría en secreto?

El duque se volvió y clavó su mirada en Jessica. Esta se puso en pie, repentinamente incómoda. Debía de contrariarlo encontrarla allí; pensó, y la sorprendió el dolor que le producía aquella idea.

-Discúlpenme. Estoy segura de que querrán conversar a solas. Si me permiten...

-No, no se marche -protestó lady Westhampton -.Ni siquiera hemos tomado el té. Dile que se quede, Richard.

-Sí. Por supuesto que debe quedarse, señorita Maitland. Tomaremos el té los cuatro juntos - Cleybourne parecía casi jovial. Se volvió y le tendió la mano a Gabriela, indicándole que se acercara-. Rachel, quiero presentarte a Gabriela Carstairs. Es la hija de Roddy Carstairs. ¿Te acuerdas de ella?

-Sí, cómo no voy a acordarme. La señorita Maitland me estaba hablando de ti, Gabriela -Rachel sonrió con afecto-. Es un placer conocerte.

-El placer es mío, milady -repuso Gabriela, y realizó una reverencia perfecta.

-Te pareces mucho a tu madre -prosiguió Rachel-. Pero tienes la mirada de Roddy.

-Eso mismo ha dicho el duque -señaló Gabriela con alegría.

-Sentaos y tomaremos el té -Rachel emprendió el ritual de llenar las tazas-. Espero que estés disfrutando de tu estancia en el castillo, Gabriela. A mí me resulta un poco medieval.

-Eres injusta, Rachel. Es un lugar bastante acogedor -protestó Cleybourne. Rachel rió.

-Sí, si un montón de piedras te parece acogedor.

El duque posó la mirada en Jessica, que lo estaba observando. «Jessica...». Desde que sabía su nombre, sentía deseos de pronunciarlo. Tenía unos luminosos ojos azules y serenos que parecían conocer todos sus secretos. De pronto, Richard evocó el sueño que había tenido la otra noche y la expresión de aquellos ojos al mirarlo en el frenesí de la pasión. Se sonrojó y bajó la vista con rapidez.

-Me... me sorprende verte aquí, Rachel. Creía que te dirigías a Westhampton House para pasar la Navidad con Michael.

-Bueno, sí, eso pienso hacer. Pero primero, fui a visitar a Dev y a Miranda a Derbyshire. Allí recibí la nota en la que me comunicabas tu intención de regresar al castillo, así que me pareció la oportunidad perfecta para hacerte una visita de camino a Westhampton House.

-¿No es un gran rodeo viajar desde Derbyshire hasta el Distrito de los Lagos pasando por Yorkshire? -comentó Cleybourne con ironía, y sonrió un poco para restar mordacidad a sus palabras.

-Bueno, ya me conoces. Michael dice que no tengo sentido de la orientación.

Después, el duque se interesó por la visita de Rachel a los recién casados.

-Dev me ha escrito que es una mujer incansable. Deduzco que lo tiene a raya.

-Miranda tiene una vitalidad desbordante, y es una mujer muy práctica e inteligente -la defendió Rachel-. Además, comprende a Dev y lo quiere con locura. Dev ha vuelto a pintar.

-Lo sé, me envió un retrato de Miranda. Al parecer, uno de los muchos que ella le ha inspirado. Era excelente, como todas sus obras. Aunque ahora pinta con más madurez.

-Sí. Lo noto cambiado, con más hondura de espíritu. Gracias a Miranda.

-Bueno, ella siempre será una santa para ti -dijo Richard con leve tono jocoso-, ya que venció a la temible Leona.

-Salvó a Dev -se limitó a decir Rachel.

-Sí, creo que sí. Y por eso debemos estarle eternamente agradecidos.

-En cuanto a Leona -prosiguió Rachel con severidad-, no puedo creer que la hayas permitido alojarse aquí. Ni a ella ni a Vesey.

-Ojalá no hubieran venido -repuso Richard con sinceridad-. Pero la señorita Maitland es testigo de que no he podido deshacerme de ellos. Su audacia no tiene límites. Ella fingió la caída.

-¿Insinúa que, en realidad, no se ha lastimado el tobillo? -preguntó Jessica con regocijo en la mirada.

Cleybourne le lanzó una mirada sarcástica.

-Estoy seguro de que su tobillo ha sufrido lo mismo por la caída que su corazón por Dev, pero no puedo demostrarlo. El médico dijo que no estaba roto, pero ella gimió y lloriqueó, sin duda después de haberse desabrochado los primeros botones del corpiño, y el hombre concluyó que debía de

habérselo torcido -hizo una mueca-. Bueno, una torcedura no dura eternamente. Con suerte, se aburrirá tanto que se marchará dentro de poco.

Habían terminado el té, y Jessica aprovechó la oportunidad para retirarse alegando que Gabriela y ella debían retomar sus lecciones. Lady Westhampton las despidió con afecto y sinceridad.

-La señorita Maitland me parece una mujer muy agradable -le dijo Rachel a su cuñado, mientras lo observaba con disimulo-. Aunque no parece una institutriz, es demasiado hermosa, ¿no te parece?

Richard, que se había quedado mirando el umbral por el que Gabriela y Jessica habían desaparecido, miró a Rachel.

-¿Cómo? Sí, supongo que sí -dijo con estudiada naturalidad-. Nunca me han llamado la atención las pelirrojas.

-Tiene un aire refinado.

-¿Refinado? No sé si la calificaría de esa manera. Pero proviene de una buena familia, si es a eso a lo que te refieres. Su tío es un lord, pero su padre se vio envuelto en un escándalo hace años y perdió todo su dinero y posición.

-Qué lástima.

-Sí. Por eso se hizo institutriz.

-Pues me cae bien -insistió Rachel-. Habla sin rodeos, pero es muy agradable, y tiene buen sentido del humor.

Richard resopló.

-¡Y tanto que habla sin rodeos! Es la mujer más deslenguada que he tenido la desgracia de conocer.

-¿No te agrada?

.Richard gruñó.

-Dice lo que piensa sin la menor diplomacia ni educación. Es contestataria y obstinada en extremo, no sé cómo ha podido conservar su puesto de institutriz. El general Streathern debía de ser el hombre más paciente y menos exigente de todo el reino.

-¿No te parece una buena institutriz? -preguntó.

Rachel con inocencia-. En ese caso, deberías deshacerte de ella. No querrás que tu pupila reciba una educación insuficiente...

-No puedo hacer eso -protestó Richard-. Ha estado con la niña desde que tenía ocho años. Gabriela ya ha perdido a muchos seres queridos, no voy a exponerla a otra separación dolorosa.

Richard vaciló. Sabía que aquel era el momento de revelarle a su cuñada que no pensaba ser el tutor de Gabriela; a fin de cuentas, era una de las razones principales por las que se sentía reacio a dejar marchar a la institutriz, y Rachel comprendería por qué no quería vivir con una niña, un recordatorio constante de su propia pérdida. Claro que no había sufrido tanto al hablar con Gabriela como había imaginado en un principio. Gabriela era tan distinta de Alana en edad y aspecto físico, y en forma de ser, que, tras varios minutos en su compañía, dejó de compararla con su hija. Quizá no fuera tan terrible verla todos los días.

Pero, se dijo, aun así, todavía quedaba el pequeño problema de llevar a cabo su plan. No podía empuñar su pistola y buscar la paz hasta que no hubiera sacado a Gabriela y a la señorita Maitland del castillo. Sería muy cruel para la pequeña.

Y allí estaba Rachel, ofreciéndole la oportunidad perfecta para que le pidiera a ella y a Michael que se ocuparan de su pupila. Sin embargo, fue incapaz de hacerlo. Le parecía demasiado brusco, de ahí su desgana, se dijo. Debía darle a Rachel más tiempo para que conociera mejor a Gabriela y simpatizara con ella, así la aceptaría más fácilmente como pupila. Aquel razonamiento tenía sentido, pensó, aunque sentía una punzada de duda en su interior.

Por su parte, Rachel contemplaba a su cuñado mientras este libraba aquella batalla interior. Sentía un sincero afecto por él, y le habría gustado ayudarlo con Gabriela, pero estaba segura de que no debía hacerlo. Quizá la señorita Maitland estuviera en lo cierto al decir que lo habían protegido demasiado, pero pensó que la institutriz podía ser justo lo que su cuñado necesitaba. Lo había visto mirar a la institutriz de una manera distinta a como miraba a cualquier otra mujer. Quizá lo irritara, pero también lo intrigaba. Y no se tragaba su fingido desinterés, como si no hubiera reparado en lo hermosa que era.

No podía olvidar el detalle del escándalo en que se había visto envuelta la señorita Maitland, por supuesto, pero, a decir verdad, la traía sin cuidado si Jessica podía ayudar a Richard a salir del pozo de dolor en el que había estado viviendo los últimos cuatro años. Casi deseaba no tener que ir a Westhampton House a pasar las Navidades; podría ser muy interesante quedarse en el castillo y observar lo que ocurría.

7

EN la tercera planta, Gabriela relataba con alborozo su paseo con el duque.

-Ha sido tan amable, señorita Jessie, y me contó historias sobre mi padre. ¡Hasta se disculpó! Dijo que había sido grosero, y que no estaba bien. ¿Se lo imagina?

Jessica sonrió a su discípula, disfrutando de su semblante feliz. Tenía las mejillas sonrojadas, los ojos centelleantes, y hablaba con su vivacidad de tiempo atrás. Era alentador ver desaparecer su tristeza momentáneamente.

-Ha sido muy amable por su parte -le dijo-. Justo lo que debería haber hecho.

-Y no me habló con arrogancia ni soberbia, como uno esperaría de un duque. Hasta me invitó a dar un paseo con él. ¿Cree que cambiará de idea y nos dejará vivir con él? -Gabriela miró a Jessica con expresión esperanzada.

-No lo sé. Creo que lady Westhampton y su marido son el matrimonio a quien el duque espera ceder tu tutela. Puede que se lo pida.

-Parecía una señora muy agradable -reconoció Gabriela-. Pero preferiría quedarme aquí, ¿no cree? El duque me ha caído muy bien.

-Bueno, supongo que lady Westhampton tendrá que consultar con su marido antes de darle al duque una respuesta, y puede que este cambie de idea en el transcurso de las próximas semanas.

-Eso espero.

Jessica decidió que no tenía sentido continuar las lecciones aquella tarde, así que dejó leer a Gabriela hasta que fuera la hora de su cena. Ella se entretuvo haciendo costura, actividad que le permitía evocar libremente los acontecimientos del día.

Se llevó una sorpresa cuando una de las doncellas llamó a la puerta y le pasó una nota en la que el duque requería su presencia en la cena. Había dado por hecho que, con la llegada de lady Westhampton, Cleybourne ya no necesitaría refuerzos contra los Vesey.

Sin embargo, lo entendió mejor minutos más tarde, cuando lady Westhampton en persona entró con paso ligero en las dependencias infantiles, seguida de su doncella. Esta sostenía tres vestidos en los brazos, y lady Westhampton le indicó que los extendiera sobre la cama de Jessica.

-Esta noche va a bajar a cenar, ¿verdad? -le preguntó Rachel a Jessica.

-Sí, eso parece. Aunque no entiendo por qué.

-Para igualar bandos, señorita Maitland. Es importante teniendo a Leona como comensal, porque descuide que, aun con el tobillo «roto» se las arreglará para bajar a cenar. Monopolizará la atención de Richard todo el tiempo, y yo no tendré a nadie con quien hablar salvo lord Vesey. Tiene que venir para que pueda mantener una conversación decente.

-Entiendo -Jessica sonrió, pero no pudo evitar sentirse un poco decepcionada al comprender que había sido lady Westhampton quien había requerido su presencia, y no Cleybourne.

-Y supongo que no se ha traído ningún vestido apropiado para una cena formal -prosiguió Rachel.

Jessica pensó con ánimo sombrío en su mejor vestido negro. Se sentiría como un cuervo junto a

la belleza radiante de lady Vesey.

-Así que se me ha ocurrido prestarle uno mío.

-No, no podría...

-Claro que puede. Sinceramente, raras veces puedo prestarle a nadie mis vestidos por culpa de mi estatura. Pero usted también es alta, así que le sentarán bien, y ya que va a ayudarme a soportar la cena con lord y lady Vesey, lo menos que puedo hacer es corresponder de alguna manera.

Jessica vaciló. Ver aquellos preciosos vestidos brillantes sobre su cama era una tentación. Uno era de terciopelo azul, con escote bajo, como correspondía a los vestidos formales, de mangas largas, ahuecadas en los hombros, y ceñido al cuerpo. En seguida supo que resaltaría el azul intenso de sus ojos. Los otros dos eran igual de hermosos. Era evidente que lady Westhampton tenía vista para la moda y que los había escogido pensando en la melena rojiza de Jessica y en su tez pálida.

-Pruébeselos. Tilly la ayudará.

-¡Ahí va! ¡Qué bonitos! -exclamó Gabriela desde el umbral. Sintiendo curiosidad por la visita de Rachel había abandonado su lectura. Se acercó a la cama y contempló los vestidos con admiración -. Son preciosos.

-Gracias -dijo Rachel-. Voy a prestárselos a la señorita Maitland para que baje a cenar con nosotros.

-¿En serio? -Gabriela sonrió a Jessica-. Qué emocionante. ¿Cuál se pondrá?

-Bueno... Podría probarme el azul -Jessica no podía resistirse a ver cómo le sentaba.

-Perfecto. Gabriela y yo haremos de jueces. ¿Por qué no nos retiramos al aula y charlamos tranquilamente, Gabriela, mientras Tilly ayuda a la señorita Maitland a vestirse?

Jessica se despojó de su insípido vestido negro y dejó que la doncella de Rachel la ayudara a ponerse el de terciopelo azul. Le sentaba casi a la perfección, y era una delicia sentir su tacto suave sobre la piel. Las reacciones de aprobación de Rachel y de Gabriela fueron más que alentadoras pero, por muchas contorsiones que hiciera, solo podía verse a trozos en el pequeño espejo de encima de la cómoda. A fin de cuentas, se suponía que las institutrices no debían ceder a la vanidad. Ni siquiera la habitación de Gabriela contaba con un espejo de cuerpo entero, así que lady Westhampton las condujo a su dormitorio.

-Caramba... -murmuró Jessica al contemplar su reflejo en el largo espejo ovalado. Ya no podría negarse a ponerse el vestido, porque en aquellos instantes era la joven de hacía diez años... No, aún mejor, porque a las debutantes no se les permitía ponerse unos colores tan llamativos. O quizá fuera la madurez de sus rasgos, inexistente a los dieciocho años.

Su tez pálida aparecía lustrosa en contraste con el vestido, que intensificaba el azul de la mirada. De cintura alta, realzaba las curvas llenas de sus senos, y el escote era bastante amplio, sin resultar descocado.

Rachel sonrió, consciente de que Jessica no seguiría oponiéndose a lucir aquel vestido.

-¿Por qué no deja que Tilly la peine? Es un prodigio con los tocados.

-Entonces, es que no me ha peinado a mí -repuso Jessica con pesar-. Tengo un pelo indomable.

-Será un reto para ella. Siéntese aquí, en mi tocador, y veremos qué es lo que puede hacer.

Así que se sentaron las tres en el dormitorio de lady Westhampton, Gabriela, Jessica y Rachel. Y charlaron y rieron como colegialas mientras Tilly desplegaba su magia con el pelo de Jessica.

Cuando terminó, Jessica tuvo que reconocer que era una artista. Con un delgado lazo azul y horquillas colocadas en puntos estratégicos, había creado un precioso tocado de rizos.

-Me muero por ver la cara que pone Leona -comentó Rachel con deleite.

No tardaron en tener ese placer, cuando bajaron a cenar. Cleybourne estaba esperándolas en el salón, con semblante tan complacido como cabía esperar de una persona que se había visto obligada a soportar la compañía de Vesey durante los últimos minutos. Vesey estaba absorto en un monólogo sobre las propiedades del madeira que había paladeado recientemente en la mansión de lord Bashersham y, a juzgar por la expresión de Cleybourne, hacía varios minutos que estaba pronunciando aquel discurso.

Cuando entraron en el salón, Cleybourne se puso en pie con gratitud.

-Rachel. Señorita Mait... -se volvió hacia ella al pronunciar su nombre, y no pudo terminar el saludo. Se la quedó mirando un momento; después, pareció comprender que se había quedado con la boca abierta y la cerró con aspereza. Carraspeó-. Señorita Maitland. Esta noche están encantadoras.

Rachel reprimió una sonrisa y dijo con naturalidad:

-Caramba, gracias, Richard. Buenas noches, lord Vesey -el saludo que dirigió al otro caballero fue gélido en comparación.

-Lady Westhampton -Vesey le hizo una reverencia y se limitó a inclinar levemente la cabeza a Jessica. Richard se volvió hacia Vesey.

-¿Estás seguro de que tu esposa va a bajar a cenar, Vesey? Me parece un esfuerzo sobrehumano en el estado en que está.

-Bueno, ya conoces a Leona -contestó Vesey con vaguedad.

-La verdad es que no -repuso Richard con aspereza-. ¿Por qué no la esperamos en el comedor? Será más fácil para los lacayos que la trasladen allí directamente.

Pasaron los siguientes quince minutos esperando a que lady Vesey hiciera acto de presencia en el comedor. Lord Vesey comenzó a ampliar su discurso para incluir las maravillosas cualidades del coñac. Richard hizo una mueca y se apresuró a interrumpirlo.

-No es un tema apropiado para los oídos de las damas, Vesey. Rachel, háblanos de las reformas que está llevando a cabo Ravenscar en su casa solariega. Tengo entendido que piensan devolverle su antiguo esplendor.

Rachel lo complació describiendo las reformas. Vesey se repantigó en la silla con contrariedad, y levantó la cuchara para contemplar su reflejo. Jessica contribuyó a la conversación haciendo preguntas, pero la distraía que Cleybourne no dejara de observarla. Sentía su mirada penetrante, y deseaba saber lo que estaba pensando.

Por fin apareció lady Vesey, un poco ridícula en brazos de los dos lacayos. Llevaba un vaporoso vestido dorado que acentuaba su tez morena y que era más apropiado, en opinión de Jessica, para un refinado baile en la capital que para una tranquila cena en el campo. Al contrario que los vestidos de terciopelo de manga larga de Jessica y de Rachel, adecuados para la estación invernal, el vestido de Leona apenas le cubría los brazos y el pecho. Las mangas eran minúsculas franjas de tela vaporosa a través de la cual podían vérsele los hombros y el escote era tan pronunciado que resultaba casi indecoroso. Jessica también vio, con cierta estupefacción, que no llevaba corsé ni combinación debajo del vestido, porque se le transparentaban los círculos oscuros de sus pezones. Por Viola sabía

que aquella era la última moda entre las damas más osadas de Londres, y que algunas incluso se humedecían los vestidos para que se adhirieran de forma provocativa a sus figuras, pero era la primera vez que veía a una mujer vestida de aquella manera.

-Lady Vesey -dijo Rachel con inocencia-. Temo que se resfríe con un vestido tan veraniego. ¿Quiere que llame a un criado para que le traiga un chal?

Leona le sonrió con una dulzura tan falsa como la preocupación de Rachel.

-No, no se preocupe, lady Westhampton. Puede que usted tenga frío, pero yo soy una criatura muy calurosa -miró a Richard de soslayo al decirlo, con una clara insinuación sexual en sus palabras.

Richard lo echó a perder diciendo con pragmatismo:

-Bueno, espero que no lo lamente, lady Vesey. No está acostumbrada a los inviernos de Yorkshire. Acabará constipándose.

Jessica reprimió una sonrisa y corroboró:

-Sí, los constipados son muy desagradables. Todos esos estornudos, toses y narices coloradas...

Leona lanzó a Jessica una mirada desdeñosa, pero se quedó helada y abrió los ojos con sorpresa al reparar en su cambio de aspecto. Su expresión se transformó a continuación en un gesto de profunda antipatía. Se volvió de nuevo a Richard, y sonrió de oreja a oreja.

Como Rachel había predicho, Leona monopolizó la conversación durante la cena. Pero Jessica tuvo la satisfacción de advertir que, aunque Leona hablaba con el duque, Cleybourne no dejaba de fijarse en ella. Aquel detalle y las miradas cada vez más venenosas que Leona le lanzaba contribuyeron al éxito de la velada.

Se disculpó en cuanto terminaron de cenar. Por mucho que le agradara Rachel, Jessica se negaba a padecer la malicia de lady Vesey durante el resto de la velada, así que se retiró a su cuarto enseguida.

Gabriela quería que le describiera con todo detalle la cena y la acogida que había tenido el vestido, y charlaron mientras Gabriela la ayudaba a desabrocharse la elegante prenda. Jessica se puso un camisón, se protegió del frío con la bata y se dirigió al cuarto de Gabriela para arroparla y leerle un cuento o episodio de un libro, un ritual nocturno de los últimos seis años que a las dos les resultaba igual de satisfactorio.

Después, Jessica también se metió en la cama. Estaba acostumbrada a acostarse y a levantarse temprano, pero aquella noche le costaba conciliar el sueño. No dejaba de pensar en las miradas de Cleybourne durante la cena, en los hormigueos que habían desatado por todo su cuerpo. Era un hombre insufrible, por supuesto, pero tenía algo que... Tardó mucho en quedarse dormida.

Un ruido penetró en el subconsciente de Jessica, y abrió los ojos. Al principio permaneció inmóvil, confundida y somnolienta. Después, oyó otro ruido, el de una silla al deslizarse por el suelo, como si alguien se hubiera tropezado con ella. ¡Había alguien en el aula!

Entonces, se acordó de que aquella noche no había cerrado con llave la puerta. Había estado demasiado absorta pensando en Cleybourne y en la velada. Maldiciéndose por su descuido, se levantó de la cama y atravesó su cuarto de puntillas. Giró el pomo con cuidado y entreabrió la puerta para echar un vistazo. Lo que vio la dejó sin aliento. Había una enorme figura oscura en el extremo opuesto del aula, justo delante del cuarto de Gabriela.

Jessica echó un brazo hacia atrás y su mano se posó en la jarra que estaba junto a la palangana.

Le pareció un arma suficientemente rotunda, y cerró los dedos en tomo al asa. Entonces, abrió la puerta de par en par, gritó el nombre de Gabriela para alertar a la niña y se abalanzó contra el intruso con la jarra en alto para golpearlo.

La figura oscura se dio la vuelta cuando ya casi estaba encima de él. Elevó un brazo automáticamente, y la jarra que Jessica llevaba se estrelló contra su muñeca. El intruso profirió un gruñido de dolor y se tambaleó hacia atrás. Jessica inspiró con brusquedad al sentir el agua fría de la jarra en el frente de su camisón.

El intruso la empujó. Jessica chocó contra la mesa y cayó sobre ella. El hombre giró sobre sus talones y huyó del aula. Jessica salió corriendo tras él en un abrir y cerrar de ojos, pidiendo auxilio. Vio que le llevaba bastante delantera, que no podría alcanzarlo, y le lanzó la jarra en un intento desesperado de detenerlo. La jarra aterrizó sobre el intruso con estrépito, cayó al suelo y se hizo añicos.

El hombre se tambaleó pero recuperó el equilibrio y siguió alejándose por el pasillo hacia la oscuridad de la escalera de servicio. Jessica echó a correr tras él pero, en aquel momento, Gabriela salió del aula con los ojos muy abiertos por el pánico, llamando a Jessica. Esta optó por quedarse a tranquilizarla.

-¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? -gimió Gabriela.

-No lo sé. Había... Había un intruso.

-¿En el aula? -inquirió Gabriela, al borde de la histeria-. ¿Por qué? ¿Quién?

Oyeron unas fuertes pisadas y, un momento después, Cleybourne apareció por la escalera corriendo hacia ellas. Llevaba unos pantalones y una camisa abierta que debía de haberse puesto con precipitación. Detrás de él, a cierta distancia, se acercaba lady Westhampton, envuelta en su bata y sosteniendo una lámpara.

-¿Qué diablos ocurre aquí? -exclamó Cleybourne cuando las alcanzó. Jessica se volvió y dijo:

-Había un intruso en nuestras dependencias. Salí tras él y...

Se interrumpió con brusquedad. El duque había bajado la vista al frente de su camisón, y la miraba con fijeza, como si acabaran de darle un golpe en la cabeza. Jessica recordó en aquel momento que tenía el camisón empapado y que se adhería a sus senos llenos, dejando entrever los círculos oscuros de sus pezones a través del algodón blanco, casi transparente por la humedad.

-Eh... -Cleybourne parecía incapaz de arrancar la mirada de su camisón, y Jessica se había quedado paralizada.

-¡Escapó por ahí! -exclamó Gabriela, sin percatarse de la repentina tensión, y señaló la escalera de servicio.

Jessica supo reaccionar despegándose el camisón de la piel y sonrojándose con fiereza mientras decía:

-Mmm... Será mejor que me cambie.

Se dio la vuelta y desapareció dentro del aula justo cuando Rachel los alcanzaba. Oyó a Cleybourne alejarse a toda prisa en dirección a la escalera de servicio, y a Rachel decirle a Gabriela:

-Pobrecita, ¡estás temblando como una hoja! ¿Qué ha pasado?

Jessica se refugió en su dormitorio, cerró la puerta y se quitó rápidamente el camisón mojado.

Estaba colorada como un tomate; sentía el rostro en llamas. Arrojó el camisón al suelo y se puso la bata, que había dejado sobre la silla antes de acostarse. ¿Por qué no se le había ocurrido ponérsela antes de salir a atacar al intruso?

Sabía que debía de haber parecido una desvergonzada, allí de pie, prácticamente desnuda. Cerró los ojos y sintió débiles las rodillas al recordar la mirada de Cleybourne, el repentino estallido de anhelo y fuego en sus ojos oscuros. La había mirado como ningún otro hombre lo había hecho: con ferocidad y fiereza. Claro que ningún otro hombre la había visto tan desvestida...

Se estremeció al recordar el calor que había invadido sus partes íntimas, lo henchidos que había sentido los senos. Volvió a sonrojarse. Solo deseaba que el duque no hubiera adivinado las reacciones que había despertado con su mirada.

¿Cómo podría volverlo a mirar a los ojos? Sabía que tendría que volver a verlo; de hecho, debía ir en su busca. Cleybourne querría saber lo que había ocurrido y, además, ella debía ocuparse de Gabriela. No podía seguir escondida en su dormitorio el resto de la noche, confiando en que todo se olvidara.

Jessica se anudó el cinturón de su bata y se cuadró de hombros. Decidida a superar su reticencia, abrió la puerta y salió al aula. Se detuvo en seco. Cleybourne estaba en el centro de la habitación, mirando alrededor. Había encendido una lámpara de aceite y la había dejado sobre la mesa. Se dio la vuelta al oírla salir de su cuarto.

Richard creía estar preparado para volver a ver a Jessica. Estaba avergonzado de su comportamiento; se había quedado mudo al ver sus senos, desnudos bajo el camisón húmedo. Un hombre había irrumpido en su habitación, dándole un susto de muerte, y él se había quedado boquiabierto, dominado por la lujuria. Debía de considerarlo un sinvergüenza, un lascivo.

Había regresado para hablar con ella, decidido a sofocar su deseo, a mostrarse sereno y dueño de sí, a demostrarle que no era la criatura lujuriosa que debía parecer.

Pero una mirada había bastado para mandar al traste sus buenas intenciones. Jessica se había quitado el camisón húmedo y se había puesto una bata. Estaba tapada de la cabeza a los pies, salvo por el pequeño triángulo de piel que asomaba por encima de la bata. Una pequeña franja de piel que, en circunstancias normales, estaría cubierta por la tela del camisón, y que indicaba que no llevaba nada debajo de la bata. La sola idea desató una oleada de calor por todo su cuerpo. Se le resecó la garganta, y se quedó momentáneamente sin habla. En lo único que podía pensar era en desanudarle la bata y abrírsela.

-Mmm, señorita Maitland -empezó a decir a duras penas.

-¿Sí, Su Excelencia? -Jessica intentó cortar el hormigueo que le producía su mera presencia. Con el bochorno sufrido, apenas había reparado en la desnudez de Cleybourne. Llevaba la camisa abierta, y esta dejaba al descubierto una amplia franja vertical de piel. Se fijó en sus músculos fuertes, en la tersura morena de su piel, en la estrecha línea de vello oscuro y rizado que descendía hacia su cintura. Tenía los cabellos alborotados, gruesos y negros, y deseaba hundir los dedos en ellos para peinárselos.

-¿Qué...Qué ha pasado?

-Poco puedo contarle -contestó Jessica, que se esforzaba por mantener la calma-. Oí un ruido y me desperté. Me acerqué a la puerta y asomé la cabeza. Vi... Vi una figura oscura delante del cuarto

de Gabriela.

-¿Qué hacía?

-No estoy segura. Nada que yo pudiera ver. ¿Escuchar, tal vez? O quizá estuviera a punto de girar el pomo. No lo sé. Lo único que se me pasó por la cabeza fue que Gabriela estaba en peligro, así que agarré la jarra del lavabo, salí a su encuentro y lo golpeé.

El duque enarcó las cejas.

-¿Que lo golpeó? ¿Se enfrentó con él?

-Sí, por supuesto. ¿Qué otra cosa podría haber hecho?

-Bueno, podría haber salido corriendo.

-¿Y dejar a Gabriela con él?

-Podría haber pedido auxilio.

Jessica lo miró con serenidad.

-¿Lo habría hecho Su Excelencia?

-Por supuesto que no. Pero usted es una mujer. Podría haber resultado herida.

-Cualquiera podría haber resultado herido, Su Excelencia. Ser mujer no significa ser cobarde.

-Yo no he dicho... -apretó los labios-. Siempre se las arregla para tergiversar mis palabras, señorita Maitland. Yo solo... ¡Maldita sea! Olvídelo.

-¿Dónde está Gabriela? -preguntó Jessica.

-Rachel se la llevó a la cocina para que le prepararan una taza de chocolate caliente que la tranquilizara. He ordenado a los criados que busquen alrededor de la casa para ver si hay rastros de por dónde entró o salió el intruso. Si es que venía de fuera.

-¿Cree que era alguien de fuera... o de dentro?

-¿Lo dice por Vesey? No sé si habrá sido él. He enviado a un criado a su habitación con el pretexto de comprobar cómo se encuentra, pero aunque esté allí, podría haber sido el intruso. Usted luchó con él. ¿Cree que era Vesey?

-No estoy segura. Podría ser. Era más alto que yo, pero no tanto como usted. No pude verle la cara; estaba oscuro, y llevaba algo atado a la cara para ocultar sus rasgos -se estremeció un poco-. Fue horrible, como si tuviera un rostro vacío, salvo por los pequeños agujeros de los ojos. Creo que eso fue lo que más me asustó de él.

-Lo siento -el duque se acercó-. Es imperdonable que haya ocurrido esto estando las dos bajo mi protección -su rostro se ensombreció-. Si ha sido Vesey, lo lamentará, se lo aseguro. Sea quien sea, lo lamentará -se la quedó mirando y elevó la mano como si quisiera tocarle la mejilla, pero volvió a dejarla caer a un costado-. ¿Se encuentra bien? ¿La ha lastimado?

-No. En realidad, creo que él salió peor parado que yo.

-No me sorprende -dijo el duque, y una sonrisa afloró en sus labios.

Ella tenía los ojos enormes y azules, y su tez pálida aparecía luminosa incluso en penumbra. Unos rizos lustrosos caían en cascada en torno a su cabeza.

Richard deseaba tocar uno de aquellos rizos, hundir las manos en ellos. Casi podía sentirlos enroscándose en torno a sus dedos, suaves como la seda. Con un gran esfuerzo, arrancó la mirada de ella.

-Echaré un vistazo por sus habitaciones.

Se acercó a la puerta de Gabriela y se asomó; después, atravesó el umbral del cuarto de Jessica. Esta lo siguió. Richard paseó la mirada por el dormitorio, reparando en sus escasas dimensiones y su sobria decoración, en la estrecha cama, la pequeña cómoda y la silla dura. No lo recordaba tan pequeño y espartano. Lo molestaba que Jessica tuviera que vivir en una habitación así, y aún más que él fuera el responsable.

-Mañana ordenaré que les preparen habitaciones más próximas a la mía -se interrumpió y prosiguió con precipitación -.Para que estén más seguras, menos apartadas de todos los demás. No entiendo por qué las instalaron aquí.

Sin duda, pensó Jessica, porque Cleybourne deseaba tenerlas lo más lejos posible de él, pero se abstuvo de señalarlo.

-Esta noche, le diré a uno de los lacayos que monte guardia delante de la puerta del aula para que no haya más sorpresas -prosiguió.

-Gracias. Es muy amable de su parte.

-No soy el ogro por el que me ha tomado -vaciló-. Yo...

Cleybourne alargó la mano hacia ella y, en aquella ocasión, como si tuviera vida propia, le tocó el pelo. Era tan suave como había imaginado, y su tacto le produjo una reacción en las ingles. Tragó saliva mientras intentaba recuperar la lucidez. No sabía qué tenía aquella mujer que lo dejaba sin habla en cualquier situación, que lo hundía en una marisma de emociones y sensaciones.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Entreabrió un poco los labios, suaves y sonrosados. Richard bajó la vista a su boca, y el deseo de besarla lo dominó. El anhelo prendió fuego en su interior, rígido y palpitante, solo de pensar en saborear aquellos labios, en acariciarla... Intentó desviar la mirada, retirar la mano de los rizos sedosos y retroceder, pero no podía. En cambio, se inclinó hacia delante, cerró los dedos en torno a sus rizos, aplastándolos, y unió su boca a la de ella.

Percibió la leve inspiración que hizo Jessica antes de que sus labios entraran en contacto. Inhaló el dulce aroma de lavanda que la envolvía. Richard se estremeció un poco, sacudido por fuerzas opuestas, dividido entre la culpabilidad y un deseo irrefrenable. Pero al sentir el roce de los labios de Jessica, se olvidó de todo salvo de su deseo.

Richard unió sus labios a los de ella, primero con suavidad, saboreando y acariciando, disfrutando del tacto de terciopelo de su boca, de su sabor a miel. Después, se estremeció, sacudido por la fuerza del anhelo que lo dominaba, y la estrechó entre sus brazos para apretarla contra él y enterrar los labios en los de ella. Apremiante e implacable, su boca se fundió con la de Jessica para tomar todo lo que se le antojaba.

Jessica se quedó sin fuerzas en los brazos del duque, atónita por la oleada de sensaciones que la invadían. Ningún hombre la había mirado ni besado de aquella manera. Jamás había sentido la presión de una figura recia masculina a lo largo de todo su cuerpo, ni su pecho sólido aplastándole los senos ni su virilidad hundiéndose en su abdomen. Cleybourne la estaba devorando, su lengua la enardecía de maneras con las que ni siquiera había soñado. Se estremeció y se aferró a él, perdida en un mundo tumultuoso de placer.

Un sonido grave y animal resonó en la garganta de Richard, que desplazó las manos hacia delante y rodeó con ellas el pecho de Jessica. Le acariciaba los senos a través de la tela de la bata,

deslizando el raso sobre su piel. Los pezones de Jessica se endurecieron, y sentía los senos henchidos y anhelantes. Otro anhelo crecía dentro de ella, ardiente y acuciante, y cerró las piernas para intentar aplacarlo. Se daba cuenta, aunque con cierta incredulidad, que deseaba sentir las manos del duque en su cuerpo desnudo y, sin embargo, sabía instintivamente que sus caricias no aliviarían el ansia que crecía en su interior, solo la acrecentarían.

Richard cambió la inclinación del beso, con lo que Jessica experimentó otra oleada de placer, y deslizó una mano por debajo de la bata para acariciarle los senos. Sus dedos se movían con suavidad sobre su pecho des- nudo, para explorar el globo pesado y lleno y buscar el pezón endurecido. Tomó la punta entre el índice y el pulgar y la apretó con suavidad. Jessica sintió una sacudida de placer, y un pequeño gemido escapó de su boca. Jamás había sentido nada parecido, ni siquiera lo había concebido, pero se sorprendía deseando más...

Richard arrancó su boca de la de ella y empezó a dejar un rastro de besos por su cara en dirección al cuello. Deslizó las manos por debajo de la bata y tiró de las solapas para que se abriera. El cinturón se tensó y el nudo se deshizo. Richard empezó a mordisquearle la garganta para luego besarla y lamerla con la lengua mientras deslizaba las manos por el cuerpo de Jessica, rozándole senos, estómago y caderas y cerrándolas sobre sus glúteos. Hundió los dedos en las nalgas firmes, oyó su exclamación de placer y sorpresa, y la apretó contra su miembro rígido y anhelante.

Jessica era presa de un intenso anhelo que la hacía estremecerse. Ansiaba algo con desesperación, no sabía muy bien el qué, y emitió un suave gemido.

-Por favor... Por favor, no...

No sabía muy bien qué pedía: si que él pusiera fin a aquel intenso placer que era casi dolor, que le diera un respiro para que pudiera recuperar el control de sus emociones o, simplemente, que no se detuviera hasta no darle lo que su cuerpo buscaba con un anhelo desconocido. Fuera lo que fuera, el gemido tuvo el efecto de un bofetón. Richard se puso rígido y retrocedió, inspirando con brusquedad.

-¡Madre del amor hermoso! -Cleybourne dio un gran paso hacia atrás. Se la quedó mirando un momento, jadeante-. Dios, ¿qué estoy haciendo? -de repente, se dio la vuelta y salió del dormitorio.

Jessica se quedó mirando cómo se alejaba. Con manos trémulas, se cerró la bata y se abrazó para sujetar la prenda. Después, se dejó caer en la cama; las rodillas ya no la sostenían.

Sabía que debía recuperar la compostura; Gabriela y lady Westhampton regresarían de un momento a otro y no debía permitir que la encontraran así. Pero no sabía cómo iba a ser capaz de aparentar normalidad. Lo que acababa de ocurrir le resultaba demasiado sorprendente, demasiado insólito. Jessica no recordaba haber experimentado nada tan intenso, ni siquiera con su prometido años atrás. No era amor, se dijo; después de todo, ni siquiera conocía al duque. Dedujo que era simple lujuria, aunque nunca había imaginado que pudiera ser tan poderosa.

Fuera lo que fuera, en aquellos instantes, tuvo la sensación de que su vida nunca volvería a ser la misma.

Resoplando de pura frustración sexual, culpabilidad y desprecio hacia sí mismo, Richard bajó las escaleras y recorrió el pasillo hasta el dormitorio de Vesey.

-¡Vesey! -rugió, mientras giraba el pomo de la puerta y entraba hecho un basilisco.

Solo Leona estaba en la cama, y se incorporó con un chillido cuando Richard entró. Al ver quién era, sonrió:

-Vaya, Richard, qué agradable sorpresa. No esperaba que me visitaras con tanto ímpetu.

-¿Dónde diablos está...? -empezó a decir Richard, mientras paseaba la mirada por la habitación. No tardó en ver a lord Vesey tumbado en el sofá, aferrándose a una manta con expresión de terror-. Debí imaginar que no te dejaría dormir en la cama con ella. Se acercó al sofá, levantó a Vesey por el frente de su camisa de dormir y lo levantó. Resultaba cómico ver a lord Vesey con las pantorrillas al aire y un gorro de seda de dormir en la cabeza, pero Richard estaba demasiado alterado para encontrarle la gracia.

-¡Maldito seas, Vesey! ¡Debería arrancarte el corazón!

-¿Po... por qué? ¿Qué te he hecho?

-¿Creías que no me importaría que intentaras colarte en la habitación de la niña? ¿Creías que me limitaría a mirar hacia otro lado si era objeto de tu perversión? ¿O pensabas que podías raptarla en mi propia casa?

-¿En tu propia casa? -Vesey parecía sincera- mente estupefacto-. ¡Te has vuelto loco! No soy idiota, ¿sabes?

-Eso es discutible -con un suspiro de contrariedad, Richard lo dejó caer sobre el sofá-. Esa es la única razón por la que no te he hecho picadillo todavía. Sueles estar demasiado preocupado por tu propia supervivencia para intentar algo así -se quedó pensativo un momento-. Pero si no has sido tú, ¿quién ha podido ser?

Vesey se encogió de hombros.

-No lo sé. Algún criado que se haya encaprichado de esa institutriz, tal vez. Esta noche estaba muy sugerente, ¿no crees?

Richard giró en redondo y se encaró con Vesey con el rostro enrojecido por la ira.

-Ni siquiera quiero oírte hablar de ella, ¿me has entendido?

Vesey enarcó las cejas.

-Caramba, Cleybourne, no me digas que te has encariñado con la moza.

-¡Maldito seas!

Richard volvió a cerrar la mano en el frente de la camisa de dormir de Vesey y lo levantó del suelo de manera que el cuello de la prenda se hundiera en su garganta.

-Estás jugando con fuego, Vesey, te lo advierto. No todo el mundo es tan egoísta y pervertido como tú. La señorita Maitland está bajo mi protección, lo mismo que Gabriela. Y te lo advierto, si le pones un solo dedo encima a cualquiera de las dos, no descansaré hasta que no te haya roto todos y cada uno de tus huesos por separado. ¿Me he explicado bien?

-Con total claridad -respondió Vesey con voz ahogada.

-Muy bien -Richard abrió la mano y Vesey volvió a caer desplomado en el sofá. Después, giró en redondo y salió del dormitorio sin mirar atrás.

-Caramba -dijo Vesey cuando el portazo de Cleybourne dejó de resonar entre las cuatro paredes-. Creo que he tocado una fibra sensible, ¿no crees?

-Por supuesto, imbécil -le espetó Leona desde la cama-. Mira que insinuar que un hombre como Cleybourne podría estar interesado en una insípida institutriz... ¡Qué estupidez!

Lord Vesey lanzó una mirada sarcástica a su esposa.

-Claro, querida. ¡Qué estúpido soy!

8

A la mañana siguiente, justo después del desayuno, se presentaron dos doncellas en las dependencias infantiles y empezaron a trasladar las pertenencias de Jessica y de Gabriela al segundo piso, donde se encontraban los dormitorios principales. Baxter le había asignado a Gabriela un precioso y alegre dormitorio que daba a la fachada del castillo. Tenía tres ventanas altas por las que la luz entraba a raudales, y los muebles eran más delicados que la mayoría del mobiliario del castillo. Había un secreter en el que Gabriela podría hacer sus deberes, y un pequeño sofá en la pared opuesta, por no hablar del armario, la cómoda y el tocador que satisfacían con creces sus necesidades.

La habitación de Jessica, situada al otro lado del pasillo, era más pequeña y tenía menos muebles, pero resultaba acogedora, con una cómoda silla junto a la ventana que invitaba a acurrucarse en ella para leer un libro. Había un tocador con un hermoso espejo y. lo mejor de todo, una chimenea con un fuego que ardía alegremente.

-Es preciosa -le dijo a Baxter con sinceridad-. El duque es muy amable al instalarme aquí.

-No tardará en descubrir que Su Excelencia es un caballero muy atento -repuso Baxter con una sonrisa-. Por cierto, se me olvidaba. Me pidió que le dijera que desea verla en su despacho esta mañana.

-Ah -a Jessica se le aceleró el pulso -.Por supuesto.

Cuando el mayordomo se fue, Jessica corrió a mirarse en su nuevo espejo. Se recolocó unos cuantos rizos recalcitrantes y se alisó el vestido. De pronto, se arrepintió y se quedó inmóvil delante del espejo. No podía preocuparse por su aspecto, se dijo; no era más que una institutriz. No significaba nada que Cleybourne la hubiera besado; había sido un comportamiento del todo anormal. ¡Y ella no debería habérselo permitido y, menos aún, siendo como era su patrón! Aunque hubiera sido la experiencia más placentera de su vida.

Aquello no podía continuar.

Sin embargo, no pudo sofocar la chispa de esperanza y expectación que prendió en su pecho mientras bajaba las escaleras para dirigirse al despacho de Cleybourne. La puerta estaba cerrada, así que llamó con suavidad y esperó a que el duque la invitara a pasar.

Lo encontró de pie detrás de su escritorio, como si acabara de levantarse de la silla. Tenía un semblante severo, y la expectación que había albergado se extinguió.

Jessica se detuvo delante de la mesa y lo miró con toda la serenidad de que era capaz.

-Señorita Maitland, le he pedido que viniera esta mañana porque creo que... -se volvió un poco de costado, y clavó la mirada en un punto del otro extremo de la habitación -.Debo disculparme por mi comportan1iento de anoche. Fue imperdonable -se apartó de la mesa, como si necesitara moverse, y empezó a dar vueltas por su despacho sin dejar de hablar-. Lo que hice fue terrible. Es usted mi empleada, y vive en esta casa bajo mi protección. No sabe cuánto lamento haber... haberme aprovechado de su situación.

Jessica se quedó helada. No sabía qué había estado deseando oírle decir al duque, porque no era tan ingenua como para creer que le declararía su amor eterno. Aun así, al verlo tan severo y dueño de sí, tan frío, se desengañó por completo. Era lógico que un caballero se disculpara por haberla besado de aquella manera, pero aquello... Sabía que era algo más que una disculpa. Por su rostro tenso, por su incapacidad de mirarla directamente a los ojos, sabía que también lamentaba el deseo, las emociones, que lo habían impulsado a comportarse así. Se aborrecía por haberla deseado.

-Le prometo que no volverá a ocurrir -prosiguió.

Jessica entrelazó las manos; las tenía heladas. No se le ocurría nada que decir. Bajó los ojos, incapaz de seguir contemplándolo, de ver cómo rehuía su mirada. El que la hubiera llamado «empleada» implicaba que no la consideraba su igual. Distaba de igualarlo en rango, por supuesto, y sabía que había hecho mal al permitir que la amabilidad de lady Westhampton la indujera a creer que se encontraba a su mismo nivel.

También había sido una estúpida al soñar que el beso de la noche anterior había significado algo. Cleybourne seguía enamorado de su difunta esposa y, aun no siendo así, jamás podría existir una relación respetable entre ellos. Aunque era de buena familia, no era más que una institutriz, un partido inadmisible para un duque. Para colmo, su apellido estaba mancillado irrevocablemente por el escándalo de su padre. Por consiguiente, si no ponía freno a su naturaleza apasionada, acabaría convirtiéndose en la querida del duque, y jamás podría vivir así.

Se hizo un tenso silencio en la habitación, y Jessica comprendió que Cleybourne debía de estar esperando una respuesta.

-Sí, claro -dijo con voz inexpresiva-. Gracias, Su Excelencia.

Se obligó a mirarlo a los ojos; Cleybourne tenía una expresión inescrutable. Jessica esperaba haber acertado con la respuesta, ni siquiera sabía lo que había dicho. Solo quería marcharse y recluirse en su cuarto durante las próximas horas.

-Si me disculpa...

-Por supuesto.

Cleybourne la vio marchar y se preguntó por qué, si había hecho lo que debía, se sentía aún más miserable que antes de aquella entrevista.

.Jessica alegó no encontrarse muy bien para no tener que bajar a cenar aquella noche. Estaba convencida de que su palidez y las ojeras habían convencido a lady Westhampton de su indisposición. Rachel la apremió para que se acostara y descansara; debía de estar aún afectada por el susto de la noche anterior.

En cuanto Richard vio que Jessica no cenaba con ellos, supo que se había abstenido de bajar por culpa de él y de su abominable comportamiento lujurioso. Se sentía incluso más culpable de haberse aprovechado de Jessica que de desear a una mujer que no fuera Caroline. Creyó que su disculpa enmendaría su error, pero la entrevista con Jessica había sido tan tensa y violenta que solo había logrado empeorar la situación. y ella se había mostrado tan sumisa, algo tan poco propio de ella...

Después de la cena, Richard se refugió en su despacho, pero le desagradaba estar a solas con sus pensamientos. Salió y empezó a vagar por el pasillo. Se detuvo junto a una ventana y apartó las cortinas para contemplar la noche. El cielo estaba cubierto de nubes y, Con las cortinas abiertas, el frío atravesaba los cristales. Baxter le había dicho aquella tarde que el jardinero había pronosticado

una nevada. Richard no sabía cómo el enjuto anciano podía olfatear la nieve, pero nunca había errado en sus predicciones. Sus huesos le anunciaban la lluvia, se guiaba por las fases de la luna para plantar y sus jardines eran los más admirados en muchos kilómetros a la redonda.

Richard dejó caer la pesada cortina de terciopelo y empezó a subir las escaleras hacia su dormitorio. Todavía no tenía sueño, pero confiaba en que unos minutos de lectura favorecieran la somnolencia. Giró el pomo de la puerta, entró y dio varios pasos antes de detenerse en seco y quedarse estupefacto.

-¡Santo Dios!

Leona estaba sentada sobre su cama, recostada en las almohadas y con las piernas flexionadas hacia un lado, completamente desnuda.

-¿Te ha comido la lengua el gato, Richard? - inquirió con voz sensual, y se llevó las manos a la nuca para estirarse con languidez y lucir sus generosos senos -.¿Por qué no te acercas para ver mejor?

-¿Te has vuelto loca? -exclamó Richard-. ¿Qué diablos haces aquí?

-Ya sabes, si Mahoma no va a la montaña... - dijo con una mueca provocativa.

-¿No se te ha ocurrido pensar que mi reserva tiene un motivo? -preguntó con aspereza, y dio varias zancadas hacia la cama-. ¿Dónde diablos está tu ropa? ¡No me digas que has recorrido el pasillo completamente desnuda!

Leona rió entre dientes.

-No, aunque habría alegrado el día a algún criado -se incorporó sobre las rodillas, se puso en jarras y ladeó la cabeza-. ¿Y bien? ¿Ves algo que te guste?- cruzó los brazos por debajo de sus senos para rodearlos y se acarició los pezones con los dedos índices hasta que se pusieron rígidos-. Vamos, Richard, ¿no te gustaría tocarme? O puede que aquí... -deslizó las manos hacia abajo, acariciando su abdomen en dirección a los muslos.

-¡Por el amor de Dios, Leona, sal de esa cama ahora mismo y ponte algo de ropa! ¿Y si entrara alguien?

-¿Quién iba a entrar?

-Mi ayuda de cámara, por ejemplo -replicó con aspereza, y buscó con la mirada la prenda con la que Leona había entrado en su dormitorio. La encontró al pie de la cama y se la arrojó. -Toma, vístete. Rápido.

Leona desechó la bata vaporosa y se levantó de la cama para caminar hacia Richard de forma seductora.

-No te asustes, no voy a morderte -sonrió-. Bueno, puede que un poquito. Mírame, Richard. ¿Puedes sentir tu erección? Enseguida estarás como una piedra, te lo aseguro.

Alargó las manos hacia el primer botón de su camisa y empezó a desabrochársela. Richard se apartó con violencia y el botón saltó por los aires. La mirada de Leona se oscureció.

-¿Es eso lo que quieres? -preguntó con voz ronca -.¿Que te arranque la camisa?

-¡No! -Richard se sentía avergonzado y bastante ridículo-. Leona, mañana por la mañana, lo lamentarás.

-Raras veces lamento lo que hago.

-Lamentarás haber hecho el ridículo -replicó Richard con voz lúgubre-. No voy a acostarme

contigo, y si sigues comportándote de esta manera, será más violento para los dos.

-No seas tan estirado... -dijo Leona, y se acarició un pezón con el dedo índice-. Vamos... Podemos hacer lo que quieras. ¿Cuánto tiempo hace que no estás dentro de una mujer, que no sientes cómo te envuelve? Te garantizo que jamás sentirás nada como conmigo.

Alargó el brazo para atraparle la mano, y se la acercó a su pecho. Richard la retiró maldiciendo. Giró sobre sus talones, se dirigió a su ropero, lo abrió y sacó una de sus batas. Regresó al lugar donde estaba Leona, se la puso sobre los hombros y cerró las solapas con la mano por delante, para cubrirla lo mejor posible.

-Adiós, Leona -dijo con rotundidad; la agarró con fuerza del codo y la condujo a la puerta-. Ya que persistes en esta estupidez, te seré sincero: no estoy interesado en acostarme contigo. No te deseo. Pierdes el tiempo, y no conseguirás lo que te propones. Ahora, márchate.

Abrió la puerta de par en par y la arrastró al pasillo.

-Por cierto, veo que tu tobillo se ha curado milagrosamente. Creo que lo mejor será que tú y tu marido os marchéis mañana a primera hora.

Leona se lo quedó mirando, estupefacta, y dejó caer las manos a los costados. La enorme bata se abrió. Durante un largo momento, permanecieron mirándose el uno al otro. Richard la agarró del brazo, pensando que tendría que empujarla para que se alejara hacia su dormitorio.

Justo en aquel momento, oyeron unos pasos en lo alto de la escalera, y los dos se volvieron hacia el rellano. Allí estaba Jessica, petrificada. Llevaba uno de sus insípidos vestidos oscuros, pero se había soltado y cepillado el pelo y lo llevaba recogido en una coleta, en la nuca, con un lazo. Sostenía un libro en una mano.

Se quedó mirando a la pareja que se encontraba al final del pasillo, Richard con la mano en el brazo de Leona, y esta ataviada con una bata de hombre que no ocultaba su desnudez. Se quedó sin aliento. ¡El duque había recurrido a Leona para saciar su pasión!

Se dio la vuelta y se alejó corriendo, sin saber adónde iba, deseando únicamente alejarse de la escena que acababa de presenciar. No podía refugiarse en su dormitorio sin pasar delante de los amantes, así que huyó al primer lugar que se le ocurrió, el aula del tercer piso.

-¡Jessica! -gritó Richard. Echó a andar hacia ella, pero se detuvo y se volvió hacia Leona-. ¡Mañana os quiero fuera de aquí! -rugió-. Ahora, ¡vuelve a tu habitación!

Leona asintió, demasiado intimidada por la mirada borrascosa del duque para replicar. Richard siguió a Jessica hasta las dependencias infantiles, pero encontró la puerta cerrada. Forcejeó con el pomo.

-Jessica, abre la puerta. Tengo que hablar contigo. No era lo que parecía. ¡Maldita sea, abre la puerta!

-Váyase. Tengo derecho a mi intimidad -dijo Jessica desde el interior del aula.

-Déjame que te lo explique.

-No hay nada que explicar. Lo que haga es asunto suyo.

Richard sabía que Jessica estaba en lo cierto; no tenía que rendir cuentas a nadie. Pero se le hacía intolerable que lo tomara por el lascivo amo del castillo que intentaba acostarse con una mujer distinta cada noche. Además, no quería que creyera que había deseado a Leona aquella noche como la había deseado a ella la noche anterior.

-Tengo que hablar contigo. No pienso marcharme hasta que no abras la puerta -le advirtió.

-Entonces, temo que se sienta un poco ridículo pasando la noche en el pasillo -repuso Jessica con rigidez-. Buenas noches.

Richard oyó pisadas dentro del aula, y luego el ruido seco de la puerta del dormitorio de Jessica al cerrarse. Se quedó inmóvil un momento, contemplando la puerta cerrada. Después, con algo parecido a un gruñido, giró en redondo y se alejó por el pasillo hacia las escaleras.

9

EL día siguiente amaneció nevando. Cuando Jessica se despertó, la nieve caía en forma de copos grandes y suaves, y ya casi había cubierto todo el paisaje. Gabriela entró con paso alegre en su cuarto antes de que Jessica hubiera terminado de vestirse, parloteando alegremente.

-¿No está el día precioso, señorita Jessie? ¿Podríamos salir a dar un paseo? ¡Me encanta la nieve! -se acercó a la ventana de Jessica y contempló el paisaje, embelesada-. Está todo tan bonito, tan blanco... incluso misterioso, ¿no cree?

Alguien llamó a la puerta y las dos se sobresaltaron. Se miraron riéndose.

-Adelante -dijo Jessica. Rachel abrió la puerta.

-Bueno, me alegro de que encontraras de tan buen humor esta mañana -les dijo, sonriente.

-Es la nieve. Me hace feliz -le explicó Gabriela. -Es preciosa, ¿verdad? Pero no es una buena señal para mí -dijo Rachel, mientras se adentraba en la habitación -.He venido a despedirme. Pensaba marcharme esta tarde, pero creo que debo partir lo antes posible.

-¡No! -gimió Gabriela, decepcionada-. Quédese, por favor. La señorita Jessica y yo saldremos a dar un paseo por la nieve dentro de un rato.

-Sí, debe quedarse -la secundó Jessica-. No debería viajar con este tiempo.

-Lord Westhampton me espera antes de Navidad -les explicó Rachel-. He retrasado mi regreso para venir a ver al duque. ¿Y si cae una gran nevada y no puedo marcharme? Michael empezaría a preocuparse.

-Entiendo. En fin, lamentaremos mucho que se vaya -dijo Jessica-. ¡Ay, sus vestidos! Tendrá que guardarlos. Están en mi armario.

-No, no se moleste -sonrió Rachel-. Tilly ya ha hecho mi equipaje, y lo están cargando en el carruaje. En casa tengo vestidos de sobra; ya me los llevaré la próxima vez que venga a visitar al duque.

Jessica protestó, sintiéndose culpable por conservar los vestidos de Rachel durante un periodo de tiempo indefinido, pero Rachel insistió y desechó las protestas de Jessica con una sonrisa.

-Traigo una buena noticia -dijo Rachel pasado un momento, cambiando de tema-. No soy la única persona que se marcha hoy. Tengo entendido que también están enganchando los caballos al carruaje de lord y lady Vesey.

-¿De verdad? -preguntó Gabriela, encantada.

-Sí. Richard ha insistido. Anoche debió de discutir con ellos, porque esta mañana está de un humor de perros.

Jessica estuvo a punto de comentar qué aquello no era ninguna novedad, pero reprimió su sarcasmo.

Lady Westhampton sentía un profundo afecto por su cuñado y Jessica no quería ofenderla.

Gabriela y Jessica bajaron con Rachel al vestíbulo principal, donde Richard estaba de pie, esperándola. Se volvió al oír sus pisadas, y clavó su mirada en Jessica. Ella le devolvió el escrutinio

con serenidad, y Richard frunció el ceño y se volvió hacia Rachel.

-Ya han cargado tu equipaje en el carruaje -le dijo-. ¿Estás segura de que quieres viajar con esta ventisca?

-No es una ventisca, Richard -dijo Rachel con una sonrisa-, solo unos copos de nieve.

-Baxter me ha dicho que el jardinero cree que la tormenta arreciará, y nunca se equivoca.

-Por eso debo irme ya -sonrió Rachel-, antes de que empeore. Adiós, querido Richard. Cuídate.

Se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla. Después, se volvió hacia Jessica y Gabriela, que se encontraban a varios pasos detrás de ella.

-Prometedme que vosotras dos también cuidaréis de él.

Jessica vio la mirada significativa que lady Westhampton le dirigía y asintió. Sabía que Rachel le estaba confiando la misión de impedir que el duque se quitara la vida. Rachel le dio la mano a Jessica, y Gabriela la abrazó impulsivamente, cosa que pareció complacerla sobremanera.

En cuanto se puso los guantes, la capa y un manguito para conservar las manos calientes, Rachel salió por la puerta seguida de Richard, que la ayudó a subir al carruaje. Gabriela y Jessica soportaron el frío en el umbral del castillo y se despidieron con la mano mientras el coche se alejaba.

Antes de regresar al interior del vestíbulo, otro carruaje salía de los establos. Era el coche de los Vesey. Jessica se alegró de que Richard estuviera obligándolos a marcharse; sabía que no se habrían ido voluntariamente.

Cleybourne regresó al vestíbulo mientras el carruaje de los Vesey se acercaba por la senda de grava, y Jessica y Gabriela se dispusieron a subir las escaleras.

-Señorita Maitland -dijo Cleybourne en cuanto cerró la puerta -.Me gustaría hablar con usted.

Jessica giró en redondo con semblante sereno.

-Lo siento, Su Excelencia, pero ahora debo ocuparme de la instrucción de Gabriela.

Gabriela la miró con sorpresa. Que se ocupara de su instrucción le parecía de lo más natural, lo insólito era que una institutriz rechazara la petición de su patrón de hablar con ella. Cleybourne apretó los labios con impaciencia, pero se limitó a preguntar:

-¿Y a qué hora habrá terminado las lecciones?

Jessica se salvó de contestar gracias al estrépito de lord y lady Vesey, que escogieron aquel momento para descender por la escalera.

-¡Por fin te encuentro! -exclamó Leona con voz estridente-. Cleybourne, no puedo creer que seas tan cruel de echamos con esta ventisca -señaló con un gesto teatral la entrada de la casa -.¿Y si perecemos congelados?

-No pereceréis -repuso Cleybourne con aspereza.

-En serio, Cleybourne -intervino Vesey-, hace un tiempo horrible. No es el más indicado para viajar.

-Después, será peor -le aseguró-. Por eso debéis marcharos enseguida. No quiero que os quedéis aquí aislados por la nieve.

-No puedo creer que te estés comportando como un monstruo -Leona hizo una bonita mueca de contrariedad.

-No sé por qué no. Nunca he sido especialmente amable con vosotros -se volvió hacia uno de los

lacayos -.Duncan, trae los abrigos de lord y lady Vesey.

El lacayo se había anticipado, porque se acercó casi de inmediato para colocar una capa sobre los hombros de Leona. Esta miró a Cleybourne con ojos llameante s de furia. No estaba acostumbrada a que los hombres rechazaran sus favores, y menos aún que se deshicieran de ella como si fuera un pariente pobre.

-Eres tonto, Cleybourne -masculló al pasar a su lado, mientras se ponía los guantes con movimientos enérgicos-. Vivirás para lamentar este día.

-Ya lo lamento -le aseguró Richard, y los siguió hasta la puerta principal.

Jessica aprovechó la oportunidad para escabullirse por la escalera con su alumna. Gabriela protestó con enojo:

-¡Quiero ver cómo se van!

-Podremos verlo desde las ventanas de tu dormitorio. Dan a la fachada.

Se apresuraron a entrar en el dormitorio de Gabriela y se acercaron a la ventana. Cada vez nevaba con más fuerza. Lord y lady Vesey subieron a su carruaje; Leona le lanzó una última mirada abrasadora a Cleybourne, que se había quedado rezagado en el umbral del castillo, y el carruaje se alejó lentamente.

Después, Jessica condujo a Gabriela al aula para darle sus lecciones. Sabía que, tarde o temprano, ten- dría que hablar con el duque; a fin de cuentas, era quien la mantenía. Sin embargo, confiaba en poder postergar el encuentro hasta el momento en que no sintiera deseos de llorar nada más mirarlo. Así no tendría que esforzarse por mantener la calma mientras él le recordaba que le pagaba un sueldo y que solo estaba allí para cuidar de Gabriela, que no tenía derecho a criticar su comportamiento ni a la mujer que escogía para pasar el rato. ¡Solo Dios sabía la de veces que ella misma se lo había repetido aquella noche!

La mañana transcurrió despacio mientras estudiaban geografía, historia y francés. Por fin, cuando Gabriela empezaba a quejarse de hambre, Jessica cerró el libro.

-Está bien. ¿Qué tal si damos un pequeño paseo por la nieve antes de almorzar?

Tardaron un poco en pertrecharse contra el frío, pero cuando salieron por la puerta de servicio, lo que vieron las dejó sin aliento. El jardín de atrás estaba completamente cubierto de nieve, la blancura era casi cegadora y los copos, que continuaban cayendo en abundancia, reducían considerablemente la visibilidad.

-¿No es precioso? -exclamó Gabriela. Elevó el rostro y sacó la lengua para saborear los copos de nieve.

-Sí, lo es. El jardinero tenía razón; el tiempo está empeorando.

Dieron la vuelta a la casa siguiendo la senda del jardín; costaba trabajo avanzar. Al alcanzar la fachada y detenerse a contemplar el paisaje, vieron las ondulantes colinas sumergidas en un mar blanco: el cielo se fundía con la tierra.

Oyeron el carruaje antes de verlo, pero a medida que se acercaba por la senda de la entrada, resultaba más fácil distinguir la silueta.

-¡Oh, no! -gimió Jessica.

-¿Qué pasa? -preguntó Gabriela, y clavó la mirada en el coche-. ¿Es ese...?

-Sí -respondió Jessica con contrariedad-. Es el carruaje de los Vesey.

El cochero estaba cubierto de nieve casi por completo, como las maletas y los baúles del techo del vehículo. El hombre tiró de las riendas y empezó a descender del pescante, pero antes de que pudiera saltar a tierra, lord Vesey salió hecho una furia del carruaje, maldiciendo. Caminó en línea recta hacia la casa sin ni siquiera molestarse en ayudar a su esposa a apearse del vehículo.

Justo cuando alcanzaba los peldaños de la entrada, la puerta se abrió y un criado de librea apareció en el umbral con expresión estupefacta. Vesey profirió un gruñido y lo apartó para entrar con paso enérgico en la casa. Leona no tardó en seguirlo, en cuanto el cochero la ayudó a bajar, y Jessica, Gabriela y el criado también se adentraron en el vestíbulo hostigados por la curiosidad. Cuando cerraron la puerta, Cleybourne ya estaba atravesando el suelo de mármol hacia ellos. Vesey se quitó el sombrero y lo arrojó al suelo en un paroxismo de furia.

-¡Por poco nos matas! -le chilló a Cleybourne-. Las carreteras están cortadas. Vimos un coche caído en una zanja. El puente de Trysdale está impracticable. Tuvimos que dar media vuelta, toda una proeza con tanta nieve. Temía que no regresáramos con vida.

-Quiero irme a la cama -gimió Leona-. Estoy helada. Creo que voy a morirme de neumonía.

-y si crees que no es bastante terrible viajar durante tres horas por la nieve -prosiguió Vesey-, intenta hacerlo con ella en el carruaje, protestando todo el tiempo -le lanzó una mirada de odio a su mujer -.¡Por el amor de Dios, Leona, vete a la cama y deja de quejarte!

-Sí, Duncan, acompáñala a su habitación -dijo Cleybourne en tono lúgubre-. Maldita sea... -por primera vez, reparó en Gabriela y en Jessica, que estaban detrás de lord Vesey-. ¿Qué diablos hacen ahí las dos?

-Estábamos paseando -le explicó Gabriela.

-¿Paseando? ¿Con el tiempo que hace?

-Solo alrededor de la casa. Le había prometido a Gabriela que saldríamos a caminar por la nieve un poco cuando termináramos las lecciones.

-Por el amor de Dios, ¿por qué?

-¡Porque es divertido! -replicó Jessica-. Recuerda el significado de esa palabra, ¿verdad?

-Sí, lo recuerdo. Pero no lo relacionaba con mojarse los pies y respirar aire gélido.

Jessica abrió la boca para replicar, pero se interrumpió al venirle un pensamiento a la cabeza.

-¡Cleybourne!

-¿Qué? -la miró con intensidad, sorprendido por el repentino tono de temor de su voz. Ninguno de los dos advirtió que se había dirigido a él sin el tratamiento que correspondía a su título.

-¿Y lady Westhampton? -preguntó Jessica con creciente alarma-. ¿No estará la carretera del Norte igual de impracticable?

-Sí, supongo que sí -la preocupación destelló en sus ojos-. Entonces, ¿por qué no ha regresado ella también?

-¿Y si su carruaje se ha salido de la carretera como el que ha visto lord Vesey? ¿O se les hubiera roto una rueda? Podría haberse quedado aislada por la nieve.

-La encontraré -dijo Richard con aspereza, y se volvió para llamar a sus lacayos-. ¡Duncan! ¡Baxter!

Apareció uno de los criados.

-¿Sí, Su Excelencia?

-Manda ensillar mi caballo. Y será mejor que uno de los mozos venga conmigo; puede que necesite su ayuda. Me pondré las botas de montar y saldré enseguida -se volvió hacia Jessica-. ¿Querrá...?

-Yo me ocuparé de todo -lo tranquilizó Jessica-. Haré que preparen el cuarto de lady Westhampton y que calienten la cama.

Richard asintió y se alejó a paso rápido por las escaleras. Gabriela se volvió hacia Jessica con ojos muy abiertos por el miedo.

-¿De verdad cree que corre peligro?

-Supongo que, más que nada, pasará frío -Jessica intentó tranquilizarla con una sonrisa-. No pueden haber viajado muy deprisa con este tiempo, así que aunque el coche se haya caído en una zanja, dudo que lady Westhampton se haya lastimado. Y llevaban una manta de viaje y estaban bien equipados contra el frío. Estoy segura de que no les ha pasado nada, y que el duque los alcanzará enseguida.

En el fondo, no se sentía tan optimista como quería parecer. En realidad, si las carreteras estaban tan inaccesibles como Vesey había asegurado, había muchas posibilidades de que el coche hubiera sufrido un accidente o se hubiera quedado atrapado en la nieve. Además, aunque lady Westhampton tenía una manta e iba muy abrigada, las temperaturas descenderían aún más en cuanto cayera la tarde, y podría perecer de frío si Cleybourne no la encontraba a tiempo.

Con aquellos pensamientos en la cabeza, Jessica fue a ver al ama de llaves para ponerla al corriente de lo sucedido y pedirle que encargara a las doncellas que se ocuparan del dormitorio de lady Westhampton y a la cocinera que tuviera una olla de sopa caliente preparada. También dio indicaciones a los criados sobre el regreso de la temida lady Vesey. Después, regresó al vestíbulo principal, donde encontró a Baxter. Estaba pálido y parecía haber envejecido diez años en los últimos minutos.

-Es terrible, señorita -le dijo, y movió la cabeza-. Ha salido a buscarla como alma que lleva el diablo. Sé que está pensando en la duquesa y en su pequeña. Yo también. Dentro de dos días será el aniversario de su muerte. Y esto podría ser lo mismo.

-Pero no es lo mismo. Nada indica que el desenlace sea el mismo -lo tranquilizó Jessica-. Debe ser fuerte por el bien del duque, Baxter. Su Excelencia lo necesita. Usted es quien gobierna la casa.

Baxter desplegó una débil sonrisa.

-Gracias, señorita, por sus palabras. Es usted...

Los interrumpieron unos fuertes aldabonazos en la puerta de la entrada, tan inesperados y rotundos que tanto Jessica como el mayordomo se sobresaltaron. Baxter corrió a abrir, preocupado, y Jessica lo siguió.

En el umbral se encontraban dos hombres, uno del- gado y bajito con ademanes nerviosos, y otro recio y bien abrigado.

-Buenos días tenga usted, señor -dijo el hombre robusto llevándose la mano a la gorra-. Soy el cochero de la diligencia. Hemos tenido un accidente... Nos cruzamos con un par de caballeros que ocupaban casi todo el camino con su carruaje y, cuando quisimos damos cuenta, nosotros habíamos volcado y ellos se habían caído a la zanja.

-¡Dios mío! -exclamó Baxter, que parecía aún más frágil que momentos antes-. ¡Qué desgracia!

Bueno, Su Excelencia no está en casa y...

-Enviaremos a alguien para que los ayude -le dijo Jessica con voz enérgica al cochero-. ¿Por qué no pasan mientras Baxter da instrucciones a los mozos de cuadra? Estoy segura de que el duque querría ayudar, ¿verdad, Baxter?

-Por supuesto, señorita. Tiene toda la razón del mundo -Baxter se enderezó y adoptó un aire más formal de mayordomo-. Si tienen la amabilidad de seguirme, pueden esperar en la cocina y la cocinera se encargará de que les sirvan un plato de comida caliente.

Baxter condujo a los dos hombres por el pasillo a la cocina, y Jessica los siguió y se desvió hacia el cuarto del ama de llaves. Antes de entrar en su salita de estar oyó a la señorita Brown dando instrucciones a dos doncellas para que hicieran las camas de lady Westhampton y los Vesey. Jessica se acercó, esperó a que terminara y desplegó una sonrisa de disculpa.

-Me temo que tenemos más visitantes, señorita Brown.

Le contó lo ocurrido y la probabilidad de que, con las carreteras cortadas, tuvieran que dar cobijo a las víctimas del accidente. La señorita Brown se sorprendió, pero cuando Jessica terminó su explicación, supo, por la expresión de lúgubre determinación del ama de llaves, que había aceptado la avalancha de huéspedes como un reto personal.

Mientras su casa bullía de actividad, el duque cabalgaba a campo traviesa por un atajo que conducía a la carretera del norte. Conseguiría quince minutos de ventaja, aunque tuviera que desmontar para abrir una verja en lugar de saltarla por lo azaroso que era viajar a caballo por la nieve.

Avanzaban despacio, y Richard no lograba reprimir su miedo. ¿Por qué había dejado partir a Rachel aquella mañana? Debería haberse dado cuenta de lo peligroso que era. Pero, en lugar de pensar en el riesgo al que se exponía su cuñada, había estado pensando en cómo explicarle a Jessica que no se había acostado con Leona, que ni siquiera deseaba hacerlo, a pesar de las engañosas circunstancias en las que ella los había sorprendido.

Si le ocurría algo a Rachel, sería culpa suya. Una vez más, sería culpa suya.

No pudo evitar recordar la noche del accidente, cuatro años atrás, cuando el carruaje tomó la curva demasiado deprisa, se inclinó sobre dos ruedas, volcó y cayó rodando de forma interminable hasta el estanque cubierto de hielo. Había pasado años rememoran- do aquel momento, viendo cómo su vida se interrumpía bruscamente.

Desechó los recuerdos con desesperación y siguió cabalgando lo más deprisa posible. Transcurrió una hora sin que avistaran el menor rastro del carruaje de Rachel, o de cualquier otro vehículo que pudiera haber transitado la carretera. La nieve era reciente y limpia.

Después, al alcanzar la cresta de una pequeña colina, Richard divisó una figura negra en la lejanía. Se puso rígido, se inclinó hacia delante y entornó los ojos para discernir lo que era. A medida que la figura se acercaba, vio que se componía de cuatro siluetas sepa- radas. Eran cuatro caballos, tres de ellos con jinete y el cuarto cargado con un bulto. Caballos de tiro, comprobó con una sonrisa, sin bridas ni sillas. El cochero rechoncho de Rachel iba en cabeza, seguido de Rachel que montaba al estilo amazona, y de su pobre doncella, que trataba de imitarla aferrándose a la crin, el cuello o los arneses de su animal. El cuarto caballo de tiro acarreaba parte del equipaje. Richard agitó los brazos con regocijo y avanzó hacia ellos.

Jessica contempló con desolación la llegada del carruaje y del carromato del duque. De ambos vehículos descendió un grupo de personas a las que hicieron pasar al castillo. Cleybourne seguía sin aparecer, y la preocupación de Jessica se intensificaba. De pronto, se le ocurrió pensar que lo que más debía preocuparla era la reacción del duque cuando regresara y viera que había acogido a unos desconocidos en su casa.

El carromato iba cargado con el equipaje de la diligencia y con los criados que habían acudido en ayuda de los pasajeros. Los acompañaban los dos hombres que se habían presentado en el castillo para dar noticia del accidente.

Del coche descendieron tres personas: la primera era un hombre esbelto ataviado con un sencillo traje negro y el alzacuello blanco de un sacerdote anglicano. Se volvió para ayudar a las dos mujeres que quedaban dentro.

-Gracias, señora -dijo el reverendo cuando ya estaban todos dentro, y le hizo una pequeña reverencia a Jessica-. Ha sido muy amable al permitimos que nos refugiemos en su casa. Al parecer, los elementos se han puesto en nuestra contra.

-Eso parece -corroboró Jessica-. Bienvenidos al castillo de Cleybourne. Me temo que el duque no se encuentra aquí en estos momentos, pero espero que regrese de un momento a otro.

-Cielos -dijo el reverendo con suavidad-. ¿Ha salido con esta ventisca? Es muy arriesgado.

-Sí. Se trataba de una emergencia -Jessica se presentó, después presentó a Gabriela, que estaba junto a ella contemplando a los huéspedes con interés, y a la señorita Brown.

El sacerdote respondió diciendo:

-Permítanme que me presente, señorita Maitland, señorita Carstairs. Soy el reverendo Borden Radfield y me dirijo a mi nueva parroquia.

Era un hombre atractivo, pensó Jessica, demasiado joven y apuesto para ser clérigo. Como también daba la impresión de estar soltero, seguramente, sus feligresas se pelearían por él.

A continuación, el reverendo presentó a los demás pasajeros. El hombre delgado y nervioso que se había presentado en el castillo con el cochero para pedir auxilio era el señor Goodrich. De las dos mujeres, la de más edad era la señorita Pargety. Menuda, con un rostro huesudo y una nariz ligeramente ganchuda, parecía un pajarillo. Un pequeño cuervo, concluyó Jessica, al reparar en el negro absoluto de su abrigo, sombrero y guantes. Llevaba sus cabellos entrecanos recogidos en tirabuzones a ambos lados de la cabeza, un peinado demasiado juvenil para una mujer de su edad. Siempre que hablaba, los tirabuzones se movían.

-No sé qué vamos a hacer -se quejó la señorita Pargety, mirando a Jessica como si ella fuera la causante de aquel trastorno-. Me dirijo a casa de mi hermana para pasar con ella la Navidad. No puedo que- darme aquí.

-Pues parece que tendrá que postergar su viaje, señorita Pargety -le dijo Jessica-. Estoy segura de que su hermana lo comprenderá, teniendo en cuenta la inclemencia del tiempo.

-Pues no sé cómo se las va a arreglar sin mí - dijo la señorita Pargety en tono lúgubre-. Será una contrariedad.

-Estoy segura de que se alegrará de saber que está sana y salva en un lugar seguro -comentó la otra mujer, que se volvió hacia Jessica, sonrió y se presentó.

La señora Woods era una mujer atractiva de unos treinta y tantos años, con una tez cetrina y tersa

y grueso pelo negro. Tenía una voz grave y ligeramente ronca, con un suave deje extranjero. Parecía demasiado exótica para un nombre tan corriente como señora Woods. Llevaba un abrigo y un sombrero de color verde oscuro, sencillos pero elegantes, y cuando Baxter la ayudó a despojarse de aquellas prendas, Jessica vio que su vestido de viaje marrón de lana también era lujoso y moderno.

-No habríamos tenido ningún problema -prosiguió la señorita Pargety, ajena al intento de la señora Woods de tranquilizarla-, de no ser por esos dos caballeros. Eran unos insensatos, unos insensatos.

-Seguramente no estaban acostumbrados a manejar los caballos por la nieve -dijo el reverendo, y lanzó una mirada de leve disculpa a Jessica y a Gabriela.

-¿Y dónde están esos caballeros? -preguntó Jessica -. Imagino que también querrán resguardarse aquí. Las carreteras deben de estar intransitables.

-Por supuesto. No eran tan tontos como para pensar que podían seguir viajando -contestó el reverendo Radfield con una leve sonrisa-. Los hombres que envió lograron sacar su carruaje de la zanja. Apenas había sufrido daños, así que nos han seguido en él.

-Entiendo.

-Ahí están -dijo el reverendo, y se volvió hacia la puerta al oír unas voces procedentes del exterior.

La puerta principal se abrió y Cleybourne entró con lady Westhampton apoyada en su costado. Los seguían la doncella de Rachel y el cochero. Rachel estaba pálida y tiritando, y Jessica se acercó corriendo, seguida de Gabriela.

-¡Lady Westhampton! Debe de estar congelada. Vamos a subirla a su cuarto.

-Gracias, estoy bien. Ha sido toda una experiencia, pero no tardaré en reponerme. Menos mal que apareció Richard, temía que nos perdiéramos intentando volver.

-¿Quién diablos es esta gente? -exclamó Cleybourne con grosería, paseando la mirada por los presentes.

-Pasajeros de la diligencia. Volcó en la carretera, no muy lejos de aquí -Cleybourne la miraba con el ceño fruncido, pero Jessica sonrió con afabilidad-. Estaba convencida de que, de haber estado en casa, habría insistido en darles cobijo.

-Sí, sí -dijo con impaciencia-. Todo eso está muy bien, pero hay que subir a Rachel a su cuarto para que entre en calor lo antes posible.

-Por supuesto. Gabriela y yo la acompañaremos. La señorita Brown se encargará de conducir a nuestros huéspedes a sus respectivas habitaciones.

En aquel momento, llamaron a la puerta, y un criado de librea la abrió. Dos jóvenes caballeros irrumpieron en el vestíbulo. A juzgar por sus gabanes con doble hilera de botones de latón y sus botas lustrosas, pertenecían a la nobleza. Y, aunque sus vestimentas no hubieran revelado su rango, su actitud arrogante lo habría hecho.

-Lord Kestwick -se presentó el primero, determinando de inmediato que Richard era la figura importante del vestíbulo y haciéndole una reverencia. El segundo hombre avanzó y dijo:

-Darius Talbot.

Jessica se puso rígida y abrió los ojos de par en par. A punto estuvo de proferir una exclamación. ¡Darius Talbot! El acompañante de lord Kestwick no era otro sino el hombre a quien había estado

prometida, el hombre que la había despreciado al primer indicio de escándalo.

10

JESSICA tuvo que hacer un esfuerzo para no esconderse detrás del duque. Sin embargo, cerró los puños con fuerza y logró permanecer donde estaba. Darius ni siquiera la miró.

El duque saludó sin entusiasmo a los dos caballeros; después, presentó a Rachel, Gabriela y Jessica. Kestwick apenas se fijó en ella, pero Darius volvió la cabeza al oír su nombre y, al verla, enarcó las cejas y se la quedó mirando, estupefacto. Jessica decidió adelantarse a su reacción volviéndose hacia Cleybourne para decir:

-Será mejor que ayude a lady Westhampton a subir a su habitación.

-Sí, sí, por supuesto -Cleybourne tenía el rostro contraído por la preocupación -. Subiré enseguida para ver cómo te encuentras, Rachel.

Ella le sonrió.

-Descuida, estaré bien.

Pero Jessica advirtió que se apoyaba bastante en ella y que seguía temblando de frío.

Una vez en la habitación de lady Westhampton, Jessica se concentró en desnudarla y en meterla en la cama para no pensar en la presencia de su antiguo pro- metido en el castillo. ¡Qué terrible coincidencia que hubiera tenido que refugiarse allí!

Raras veces pensaba en él y, desde luego, los sentimientos que tiempo atrás le había profesado se habían extinguido por completo. De hecho, a veces pensaba que el dolor y la traición que había experimentado cuando la despreció habían sido más intensos que el amor que había sentido por él durante su compromiso. Pero su presencia la turbaba. No había duda de que sería una situación incómoda.

Aunque, con suerte, podría rehuirlo. Con tantos huéspedes para compartir la carga de la compañía de los Vesey, el duque no requeriría su presencia en el comedor, y Rachel tampoco, porque cenaría en su habitación hasta que se hubiera repuesto. Así que ella quedaría libre para cenar con Gabriela todos los días. Habría preferido seguir durmiendo en el tercer piso, alejada de los demás, porque tendría muchas más posibilidades de tropezar con Darius si se alojaban en la misma planta. Aunque la señorita Brown instalara a alguno de sus inesperados huéspedes en el tercer piso, a Kestwick y a Talbot les asignaría dormitorios de la segunda planta, ya que eran miembros de la nobleza.

Claro que también podría ser que Darius tuviera tan pocos deseos de dirigirle la palabra como ella a él... quizá, incluso menos. Si se rehuían mutuamente, no tendrían por qué coincidir en ningún momento.

En cuanto lady Westhampton estuvo cómodamente instalada en su cama, Jessica salió de su cuarto para dejarla dormir; el frío y el trayecto a caballo la habían dejado exhausta.

Baxter salió a su encuentro para plantearle el espinoso problema de cómo sentar a los huéspedes a la mesa. Jessica comprendía su preocupación; estaba convencida de que, en circunstancias normales, la mayoría de los pasajeros de la diligencia jamás habrían compartido mesa con un duque pero, por la actitud de la solterona, sabía que se horrorizaría si la sentaban en otro lugar que no fuera el comedor principal. La señora Woods tenía aire distinguido e iba bien vestida. Goodrich, el hombre delgado y nervioso, encajaría mejor con los criados a juzgar por su vestimenta, pero sería terrible cometer el error de ofenderlo. Jessica había padecido muchos desprecios como institutriz para arriesgarse a herir los sentimientos de nadie.

-Y ha llegado otro, señorita -intervino Baxter con consternación.

-¿Otro? ¿Quién? ::

-Un jinete. Se llama Cobb, y no sé a qué rango pertenece. Tiene un aspecto tosco, pero va bien vestido.

-¿Lo has consultado con el duque? A fin de cuentas, es su mesa.

-Por supuesto. Pero lo único que ha dicho es: «Estoy seguro de que harás lo más conveniente, Baxter» -exhaló un pequeño suspiro-. A veces, Su Excelencia es demasiado campechano. Creo que, en el fondo, le trae sin cuidado el protocolo.

-Entonces, póngalos a todos en la mesa principal por el orden que le parezca más oportuno. Supongo que Kestwick tiene un rango superior a los Vesey, pero ni siquiera estoy segura de eso. El señor Talbot, aunque es de la nobleza, no tiene título. El resto... póngalos al final de la mesa. Si se ofenden, ¡qué le vamos a hacer!

-Sí, señorita, gracias -Baxter le sonrió, aliviado, y se alejó a paso rápido.

Cuando lady Westhampton se despertó, invitó a Gabriela a cenar con ella en su cuarto aquella noche, dando por hecho que Jessica cenaría con los demás. Jessica decidió ahorrar a las doncellas un viaje y esperar a que se hubiera servido la cena en el comedor para hacer una escapada a la cocina y prepararse una bandeja.

Estaba sentada en su cuarto, leyendo y tratando de no prestar atención a su estómago vacío cuando llamaron a su puerta con aspereza. La abrió esperando ver a Baxter o a la señorita Brown, pero era el duque de Cleybourne en persona quien se erguía en el umbral.

-¡Su Excelencia! Yo... -se interrumpió, sin saber qué decir.

-¿Qué diablos hace aquí arriba? -preguntó con brusquedad.

-¿Se puede saber dónde debería estar? -le espetó Jessica.

-Abajo, cenando con todo el mundo.

-Las institutrices no suelen cenar con la familia, Su Excelencia, y menos cuando hay invitados.

-No los he invitado yo -señaló Cleybourne-, sino usted. Bonito momento ha escogido para mostrarse sumisa. ¿Qué ha sido de la señorita Maitland que gobierna la casa y da órdenes a mis criados de remolcar carruajes?

-¿Qué quería que hiciera? -replicó Jessica-. ¿Que los dejara en plena ventisca para que perecieran de frío?

-No, por supuesto que no. Es que... Maldita sea, son un incordio. Uno de ellos no hace más que parpadear y carraspear, y ese tal Cobb es un tipo raro. ¡No esperará que aguante a esa pandilla de necios yo solo!

-No está solo.

-Lo sé, y ese es el problema. Ya era terrible cuando estaban los Vesey, pero ahora tenemos a esa mujer que no para de graznar, a Kestwick hablando de betún para las botas, ni más ni menos, y ese otro tipo, no sé cómo se llama, un perfecto idiota -se interrumpió con un suspiro; después la miró con las cejas levantadas-. ¿Y bien?

-Y bien, ¿qué?

-Tiene que vestirse y bajar a cenar.

-No lo dirá en serio.

-Ya lo creo.

A Jessica le entró el pánico ante la perspectiva de sentarse a la misma mesa que Darius.

-Pero... tardaré en prepararme.

-Retrasaremos la cena.

-No me necesita. No sé qué puedo hacer yo para que le resulten menos irritantes.

Cleybourne se la quedó mirando un momento, impasible, y dijo:

-Puede que nada, pero me elevaría mucho los ánimos saber que usted también tiene que soportarlos. Ahora, vístase. La esperaré aquí fuera.

-No hace falta que me espere.

-Sí, si quiero que baje a cenar.

Jessica hizo una mueca y cerró la puerta; después, se dirigió a su armario y sacó otro de los vestidos de lady Westhampton. Escogió el de raso marrón rojizo, que hacía juego con su pelo y confería un tono dorado a su pálida piel. Se dejó el mismo peinado sencillo que había llevado todo el día, un grueso moño en la nuca. No tenía ni tiempo ni destreza suficientes para hacerse el laborioso tocado que había lucido la otra noche.

Cuando abrió la puerta, Cleybourne, que estaba repantigado en un banco del otro lado del pasillo, se puso en pie con ímpetu, y el fulgor de su mirada le derritió las entrañas. Se dijo que para él no era nada más que una empleada, y que lamentaba haberla besado la otra noche, que incluso había estado coqueteando con la libertina de Leona.

Juntos bajaron las escaleras hasta el salón, donde aguardaban los demás comensales. La mirada iracunda que le lanzó Leona al verla entrar del brazo de Cleybourne bastó para que se alegrara de haber aparecido, aunque tuviera que pasar la velada con Darius Talbot.

Fue una cena extraña. Como Cleybourne había señalado, el señor Goodrich era incapaz de estarse quieto. Contempló el amplio surtido de cubiertos con cierta alarma y no dejó de mirar con disimulo a un lado y a otro para ver qué utensilio era el que se utilizaba con cada plato. Frente a él se sentaba un hombre al que Jessica no había visto antes y que debía de ser el señor Cobb. Era de corta estatura, pero corpulento. Tenía una cicatriz en la mejilla que le procuraba una inquietante media sonrisa permanente, y unos ojos tan expresivos como piedras. No hablaba; se limitaba a comer con metódica lentitud y a pasear la mirada por los rostros de los demás comensales. Cleybourne no se había equivocado al decir que era un «tipo raro».

Leona, como siempre, se había puesto el vestido más exiguo que había podido encontrar. Casi todas las miradas de los hombres permanecieron fijas en el escote de su vestido durante la cena, confiando, imaginó Jessica, que resbalara hacia abajo un centímetro más y que sus pezones quedaran

a la vista. La solterona que se dirigía a la casa de su hermana, la señorita Pargety, se pasó casi toda la cena contemplando a Leona con horror e indignación a partes iguales. La señora Woods no parecía asombrarse de la actitud o el atuendo de Leona. Comía con callada dignidad, observando a sus compañeros de mesa y hablando poco, aunque en un par de ocasiones, Jessica creyó avistar en su rostro una expresión de desprecio cuando miraba a Leona.

Leona parecía haber desistido del duque, al menos, aquella noche. Con la mesa llena de hombres a los que encandilar, estaba alegre y provocativa. Coqueteó con todos ellos, incluido el reverendo Radfield, a quien no parecía importarle que sus senos amenazaran con desbordarse del vestido de un momento a otro. Su risa ronca tenía un matiz íntimo, como si estuviera a solas con quienquiera que la oyera. Sonreía y catalogaba a los hombres de criaturas traviesas, hasta que Jessica sintió deseos de arrojarle algo a la cabeza.

Solo un hombre además de Cleybourne parecía inmune a los encantos de Leona. Darius se pasó la cena observando a Jessica. Ella rehuía su mirada porque no quería establecer con él contacto visual, pero por el rabillo del ojo comprobaba que no dejaba de observarla.

En cuanto terminaron de cenar y los invitados se levantaron de la mesa, Jessica aprovechó la oportunidad para escapar. No tenía intención de sentarse en el salón con las demás mujeres mientras los hombres se retiraban a fumar y a beber coñac. Dirigiendo una sonrisa a su alrededor, se escabulló por la puerta y echó a andar hacia la escalera.

-¡Jessica!

Se detuvo al reconocer la voz, y se dio la vuelta despacio. Habría preferido seguir alejándose, pero quizá fuera mejor afrontar y zanjar aquel asunto de una vez por todas. Al menos, estaban solos; los demás invitados seguían demorándose en la entrada del comedor.

-Darius.

-Por favor, quiero hablar contigo -se acercó, la agarró del brazo y la condujo a la habitación más próxima, un salón auxiliar de pequeñas dimensiones.

Jessica reprimió el impulso de desasirse. Bajó la mirada a los dedos que se hundían en su brazo y él bajó la mano y retrocedió.

-Lo... lo siento. Es que... -tenía gotas de sudor en la frente, y lanzó una mirada atormentada por el salón, como si allí pudiera encontrar una indicación de lo que debía hacer-. No podía dar crédito a mis ojos esta tarde, cuando te vi.

Jessica aguardó sin dejar de mirarlo. Se preguntó vagamente qué habría visto en él. No estaba exento de atractivo, desde luego, aunque resultara insípido, pero su boca reflejaba debilidad, y se extrañó de no haber reparado en ello cuando estaban prometidos. No era ni alto ni bajo, ni delgado ni grueso. En conclusión, un hombre bastante corriente.

-Verás, me alegro de verte. Hacía siglos que deseaba verte, en realidad. Sé que me porté mal, y hace tiempo que quería disculparme y decirte lo equivocado que estaba. Ahora me doy cuenta. Y espero que puedas perdonarme -al ver que Jessica no decía nada, sino que seguía mirándolo fríamente, prosiguió con atropello-. Fui un... un canalla contigo. No tengo excusa salvo que era joven y estúpido. Temía que el escándalo de tu padre me alcanzara a mí también, y que me echaran del ejército.

-Por supuesto -respondió Jessica-. Es lógico que pensaras en ti primero.

Darius vaciló, como si no supiera muy bien cómo interpretar su afirmación.

-Pensé que... que no tenía elección. Tuve que renunciar al amor por el buen nombre de mi familia, por mis sueños en el ejército. Ahora me doy cuenta de que fui un idiota por anteponer mi profesión a ti. Espero que puedas perdonarme... Me gustaría que volviéramos a ser amigos.

-No tengo el menor interés en ser tu amiga, Darius -dijo Jessica con rotundidad-. Y, sinceramente, en cuanto reanudes tu viaje, dudo que volvamos a encontramos. A fin de cuentas, hace diez años que no nos vemos. Ya no nos movemos en las mismas esferas.

Darius tuvo la vergüenza de sonrojarse un poco al oír su comentario.

-Lo sé. Siento mucho que hayas tenido que... que...

-¿Buscar empleo? -sugirió Jessica-. No importa. No intento ocultar que trabajo. De hecho, resulta satisfactorio y liberador saber que uno controla su propio destino, en lugar de depender de un padre, un hermano o un marido para obtener sustento.

Darius parpadeó; parecía perplejo, como si no supiera cómo reaccionar ante su franqueza.

-Darius... Imagino que esta situación te resulta violenta. A mí también. Pero no hace falta que finjamos un cariño que ninguno de los dos sentimos solo para suavizar la situación. Ha sido mala suerte que volviéramos a encontramos, pero será mejor hacer de tripas corazón. Con suerte, las carreteras estarán despejadas dentro de unos días y no tendremos que volver a vemos nunca más. Mientras tanto, sugiero que intentemos rehuimos. Así todo será mucho más fácil.

Acto seguido, giró sobre sus talones y salió del salón.

-¡Jessica! -Darius salió tras ella, pero se detuvo en el umbral y se limitó a contemplar cómo se alejaba.

Jessica no miraba ni a izquierda ni a derecha, siguió avanzando en línea recta hacia las escaleras. Ya casi las había alcanzado cuando la voz del duque la detuvo.

-¡Señorita Maitland!

A regañadientes, volvió la cabeza. Cleybourne avanzaba con paso firme hacia ella. Lanzó una mirada a Darius Talbot al pasarlo de largo, y este se refugió de inmediato en el salón.

-¿La estaba molestando ese tipo? -le preguntó Cleybourne en cuanto se detuvo frente a ella.

-No, no es nada. Ahora mismo iba a acostarme. No estoy acostumbrada a estar levantada a estas horas.

Cleybourne frunció el ceño.

-Vi la cara que ponía cuando el señor Talbot apareció en casa esta tarde. Y, ahora mismo, no tiene aspecto de no haberle ocurrido «nada». Quizá deba hablar con él.

-No, no es preciso. Lo he resuelto yo misma -suspiró al comprender que no podría aplacar al duque si no le contaba lo sucedido; era evidente que se tomaba muy en serio su deber de proteger a sus empleados-. El señor Talbot es una persona a la que conocí hace años. Él Creo... creo que le he hablado del escándalo que hundió a mi padre, y de que mi prometido me abandonó para que no relacionaran su nombre con el mío.

-Sí.

-El señor Talbot era mi prometido.

-¿Su prometido? -Cleybourne enarcó las cejas, y su primera reacción no fue la que ella había esperado-. ¿Qué diablos hacía prometida a ese petimetre?

Una risita brotó de los labios de Jessica.

-Yo misma me lo preguntaba esta noche.

-Lo había calificado de idiota -prosiguió Cleybourne-, pero no sabía que además careciera de honor -miró hacia el salón-. Le pediré que se vaya.

-Gracias, Su Excelencia, pero no puede hacer eso. Equivaldría a matarlo. Con este tiempo, no llega- ría al pueblo ni a la casa más próxima.

-Sí, puede que tenga razón -dijo Cleybourne con pesar-. ¿Qué quería? ¿La estaba importunando? ¿Quiere que hable con él?

Jessica lo negó con la cabeza.

-No. Aunque se lo agradezco nuevamente. Darius... -se encogió de hombros-. Quería que fuéramos amigos. Se disculpó por cómo me trató.

-Entiendo -Cleybourne la miraba con atención-. ¿Y qué le dijo usted?

-Que no quería ser su amiga, y que lo más sensato era que nos rehuyéramos. Así que, ya ve, está todo resuelto. Buenas noches, Su Excelencia.

-No, espere, no está todo resuelto. Hace horas que quiero explicarle...

-No tiene por qué explicarme nada -dijo Jessica con rigidez al recordar la escena de lady Vesey saliendo prácticamente desnuda del cuarto de Richard, y la puñalada de dolor y furia que le había traspasado el corazón-. No soy más que su empleada. No me sor- prende que quisiera estar con... con una mujer de su misma posición social.

-De mi misma po... -Richard frunció el ceño, perplejo-. ¡Demonios! ¿Era eso lo que entendió ayer? ¿Que no era lo bastante distinguida para mí? ¡Santo Dios, mujer! No la había tomado por tonta.

-¿Por tonta? -Jessica enarcó una ceja y habló con voz gélida.

-Sí, tonta -repuso en un susurro de furia-. Vive aquí, trabaja para mí. Estaría aprovechándome de usted si... si la obligara a recibir mis atenciones. A eso era a lo que me refería, no a su rango. Me importa un comino si es una institutriz o una lavandera. Pero la otra noche, en su cuarto, cuando yo... cuando nos... maldita sea, me estaba aprovechando de su vulnerabilidad. Me comporté como un canalla.

-Así que recurrió a Leona. Es natural.

-¡No recurrí a Leona! -estaba elevando la voz llevado por la furia, y se refrenó visiblemente-. Eso es lo que llevo intentando decirle todo el día. No ocurrió nada entre lady Vesey y yo.

Jessica enarcó una ceja a modo de leve incredulidad.

-Sí, sé que parecía horrible. Ella llevaba mi bata y nada más, pero no fue culpa mía. El que estuviera desnuda, quiero decir. La encontré así anoche, cuando entré en mi dormitorio. Me estaba esperando sentada en mi cama, completamente desnuda -lo dijo en un tono de agravio tan claro que Jessica casi sintió deseos de reír-. Así que le di mi bata y la eché al pasillo. No la toqué... bueno, salvo para sacarla de mi cuarto.

Richard miró a Jessica. Lo molestaba que le importara tanto que lo creyera. También lo irritaba no poder olvidar el beso de la otra noche. Tenía la impresión de estar traicionando a Caroline... como si hubiera dejado de quererla. Sin embargo, al tiempo que se recriminaba aquella atracción, sabía que le importaba lo que Jessica Maitland pensara de él.

-Maldita sea, Jessica -dijo con exasperación y un deje de amargura en la voz-. ¿No entiendes que

ver a Leona desnuda no me hizo desearla? No como un solo beso me hizo desearte a ti.

Jessica alzó la cabeza y se lo quedó mirando, enmudecida. Vio la verdad en sus ojos, y vio también lo mucho que le desagradaba sentir lo que sentía. Quería besarla otra vez, y ella quería que lo hiciera. De pronto, sentía un hormigueo por todo el cuerpo y, sin darse cuenta, se inclinó un poco hacia él.

Se oyó un estallido de risas en el pasillo, carcajadas masculinas seguidas de la voz pícara de Leona. Tanto Jessica como Richard se sobresaltaron y volvieron la cabeza hacia el sonido. No había nadie en el pasillo; los invitados se encontraban en el salón principal, pero ambos se percataron de la escasa intimidad que tenían en el centro del vestíbulo.

Jessica miró a Richard con el corazón desbocado. Después, se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras.

11

JESSICA se detuvo ante la puerta de Gabriela de camino a su dormitorio y giró el pomo sin hacer ruido. Gabriela había corrido el pestillo, como ella le había recomendado que hiciera todas las noches. Se dirigió a la siguiente puerta y llamó con suavidad. Al oír la voz de Rachel, entró.

Rachel le sonreía desde la cama, pero no era una sonrisa muy firme. Tenía los ojos acuosos, y ella misma reconoció que le dolían la cabeza y la garganta.

-Creo que me estoy resfriando -reconoció en tono de pesar-. Lo siento mucho. Estoy segura de que necesitarás ayuda con tantos huéspedes en la casa.

-Sí, algo tendremos que hacer para mantenerlos distraídos. Son un grupo muy singular -Jessica distrajo a Rachel durante unos minutos describiendo al señor Cobb, a la señorita Pargety y a los demás, y se alegró al ver que Rachel se animaba un poco.

Transcurridos varios minutos, salió del dormitorio de Rachel para dejarla descansar y atravesó el pasillo hacia su cuarto. Lanzó una mirada a la puerta de Cleybourne, contigua a la de ella, y se preguntó si ya habría subido. Desechó la idea, considerándola estéril, y se dispuso a acostarse.

Se puso uno de sus sencillos camisones blancos de franela, se soltó el pelo con un suspiro de alivio y se cepilló los gruesos rizos rojos. Se metió en la cama, temblando un poco de frío, pues en la chimenea solo quedaban rescoldos. Pensó que le costaría trabajo dormir tras su conversación con el duque, pero había sido un día agotador y concilió el sueño casi de inmediato.

Llevaba un rato dormida cuando un ruido la despertó. Abrió los ojos de par en par con el corazón desbocado. Se incorporó tratando de determinar qué podía haberla desvelado. ¿El ruido de un pomo al girar? No estaba segura.

Se levantó de la cama, se puso las pantuflas y la bata y se acercó con sigilo a la puerta. Pegó el oído, pero no oyó nada. Descorrió el pestillo, entreabrió la puerta y echó un vistazo. No vio nada salvo el pasillo a oscuras, iluminado tenuemente por la luz de la luna, que se derramaba por los ventanales de ambos extremos.

De pronto, una figura oscura emergió de las sombras de un lado del pasillo, se dirigió al rellano y desapareció escaleras abajo. A Jessica se le subió el corazón a la garganta. ¿Quién podía estar bajando a hurtadillas la escalera a aquellas horas de la noche? Pensó en el intruso que se había colado en el aula la otra noche. ¿Sería Vesey?

Decidida a seguir a aquella figura furtiva, tomó un pesado candelero a modo de arma defensiva. Se lo guardó en el bolsillo de la bata y, sosteniéndolo con fuerza por un extremo, abrió aún más la puerta de su cuarto Y salió al pasillo.

Avanzó lo más deprisa que pudo en la oscuridad, y no tardó en alcanzar el rellano. Se aferró a la barandilla y descendió despacio para no resbalar. Estaba en mitad del tramo cuando oyó un golpe seco en el vestíbulo principal, seguido de una blasfemia airada. Vaciló un momento, pero siguió bajando con el mayor sigilo posible.

Atravesó el vestíbulo principal con cuidado de no tropezar como, al parecer, había hecho el

intruso, y alcanzó el pasillo donde se encontraba el despacho de Cleybourne. Allí la oscuridad era casi absoluta, ya que las cortinas estaban echadas y no se filtraba la luz de la luna. Estaba concentrada en mirar por dónde pisaba cuando oyó un grito al final del pasillo, seguido por el estrépito de un objeto al romperse.

Jessica levantó la cabeza y escrutó las sombras. Oyó un gruñido, seguido de un golpe seco, y un momento después, una forma oscura salió corriendo de una puerta y se abalanzó por el pasillo hacia ella. Jessica retrocedió, pero no lo bastante deprisa para impedir que el hombre le golpeara el hombro izquierdo al pasar junto a ella. Jessica se aferró al borde de una mesa para no perder el equilibrio.

Otro hombre salió corriendo del despacho tras el primero, y la adelantó lanzándole una mirada perpleja antes de alejarse. Jessica reconoció a Cleybourne, y fue entonces cuando advirtió que no había distinguido ningún rasgo del otro hombre, solo oscuridad, al igual que con el intruso del aula.

Mientras aquellos pensamientos pasaban por su cabeza, ya se estaba apartando de la pared para perseguir a los dos hombres. El primero había alcanzado la puerta principal y la abrió de par en par. Richard salió detrás de él. Sin preocuparse por sus delicadas pantuflas ni la falta de abrigo, Jessica los siguió.

Dieron la vuelta a la casa, pero Cleybourne alcanzó a la misteriosa figura antes de que esta se alejara por el jardín de atrás. Se abalanzó sobre él y lo derribó. Los dos hombres rodaron por la nieve, forcejeando y lanzando puñetazos a diestro y siniestro. Se pusieron en pie, todavía enzarzados en la pelea.

Para entonces, Jessica ya se había acercado. Esgrimió su arma, el pesado candelero, a la espera de poder distinguir al intruso y golpearlo. Sin embargo, las sombras de la casa, las ropas oscuras, le impedían diferenciar a los contrincantes.

Uno de ellos tropezó con una pequeña figura de piedra que había quedado enterrada bajo la nieve y los dos cayeron nuevamente al suelo. Jessica se cernía sobre ellos con incertidumbre. El que estaba debajo logró colocarse encima y cerró las manos en tomo a la garganta de su oponente. Tenía la cara oscura por aquel lado. A Jessica le entró el pánico. ¡El intruso estaba estrangulando a Cleybourne! Levantó el candelero con las dos manos y lo dejó caer con fuerza sobre la cabeza de la figura que estaba encima.

El hombre profirió un gruñido y cayó desplomado al suelo. Su contrincante se incorporó, y Jessica le vio el rostro por primera vez. Lo llevaba envuelto en un pañuelo negro, y solo se le veían los ojos. ¡Se había equivocado de hombre!

-¡Richard! -gritó, y cayó de rodillas junto al cuerpo inmóvil para ponerlo boca arriba con frenesí.

El intruso se adentró en el jardín de atrás; Jessica ni siquiera se fijó; tenía el corazón en un puño.

-¡Richard! -lo agarró por los hombros y lo zarandeó con suavidad.

El duque gimió y entreabrió los párpados un momento, los ojos giraron en sus órbitas y, después, volvió a quedarse inconsciente.

-¡Dios mío! -un pequeño sollozo brotó de la garganta de Jessica. Le retiró el pelo de la cara intentando no llorar. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?, se preguntó con frenesí. Había golpeado sin pensar, por temor a que fuera Richard el estrangulado-. Despierta, por favor. Por favor...

Tuvo una idea. Tomó un puñado de nieve y frotó las mejillas de Richard. La sensación gélida

volvió a despertarlo y, en aquella ocasión, permaneció consciente, aunque un poco aturdido.

-¿Jessica? -preguntó con voz débil, perplejo.

-Sí. ¿Puedes ponerte en pie? ¿Te encuentras bien? -Creo... creo que sí -se llevó la mano a la cabeza-. ¿Dónde diablos estoy? ¿Qué ha...? -lo recordó todo de golpe, y emitió un rugido-. ¿Dónde está? - se incorporó, pero el movimiento fue un poco brusco y se balanceó. Jessica le rodeó los hombros con el brazo para sostenerlo.

-Se ha ido. Salió corriendo. Lo siento mucho, te golpeé a ti.

Richard profirió una maldición.

-Debí imaginarlo -se tocó con suavidad la coronilla-. ¿Por qué me has pegado?

-¡Solo intentaba ayudarte!

-Pues la próxima vez, abstente.

-¡Pensaba que eras él! -replicó Jessica con indignación-. Pensé que tú eras él... el ladrón, si es que estaba robando algo. Lo estabas estrangulando, y pensé que tú eras él. Pensé que te estaba matando, así que lo golpeé -concluyó con torpeza. Levantó el candelero para que lo viera.

-¡Santo Dios! Mañana tendré un buen chichón.

-Vamos, levántate. Hay que curarte la herida -lo apremió Jessica-. ¿Tienes alguna otra?

-¿Es que no te basta con una brecha en la cabeza? -preguntó Cleybourne con sarcasmo.

-No hace falta que te pongas así -dijo Jessica.

Se puso en pie y se inclinó para ayudarlo a levantarse. Incluso a la tenue luz, vio que tenía un tajo encima de una ceja, y que la sangre le había cubierto gran parte de ese lado de la cara. Jessica había confundido la oscuridad de la sangre con la máscara del intruso.

-Apóyate en mí -le ordenó Jessica-. Estás herido. Tenemos que entrar a curarte.

En aquella ocasión, no protestó, sino que le pasó un brazo por los hombros. Regresaron despacio a la parte delantera de la casa, y subieron los peldaños, aunque Richard, más que apoyarse en ella, la utilizaba para mantener el equilibrio.

El interior del vestíbulo estaba más iluminado que minutos antes. Había varias personas con velas en la mano en distintos puntos de la escalera, observándolos. Dos criados, todavía con camisas de dormir, habían aparecido por el pasillo que comunicaba con la escalera de servicio y ellos también estaban atónitos, contemplando a Jessica y a Richard con incredulidad.

Jessica se fijó en los rostros de los huéspedes de la escalera. Allí estaba Gaby, a un tiempo asustada y curiosa, así como la señora Woods, con su gruesa melena negra cayéndole en cascada sobre los hombros, y la señorita Pargety, con una mano en la garganta y semblante horrorizado. De improviso, se oyeron fuertes pisadas en el rellano del tercer piso y, un momento después, el señor Cobb se reunió con los demás en la escalera.

-¿Qué está pasando aquí? -preguntó con brusquedad-. ¿Qué era todo ese ruido? -miró a Richard y a Jessica -¿Está herido, señor?

-Sí, lo está -dijo Jessica-. Necesitaré vendas y algo conque limpiarle la herida.

-Estoy bien -dijo Richard con aspereza. Bajó el brazo y se enderezó-. La herida puede esperar; ahora mismo, tengo cosas más importantes que hacer -se volvió hacia los criados-. Llamad a todas las puertas y rebuscad en todas las habitaciones. Mirad si algún hombre lleva ropa mojada por la nieve o si hay prendas desechadas por alguna parte.

-Sí, Su Excelencia -contestó uno de ellos, un tanto dudoso.

-A algunos no les hará gracia -dijo el otro criado. -Lo sé. Disculpaos profusamente, pero alegad que no hay más remedio. Decidles que alguien ha entrado en mi casa y que yo os he ordenado que registréis todas las habitaciones para ver si está escondido en alguna parte.

En la escalera, la solterona profirió un gritito.

-¡Hay un intruso en la casa! -miró a su alrededor con pavor, como si el peligro la estuviera acechando.

-No lo sé, señorita Pargety. Seguramente, ya está bastante lejos de aquí, pero debemos aseguramos.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Gaby, casi sin aliento-. ¿Era el mismo hombre?

-Tienes que volver a la cama, Gabriela -le dijo Jessica con firmeza.

Como el duque parecía capaz de sostenerse en pie él solo, Jessica empezó a subir la escalera, decidida a impedir que las mujeres sucumbieran a la histeria. Agarró a Gaby de un brazo y pasó el otro por el brazo delgado y trémulo de la solterona.

-Las acompañaré a sus habitaciones -les dijo, y lanzó una mirada tranquilizadora a la señorita Pargety. El bonito rostro de la señora Woods estaba pálido pero sereno. Haría falta algo más que un intruso, pensó Jessica, para alterarla. El señor Cobb tampoco parecía sobresaltado o contrariado, como si estuviera acostumbrado a ver cabezas ensangrentadas. O quizá su serenidad se debiera a que había sido él el oponente de Cleybourne. Jessica se preguntó si le habría dado tiempo a entrar en la casa por otra puerta y subir a su cuarto. Le miró los pantalones y vio que estaban completamente secos; tendría que haberse cambiado, porque la ropa del intruso debía de estar tan mojada como la de Cleybourne. ¿Podría haber hecho todo eso y haber aparecido en la escalera en tan poco tiempo?

Jessica alzó la vista y sorprendió la mirada del señor Cobb. Rápidamente, se dio la vuelta y condujo a Gaby y a la señorita Pargety al piso superior. Las dos tenían un millar de preguntas. Jessica hizo lo posible para tranquilizar a la solterona, e incluso entró con ella en su dormitorio para mirar dentro del armario y debajo de la cama y demostrarle que no había nadie ocultándose en su habitación.

-Eche el pestillo y no le pasará nada -le dijo Jessica. Le dio las buenas noches y condujo a Gaby a su cuarto-. Tengo que bajar para hablar con el duque. Sabré muchas más cosas cuando lo haga -señaló.

-Está bien -accedió Gaby a regañadientes-. Pero tiene que prometerme que mañana me lo contará todo, señorita Jessie.

-Te lo prometo. Ahora, vuelve a encerrarte en tu cuarto.

Gaby asintió y Jessica la dejó y se dirigió a su dormitorio. Se despojó de la bata y del camisón húmedos y se vistió deprisa, poniéndose medias, corsé y un abriga- do vestido de lana. Temía que Cleybourne se acostara antes de que ella pudiera hablar con él. No se molestó en recogerse el pelo. Sabía que debía parecer una salvaje con la melena cayéndole libremente por la espalda y rizándose por todas partes, pero no le importaba. Quería averiguar lo que había ocurrido con exactitud.

Encendió una vela con los rescoldos del fuego, salió al pasillo y comprobó que no se filtraba luz por la rendija de la puerta del duque. Confiando en que aún estuviera en la planta baja, bajó las escaleras con paso veloz y se dirigió a su despacho. Había varios candelabros de pared encendidos

en el pasillo, y el propio despacho estaba inundado de luz.

Cuando alcanzó el umbral, encontró a Cleybourne de pie en el centro, mirando a su alrededor. Él también se había puesto ropa seca. Se volvió al oírla y no pare- ció sorprenderse al verla.

-Imaginé que volvería -se limitó a decir, y prosiguió su inspección.

Había una mesita volcada, varios objetos derramados por el suelo, y unas hojas caídas. Los cuadros estaban torcidos, y un armario bajo tenía las puertas abiertas. En su interior se encontraba la caja fuerte.

-Ahí es donde lo encontré -dijo Cleybourne, y señaló el armario-. Forcejeamos, y creo que fue entonces cuando volcamos la mesa. Lo demás está intacto -con la mano señaló uno de los cuadros torcidos-. Creo que estaba buscando la caja fuerte.

-Parece lógico. ¿Qué cree que pretendía?

-Ni idea -Cleybourne se encogió de hombros-. Llevarse algún objeto del interior de la caja fuerte, o algo que creyera poder encontrar ahí.

-¿Un vulgar ladrón?

-Tal vez. Pero no un ladrón ajeno a la casa.

-Opino lo mismo. A fin de cuentas, estamos incomunicados por la nieve. Pero ¿quién puede ser?

-No lo sé. Ni siquiera podría describirlo físicamente. Estaba oscuro, y tenía la cara tapada. Creo que era más delgado que yo, más bajito, aunque no mucho.

-Con esa descripción, el señor Cobb quedaría descartado.

Cleybourne asintió.

-No creo que fuera él aunque, en otras circunstancias, sería mi primer sospechoso. Pero claro, no son más que hipótesis -se inclinó para cerrar el armario-. ¿Qué hacía usted aquí abajo?

-Ah. Me despertó un ruido. No sabía qué había sido, así que me asomé al pasillo y vi a alguien bajando con sigilo por la escalera. Su Excelencia, si no me equivoco.

-Sí. No podía dormir, no hacía más que oír ruidos: puertas que se abrían y se cerraban. La verdad, creo que la mitad de los huéspedes se han pasado la noche entrando y saliendo de sus habitaciones. Al final, salí al pasillo a investigar, y vi una luz abajo. Me venció la curiosidad, así que apagué mi vela y bajé. El intruso debió de oírme, porque cuando llegué aquí ya había apagado su vela. Lo vi agazapado junto a la caja fuerte, y arremetí contra él. Forcejeamos, pero se escabulló... El resto, ya lo sabe.

-¿Sospecha de alguien?

-Todavía no. Baxter y los criados han registrado todas las habitaciones. Acaba de decirme que estaban todos en sus respectivos dormitorios. No encontraron ninguna prenda mojada o desechada. Quienquiera que fuera supo esconderlas bien -Cleybourne hizo una mueca-. Estoy seguro de que es alguien de esta casa, pero ¿quién?

-Resulta un poco extraño... después del intruso del otro día.

-Sí, demasiadas coincidencias. Diría que se trata de la misma persona, pero estaba convencido de que era Vesey intentando llevarse a Gabriela de aquí. ¿Por qué iba a querer forzar mi caja fuerte? ¿Qué esperaría encontrar?

-No lo sé. Quizá pensara que despojándolo de los documentos que lo nombran tutor de Gabriela...

-Pero seguiría quedando constancia de ello en el testamento original, que ya ha sido archivado y leído.

-Sí. No entiendo qué podría conseguir con ello. Claro que quizá esté desesperado. El general me comentó hace no mucho que estaba en la ruina, que debe grandes sumas de dinero.

-Eso he oído. Sus acreedores lo traen sin cuidado, pero es un jugador empedernido. Querrá saldar sus deudas de juego para que no lo excluyan de sus partidas. Lady Vesey es tan derrochadora como él... y el verano pasado se quedó sin su fuente de ingresos al perder a Devin.

-Bueno, creo que no podemos hacer nada más por hoy -concluyó Jessica con pesar. Se fijó en él-. Debo limpiarle esa herida, ¿sabe?

El duque la miró con regocijo.

-¿Es que también es médico, señorita Maitland?

-No, pero he curado varios cortes y magulladuras, tanto en calidad de institutriz como de hija de un militar.

-Está bien, aceptaré su destreza -dijo con una leve sonrisa-. Baxter me trajo una bandeja con vendas y medicinas, pero primero quería bajar a inspeccionar mi despacho. Están arriba.

Apagó la lámpara y subieron la escalera con la vela que Jessica había empleado. Cleybourne recorrió el pasillo hasta su puerta y la abrió. Jessica vaciló un momento. Raras veces había entrado en el dormitorio de un hombre y, desde luego, en ninguno que no fuera el de su padre o el del general. Le parecía un lugar demasiado íntimo para estar a solas con un hombre.

Cleybourne encendió la lámpara de la mesilla de noche. Jessica avanzó con la espalda recta; no tenía nada de malo que entrara en su cuarto para curarle la herida, se dijo. No estaba dispuesta a andarse con ñoñerías.

Baxter había dejado una bandeja con vendas y frasquitos de ungüentos sobre una mesita baja contigua a una silla. Cleybourne se sentó para que ella pudiera ver mejor la herida. Jessica humedeció un paño en la palangana, lo escurrió y empezó a limpiarle la sangre seca de la cara.

La proximidad del duque la ponía nerviosa. Se concentró en la mejilla, donde estaba limpiándole la sangre, para no mirarlo a los ojos, pero sabía que él la estaba observando. Le puso la mano debajo de la barbilla para sujetarle mejor la cabeza mientras le frotaba la sangre y experimentó un ligero temblor al tocarle la piel áspera por la barba de un día. Buscó rápidamente algo que decir para no pensar en él.

-¿Y si no era Vesey? ¿Qué podría estar buscando cualquiera de los huéspedes en su despacho?

-Un objeto de valor, imagino. Me parece lo más probable.

-Pero no podían huir con el objeto robado - señaló Jessica-. Hay demasiada nieve. Debía saber que lo descubrirían.

-No parece muy lógico. Aunque quizá estuvieran buscando algo muy pequeño. Pero ¿el qué? Y ninguno de ellos estaba aquí antes, solo Vesey. Todo esto carece de sentido.

Jessica aclaró el paño en la palangana y empezó a limpiar el corte de la ceja. Cleybourne profirió una exclamación.

-Es una herida, ¿sabe? No una mancha difícil.

-Lo sé -replicó Jessica con brusquedad. Después, vaciló-. Siento mucho haberle golpeado.

El duque desplegó una media sonrisa.

-No me diga que tiene remordimientos.

-No, por supuesto que no. No fue deliberado. Pero lo lamento -frunció el ceño con cierta preocupación. El duque la miró.

-Debería hacerla sufrir por su error, pero no lo haré. Acepto su disculpa. Dudo que el golpe que me dio me hubiera tumbado si mi atacante no me hubiera golpeado ya con un pisapapeles cuando forcejeamos en mi despacho.

-Entonces, no me extraña que estuviera tan aturdido.

Cleybourne la miró a los ojos, y Jessica cayó en la cuenta de lo solos que estaban... y de dónde estaban. Tenía al duque tan cerca que podía percibir su calor corporal; su cabeza se encontraba a escasos centímetros de sus senos. A menos de medio metro de distancia se hallaba la cama, amplia y profusamente decorada, que presidía la habitación. Inconscientemente, recordó sus besos de la otra noche y el placer que habían despertado.

Si se inclinaba unos centímetros, sus labios entrarían en contacto con los de él. Recordó su sabor con total claridad.

-¿Qué son estos frasquitos? -preguntó de golpe, girando en redondo.

Cleybourne bajó la mirada con desgana del rostro de Jessica y contempló la bandeja.

-Supongo que pomadas para las heridas. La señorita Brown las prepara a base de hierbas. ¿Diente de león? -se encogió de hombros-. Hace años que dejo que me curen con esos ungüentos y sigo en pie.

-Está bien -Jessica abrió un frasco y extendió la crema oscura y gelatinosa sobre el corte de Cleybourne. Después aplicó un parche sobre la herida y le vendó la cabeza en diagonal para sujetarlo. Cleybourne se miró en el espejo.

-Parezco un herido de guerra.

-No es una zona de la cara fácil de vendar - repuso Jessica en tono defensivo-. Déjese la venda puesta al menos esta noche.

Se lavó las manos en el lavabo y se las secó. Sabía que debía irse; ya no tenía sentido que permaneciera allí.

-Su Excelencia...

-Al menos, ahora que me ha dado un golpe en la cabeza, podría llamarme Cleybourne -se puso en pie sin dejar de mirarla a la cara-. Hasta podríamos tutearnos.

Jessica sintió una repentina opresión en el pecho. Le costaba trabajo mirarlo a los ojos y acordarse de respirar.

-No... No sería decoroso.

-Y usted es siempre tan decorosa... -desplegó una sonrisa lenta y cálida que prendió fuego en las terminaciones nerviosas de Jessica-. Me ha llamado cobarde y estúpido, si no recuerdo mal. «Richard» me resultaría suave comparado con eso -le acercó la mano a la mejilla; su tacto era suave y abrasador. Bajó la vista a su boca, y sus pupilas se dilataron de pasión mientras deslizaba el pulgar por la suave curva del labio inferior-. Jessica...

A Jessica le flaqueaban las rodillas. ¿Cómo podía afectarla tanto oír cómo pronunciaba su nombre? ¿Por qué se sentía como si el mundo pudiera extinguirse si no la besaba?

El rostro de Richard se cernió sobre el de ella, y Jessica cerró los ojos, sumida en un anhelo

aterrador. Después sintió sus labios sobre los de ella, y fue aún más dulce que su recuerdo de la otra noche, más seductor. La besó primero con suavidad, después con firmeza, buscando, tomando, mientras el placer se intensificaba y se extendía a cada momento.

Jessica emitió un suave gemido animal y apretó su cuerpo contra la figura musculosa del duque. Era presa de un ansia acuciante que la atemorizaba. Quería que Richard la amara, la conociera, la hiciera suya con la boca, las manos, el cuerpo.

Richard la estrechó con fuerza entre sus brazos, enardecido por su reacción desinhibida. No recordaba cuándo se había sentido así de frenético, así de ansioso, por última vez. Quería hundirse en ella, penetrarla hasta no sentir nada más que aquel placer, hasta no pensar ni percibir nada que no fuera ella.

Hundió las manos en la nube de pelo para estrujar la masa fragante y suave y dejar que resbalara como seda entre sus dedos. La imaginó desnuda en su cama, con los cabellos extendidos en forma de abanico, toda ella fuego, luz y suavidad, y se estremeció de deseo.

Deslizó las manos por su espalda hasta las curvas de sus glúteos y la levantó para apretarla contra su miembro rígido y anhelante. Aborrecía la barrera de prendas que los separaban, quería sentir su piel sobre la de él.

Jessica notó su miembro duro y supo instintiva- mente lo que significaba. Experimentó una reacción pareja, un dolor palpitante entre las piernas, y quería abrirlas, tomarlo dentro y aplacar la sed de los dos.

Richard la condujo a la cama, y cayeron juntos sobre el colchón, ella debajo de él. Richard deslizó una pierna entre las de Jessica, para acariciar de forma seductora el centro ardiente y palpitante de su deseo. Jessica buscaba el contacto, se movía contra él para aplacar aquella ansia que la dominaba. Richard experimentó una sacudida, como si alguien le hubiera clavado un atizador candente en la piel, y profirió un gemido. Hundió los dedos en la colcha, porque temía lastimar a Jessica si la tocaba, tal era su deseo de poseerla, someterla, aplastarla bajo su cuerpo.

Richard se movía sobre ella, incapaz de reprimirse, y retiró su boca de la de ella para besarle la cara, el cuello, las orejas. Con los dedos, forcejeó con la hilera de botones del frente del vestido, tirando, desabrochando, incluso arrancando los más recalcitrantes. Jadeaba de forma ronca, pesada y animal, y podía oír los pequeños jadeos de Jessica, que lo enardecían aún más. Ella gimió y unió su pelvis a la de él.

Algo crecía dentro de Jessica, algo poderoso e imparable. Deseaba a Richard, ansiaba sentirlo dentro de ella, quería que él le «hiciera» algo, no sabía muy bien qué. Jessica jamás había experimentado unas sensaciones tan placenteras, febriles y desesperadas. La entusiasmaban y la sorprendían, creando deseos nuevos y aún más anhelantes. Su anhelo crecía con cada deliciosa caricia de Richard.

Richard le abrió el vestido y deslizó una mano por debajo para cerrarla sobre su seno y acariciarlo. Tomó un pezón entre los dedos y lo atormentó hasta que se puso rígido y ardiente. Jessica sollozaba de deseo, apretaba su cuerpo contra el de él y hundía los dedos en su pelo... incluso le clavaba las uñas en el cuero cabelludo, pero Richard estaba demasiado absorto en su anhelo para sentir dolor. Rodeó un seno con su mano firme y callosa y acarició la piel suave y sensible, sobresaltándola, antes de besar la punta sonrosada.

Jessica emitió un pequeño gemido que era, en parte, ansia, en parte, satisfacción. Después, sorprendiéndola aún más, Richard deslizó la lengua por el pezón, endureciéndolo y desatando hormigueos por su cuerpo. Jessica se estremeció. Anhelaba más, temía que Richard se detuviera, pero no lo hizo. En cambio, con un suspiro de placer, cerró la boca en tomo a uno de sus senos e introdujo el pezón erecto en la cálida y húmeda cavidad para acariciarlo con la lengua.

Jessica arqueó la espalda y gimió al sentir aquel placer puro, casi insoportable. Al tiempo que tiraba con suavidad de su seno con la boca, moviéndose con un ritmo dulce y pausado, apretaba la pierna con fuerza entre las de ella. Jessica buscó el roce mientras la presión que sentía dentro se multiplicaba, se expandía, se inflamaba hasta tal punto que estaba jadeante y desesperada. Hundió las manos en los hombros de Richard y gimió su nombre mientras movía las caderas con un ritmo frenético e instintivo.

De pronto, algo estalló en su interior, tan potente y luminoso que gritó, y abrió los ojos con sorpresa.

Richard levantó la cabeza para mirarla, y vio el placer y la estupefacción reflejados en su rostro, el leve rubor que le cubría el pecho y la garganta. Sabía que ella había alcanzado el clímax, y experimentó una oleada de orgullo y de triunfo acompañados de un ansia tan arrolladora que a punto estuvo de perder el control. La miró, dominado por emociones y sensaciones confusas, excitado casi de forma intolerable solo de pensar en la naturaleza apasionada de Jessica, en su inocencia, en su reacción sincera y nueva.

Pero Jessica solo veía su inmovilidad, su sorpresa, y comprendió al instante que había hecho algo terrible. Profirió una pequeña exclamación y se llevó la mano a la boca.

-¡Oh, no! ¡No debo!

No se había comportado como correspondía a una dama; había sentido algo que ninguna mujer respetable debía sentir jamás. Cuando se prometió a Darius, su tía habló en privado con ella, y en ningún momento de su discurso hizo referencia a aquella intensa oleada de placer, a aquel estallido delicioso y gozoso de éxtasis. Por aquella breve charla bochornosa, Jessica dedujo que el lecho conyugal era un lugar de dolor y vergüenza en el peor de los casos y, en el mejor, una obligación que acababa muy deprisa.

Solo las mujeres de naturaleza depravada y vulgar, sentían aquello, pensó, las mujeres que se convertían, en las queridas de otros hombres o las que, como Leona Vesey, entablaban relaciones ilícitas. A decir verdad, en aquel momento, lo que menos le importaba a Jessica era no ser la mujer que debía ser; ese había sido el caso con frecuencia en su vida. Lo que deseaba era volver a experimentar aquel placer asombroso, averiguar qué más cosas podía sentir, qué otros hormigueos la aguardaban... porque había más, estaba con- vencida. Deseaba... un millón de cosas. Quería ver el cuerpo desnudo de Richard, acariciar su piel, sentir cómo llenaba el ansia que sentía entre sus muslos, ver un estallido de placer parejo en él.

Pero, al mirarlo a los ojos, se convenció, con una sensación horrible de abatimiento, de que estaba horrorizado por lo que ella acababa de hacer. Su esposa nunca habría sido tan vulgar, tan ordinaria, como para gemir y frotarse contra su pierna, para suplicarle con sus actos que la poseyera. Sintió un intenso rechazo hacia la preciada Caroline. La duquesa nunca se habría estremecido con tanto abandono y placer... ni habría deseado más, y más...

Con un pequeño gemido de dolor y vergüenza, Jessica se apartó de él. Richard, que estaba temblando de pasión y luchando por conservar la cordura, gimió y hundió los dedos en la cama para no alargar los brazos, retener a Jessica y volverla a colocar debajo de él. Quería poseerla, penetrarla y cabalgar hasta quedar exhausto y trémulo de éxtasis.

Pero había visto el horror en los ojos de Jessica al comprender lo que estaba haciendo, lo que estaba a punto de hacer. Sería un canalla si la poseía, si desgarraba sus últimos retazos de inocencia, si se aprovechaba de su naturaleza apasionada para arruinar su nombre y su reputación.

Así que permaneció inmóvil, combatiendo el ansia desesperada, mientras ella se levantaba de la cama y salía corriendo por la puerta. Con un gemido, Richard cayó de costado sobre la colcha y maldijo largamente en voz baja.

12

A la mañana siguiente, Richard maldijo la nieve. Le impedía pasar la jornada lejos del castillo, como deseaba hacer. La cabeza le estallaba de los golpes recibidos la noche anterior... y de la falta de sueño. ¿Cómo podía dormir cuando no dejaba de pensar en Jessica, de la que solo le separaba una pared de su dormitorio? Sospechaba que Baxter la había instalado en la habitación contigua a la suya para atormentarlo.

Estaba mal, se dijo, que sintiera aquel anhelo por la institutriz de Gabriela, y que quisiera hacer con ella lo que quería hacer.

Por muy apasionada que hubiera sido su reacción la noche anterior, era igual de evidente que era una mujer inexperta. Virginal. Al igual que su esposa cuando la condujo a su cama en la noche de bodas. El hecho de que Jessica no hubiese reaccionado con temor, como Caroline había hecho, no significaba que pudiera aceptar la consumación de aquella pasión sin lamentaciones ni remordimientos.

Cielos, ¡Y qué pasión! El mero recuerdo hacía bullir su sangre nuevamente de deseo. Había estado tan espontánea, tan natural, tan seductora... No podía evitar imaginar cuál sería su reacción cuando la desnudara, la acariciara, le abriera las piernas y se hundiera dentro de ella.

Recordó que no podía pensar en ello. Era una mujer inocente que se encontraba bajo su protección. Su deseo debía ser protegerla, no seducirla. No era una mujer como Leona, ala que uno podía poseer y después olvidar, y tampoco podía convertirla en su amante y exponerla a las burlas de la nobleza. Aunque asegurara su bienestar, de modo que no tuviera que volver a trabajar para nadie nunca más, Jessica no podría vivir sabiendo que era una mujer mantenida, un escándalo. No, ella merecía tener amor y un marido abnegado, un matrimonio con hijos y todo lo que deseaba una mujer.

Richard sabía que no podría procurárselo. Nunca volvería a amar. No podía reemplazar a Caroline, y desposar a una mujer que significara menos para él le parecería un sacrilegio, un insulto para Caroline. Ya se sentía lo bastante miserable y culpable por anhelar tanto a otra mujer pero ¿volver a casarse? Imposible.

Así que aquella mañana se encerró en su despacho e intentó concentrarse en los libros de cuentas que le había llevado su administrador. No lo logró pero, al menos, tuvo una excusa para permanecer enclaustrado todo el día... aunque no pasaba una hora sin que se preguntara qué estaría haciendo la, señorita Maitland.

Lo que la señorita Maitland estaba haciendo era procurar contentar a un grupo de huéspedes aburridos y dispares... o, al menos, tratar de que no discutieran.

En circunstancias normales, habría sido Rachel, la cuñada del duque, quien habría asumido las tareas de anfitriona, pero el resfriado que la había estado acechando el día anterior logró atraparla aquel día, y estaba febril, congestionada y abatida, de modo que no solo no podía ocuparse de los invitados, sino que había que cuidar también de ella. Por fortuna, Gabriela se sentía a gusto con Rachel y no con los huéspedes, así que estuvo encantada de hacerle compañía durante casi todo el

día, dándole conversación y leyéndole a ratos.

Jessica lanzaba una mirada de aborrecimiento a la duquesa cada vez que pasaba delante de su retrato. Era una mujer demasiado bonita para que cualquier otra aspirara a competir con ella, y Jessica estaba convencida de que no había sido franca, insumisa o lujuriosa como ella.

De hecho, en muchas ocasiones a lo largo del día, Jessica deseó no ser tan apasionada o, al menos, que los recuerdos de los besos y caricias de Cleybourne no fueran tan nítidos. Era una tortura recordar el tacto de su mano sobre su pecho, el sabor de sus labios... o el fuego del deseo que había ardido dentro de ella al oír su respiración jadeante y entrecortada. La había deseado, lo sabía. Pero también estaba convencida de que no lo reconocería... ni volvería a ceder a su deseo. Sentía que estaba traicionando a su difunta esposa, y eso lo atormentaba. Lo único que sentía por Jessica era lujuria. Ella, en cambio, se conocía lo bastante para saber que sus sentimientos no andaban muy lejos de su deseo. Lo deseaba, pero lo deseaba en todos los sentidos. ¿Sería amor? No lo sabía.

Hizo una mueca y siguió andando por el vestíbulo hacia la sala de estar, decidida a no volver a pensar en el duque en todo el día. Allí encontró a Leona con expresión de regocijo, a la señora Woods con semblante aburrido, y a la señorita Pargety con la espalda recta y las mejillas sonrojadas, quizá de enojo o de vergüenza. También vio al reverendo Radfield, que se miraba los dedos con expresión impasible. Alzó la vista cuando Jessica entró, y desplegó una sonrisa muy dulce.

-Señorita Maitland. Es muy amable al venir a vemos. Estábamos comentando lo próxima que está la Navidad y lo incierto que es que podamos llegar a nuestros respectivos destinos a tiempo. Personalmente, lamentaría mucho perderme mi primera Navidad en mi nueva parroquia.

Hablaba con voz fluida y modulada, y expresión afable, y Jessica creyó ver un destello de humor en sus ojos. Sería bueno, pensó, que un hombre de Dios tuviera sentido del humor, en especial al tratar con sus feligreses. También sospechaba que era un mentiroso, ya que dudaba que una conversación sobre las Navidades hubiera despertado malicia en Leona y horrorizado a la señorita Pargety. Pero imaginaba que los clérigos debían ser diestros en el arte de la diplomacia, ya que en cualquier congregación había personas que se profesaban tan poca simpatía como lady Vesey y la señorita Pargety.

-Sí, sería muy triste que se perdieran la Navidad -corroboró Jessica, y fue entonces cuando tuvo la idea-. Por cierto -comentó-, me extraña que, estando tan cercana la Navidad, todavía no hayamos adornado la casa. Si me disculpan, tengo que hablar con Baxter.

Encontró al mayordomo en el comedor principal, supervisando la colocación de la cubertería por parte de las doncellas.

-Baxter...

-¿Sí, señorita? -el mayordomo se volvió hacia ella con una sonrisa. Aunque, al principio, lo había chocado su actitud enérgica y franca, había aprendido a apreciarla y a confiar en ella, sobre todo en aquellos últimos días, con el molesto problema de tantos huéspedes inesperados.

-No he podido evitar darme cuenta de que no hay adornos navideños en la casa.

La sonrisa del mayordomo se esfumó.

-No, señorita.

-No quisiera sobrecargar de trabajo a los criados en estos momentos, pero he pensado que adornar un poco la casa podría levantar los ánimos de todo el mundo. Podría encargar a los

jardineros y a los mozos que cortaran algunas ramas de abeto; no están muy lejos. También hay algunos arbustos de acebo junto a la puerta de atrás. De todas formas, los hombres están ociosos a causa de la nieve. Creo que todo el mundo se sentiría mejor inspirando su fragancia, ¿no cree? Y nuestras invitadas también estarían distraídas. Podríamos hacer lazos con cintas rojas y decorar las repisas y los umbrales con coronas de muérdago. Los hombres podrían ayudamos a colgarlas.

Baxter la miró primero ilusionado, luego melancólico.

-Sí, señorita, animaría este castillo y mantendría ocupados a nuestros invitados, como usted dice. Pero... En fin, hace muchos años que no celebramos las Navidades aquí.

-¿De ninguna manera? -preguntó Jessica, atónita. -Bueno, Su Excelencia no nos niega la comida de Navidad, y nos hace regalos, por supuesto. Pero no quiere que se decore la casa. Lo hace sufrir mucho, ¿sabe? Había adornos por todo el castillo cuando tuvo lugar el accidente.

-Vaya, es una lástima. La señorita Gabriela se llevará una desilusión. Los niños disfrutan tanto de las celebraciones navideñas...

-Sí, señorita -su mirada se entristeció-. A nuestra pequeña Alana le encantaban. Sé que la señorita Brown le habló de la tragedia.

-Así es -Jessica se quedó pensativa un momento-. ¿Le ha prohibido el duque poner adornos este año?

-Bueno, no -reconoció el mayordomo-. Lo hizo el primer año después del accidente, por supuesto, y al siguiente, cuando se lo pregunté, se negó en redondo.

-Han pasado cuatro años -señaló Jessica-. Quizá se haya acostumbrado a no verlos, pero eso no significa que se oponga a unas cuantas coronas aquí y allá, y a unos pequeños adornos de acebo y muérdago. La señorita Gabriela y yo decorábamos la casa del general todos los años, y se alegraría mucho de hacer- lo aquí. Todavía está muy triste por la pérdida de su tío abuelo -añadió-. Y estoy segura de que los demás huéspedes también están un poco tristes temiendo no poder pasar la Navidad con sus seres queridos.

-Supongo que no pasaría nada si le pidiera al jardinero que cortara unas cuantas ramas -el anciano sonrió, y Jessica vio la ilusión brillar en sus ojos-. Claro que no sé qué dirá Su Excelencia -añadió, dudoso.

-Si dice algo, dígale que yo se lo pedí -sugirió Jessica. Estaba casi segura de que Cleybourne montaría en cólera al ver los adornos, pero sabía que no culparía a Baxter, sino a ella. Y, sinceramente, en aquellos momentos, la perspectiva de discutir con el duque no la disgustaba en absoluto. Sería mucho mejor que la indiferencia que demostraba pasándose el día encerrado en su despacho-. Estoy segura de que, si no le agrada, me lo dirá -prosiguió en tono firme.

-Por supuesto, señorita -el mayordomo se dio la vuelta y se alejó a paso rápido, sonriendo.

Los criados no tardaron en imbuirse del espíritu festivo. Los jardineros y los mozos de cuadra acarrearon montañas de ramas de abeto y de hiedra, y Jessica, Gabriela y la señorita Pargety se mantuvieron ocupadas gran parte del día, creando vistosos lazos rojos y anudándolos en tomo a las coronas de hojas de acebo, hiedra y bayas rojas. Hasta Leona se dignó a ayudar, envolviendo un alambre con lazo para formar una bola abierta en la que colgar muérdago que, según le dijo a lord Kestwick con una sonrisa pícara, era su planta festiva favorita. Colgaron muérdago en el umbral del salón principal, enroscaron guirnaldas en tomo a la barandilla de la escalera y las colgaron por

encima de las repisas de las chimeneas. El aire no tardó en impregnarse del aroma refrescante de las plantas, y la casa adquirió un ambiente festivo. La señorita Brown sacó una provisión de velas rojas que distribuyeron por la casa adornándolas con una minúscula corona de acebo o hiedra.

Rachel se despertó de la siesta y, al oír el alboroto, salió de su cuarto y se sorprendió al ver los adornos del pasillo del segundo piso. Después, insistió en sentarse en la cama a pesar del catarro y en ayudar a Gabriela a entrelazar hojas de acebo y bayas rojas para crear pequeñas coronas para las velas.

-La casa está preciosa -le dijo a Jessica con una sonrisa-. No puedo creer que haya podido convencer a Cleybourne para que le dejara decorarla.

-No se lo pregunté -reconoció Jessica con aire despreocupado. Rachel se la quedó mirando.

-¿Que no lo sabe?

-No -Jessica movió la cabeza.

-Es usted una mujer muy valiente.

En aquel momento, se oyó un rugido en la planta baja.

-¡Señorita Maitland!

Rachel y Jessica se miraron a los ojos, y Jessica se encogió de hombros.

-Creo que acaba de darse cuenta.

Sin reflejar la menor preocupación, Jessica se levantó y salió a paso lento del dormitorio. No se demoró, pero tampoco bajó corriendo las escaleras. Caminó a su paso acostumbrado, con semblante sereno y las manos entrelazadas. Cuando alcanzó el rellano, vio al duque al pie de la escalera, con los puños en las caderas y los ojos llameantes de furia. El corazón empezó a latirle más deprisa, pero se obligó a bajar el último tramo pausadamente.

-¿Deseaba verme? -preguntó con serenidad al poner el pie en el último peldaño.

-¡No! -le espetó Cleybourne. La calma de Jessica lo enfurecía, y resultaba aún más exasperante que, mientras la contemplaba, en lo único que podía pensar era en soltarle el pelo, destruir el decoroso recogido de la nuca y dejar que aquella masa ígnea se precipitara sobre sus hombros como la noche anterior-. Preferiría no tener que verla nunca más -prosiguió -.Pero me obliga. Está en todas partes, trastornándolo todo.

-Lamento que piense eso -desde el primer peldaño de la escalera, el rostro de Jessica estaba a la misma altura que el de Richard. Si se inclinaba hacia delante, sus labios entrarían en contacto. La idea bastó para desatar un hormigueo de deseo por su cuerpo-. Sería mejor que tratáramos este asunto en su despacho -prosiguió, y miró hacia arriba de forma significativa. El señor Cobb, la señorita Pargety y la señora Woods se encontraban en lo alto de la escalera, con- templando la escena con interés -.Alarmará a sus invitados... y a sus criados.

Cleybourne lanzó una mirada al vestíbulo principal y vio a un grupo de criados apiñados en un costado, mirándolo con nerviosismo.

-¡Maldita sea! -masculló, y atravesó el vestíbulo hacia el pasillo que conducía a su despacho.

Jessica lo siguió y cerró la puerta al entrar. Se encaró con Cleybourne.

-¿No quiere sentarse? -le sugirió.

-No, no quiero. Maldita sea, mujer, ¿qué le pasa?

-Nada, Su Excelencia. Me encuentro perfectamente. Es usted quien parece turbado.

-Sí, estoy turbado. ¿Es que no tiene sentido común ni vergüenza?

-Sí, Su Excelencia, creo que poseo mucho sentido común, gracias a Dios. En cuanto a la vergüenza...

-¡Y un cuerno! -rugió, interrumpiéndola-. Viene a esta casa, mete las narices en todas partes, da órdenes sin autoridad, lo trastoca todo...

-Si me he extralimitado, lo siento, señor.

-No, no lo siente. Extralimitarse es justo lo que le encanta hacer. No se cansa. ¡Mira que decirles a mis criados lo que tienen que hacer... A mí lo que debo hacer...! Maldición, ¡nos iba muy bien sin usted!

-Permítame que discrepe. Cuando llegué, esta casa era un lugar sombrío y desolado, donde los criados estaban tristes y preocupados y el amo del castillo estaba contemplando la idea de quitarse la vida.

-¡Yo no estaba...! -gritó Richard, pero se interrumpió, apretó la mandíbula y cerró los puños. Lo asombraba lo mucho que quería zarandear a Jessica. ¿Por qué tenía que ser tan rebelde? ¿Tan obstinada?

¿Tan infinitamente deseable? Tardó un momento en serenarse, y prosiguió en un tono más grave-. Lo que contemplara o dejara de contemplar no es asunto suyo, señorita Maitland. Ni el estado de mi casa ni los sentimientos de mis criados quienes, por cierto, reciben un buen trato y son muy leales.

-Ya lo creo -corroboró Jessica-. Por eso mismo están preocupados y tristes. Les preocupa el dolor de su señor. ¿Cómo cree si no que llegué a la conclusión de que pensaba pegarse un tiro? Por la consternación de sus criados.

Cleybourne retrocedió con el ceño fruncido. -No, ellos no podrían saberlo.

-Por supuesto que lo saben. Los criados lo saben todo. Esta casa es su mundo, y usted ocupa su centro. Su estilo de vida depende de usted. Es natural que conozcan sus cambios de humor, sus sentimientos. Más aún, sus criados le profesan un gran afecto.

-No lo bastante para seguir mis órdenes, por lo que se ve -replicó-. Sabían que no quería estos adornos abominables -lanzó una mirada asesina a la guirnalda que estaba encima de la repisa de la chimenea.

-Yo diría que son alegres, más que abominables. Pero no pasaron por alto sus órdenes. Cuando les pregunté, me dijeron que habían transcurrido dos años enteros desde la última vez que les ordenó que no decoraran la casa. Así que me limité a señalar que, si hubiese sido importante para usted, se lo habría recordado este año...

-Señorita Maitland, le agradecería que no enseñara a mis criados tácticas para eludir mis órdenes.

-Solo señalé que sería poco razonable esperar que nadie volviera a celebrar la Navidad nunca más. No tiene derecho a negar a su gente las alegrías de estas fiestas. Piense en sus invitados, incomunicados en este castillo, lejos de sus hogares...

-Yo no los invité. Son un incordio, y desearía que se fueran.

-No lo dudo, pero no pueden irse. Así que deben hacer de tripas corazón, al igual que Su Excelencia. No puede negarle a Gabriela la alegría de la Navidad. Ya ha sufrido mucho. No debería pasar las Navidades sumida en la tristeza solo porque su tutor es demasiado egoísta para permitir

que quienes lo rodean sean felices.

-¿Cómo se atreve? -Cleybourne dio una zancada hacia ella, con mirada llameante. Jessica se irguió cuan larga era y, en lugar de retroceder, afrontó su ira. -Me atrevo porque es la verdad. Pensar en la Navidad lo hace desgraciado, así que prohíbe celebrarla ostensiblemente en su casa. Pero no veo por qué Gabriela ha de perderse la alegría que le producen estas fiestas porque usted sea demasiado insensible para permitir que cuelguen unos cuantos lazos y ramitas verdes por la casa.

-¿Unos cuantos lazos y ramitas verdes? ¡El castillo está repleto de adornos! -rugió Richard. Estaba a punto de estallar de ira. Aquella mujer era la fémina más insufrible que había conocido en toda su vida, y siempre que la miraba recordaba momentos de la noche anterior... la suavidad de sus senos, su brusca inspiración cuando él jugaba con sus pezones... La imaginaba rodeándole la espalda con las piernas mientras él se hundía en ella.

Giró en redondo y se alejó de ella para controlar su deseo. Por fin, se dio la vuelta y habló en voz más baja.

-Y, permítame que le recuerde que, aunque ni usted ni la señorita Carstairs sean mis empleadas, soy su tutor y las dos están viviendo en mi casa.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire durante un largo momento en el que Jessica se limitó a mirarlo. Richard comprendió con incomodidad que lo que acababa de decir sonaba vagamente como una amenaza.

-Sé que estamos aquí gracias a su bondad - repuso Jessica, mirándolo con una expresión que distaba de ser sumisa -.Y, por supuesto, si quiere que sus criados retiren los adornos navideños, no hay nada que Gabriela y yo podamos hacer para impedirlo. Como es lógico, le explicaré su postura a Gabriela. Sin embargo, si quiere que retiren la «inmensa» cantidad de lazos y ramas, tendrá que ser Su Excelencia quien se lo diga a sus criados, no yo. Como ha señalado, no tengo autoridad sobre ellos.

Jessica lo miraba con actitud desafiante. Creía conocer al duque de Cleybourne lo bastante bien para saber que, al final, no tendría corazón para decepcionar a sus criados diciéndoles que descolgaran los adornos.

La miró con ojos entornados, sabiendo que si seguía allí mucho tiempo, estallaría de rabia, estrecharía a Jessica entre sus brazos, la besaría, y solo Dios sabía cómo acabaría todo aquello.

-¡Al cuerno con todo! ¡Conserve sus condenados lazos y ramitas! -giró en redondo y atravesó el despacho. Abrió la puerta de par en par y no le extrañó encontrar en el pasillo a un grupito de criados. Hizo una mueca -.¡Está bien, terminad de colgar esos endiablados adornos!

Se alejó por el pasillo dejando a los criados parloteando con entusiasmo.

13

JESSICA tardó unos momentos en recuperarse y abandonar el despacho. Sabía que todos los criados la estarían observando con disimulo y se había propuesto no reflejar su agitación.

Recorrió el pasillo hasta el vestíbulo principal, saludó a una de las doncellas, que estaba quitando el polvo a una mesa, y subió la escalera hacia su cuarto. Una vez dentro, exhaló un enorme suspiro y se dejó caer en la cama. Pensó en la discusión con el duque, pero al tiempo que recordaba el semblante de Cleybourne, notó algo distinto en su dormitorio. Se levantó y miró alrededor. Había algo que no encajaba, pero ¿qué podía ser?

Su mirada se posó fugazmente en la cómoda y siguió avanzando; después, retrocedió de nuevo hasta la cómoda.

¡Su joyero había desaparecido! Se acercó y empezó a rebuscar en los cajones por si una doncella, mientras limpiaba, lo había guardado allí. Pero no lo encontró en ninguna parte, ni en los cajones ni en ningún otro rincón de la habitación.

El joyero era preciado para ella; contenía un broche hecho con el pelo de su padre, y un relicario que había pertenecido a su abuela, con las iniciales de esta. No soportaba la idea de perderlos, aunque apenas tuvieran valor. Cualquier otra invitada de la casa tenía joyas mucho más caras que ella.

Se le ocurrió que Gabriela podía habérselo llevado a su cuarto para jugar con sus joyas. Hacía más de un año que no lo hacía, pero había sido uno de sus pasatiempos favoritos cuando era niña. Atravesó el pasillo y llamó a la puerta de Gabriela. Al no obtener respuesta alguna, se dirigió al cuarto de lady Westhampton, donde encontró a Gabriela sentada en una silla junto a la cama de Rachel, leyéndole de un libro. Las dos sonrieron a Jessica al verla entrar.

-¡Qué bien que has venido! -dijo Gabriela, y se puso en pie-. A lady Westhampton le encanta este libro, pero tengo que ir a ayudar a la señorita Pargety con las coronas de acebo. Le prometí regresar enseguida.

-No te preocupes, yo seguiré leyéndole a lady Westhampton, si a ella le apetece -le aseguró Jessica con una sonrisa-. Gaby... ¿has sacado mi joyero de mi cuarto por alguna razón?

Gabriela pareció sorprendida.

-No. ¿Por qué? ¿No lo encuentra?

-Por ninguna parte. Pensé que querrías jugar con mi relicario o algo así.

Gabriela lo negó con la cabeza.

-No. Ya soy demasiado mayor para esos juegos, ¿sabe?

-Lo sé. Es que no se me ocurre dónde... Bueno, miraré otra vez en mi dormitorio. Ve a ayudar a la señorita Pargety; yo haré compañía a lady Westhampton.

Gabriela salió con paso alegre. Jessica se acercó Y ocupó la silla que Gaby había desalojado.

-¿Cómo se encuentra?

Rachel exhaló un profundo suspiro.

-Aparte de no poder respirar sin abrir la boca, supongo que bien -guardó silencio y frunció un poco el ceño-. ¿Sabe? Debería comentarle a Richard que no encuentra su joyero.

-Dudo que el duque tenga ganas de hablar conmigo ahora mismo -dijo Jessica con ironía.

-¿No se ha tomado bien los adornos navideños?

-En absoluto. Montó en cólera.

-¡Cielos! -Rachel parecía preocupada-. Quizá deberíamos haberle dicho que fui yo quien di la orden a los criados.

-Puedo sobrellevar los arrebatos de ira del duque -Jessica se encogió de hombros-. De todas formas, habría adivinado que la idea había sido mía. Usted es demasiado considerada para herir así sus sentimientos. Pero no me echó del castillo, y tampoco les ordenó a los criados que quitaran los adornos, así que, al final, todo ha salido bien.

-¿De verdad? -Rachel se animó-. Me alegro mucho. Hace tanto tiempo que sufre que... -se interrumpió y dijo en voz baja-. A veces creo que mi familia está maldita, y que hacemos desgraciados a la gente que nos rodea.

-¡No, lady Westhampton! Eso es imposible.

-Por favor, llámame Rachel. No puede haber formalidades entre nosotras cuando me has visto con la nariz colorada y los ojos vidriosos.

-Está bien -sonrió-. Y yo soy Jessica. Pero no puedes estar hablando en serio.

-Los Aincourt no hemos sido nunca una familia feliz. Debe de ser por el pecado del orgullo.

-¿Orgullo? Perdóname, pero no me pareces altiva ni presuntuosa. Has sido muy amable conmigo, y quiero que sepas que...

-¿Qué? ¿Que sufriste el infortunio de tener a un padre que se vio envuelto en un escándalo? No fue culpa tuya, como tampoco lo era mía que mi padre fuera un tirano puritano que apartó a su único hijo de su vida. Pero ¿no crees que es orgullo que una familia siempre se case por ambición y no por amor? Siempre nos hemos casado bien a los ojos de los demás. Han sido matrimonios para obtener riqueza, posición, tierras o apellidos... cualquier cosa excepto amor. En consecuencia, nunca hemos sido felices.

-Pero tu hermana...

-Richard la amaba, lo sé. No estoy tan segura de que ella lo amara a él. O quizá debería decir que a Caroline le resultaba fácil amar a un duque. Si Richard hubiera sido un barón o, peor aún, un caballero sin título alguno, no estoy tan segura de que lo hubiera querido.

-Vaya -Jessica contempló a Rachel. Estaba pálida, con los ojos sombríos, recordando un pasado que le había procurado escasa felicidad-. Lo siento.

-Mi marido y yo tenemos un... un matrimonio agradable, podría decirse. Es muy amable, y no me niega nada de lo que le pido. Soy libre de llevar mi propia vida en Londres, y él se queda en su finca con sus libros, su correspondencia y... y todas las cosas que le importan. Es muy pragmático. Ni siquiera creo que le preocupe mi demora. Dará por hecho que me he retrasado a causa de la ventisca.

-Rachel... -Jessica se inclinó hacia delante y le cubrió los dedos con la mano a modo de consuelo. Rachel sonrió con cierta tristeza.

-Lo siento. Te estoy apesadumbrando con nuestras desdichas. Debe de ser la fiebre. Michael y yo nos casamos sabiendo por qué. Yo amaba a otro hombre, un joven inadecuado... No era mala

persona, pero r tenía dinero, ni futuro. Mi familia siempre ha necesitado dinero. Así que yo cumplí con mi deber y Michael con el suyo. Y hemos estado... satisfechos con nuestra vida.

Al ver la tristeza que afloraba en los ojos de Rachel, Jessica no podía creer que estuviera satisfecha. Pero no la contradijo, se limitó a darle un apretón cariñoso.

-Supongo que nuestras vidas nunca son lo que habíamos soñado -le dijo-. Lo único que podemos hacer es sobrellevarlas con alegría.

-Tienes razón -Rachel desplegó una dulce sonrisa-. Pero a veces, ocurren milagros. Dev se casó para complacer a la familia, para impedir que nuestra casa solariega se cayera a pedazos y, ahora, Miranda él están locamente enamorados -calló un momento miró a Jessica con intensidad-. Solo deseo que Richard también le ocurra un milagro.

-Y yo -corroboró Jessica. Pero sabía, con una punzada de pesar, que si el duque volvía a enamorarse no sería de ella.

Aquella noche, la cena fue igual de incómoda que la del día anterior, salvo que la conversación fue más animada porque giró en torno a la reyerta del duque con el enmascarado.

La señorita Pargety estaba convencida de que intruso había llegado de fuera, más por vanas ilusiones, pensó Jessica, que por ninguna otra razón intención había sido robar al duque.

-¿Anoche? -repuso lord Kestwick con desdén, y enarcó una ceja aristocrática-. Vamos, ¿qué ladrón avanzaría a duras penas por la nieve, sabiendo que esta obstaculizaría igualmente su huida?

-Sí, milord, en eso tiene razón -dijo el reverendo Radfield en tono conciliador-. Pero ¿por qué iba a querer alguien de dentro robar a Su Excelencia sabiendo que tendría que quedarse aquí encerrado durante quién sabe cuántos días más? A mí me parecería sumamente peligroso.

-Ah, pero no se llevó nada, ¿verdad? -Kestwick enarcó de nuevo una ceja, mientras se secaba la comisura del labio con la servilleta-. ¿No es cierto, Cleybourne?

-¿Cómo dice? -Richard, que estaba observando las largas miradas que Darius Talbot dirigía a Jessica, se volvió hacia el hombre que estaba a su derecha.

-El hombre de anoche. No robó nada, ¿no es cierto?

-No. No vi que faltara nada.

-Pues si no era un ladrón, ¿qué podía estar buscando? -preguntó lady Vesey, irritada por no ser aquella noche el centro de atención. Ningún escote, por pronunciado que fuera, podía compararse a la emoción de un intento de robo.

-Yo no he dicho que no fuera un ladrón, mi encantadora lady Vesey -repuso Kestwick con una débil sonrisa -.Solo quería ver lo que podía robar antes de marcharse. Seguramente, no esperaba que lo sorprendieran. ¿Qué piensa usted, señor Cobb?

Todos se volvieron hacia Cobb, que estaba sentado en el extremo opuesto de la mesa.

-¿Sobre qué, milord? -replicó con semblante impasible.

-Sobre mi teoría, señor. Sobre el ladrón.

-Sí, podría ser un ladrón, milord. En cuanto a que pretendía hacer, mucho me temo que no lo sé - la expresión de Cobb, aunque no era desafiante, tampoco era deferente.

-Hablar de ladrones me pone nervioso -dijo señor Goodrich de repente, sorprendiéndolos a todos. Jessica no recordaba haberle oído decir una sola palabra la noche anterior-. A fin de cuentas, no sabemos si era un ladrón.

-Cierto, señor Goodrich -dijo el reverendo con su voz armoniosa. Aunque no solía decir nada importante, sus feligreses disfrutarían de sus sermones solo por la belleza de su voz-. En realidad, no sabemos por qué estaba aquí, y no deberíamos calumniar pobre hombre.

Jessica lanzó una mirada al duque y vio que apretaba la comisura de los labios. Sospechaba que a Cleybourne le gustaría dirigir al intruso unas cuantas calumnias mas, entre otras cosas por el tajo de encima del ojo.

-Últimamente, no oigo hablar más que de intrusos -comentó Vesey en tono distraído. Cleybourne miró con ojos entornados.

-¿A qué te refieres?

-Bueno, últimamente parece una epidemia, ¿no? ¿No entró alguien en esta casa hace varias noches? Y también en la casa del general.

Jessica frunció el ceño.

-¿A qué se refiere? ¿Cuándo entraron a robar a la casa del general?

-Bueno, fue después de que usted se fuera -respondió Vesey con naturalidad.

-¿Qué ocurrió? ¿Quién fue?

-No lo sé -Vesey se encogió de hombros-. ¿Te acuerdas de lo que dijo el posadero, Leona? Fue él quien nos lo contó.

-La verdad es que no me acuerdo -respondió Leona, en un tono de voz que denotaba un agudo desinterés por el tema. Vesey frunció el ceño, haciendo memoria.

-Me parece que dijo que había estado en la biblioteca, o en el despacho, o en algún lugar parecido. Por cierto, creo que tampoco echaron nada en falta. Un poco extraño, ¿no les parece?

-Extrañísimo -Cleybourne tenía las cejas fruncidas de forma sombría. Miró a Vesey y buscó a Jessica con los ojos. Esta enarcó un poco las cejas para expresar su propia perplejidad. Ella también habría creído que Vesey era el primer sospechoso de los dos incidentes del castillo, pero resultaba incomprensible que resaltara la relación entre ambos y el ocurrido en la casa de general. ¿Qué pretendía con ello?

Por otro lado, razonó, teniendo en cuenta los escasos poderes mentales de Vesey, quizá no pretendiera nada sino que estuviera hablando por hablar. Aun así, no podía negar la posibilidad de que hubiera mencionado los tres incidentes porque no tenía nada que ver con ellos y decía lo que se le pasaba por la cabeza.

De ser así, estaba ocurriendo algo que no alcanzaba a comprender. Turbada por la idea, siguió dándole vueltas durante el resto de la cena, sin prestar mucha atención a las conversaciones. Después, al salir del comedor, se sobresaltó cuando alguien la agarró del brazo, la arrastró al interior del salón de música y cerró la puerta. Jessica alzó la vista, sorprendida.

-¡Darius! ¿Se puede saber qué haces? ¿Por qué me has traído aquí?

-¿Cómo si no podría hablar contigo? Me has estado rehuyendo todo el día -dijo casi con petulancia-. Siempre que entro en una habitación, tú sales.

Raras veces me diriges la palabra. Ni siquiera me miras.

-Creía que habíamos acordado esquivarnos mutuamente -dijo Jessica con leve irritación-. Será lo más fácil para los dos.

-Para mí, no. No quiero rehuirte -protestó Darius-. La otra tarde, cuando te vi... Comprendí que

había sido un idiota. Si me dieras otra oportunidad, Jessica... -dio un paso hacia ella, y Jessica retrocedió.

-¡Otra oportunidad! ¿Te has vuelto loco?

-¡No! Más bien, creo que he vuelto a entrar en razón. Te he añorado durante todos estos años, he pensado en ti, te he deseado.

Jessica lo miró boquiabierta.

-¿Durante diez años?

-Sí.

-Eso es absurdo. No sé qué mosca te habrá picado, Darius, pero lo que dices no tiene sentido. Ya ni siquiera nos conocemos. Yo no... no siento nada por ti.

-¡No te creo! -exclamó Darius, y la sorprendió avanzando con rapidez y agarrándola de los brazos-. No puedes haber olvidado la dulzura de nuestros besos.

Lo único que cruzó por la mente de Jessica al oír sus palabras fueron los besos de Richard la noche anterior, y difícilmente podía calificarlos de dulces. Abrasadores, tal vez, o chocantes, fieros y rotundos, pero nada tan insípido como «dulces». Se sonrojó un poco al recordarlo.

-¿Lo ves? -dijo Darius con voz triunfante-. Sabía que los recordarías.

-¡No! -protestó Jessica, que comprendió demasiado tarde lo que Darius pretendía hacer.

La atrajo hacia él y la besó. Le aplastó los labios con los de él hasta hallar la barrera de sus dientes. Jessica deslizó las manos entre ambos para empujarlo, pero Darius hundió los dedos en los brazos de Jessica y la retuvo. Finalmente, desesperada, le dio un puntapié en la espinilla.

-¡Ay! -Darius levantó la cabeza, sorprendido.

-¡Maldito seas! -rugió una voz masculina detrás de ellos, y Cleybourne apareció junto a Darius. Lo agarró del brazo y lo apartó de Jessica con violencia. Darius se tambaleó, agitando los brazos en el aire, y cayó hacia atrás sobre un sofá. Rodó hasta el suelo.

-¡Richard! -exclamó Jessica, atónita. Pero Cleybourne no la estaba escuchando. Con ojos llameantes, rodeó el sofá para levantar a Darius del suelo y le hundió el puño derecho en la mandíbula, con lo que volvió a derribarlo-. ¡Richard! -exclamó Jessica de nuevo, y corrió a sujetarlo del brazo para retenerlo-. No sigas, por favor. ¡Estás dando una escena!

-¿Y crees que me importa? -preguntó-. Voy a matar a este bastardo.

-Pues a mí sí me importa -señaló Jessica, exasperada-. Mi reputación se resentirá si la casa entera entra aquí y os encuentra a los dos peleándolos. Descubrirán el porqué.

Richard vaciló; después, dejó caer el brazo a un costado.

-Está bien -miró a Darius con aspereza-. Dale las gracias por haberte salvado el pellejo, sinvergüenza. Levántate y vete, y si vuelvo a verte molestando a la señorita Maitland, la próxima vez no pararé. ¿Entendido?

-Sí, sí.. -Darius se apartaba de él al tiempo que se ponía en pie-. Lo siento, la culpa es mía. No sabía que Jessica fuera su... Que Su Excelencia era... -al ver que el duque volvía a echar chispas por los ojos y e abalanzaba hacia él, Darius se interrumpió y salió corriendo de la habitación. Richard permaneció inmóvil un momento, contemplando la puerta con ánimo combativo. Después, hizo un esfuerzo evidente por relajarse y se volvió hacia Jessica.

-¿Te encuentras bien?

-Sí. ¿Cómo iba a imaginar...? ¿Cómo sabías que estábamos aquí?

-Lo vi arrastrarte al salón de música. No hay que ser un genio para imaginar que no tramaba nada bueno. Habría llegado antes, pero esa condenada señorita Pargety me acorraló para quejarse del intruso, y no podía permitir que me siguiera hasta aquí -se dirigió a la puerta y la cerró para evitar que alguien se asomara a husmear. Cuando se dio la vuelta, a Jessica le costaba trabajo mirarlo a los ojos. Estaba avergonzada por lo que el duque había presenciado.

-Gracias -dijo con rigidez.

-De nada. Sinceramente, ha sido gratificante poder dar un puñetazo. Hace tres horas que me moría por hacer algo así.

-Entiendo -Jessica no pudo reprimir una sonrisa-. Lo siento.

-No hace falta -Cleybourne se encogió de hombros-. No... No debí gritarte esta tarde. Tener a tantos huéspedes me saca de mis casillas.

-Y yo que pensaba que era yo quien te sacaba de tus casillas....

.-Así es -repuso Cleybourne con una fugaz sonrisa.

-Siento que hayas tenido que presenciar esta escena.

-No hay nada que sentir. Debí echar a ese gusano de mi casa en cuanto me dijiste quién era, con ventisca o sin ella. ¿Crees que puede haber sido él el intruso de anoche? -la expresión de Richard se tornó repentinamente esperanzada, y Jessica rió entre dientes.

-Lamento decepcionarte, pero no me imagino a Darius con valor suficiente para hacerlo. Además, ¿para qué iba a estar husmeando en tu despacho? ¿Para robar? No era un hombre muy acaudalado, pero vivía con desahogo.

-Cierto -corroboró Richard con pesar-. Es demasiado idiota para tener un plan, para urdir un robo.

-¿Idiota? -Jessica sonrió con regocijo-. ¿No eres un poco severo? Casi no lo conoces.

-No hace falta -gruñó el duque-. Es evidente. Rompió su compromiso contigo porque el escándalo lo asustó. Solo un idiota haría algo así.

Jessica lo miró a los ojos, sorprendida.

-Pensaba que no te parecería una idiotez que se desvinculara de mí. A fin de cuentas, si no recuerdo mal, soy la «mujer más exasperante» que has conocido.

-No utilices mis palabras en mi contra -dijo con severidad fingida-. Eres sumamente exasperante, pero también eres hermosa y apasionada -se interrumpió al recordar, automáticamente, la noche anterior y la pasión desinhibida con la que Jessica había reaccionado a sus caricias. De pronto, sintió una llamarada en la entrepierna. Su mirada se intensificó, y la arrancó de Jessica.

Jessica avistó el fuego de su mirada antes de que el duque bajara la cabeza, y sintió un hormigueo de deseo. Pero recordó que Cleybourne la había rechazado precisamente por su respuesta apasionada.

-Tenía su futuro en el ejército -dijo con voz inexpresiva-. No podía permitirse crear lazos de sangre con un oficial caído en desgracia.

-Cualquier hombre que antepone su carrera al amor de una mujer es un idiota -dijo Cleybourne con aspereza. Cambió un poco de postura, todavía sin mirarla-. Es evidente que se ha arrepentido.

-No lo sé -Jessica movió la cabeza-. Me extraña un poco. Hacía diez años que no lo veía, no

puedo creer que haya estado lamentando su acción durante tanto tiempo. De ser así, ¿por qué no se ha puesto en contacto conmigo antes? -se encogió de hombros -.Debe de estar aburrido, enclaustrado en este castillo con desconocidos y sin nada que hacer.

-¿Por eso intenta comprometer a una dama ¿Para recuperar su afecto? ¿Por aburrimiento? -rugió Cleybourne-. No has debido detenerme.

-No lo sé -contestó Jessica con sinceridad- Pero me cuesta creer que siga queriéndome. No es la clase de hombre que eres tú.

-Gracias. Detestaría pensar que me parezco a es gusano.

Jessica sonrió débilmente.

-A lo que me refería, en concreto, es que no es u hombre de honor. De lealtad.

Aquellas palabras conmovieron a Richard. Aquel día no se había sentido un hombre de honor ni de lealtad, sino un hombre de puro anhelo, con su autodominio pendiendo de un hilo, y mentalmente desleal a s difunta esposa. Oír el respeto en la voz de Jessica el un bálsamo... y, también, como todo en ella en aquellos momentos, una poderosa caricia. Cerró los puño y dijo con rigidez:

-Gracias. No creo recordar el escándalo en que estuvo envuelto tu padre; al menos, no con claridad -añadió para enfriar sus pensamientos.

Jessica se encogió de hombros. No había hablado con casi nadie del escándalo que le había arruinado la vida. Todos habían optado por rehuir el tema, tanto por temor a hacerla sufrir, como Viola y el general, como por puro desdén. De modo que seguía siendo un nudo de dolor enterrado por diez años de vida.

Miró a Cleybourne con incertidumbre, pero en su rostro no había curiosidad, sino comprensión de los reveses del destino. Se le cerró la garganta de emoción pero, después, inspiró y dijo:

-No fue un asunto muy claro. Mi padre... -bajó la mirada, un poco sorprendida por la llamarada de dolor que la asaltaba después de tantos años-. Lo expulsaron del ejército después de muchos años de servicio. Nadie explicó por qué. Corrían los rumores, por supuesto, y el preferido era que había cometido una traición -miró a Cleybourne con expresión indignada-. ¡Pero era incapaz! Sé que jamás habría hecho nada para traicionar a Inglaterra. Era un hombre de una gran lealtad. Un militar de los pies a la cabeza -parpadeó para contener las lágrimas -.No quiso decirme por qué. Se lo pregunté. Estaba dolida y furiosa por lo que decía la gente. Quería que me contara lo ocurrido, quería demostrar a todo el mundo que no era un traidor, que no había hecho nada malo. Me juró que no había traicionado al ejército ni al país. Me... me dijo que lo sentía, que lo último que deseaba en el mundo era hacerme sufrir. Y estaba tan triste, tan aturdido, que fui incapaz de presionarlo. Le dije que lo creía, que confiaba en él, y sigo creyéndolo. Pasara lo que pasara, sé que él no hizo nada malo. Estaban equivocados.

Jessica se interrumpió con la voz ahogada por la emoción. Luchó por recuperar el control y, mientras lo hacía, Cleybourne alargó el brazo y le puso la mano con suavidad en el hombro. Aquel gesto de consuelo anegó sus ojos de lágrimas. Rompió a llorar y, cuanto más se esforzaba por cortar el llanto, más sollozaba. Vertió en las lágrimas todo el dolor de aquellos últimos diez años.

-Jessica... -instintivamente, Richard le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia él. Ella apoyó la cabeza en su pecho, cerró los dedos en torno a su chaqueta, y se deshizo en lágrimas. Por fin, exhausta, permaneció un momento más abrazada a él, sintiendo su fuerza y su calor, y se apartó.

Se secó las lágrimas con las manos, avergonzada de su debilidad.

-Lo siento. He sido una tonta.

-En absoluto. No tienes por qué disculparte.

Jessica movió la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos. Había sido amable con ella, y se había sentido a salvo y protegida en sus brazos. Era demasiado fácil caer en los brazos del duque, y sabía que no debía ceder a aquel placer.

Fue hace mucho tiempo -dijo Jessica, mientras se alisaba el vestido y se retocaba el peinado para ganar tiempo. Se enderezó y miró a Cleybourne ojos con la esperanza de volver a parecer serena y dueña de sí misma-. Es una estupidez seguir pensando en ello. Y aún más, molestar a Su Excelencia con ello.

-No me ha mo...

-Estoy muy cansada -se apresuró a añadir Jessica, interrumpiéndolo-. Si me disculpa, creo que me retiraré a mi habitación.

Cleybourne la miró con el ceño fruncido; después, hizo una pequeña reverencia.

-Por supuesto. Como guste, señorita Maitland.

Jessica giró en redondo y salió del salón de música, avanzando cada vez más deprisa, de modo que cuando llegó a su cuarto lo hizo corriendo. Por dentro, sabía que estaba huyendo... del peligro que representaba el duque de Cleybourne. Si no tenía cuidado, podía acabar enamorándose de Richard.

Y esa sería la estupidez más grande de todas.

14

JESSICA se despertó con dolor de cabeza; se había quedado dormida llorando. Sumergió un pañuelo en agua fría y permaneció tumbada con él en los ojos para reducir la hinchazón de los párpados. Después, se levantó y se vistió. Nada deseaba más que poder volver a la cama y pasarse el día entero tumbada, compadeciéndose de sí misma, pero se negaba a hacerlo. No quería vivir la vida con lamentaciones y aspiraciones irreales. Jamás sería una candidata apta para el título de duquesa y el duque de Cleybourne siempre estaría enamorado de su difunta esposa. De modo que lo único que podía hacer era seguir adelante con su vida, disfrutar de ella tal como era y no cometer el error de enamorarse de Richard.

Con ese fin, se pasó el día eludiéndolo, pasándolo en el aula con Gabriela o en el dormitorio de Rachel, haciéndole compañía. Cuando no pudo evitar el encontronazo porque estaba en el cuarto de Rachel jugando a las cartas con ella y con Gabriela, y el duque entró a visitar a su cuñada, le cedió su mano y se excusó alegando que debía comprobar si los invitados necesitaban algo.

Fingió no reparar en la mirada de extrañeza que Cleybourne le dirigió, y salió del dormitorio. Para no mentir, buscó a los huéspedes en los salones de la planta baja. No tardó en desear no haberlo hecho. Salvo por Darius Talbot, que palideció y salió de la estancia en cuanto ella entró, todos parecían tener algo que decir.

La señorita Pargety se quejaba de no haber pegado ojo porque los demás se habían pasado la noche entrando y saliendo de sus habitaciones y haciendo ruido. Lord Kestwick estaba petulante y aburrido, cansado de los juegos de azar de lord Vesey y, según suponía Jessica, de coquetear con lady Vesey. El señor Goodrich quería saber cuándo podrían reanudar su viaje, y el señor Cobb, como siempre, tenía un aspecto vagamente amenazador. La señora Woods parecía nerviosa, tamborileaba con los dedos sobre el brazo del sillón, y se enojó un poco cuando Jessica trató de trabar conversación con ella. Incluso el reverendo Radfield, siempre tan buen conversador, estaba más callado de lo normal. Por extraño que pareciera, Leona era la única que no tenía quejas. Al contrario, estaba triunfante, y Jessica dedujo que había pasado la noche con un hombre.

Jessica se alegró de dejar a los huéspedes y regresar a su cuarto. Se sorprendió al encontrar allí a una de las doncellas, una joven pecosa llamada Flora. Estaba sentada en el borde de una silla de respaldo recto, con una pequeña bolsa en el regazo. Flora se levantó al verla entrar, y la preocupación de su mirada se acrecentó.

-Señorita Maitland -empezó a decir-. Baxter me ha encargado que le trajera esto -le pasó la bolsa a Jessica con mirada recelosa -.La encontré en el salón de música, oculta debajo de un sofá.

Jessica aceptó la bolsa con curiosidad y la abrió. Estaba llena de astillas y de trozos de metal y de joyas. Lo estudió todo unos momentos; después, profirió un pequeño gemido de congoja.

-¡Mi joyero!

Flora asintió con tristeza.

-Sí, señorita. Lo reconocí porque había limpiado su cuarto, pero no sé qué estaba haciendo

debajo del sofá ni por qué está hecho trizas.

Jessica se acercó a la cama y vació la bolsa. Se inclinó sobre los pedazos y empezó a separar las joyas de los trocitos de madera de la caja. No tardó en comprobar que solo faltaba un pendiente.

-No lo entiendo. ¿Por qué iba a querer alguien robar un joyero y no llevarse el contenido? ¿Y por qué iba a querer hacerlo añicos? No estaba cerrado con llave.

-Yo tampoco lo entiendo, señorita. Es muy extraño.

-Podría ser que lo robaran y que, al ver que contenía joyas de muy poco valor, lo rompieran en un bato de ira -pensó Jessica en voz alta. O podían haberlo robado y destruido por puro odio hacia ella, añadió mentalmente... La idea la intranquilizó.

-Podría ser, señorita -respondió Flora, y guardó silencio un momento-. No ha sido ninguno de nosotros. Todos los criados la aprecian y, de todas formas, ninguno de nosotros robaría nada.

-No, no se me ha pasado por la cabeza que pudiera haber sido uno de vosotros.

Se miraron la una a la otra, considerando la alternativa, que fuera uno de los huéspedes. Al cabo, Flora dijo:

-Lo han hecho con maldad, señorita.

-Sí, temo que tengas razón.

La doncella se despidió con una pequeña reverencia y salió de la habitación. Jessica se sentó en la cama y contempló con aire pensativo su joyero deshecho. Estaban ocurriendo cosas muy extrañas en el castillo, y no podía evitar preguntarse cuál podía ser la causa. Recordó la queja de la señorita Pargety de que los demás no habían hecho más que entrar y salir de sus habitaciones, similar al que el duque había hecho la noche en que había sorprendido al intruso en su despacho. No entendía qué relación podía guardar aquello con lo demás, incluido el joyero destruido, pero pensaba averiguar quién había entrado en el aula la primera noche y quién había hecho añicos su preciado joyero.

Lo primero que debía hacer, pensó, era quedarse levantada aquella noche y montar guardia, para averiguar quién salía de su habitación y adónde se dirigía. Podía dejar la puerta entreabierta y observar por la rendija, pero lo pensó mejor y concluyó que distinguiría mejor las habitaciones y a sus ocupantes si se escondía en el pasillo, entre la mesa y el voluminoso tiesto del fondo.

Cuanto más lo pensaba, más le gustaba la idea. Aquella noche, durante la cena, prestó más atención a la conversación que de costumbre, y observó a los invitados preguntándose qué relación podían guardar con los misteriosos acontecimientos. Sentía la mirada del duque de vez en cuando, pero no se la devolvió por temor a que adivinara que estaba tramando algo.

Después, se escabulló del comedor y se refugió en su cuarto, donde intentó dormir un poco antes de que los demás se acostaran y pudiera empezar su guardia. Pero estaba demasiado tensa para conciliar el sueño, y pasado un tiempo, se levantó y se puso el vestido más oscuro que tenía. Se cepilló el pelo y se lo dejó suelto por los hombros, pensando que si bajaba la cabeza y dejaba que la melena le cayera hacia delante, podría ocultar gran parte de su faz pálida tras la cortina de pelo.

Ya era noche cerrada cuando por fin entreabrió la puerta de su dormitorio y asomó la cabeza. Los candelabros de pared ya estaban apagados, y no vio a nadie, de modo que salió con sigilo y cerró la puerta. Con la cabeza gacha para ocultar su rostro, se deslizó sin hacer ruido por el pasillo. Ya casi había alcanzado su escondrijo cuando creyó oír un ruido a su espalda. Se estaba dando la vuelta para mirar cuando un brazo la rodeó con fuerza desde atrás para apretarla contra el cuerpo sólido de un

hombre, y una mano le cubrió la boca para ahogar su grito de pánico. Al momento siguiente, Jessica oyó que le susurraban al oído:

-Soy yo, Richard. No grites.

Jessica se recostó en él de puro alivio y asintió. Cleybourne la soltó y, cuando Jessica se dio la vuelta para mirarlo, lo sorprendió observándola con expresión irónica. Estaba vestido de negro, e incluso la camisa y el pañuelo blancos que solía ponerse habían sido reemplazados por una camisa negra, sin cuello, y un poco abierta. La agarró de la mano y la condujo por el pasillo hasta una pequeña cavidad de la pared. Había un banco tapizado a lo largo del hueco, y en la pared, unos ventanucos de cristales oscuros. La luz de la luna se filtraba por las ventanas, iluminando suavemente el rincón. Cleybourne le indicó que se sentara en el banco, y Jessica obedeció. Richard se sentó a su lado y alargó los brazos hacia el umbral para correr las dos hojas de madera que salían de la pared y que separaban la cavidad del pasillo. Las puertas estaban hechas de celosía, creando un enrejado por el que uno podía ver sin ser visto.

Jessica miró a su alrededor, sorprendida.

-Ni siquiera sabía que existía -susurró. Había pasado de largo la celosía muchas veces, pero sin imaginar que podía esconder algo detrás.

Richard asintió, pero elevó las cejas con expresión inquisitiva.

-¿Vas a decirme qué estabas haciendo?

-Iba a esconderme cerca de la escalera, junto al tiesto, para vigilar -suspiró.

-¿Por qué?

-Por la misma razón que tú, imagino -enarcó una ceja-. Aquí está ocurriendo algo muy extraño, y quiero descubrir qué es.

-Supongo que no habrá manera de convencerte de que regreses a tu cuarto y me dejes vigilar a mí solo.

Jessica movió la cabeza con una sonrisa, pero antes de poder darle una explicación, oyeron el ruido de una puerta al abrirse en el pasillo, y tanto Richard como ella acercaron la cara a la celosía para mirar a través de los huecos, primero hacia un lado, después hacia el otro. Dos puertas más abajo, una mujer vestida con un traje oscuro salía con sigilo al pasillo y cerraba la puerta tras ella. Era Leona Vesey, y su melena leonada caía de forma seductora sobre sus hombros.

Miró a izquierda y derecha del pasillo y, después, avanzó en silencio, se detuvo ante una puerta y llamó con tanta suavidad que Jessica no oyó el ruido, solo vio el movimiento de su mano. La puerta se abrió y un hombre apareció en el umbral. Llevaba una camisa abierta por fuera de los pantalones. Era el reverendo Radfield.

El reverendo alargó el brazo, sonriendo a Leona, la agarró de la muñeca y la arrastró al interior de su cuarto. Leona entró dócilmente, con una pequeña risita, y la puerta se cerró tras ella.

Jessica se volvió, atónita, hacia Cleybourne. Él le devolvió la mirada y se encogió de hombros. Volvieron a observar el pasillo. No ocurrió nada durante los minutos siguientes.

A Jessica se le ocurrió pensar que permanecer en aquel pequeño rincón con Richard no se correspondía con la decisión que había tomado de rehuirlo. Resultaba demasiado íntimo estar sentada a su lado. Cuando Cleybourne se inclinaba para susurrarle algo al oído, le acariciaba el pelo y la piel con su aliento, y desataba en ella pequeños hormigueos de deseo. No podía evitar pensar en

los besos de la otra noche ni en las deliciosas sensaciones que habían provocado las caricias del duque. Se dijo que debía regresar a su cuarto, que se estaba metiendo en la boca del lobo.

Un ruido en el pasillo la sobresaltó. Miró a través de la celosía y vio a lord Vesey cerrar su puerta y alejarse con paso ligero por el pasillo. Se dirigía a habitación de Gabriela, y Jessica notó la tensión de Richard cuando Vesey se detuvo ante la puerta de la niña. Cerró la mano en torno al pomo y lo giró. Richard y Jessica se pusieron en pie, dispuestos a abalanzarse sobre él.

Pero la puerta no cedió; tenía echado el pestillo Jessica exhaló un suspiro de alivio y se dejó caer en el banco mientras Vesey se encogía de hombros, soltaba el pomo y se alejaba con paso lánguido por el pasillo hacía el rellano. Desapareció escaleras abajo.

-¿Adónde irá? -susurró Jessica.

-No lo sé. No sería mala idea seguirlo. Tú podrías quedarte aquí, vigilando, y...

Se interrumpió porque se había abierto otra puerta. Jessica y él se inclinaron una vez más hacia delante para mirar. En aquella ocasión, se trataba de la señora Woods. Al igual que los demás, miró a izquierda y derecha del pasillo y echó a andar.

-Esto parece una comedia francesa -murmuró Jessica.

La señora Woods se detuvo delante de una puerta que estaba a solo dos habitaciones de distancia de la celosía. Como se encontraba en el mismo lado del pasillo que su escondite, no vieron quién la abrió, pero sí que la señora Woods franqueó el umbral.

-¿Quién era? -preguntó Jessica.

-No lo sé, no he podido verlo. Pero esa es la habitación de Kestwick.

-Así que lady Vesey tiene una cita con el párroco y la señora Woods con lord Kestwick. Me pregunto si lord Vesey habrá quedado con alguien en el piso de abajo.

-No hay ninguna jovencita lo bastante inocente para él salvo Gaby, y ya lo ha intentado -Richard suspiró-. Por desgracia, no entiendo cómo unos cuantos encuentros románticos pueden haber provocado el intento de robo de la otra noche. Lo más probable es que haya sido Vesey -miró hacia el pasillo-. Temo encontrarme con alguien si lo sigo, con lo transitado que está este corredor -dijo con ironía, y se puso en pie-. Pero me arriesgaré. Tú sigue vigilando.

Jessica asintió, y Richard salió sin hacer ruido al pasillo. Ella lo perdió de vista enseguida. Siguió vigilando el pasillo en sombras, pero no ocurría nada. Se preguntó qué estaría haciendo Richard, y si habría encontrado a Vesey. Pasaban los minutos. Justo cuando empezaba a pensar en ir tras Richard, una figura oscura apareció en lo alto de la escalera. El corazón empezó a latirle con fuerza, pero no tardó en reconocer al duque.

Recorrió el pasillo hacia ella. Se oyó el ruido de una puerta al abrirse; Richard corrió a resguardarse entre el tiesto y la mesa, el escondite original de Jessica.

Jessica vio a la señora Woods saliendo otra vez al pasillo. Caminó hasta su puerta, que se encontraba justo enfrente del escondite de Richard. Jessica contuvo el aliento por temor a que la mujer volviera la cabeza y lo sorprendiera.

Pero no lo hizo; se limitó a entrar en su cuarto y a lar la puerta. Richard se incorporó y corrió a refugiarse detrás de la celosía. Una vez dentro, se dejó caer en el banco.

-Gracias a Dios -murmuró Jessica-. Pensé que te iban a descubrir.

-Y yo. No sabía cómo iba a explicarle a la señora Woods lo que estaba haciendo en mi propia

casa, escondido detrás de las plantas, espiando a mis huéspedes.

Jessica sonrió.

-La verdad es que parece un poco absurdo -se inclinó hacia él-. ¿Qué pasa con Vesey? ¿Lo has encontrado?

-Sí -dijo en un tono impregnado de desprecio-. El muy insolente está repantigado en uno de los sofás mi despacho, bebiéndose mi oporto.

-Entonces dudo que pudiera estar allí sentado, como si nada, si hubiera sido él quien lo había estado desvalijando hace dos noches.

-¡A saber de lo que Vesey es capaz! -exclamó Richard. Guardó silencio; después, continuó en voz baja-. ¿Por qué te has pasado el día rehuyéndome?

-¿Cómo? -Jessica lo miró un momento y bajó la vista-. No es cierto.

-No te encontraba por ninguna parte -Richard había pasado gran parte del día vagando por la casa, sin saber lo que buscaba hasta que entró en el dormitorio de Rachel y el corazón le palpitó de alegría al encontrar allí a Jessica. Pero ella se marchó de inmediato, casi sin mirarlo.

-Solo hacía lo que me pagas por hacer. Enseñar a Gabriela.

-Entiendo. Pero eso no explica por qué no querías mirarme esta noche durante la cena -se inclinó hacia ella, y cuando Jessica se volvió hacia él para contestar, encontró su rostro a escasos centímetros del de ella. Se quedó inmóvil, incapaz de moverse, incapaz de pensar, deseando únicamente que la besara. El calor se propagó por su abdomen solo de pensarlo.

-Por favor... -el leve temblor de su voz, la vulnerabilidad que dejaba traslucir, llenó a Cleybourne de deseo al tiempo que ansiaba estrecharla entre sus brazos y protegerla.

-Jessica... -le puso el dedo índice en la mejilla para deslizarlo con suavidad sobre su piel sedosa. Jessica cerró los ojos ante la oleada de placer. Sabía que debía detenerlo, que debía protestar, pero era incapaz de articular palabra-. Eres tan hermosa... -abrió la mano y le cubrió la mejilla-. Tan apasionada... La otra noche, yo...

-No -gimió Jessica, abochornada por las palabras del duque-. Por favor, no sigas. Sé que me porté como... Estoy tan avergonzada...

-¡No! No digas eso. Ni siquiera lo pienses. No hiciste nada malo -añadió en voz baja y rotunda-. Fui yo quien obré mal. Fui un canalla al besarte cuando no tenía derecho a hacerlo. Tú no hiciste nada malo. Estabas preciosa... deseable... todo lo que un hombre podría anhelar -deslizó la mano con suavidad por su pelo.

Los rizos rojos se cerraron en tomo a sus dedos, suaves y gruesos, Y el deseo vibró por su cuerpo. Jessica lo miraba con ojos enormes e intensos, y a Richard le costaba trabajo recordar el millar de razones que tenía para no besarla. En lo único que podía pensar era en la suavidad de su pecho, en lo dulce que su piel, en su entrega confiada y en su respuesta apasionada cuando él apenas había empezado a darle placer. Imaginó lo que sería explorar su cuerpo por entero, enseñarle todo el placer que le quedaba por descubrir, y la imaginó estremeciéndose, con la piel en llamas, gritando de placer.

-Jessica... -tenía la voz gruesa por el deseo cuando se inclinó para besarla.

Richard oyó su pequeño suspiro, sintió su aliento a boca y se estremeció. Le puso las manos en los hombros para atraerla hacia él. Jessica le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso,

entrelazando su lengua con la de él. La sangre le latía con fuerza las venas mientras lo besaba. Sentía los senos henchidos y sensibles, y sabía que quería sentir las manos Richard en ellos. Sabía que estaba siendo una desvergonzada pero, en aquellos momentos, no la preocupaba. Lo único que le importaba era el deseo que ría por sus venas.

Jessica le acarició la espalda con las manos para explorar los músculos firmes envueltos en la tela de la camisa. Elevó las manos hasta sus hombros y las deslizó por su pecho. Oyó la inspiración de placer de Richard cuando movió los dedos por el frente de su camisa, y el sonido la excitó aún más. Recordó las caricias de su lengua en la piel y sintió la necesidad de saborearlo de la misma manera. Elevó los dedos a los primeros botones de la camisa, los desabrochó y deslizó la mano por debajo de la tela para explorar la piel desuda de su pecho.

Richard retrocedió con un suave gemido, y Jessica empezó a retirar la mano. Pero él la atrapó, impidiéndoselo.

-No -murmuró con voz entrecortada-. No pares. La besó en la mejilla y en la garganta mientras Jessica exploraba su torso desnudo. Deslizó las yemas de los dedos sobre la piel tersa y firme hasta encontrar los pezones planos y masculinos. Acarició uno con la yema del dedo, y la complació descubrir que se endurecía de deseo igual que los de ella. Hundió los dedos en el triángulo de vello rizado del centro de su pecho y siguió bajando hacia su estómago. La camisa obstaculizaba sus movimientos, y se interrumpió, frustrada, pero Richard terminó de desabrochársela con rapidez para que pudiera seguir acariciándolo.

Richard profirió un suave gemido cuando Jessica le puso las manos en el estómago y las separó para abrirle aún más la camisa. Lo empujó con suavidad, y Richard cedió y se recostó en la pared. Ella se acercó y se inclinó para besarle con suavidad el centro del pecho y, después, un pezón. Allí, lo acarició con la lengua, como él había hecho con anterioridad. Richard emitió un gruñido de placer y cerró los dedos en torno a los cabellos de Jessica. Ella siguió lamiéndolo con suavidad. Se puso rígido, pero cuando Jessica empezó a levantar la cabeza, la retuvo.

Sonrió sobre su piel, excitada por la reacción de Richard, y se desplazó para acariciar el otro pezón. Lo torturó con la lengua, y disfrutó al oír sus jadeos. Por fin, Richard gimió su nombre y bajó las manos para desabrocharle el vestido, deslizar los dedos por debajo de su combinación y llenarse las manos con sus senos.

De improviso, la sentó a horcajadas sobre su regazo y enterró el rostro entre sus senos. Con ellos en las manos a modo de festín, los lamió a placer. Jessica sintió la humedad que se condensaba entre sus muslos, donde sentía la presión del miembro erecto de Richard a través de la ropa, y empezó a moverse instintivamente sobre él, buscando suavizar el ansia que crecía en su interior, ardiente, suave y vulnerable. Richard bajó las manos hacia sus faldas y las deslizó por debajo para acariciarle los muslos y hundir los dedos en la carne suave de sus glúteos.

Fue en ese momento cuando un chillido hendió el aire.

15

JESSICA y Richard se apartaron al oír el grito, y durante un momento, se quedaron mirándose a los ojos, atónitos.

Richard se puso en pie y abrió las puertas correderas para salir al pasillo. Jessica lo siguió. Corrieron hacia el rellano, de donde parecía haber provenido el chillido, mientras Jessica se abrochaba velozmente el vestido. A su alrededor, las puertas se abrían y se oía un murmullo de extrañeza. Richard alcanzó el rellano y se detuvo, y Jessica lo imitó. Los dos recorrieron con la mirada el tramo de escaleras hasta el vestíbulo. A Jessica se le encogió el estómago, y sintió un repentino mareo.

Al pie de la escalera yacía una mujer morena con su vestido azul oscuro enredado en torno a su cuerpo. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado de forma antinatural. Era la señora Woods.

Richard agarró a Jessica del brazo. -No te vayas a desmayar ahora.

Jessica asintió levemente.

-No me voy a desmayar. Estoy bien.

Richard empezó a bajar la escalera con Jessica detrás. Una vez en la planta baja, se arrodilló junto al cuerpo y, aunque no era necesario, tomó la muñeca de la mujer en la mano para buscarle el pulso. Era evidente que se había desnucado. Jessica permaneció en pie, contemplando el cuerpo sin vida de la señora Woods. Muerta estaba tan pálida...

Se oyó un grito ahogado en lo alto de la escalera, y Jessica se dio la vuelta. Los huéspedes se habían apiñado en el rellano y contemplaban la escena con perplejidad. Había sido el reverendo Radfield quien había proferido aquel gemido. Estaba inmóvil, atónito, horrorizado.

-Reverendo Radfield... -dijo Jessica.

En un primer momento, el hombre no se movió; después, la miró sin comprender. Jessica señaló a la señora Woods con una enfática inclinación de cabeza.

-¿Una oración? -sugirió Jessica por fin, al ver que seguía sin comprender.

-¿Cómo? ¡Ah, sí! Sí, por supuesto -empezó a bajar la escalera aferrándose a la barandilla.

Jessica dedujo que nunca había visto ninguna víctima de una muerte violenta. Seguramente, los cadáveres por los que había rezado hasta aquel momento habían tenido mejor aspecto que aquel.

El reverendo se hincó de rodillas junto a la señora Woods y le levantó la mano. Empezó a recitar el padrenuestro; después, se puso en cuclillas y se secó la mejilla con el dorso de la mano.

-Había de morir tarde o temprano -murmuró, y volvió a dejar la mano de la mujer sobre su cuerpo. Se puso en pie, se apartó y se dejó caer en uno de los peldaños para apoyarse en los balaustres.

Lord Vesey emergió del vestíbulo principal con una vela en la mano y se detuvo, balanceándose un poco, al ver el cuerpo tendido.

-¡Santo Dios! -exclamó, perplejo-. ¿Qué diablos ha pasado aquí?

-¿Se ha caído? -preguntó una mujer desde el rellano. Jessica se dio la vuelta; era Rachel, y

rodeaba los hombros de Gabriela con el brazo para consolarla.

-No lo sé -Richard se puso en pie con el ceño fruncido-. Es evidente que se ha caído por la escalera, pero no sé si ha resbalado... o la han empujado.

Se oyó una exclamación de sorpresa generalizada.

-¡Demonios! -le espetó lord Kestwick-. ¿Por qué dices eso? ¿Quién podría haberla empujado? ¿Por qué? Es evidente que ha tropezado y se ha caído.

-¿A estas horas de la noche? Es un poco tarde para andar tropezando por la escalera -Richard se acercó a lord Vesey y le quitó la vela para iluminar el cuerpo-. Tiene un corte en la mejilla, y la piel está enrojecida alrededor. Parece un puñetazo, a causa del cual podría haber caído hacia atrás por la escalera.

La señorita Pargety empezó a gemir, y lord Kestwick dijo, contrariado:

-¡Mira lo que has hecho!

-¡Tonterías! -exclamó Leona-. Richard, estás dramatizando. ¿Por qué no podría haberse golpeado la mejilla mientras se caía por la escalera?

-Supongo que es posible... -Richard contempló al grupo del rellano-. ¿La ha visto alguien caer?

Lo único que obtuvo como respuesta fue un silencio absoluto. Asintió con brusquedad.

-Muy bien. Tendremos que tratar lo ocurrido como si hubiera sido un acto deliberado. Estamos incomunicados por la nieve y no podemos ir al pueblo más cercano a buscar al juez de paz. Así que, de momento, voy a tomar este asunto en mis manos -alzó la cabeza y miró alrededor. Divisó a Baxter y a los demás criados, que se habían congregado a cierta distancia -.Baxter, danos un poco de luz. Traed mantas y envolved el cuerpo -se quedó pensativo un momento-. Teniendo en cuenta el tiempo que hace, lo mejor será trasladarlo a una de las edificaciones exteriores. Dejadlo bajo llave.

-Sí, Su Excelencia.

-Tenemos que reunir toda la información posible ahora mismo -prosiguió Cleybourne, dirigiéndose a sus huéspedes-. De todas formas, dudo que ninguno de nosotros pueda conciliar el sueño ahora. Diríjanse todos al salón principal -al ver que uno o dos empezaba a darse la vuelta, se apresuró a puntualizar-. No regresen a sus habitaciones, diríjanse directamente al salón. Baxter... -se volvió hacia su mayordomo-, encarga a dos criados que acompañen a todos al salón por la escalera de servicio.

-Sí, Su Excelencia -Baxter habló a los criados, y dos de los más corpulentos empezaron a subir los peldaños hacia el corrillo de huéspedes sorteando el cuerpo que yacía al pie de la escalera.

-Vamos, Cleybourne -se quejó lord Kestwick, sonrojado de furia-. ¿Se puede saber qué haces? No pienso consentir que tus criados me lleven de un lado a otro. Pienso regresar a mi dormitorio y...

-¡No! -la palabra restalló en el aire como un látigo. Cleybourne se encaró con Kestwick, con semblante pétreo y autoridad de duque-. Nadie deber regresar a su habitación. Me esperarán todos en el salón, y los entrevistaré uno a uno. Ha muerto una persona en esta casa, y es mi deber investigar lo ocurrido. Mientras se alojen aquí, harán lo que les digo, y dudo que puedan marcharse ahora mismo.

-¡Cómo te atreves...!

-¿Piensas desafiarme, Kestwick? -preguntó Cleybourne con suavidad, y subió un peldaño con los puños cerrados.

Kestwick bajó fugazmente la vista a los puños de Cleybourne. Apretó los labios e inclinó

ligeramente la cabeza hacia el duque.

-No, claro que no. Esta es, como bien dices, tu casa.

-Pero, en serio, Richard, ¿crees que es necesario? —'gimió Leona.

-Sí, milady, lo es -dijo el señor Cobb de improviso, sorprendiéndolos a todos. Se abrió paso entre el grupito de huéspedes-. El duque está en su derecho. Hay algo extraño en esta muerte, y esa es la pura verdad.

-¿Y usted qué sabe? -preguntó Darius Talbot en tono burlón.

-Da la casualidad que bastante -repuso Cobb con calma, y bajó la vista a Cleybourne-. Soy detective de Bow Street, Su Excelencia, y le ofrezco mis servicios para resolver este asunto.

-¡Un detective! -graznó Goodrich.

La señorita Pargety profirió una exclamación y se llevó la mano a la garganta con dramatismo. Gabriela contempló al hombre con renovado interés. Jessica sintió deseos de proferir una risita histérica. De todos los invitados, el señor Cobb era el que más parecía un criminal, ¡Y había resultado ser un agente de la ley!

Cleybourne se quedó mirando un momento al hombre; después, dijo:

-Muy bien, señor Cobb, acepto. Si es tan amable de acompañar a los demás al salón y de irlos trayendo e uno en uno a mi despacho, los interrogaremos entre los dos.

-Hecho, Su Excelencia -se dio la vuelta y empezó a conducir a los demás a la escalera de servicio con la ayuda de los criados. Lord Kestwick parecía estar punto de protestar nuevamente, pero Cleybourne lo acalló con una mirada.

Jessica se acercó al reverendo, que seguía sentad en la escalera, recostado en los balaustres y con la mirada perdida. Le tocó el hombro y dijo en voz baja:

-Reverendo... -él alzó la vista vagamente- Tiene que ir con los demás -Jessica señaló el rellano.

-¿Cómo? Ah -se agarró a la barandilla para ponerse en pie y subió la escalera para reunirse con ellos.

Jessica se volvió hacia Cleybourne. Su mirada s suavizó un poco al acercarse a él.

-Imagino que vas a poner en duda mi autoridad en este asunto -dijo Richard sin rencor.

-No se me pasaría por la cabeza -repuso, sonriéndole.

Sabía que lo que hacía no estaba bien y que carecía de la sensibilidad propia de una dama, pero pese a lo triste y abatida que se sentía por la muerte repentina de la señora Woods, no podía evitar sentirse alegre incluso feliz, cuando miraba a Richard a la cara. ¿Sería amor?, se preguntó. ¿Habría caído ya en la trampa que había jurado eludir, o no era más que el resplandor tardío de la lujuria que había experimentado en sus brazos pocos minutos antes tras la celosía? Fuera lo que fuera, el duque también le sonrió.

-Solo iba a señalar -prosiguió-, que necesitarás a alguien que anote lo que dicen los demás. Para poder enseñárselo a las autoridades cuando salgamos de aquí.

-Sí, tienes razón. ¿Y no conocerás a nadie que sepa tomar notas deprisa y con precisión?

-Da la casualidad de que ayudaba al general a escribir sus memorias. Ideé un pequeño código para acelerar mi escritura.

-Entonces, arreglado -la sorprendió dándole un pequeño apretón en la mano-. A decir verdad, no me vendría nada mal contar con tu opinión.

Jessica sintió la oleada de placer que le produjeron las palabras del duque. Se le iluminaron los ojos, y Richard se quedó prendado una vez más de su belleza. Deseaba estrecharla con fuerza entre sus brazos un momento, pero sabía que los criados los miraban y no lo hizo.

-Quizás tú también prefieras ir al despacho por la escalera de servicio -sugirió-. Voy a decirle a un criado que haga guardia delante del dormitorio de la señora Woods. Sería conveniente registrarlo cuando hayamos hablado con todo el mundo.

Minutos después, ya estaban los dos preparados en el despacho. Jessica sentada detrás del escritorio de Richard con papel sobre la mesa y una pluma bien afilada en el tintero, y Richard sentado delante, en una de las dos sillas destinadas a las visitas. Los huéspedes se irían sentando en la otra, frente a él, y el señor Cobb ocuparía un asiento contiguo a la puerta, apartado de los demás pero desde el que podría observar clara- mente el rostro de la persona entrevistada.

-Antes de que empecemos, señor Cobb, deberíamos aclarar algo primero.

-Ah. Imagino que quiere ver mis credenciales -se metió la mano en el bolsillo de atrás y extrajo un documento que le tendió al duque. Richard lo examinó devolvió.

Creo que, teniendo en cuenta las circunstancias, derecho a saber qué está haciendo aquí y por qué. No llegó en la diligencia. ¿Para quién trabaja?

Jessica sabía que los detectives de Bow Street eran contratados por ciudadanos de la capital para descubrir al autor de un delito.

No me importa explicárselo, Su Excelencia -contestó el hombre robusto con fluidez-. Fue un tal Joseph Gilpin quien me contrató, un ricachón de Londres. Le habían robado unas joyas muy valiosas en su casa y me pidió que las encontrara. Sospechaba que el robo lo había cometido un maestro de baile de mediana edad a quien había contratado para que enseñara a sus hijas. Tenía motivos para creer que había tomado la diligencia hacia York, así que lo estaba siguiendo.

¿Quiere decir, la diligencia en la que llegaron los demás invitados? -preguntó Jessica. El señor Cobb la miró y se encogió de hombros.

Tal vez, señorita. Tenía motivos para sospecharlo. No podía haber huido antes. Si estaba en la diligencia, es que está aquí, en esta casa. Personalmente, creo que podría tratarse de ese tal Goodrich. Es un tipo nervioso, y siempre hace lo que puede por rehuirme.

Entiendo.

-Claro que -prosiguió Cobb en tono pensativo-, si logró tomar la diligencia del día anterior, he perdido su rastro por completo.

-Un ladrón... -reflexionó Richard-. Entonces, que Kestwick estaba en lo cierto la otra noche al que el intruso había sido un ladrón que estaba tratando de explorar el terreno?

-Bueno, es un tipo audaz, desde luego -dijo Cobb-. Si el señor Gilpin dice la verdad, estuvo viviendo con ellos durante un par de semanas; después, les robó las joyas delante mismo de sus narices. No empleó la táctica habitual de entrar y salir de una casa al amparo de la oscuridad. Se cree muy listo -se dio unos golpecitos en la sien con el dedo-. Eso es lo que acaba por descubrirlos, créame. Creen que son más inteligentes que los demás y, tarde o temprano, cometen un fallo.

El señor Cobb salió del despacho para llamar al primer huésped. Era lady Westhampton. La entrevista fue breve, ya que se había acostado temprano a causa del resfriado y no había visto ni oído nada hasta que el grito de la señora Woods la había despertado. La entrevista con Gabriela se

desarrolló de la misma manera, y Richard les dijo que regresaran a sus habitaciones y que intentaran descansar.

Después fue el turno de la señorita Pargety, que estaba ansiosa por hablar. De hecho, no tardaron en descubrir que costaba trabajo silenciarla.

-En cuanto la vi, supe que esa mujer nos traería problemas -dijo, asintiendo para reforzar su opinión-. Aire de extranjera. Entraba y salía de su cuarto a todas horas por la noche... No podía estar tramando nada bueno.

-¿Vio a la señora Woods salir de su habitación? -preguntó Richard, inclinándose hacia delante con interés.

-No he visto a nadie, pero los oía. Con tanto trajín de puertas abriéndose y cerrándose, costaba trabajo conciliar el sueño.

-Pero no vio ni oyó a la señora Woods.

-No -reconoció la señorita Pargety a regañadientes.

-¿Y a alguna otra persona saliendo de su habitación?

-No. Pero oí a esa lady Vesey -dijo, y frunció los labios-. La oí reírse, pero no vi adónde fue.

La última invitada era lady Vesey. Entró y se sentó con cierta gravedad.

-No puedo decirte nada importante, Cleybourne -dijo con un suspiro-. No vi caer a la mujer. Salí corriendo cuando la oí gritar.

-¿Y de dónde saliste corriendo? -preguntó Richard con mirada significativa. Ella lo miró fugazmente y, después, bajó la cabeza.

-Dudo que sea asunto tuyo.

-Si estabas con otra persona, eso demostraría que no has sido tú quien ha empujado a la señora Woods por la escalera -dijo Richard. Leona profirió una exclamación, indignada.

-¡Como si yo hubiera tenido algo que ver!

-No sé cómo podría haberte beneficiado -dijo Richard de buena gana -. De lo contrario, sospecharía más de ti.

Lady Vesey entornó los ojos.

-No hace falta que me insultes, Cleybourne. Sabes que no la empujé por la escalera. ¿Por qué iba a hacerlo? -se echó el pelo hacia atrás con cierto desafío-. Muy bien, estaba con una persona. Pero sería un escándalo; no puedo decírtelo.

-Sospecho quién puede ser -repuso Richard.

-Lo dudo.

-¿El reverendo Radfield?

Leona se lo quedó mirando con ojos como platos.

-¿Cómo sabes...?

-Lo que quiero saber es si seguíais juntos cuando la señora Woods pereció.

-Debes prometerme que no se lo dirás a nadie -dijo Leona, exagerando su reticencia. Después, se encogió de hombros-. Sí, estábamos juntos en su cuarto cuando chilló. Así que ya sabes que no ha sido él, y yo tampoco. En mi opinión, dudo que la hayan matado. Fue un accidente, y te gusta husmear en las vidas ajenas -hizo una pausa para añadir lo que para ella debía de ser el golpe final-. No sé qué pude ver en ti.

-Mmm... Ni yo, lady Vesey. Ni yo.

Leona salió con paso indignado del despacho, y el señor Cobb se volvió para mirar a Cleybourne con renovado respeto.

-Vaya, ¡qué hábil es Su Excelencia! ¿Cómo sabía que lady Vesey y el bueno del reverendo estaban...? -vaciló y lanzó una mirada a Jessica-. Discúlpeme, señorita.

-Porque esta noche estaba montando guardia. Con los incidentes de los últimos días, me pareció buena idea.

-No me sorprende lo de Radfield -dijo Cobb-. Lady Vesey es de las que pueden hacer olvidar a un hombre su alzacuello.

Empezaron a entrevistar a los caballeros, pero sin mucho éxito. El señor Goodrich, sin dejar de parpadear, moviéndose con nerviosismo en la silla, les dijo que había estado profundamente dormido y que no había visto ni oído nada. Lord Vesey explicó que había estado todo el tiempo en el despacho de Cleybourne, bebiendo un poco de oporto y, como Richard lo había comprobado por sí mismo, no tenía nada que objetar.

El reverendo Radfield también afirmó desconocer lo que había ocurrido. Pálido y ausente, pasó la mayor parte del tiempo contemplando el suelo.

-¿Dónde estaba usted cuando oyó el grito? - indagó Richard.

-Mmm... En mi dormitorio. Mmm... Leyendo -cambió de postura.

-¿Estaba acompañado?

El reverendo alzó la vista y se quedó mirando a Richard un largo momento; después, bajó los ojos.

-¿Por qué...? ¿Por qué lo pregunta?

-Es muy importante que diga la verdad ahora, señor -insistió Richard, sin dejar de mirarlo con fijeza.

-Bueno, yo... Quiero decir que... -carraspeó y miró a Jessica, que estaba ocupada anotando sus palabras. Se volvió hacia Richard-. Sí -dijo por fin en voz baja-. Estaba con otra persona. Debe... debe comprender que no puedo decir su nombre. Una dama... No puedo mancillar su reputación.

-Entiendo. Es evidente que no la conoce muy bien si cree que puede dañar su reputación.

Radfield abrió los ojos de par en par y miró a Cleybourne con asombro.

-¡Su Excelencia! -se miraron unos instantes, y Radfield quien cedió. Con un gemido, se inclinó hacia delante, hincó los codos en las rodillas y enterró el rostro entre las manos-. ¿Para qué mentir? Tiene razón, por supuesto... No queda nada por dañar - hundió los dedos en sus cabellos -.¡Y pensar que estaba con esa casquivana mientras ella se desnucaba...!

-¿Cuándo salió lady Vesey de su habitación?

Radfield movió la cabeza, sin mirar a nadie.

-Al oír el grito. Salimos corriendo al pasillo como todos los demás -por fin levantó la cabeza y miró a Cleybourne con expresión atormentada-. Lamentaré esta noche durante el resto de mi vida.

El siguiente fue lord Kestwick, que entró en el despacho de muy mal talante.

-Vamos, Cleybourne, ¿qué pretendes haciéndome esperar mientras dialogas con todos esos...? -se interrumpió al ver a Jessica. Giró en redondo hacia el umbral y vio que Cobb había entrado detrás de él y que había cerrado la puerta. El detective estaba sentado en una silla, meciéndose sobre las patas

traseras de la misma-. ¿Qué diablos significa esto? ¿No esperarás que hable contigo en... en presencia de estas personas?

Su expresión era la de una persona a la que hubieran pedido compartir su espacio con ratas infestas. Se volvió hacia Richard con ademanes imperiosos.

-Una cosa es hablar de este asunto contigo, eres noble. Pero ¿con una institutriz? ¿Con un detective de Bow Street?

-La señorita Maitland está aquí para tomar notas, lord Kestwick. Tiene experiencia como escribiente, y creo que un detective es la persona más adecuada para presenciar esta entrevista. A fin de cuentas, existe la posibilidad de que se haya cometido un crimen.

-No sé qué mosca te ha picado, Cleybourne. ¡Dios!, la mujer se cayó por la escalera.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Richard en voz baja-. ¿La viste?

-¡Por supuesto que no! Estaba en mi cama, durmiendo... como desearía estar ahora.

-Te comportas con mucha serenidad, Kestwick -dijo Richard con fluidez-. Demasiado para haber recibido hace poco a la difunta en tu dormitorio.

-¡Maldita sea! -exclamó Kestwick, y en el otro extremo del despacho, la silla de Cobb cayó sobre sus cuatro patas con un golpe seco. Kestwick miró a Cleybourne con fijeza un largo momento-. ¿Así que has estado espiando a tus invitados? -dijo con mordacidad.

-He obrado con cierta cautela desde que sorprendí a un intruso aquí la otra noche -dijo Richard-. Ahora, ¿quieres hablamos de la señora Woods?

-¡Por supuesto que no! -le espetó el hombre, y adoptó su semblante más aristocrático-. No es asunto tuyo. Y está en juego la reputación de una mujer.

-Ya que la mujer ha muerto, dudo que su reputación sea de ninguna importancia. Y cuando alguien muere en mi casa, te aseguro que es asunto mío. ¿Vas a negarte a explicarte? ¿Será eso lo que deba decirle al juez de paz, que solo lord Kestwick ocultó información?

Kestwick profirió una risita burlona, pero dijo:

-Está bien. Sí. He tenido una... aventura con esa mujer. Los dos somos adultos. Y ella es, era, una mujer atractiva. Una viuda. No es como si hubiera seducido a una inocente. Además, ya que me estabas espiando, imagino que también verías a la señora Woods salir de mi habitación. Después, me quedé dormido. No la volví a ver hasta que la encontraste caída al pie de la escalera.

Se quedó mirando al duque un momento con expresión serena, incluso desafiante.

-¿Sabes, Cleybourne? Me siento tentado a preguntarte dónde estabas tú mientras ocurría todo esto. Me choca que fueras el primero en llegar al pie de la escalera.

Richard no contestó, se limitó a hacerle una seña a Cobb con la cabeza, y el detective se puso en pie de Inmediato y abrió la puerta para dejar salir a lord Kestwick.

-¡Caramba! -exclamó Cobb cuando Kestwick desapareció-. Ese tipo es un pedazo de hielo. Cuando pienso que estaba junto a él mientras contemplábamos el cuerpo de esa pobre mujer... Jamás habría sospechado que le había dirigido la palabra, y eso que acababan... -se interrumpió y movió la cabeza-. Jamás entenderé a los nobles.

-No sea injusto, señor Cobb -dijo Richard con una leve sonrisa-, no nos meta a todos en el mismo saco. No es su título lo que lo vuelve insensible, sino su corazón. Por desgracia, Kestwick tiene razón. La señora Woods salió de su cuarto y regresó al suyo. Yo la vi -Richard maldijo en voz baja-.

¡Si hubiera seguido vigilando...!

Cobb se encogió de hombros.

-Bueno, todos tenemos que dormir, Su Excelencia. No hay pecado en ello.

-No, claro que no -Richard lanzó una mirada fugaz a Jessica-. Aun así... ¡Qué mala pata!

-Solo queda uno por interrogar, Su Excelencia - dijo Cobb-. ¿Quiere que se lo traiga?

-Sí. Aunque dudo que el señor Talbot tenga algo pertinente que aportar.

Estaba en lo cierto. Darius entró y, salvo por un primer vistazo a Richard, pasó el resto del tiempo mirando a cualquier parte salvo a su interrogador. Como era de esperar, no había visto ni oído nada, y afirmaba no haber sabido nada de la señora Woods ni de su paradero aquella noche.

-Una pérdida de tiempo -concluyó Richard con contrariedad en cuanto Darius salió por la puerta-. Bueno, lo único que nos queda por hacer es registrar la habitación de la señora Woods.

A Jessica la complació que el duque no hiciera ademán alguno de excluirla de aquella incursión. Tuvo la sensación de que Cobb la miraba con cierta curiosidad, pero era evidente que el detective no se atrevía a poner en duda el criterio de un duque.

Los tres subieron la escalera hasta la habitación de la señora Woods, junto a la cual se hallaba sentado uno de los criados, vigilando. Richard abrió la puerta y, una vez dentro, encendió la vieja lámpara de la cómoda.

Los tres permanecieron dudosos en el centro del dormitorio, mirando a su alrededor. Parecía un tanto macabro registrar las pertenencias de la señora Woods justo después de su muerte. Por fin, Richard suspiró y dijo:

-Bueno, no queda otro remedio. Aunque no nos apetezca, tenemos que registrar su habitación. Ni siquiera sabemos de dónde era ni adónde iba, ni a quién podemos notificar su muerte.

Jessica asintió y se dirigió al ropero. Había muy pocos vestidos colgados, y dedujo que no se había molestado en sacar más que lo imprescindible. El baúl que se encontraba al pie de la cama contenía más indumentaria.

-Miren esto -dijo Jessica, y extrajo un vestido rosa de satén. Cleybourne se fijó en él.

-Sí. Muy bonito.

-No, me refería a lo diferente que es de los vestidos que solía ponerse la señora Woods. Llevaba colores oscuros, azul marino, verde bosque, y todos eran muy sencillos. Estos son vestidos hermosos, de telas caras y colores vivos, encaje en abundancia y muchos adornos. Resulta extraño que tenga estilos de ropa tan diferentes.

Richard pareció meditar en sus palabras pero no dijo nada; siguió abriendo los cajones de la cómoda y extrayendo objetos.

-¿No le pareció que el reverendo Radfield se comportaba de una forma un tanto extraña? -preguntó Jessica, mientras estudiaba los diversos frasquitos y jarras que el duque estaba sacando de los cajones. Era evidente que la señora Woods había utilizado cosméticos para mejorar su aspecto.

-¿Aparte de mantener relaciones ilícitas con mujeres casadas?

-Sí. Estaba tan afectado por la muerte de la señora Woods... Pensé que iba a desmayarse. Y se equivocó un poco con la oración, y lo último que dijo, sobre que habría muerto tarde o temprano... No era una cita bíblica, sino de Shakespeare. De Macbeth, si no me equivoco.

-Puede que sea un hombre culto. Es evidente que no está acostumbrado a ver cadáveres todos los

días -Richard miró a Jessica con sarcasmo-. ¿Sabe, señorita Maitland? Si fuera una dama refinada, se habría desmayado o habría cedido a la histeria.

-No lo dudo. Sin embargo, los desmayos y la histeria no eran un comportamiento loable en la casa de un soldado -replicó Jessica. Tomó un frasquito y lo abrió-. Pero cabría esperar que un clérigo hubiera visto cadáveres y moribundos.

-Aunque no por muerte violenta.

-Cierto. Además, es imposible que la hubiera matado él. Es una de las pocas personas que no ha podido hacerlo. Ha estado con Leona todo el tiempo.

-Y puede que su desazón se derivara de haber estado quebrantando uno de los mandamientos -añadió Richard.

Jessica cerró el frasquito de pintura de color carne semejante a la que usaban los actores en el teatro y abrió otro. Contenía una pintura mucho más oscura. Jessica se quedó helada, y recordó a la mujer fallecida al pie de la escalera.

-¡Rich...! Perdón, ¡Su Excelencia! Mire esto. Richard echó un vistazo al frasquito.

-Se pintaba la cara. Sí, ya he visto que le gustaba maquillarse bastante. Hay cremas, coloretes y pinceles negros.

-Pero ¿no lo ve? Se pintaba para parecer más morena de lo que era. ¿No se acuerda de lo pálida que estaba esta noche?

-Estaba muerta.

-Lo sé. Eso pensé al verla. Pero ahora que descubro esto... No lo creo. La otra noche, cuando persiguió al intruso de su despacho, ella estaba de pie en la escalera con los demás, y pensé que estaba asustada porque la vi pálida. Pero en ambas ocasiones, se debía a que era de noche y se había desmaquillado. Y otra cosa... Me fijé esta noche, pero no había caído en la cuenta hasta ahora. ¡También tenía el pelo más oscuro!

Se abalanzó hacia otro frasquito que el duque había dejado sobre la mesa.

-Esto es un tinte como el que usan algunas mujeres para cambiarse el color de pelo. Creo que intentaba mudar de aspecto. Se estaba disfrazando. ¿Por qué? ¿Y por qué viajaba en una diligencia cuando era evidente que disfrutaba de una buena posición económica? ¿Estaría huyendo de algo... o de alguien?

Richard la miró con el ceño fruncido.

-Puede ser. Todavía no he encontrado nada personal entre sus cosas, ni cartas ni libros ni...

-¡Madre del amor hermoso! -exclamó el detective desde el costado de la cama, y los dos giraron en redondo para mirarlo.

Mientras ellos hablaban, el señor Cobb había estado husmeando en todos los rincones del dormitorio, abriendo puertas y cajones. Por último, se había arrodillado junto a la cama y, al parecer, había encontrado algo debajo, porque ante él había una bolsa de viaje abierta.

-¿Qué pasa? -preguntó Richard-. ¿Qué ha encontrado?

Cobb metió la mano en la bolsa y extrajo una caja pequeña. La había abierto, de modo que la tapa estaba levantada y podía verse el contenido: varias piezas de diamantes y zafiros resplandecientes.

-Acabo de encontrar a mi ladrón de joyas.

16

-¿CÓMO? ¿Está seguro? -preguntó Richard, y se acercó al detective.

-Ya lo creo. Vi un retrato de la esposa del señor Gilpin luciendo este collar de diamantes -afirmó Cobb con rotundidad, mientras sacaba una de las joyas y la extendía sobre la colcha-. A juego con estos pendientes.

Dejó la caja y las joyas sobre la cama y siguió sacando objetos de la bolsa de viaje: un bolsito de cuero que contenía una cantidad sorprendente de monedas de oro, otra bolsa más pequeña de cordones de la que vertieron un puñado de joyas sin engastar, y otra bolsa de tela con algunas joyas más.

-Tendré que consultar mi lista, pero estoy casi seguro de que algunas de estas piezas se corresponden con las descripciones de las joyas robadas. También se llevaron bastantes monedas. Y estas otras piedras preciosas... Apostaría lo que fuera a que son joyas robadas hace tiempo a las que han quitado los engastes para poderlas vender más fácilmente -movió la cabeza-. ¡Una mujer! No se me ocurrió... Bueno, eso desmiente la teoría del profesor de baile.

-Así que es... que era ella el ladrón -reflexionó Richard-. Pero no pudo ser ella el intruso al que sorprendí en mi despacho. No estaba peleando con una mujer. No era tan alto como yo, pero era demasiado fuerte.

-Eso no corrobora mi teoría -razonó Cobb-, pero no podemos negar estas pruebas, Su Excelencia. Son las joyas Gilpin.

-La cosa cada vez se complica más -suspiró Jessica-. ¿Acaso hay un segundo ladrón? ¿Guarda alguna relación con la señora Woods? ¿O el intruso del despacho estaba allí por una razón bien distinta? Para colmo, todavía no sabemos quién mató a la señora Woods, si es que no fue un accidente.

-Tienes razón -corroboró Richard -.Es un asunto complejo, y dudo que ninguno de nosotros pueda pensar con claridad a estas horas. Sugiero que nos acostemos y nos olvidemos de todo hasta mañana. Ya se nos ocurrirán otras ideas.

Los tres se mostraron de acuerdo. Richard y Cobb trasladaron las joyas y el dinero a la caja fuerte, y Richard echó la llave a su despacho para más seguridad. Subieron la escalera, donde Cobb se despidió de ellos para continuar su camino hacia el tercer piso. Richard y Jessica se alejaron por el pasillo hacia sus habitaciones.

A pesar de la hora tardía, Jessica estaba nerviosa y tensa; la cabeza le daba vueltas. Había vivido tantas emociones aquella noche: el enojo y el dolor por la destrucción de su joyero, la pasión en los brazos de Richard, el miedo producido por el chillido de la señora Woods, la conmoción y el horror de encontrar su cuerpo... Tenía las emociones a flor de piel.

-No sé cómo voy a dormir esta noche -pensó en alta-. Ahora mismo, creo que nunca podré volver a cerrar los ojos.

-No me digas que la temible señorita Maitland asustada -murmuró Cleybourne con una débil

sonrisa.

-Intranquila, quizás, y confusa. Pero no puedo dejar de pensar en lo ocurrido... ¿Y cómo encaja mi joyero en todo esto? Debe de tener una relación; son demasiadas coincidencias.

-¿Tu joyero? -preguntó Richard, perplejo-. ¿De qué estás hablando?

-Ay, lo siento. No llegué a contártelo. Por eso salí a vigilar esta noche. Desapareció ayer.

-¿Que desapareció? ¿Y por qué no me lo dijiste?

-No lo sé, no me parecía importante. Y no podía creer que lo hubieran robado; no contenía nada de valor, aparte del sentimental. Pensé que, si alguien se lo había llevado, me lo devolvería al ver que no eran más que baratijas pero, en cambio... apareció en el salón de música. No faltaba nada excepto un pendiente, pero... -le tembló un poco la voz-. Habían destrozado el joyero.

-¿Qué?

-Estaba hecho añicos. No entiendo por qué haría e una cosa así -sintió el escozor de las lágrimas, y se las secó con impaciencia-. Perdona. Debes de creer que soy una tonta por preocuparme por un simple joyero. No es comparable con la muerte de la señora Woods, pero era un regalo de mi padre y significaba mucho para mí.

-Por supuesto. Y claro que es importante. Déjame verlo.

-Está dentro -habían alcanzado la puerta del dormitorio de Jessica y estaban de pie en el pasillo, hablando. Jessica lo hizo pasar, cerró la puerta para que no los oyeran y lo condujo a la cómoda.

-¡Santo Dios! -exclamó Cleybourne cuando vio el joyero astillado. Se volvió hacia ella con el ceño fruncido-. ¿Por qué? ¿Quién podría...? -se interrumpió, y su ceño desapareció-. ¡Claro!

-¿Cómo que claro? -Jessica lo miró con sobresalto-. ¿Sabes quién ha hecho esto?

-Me lo imagino. Tu ex prometido.

-¿Darius? -Jessica se quedó boquiabierta-. ¿Por qué iba Darius a quitarme el joyero y a hacerlo pedazos?

-Porque es tuyo. Porque es muy valioso para ti. No es un acto racional. Un ladrón vaciaría el joyero o se lo llevaría todo para venderlo, pero hacerlo pedazos y dejar las piezas valiosas... es un acto de ira. Ira dirigida a ti personalmente. Intentó reavivar tu interés en él, y cuando lo rechazaste, se puso furioso. Lo humillaste. Yo empeoré la situación golpeándolo y amenazándolo. Quiere hacerte daño pero sabe que no puede hacerlo sin sufrir las consecuencias. Pero esto... es un acto furtivo, una manera de hacerte sufrir sin que nadie lo sepa.

Jessica bajó la vista a la caja.

-Lo que dices tiene cierta lógica, pero... En fin, no me imagino a Darius sintiendo tanta emoción vio- lenta y destructiva. Lo nuestro sucedió hace muchos años, y fue él quien rompió el compromiso, no yo. Me cuesta creer que me haya seguido amando durante todo este tiempo -se encogió de hombros-. Aun así, tienes razón, parece rabia dirigida a mí personalmente, y él es el único que me conoce. Bueno, salvo tú, pero no te imagino haciendo añicos un joyero.

-Caramba, gracias. Me halaga que confíes tanto en mí. Pero este acto violento... da que pensar. ¿No es posible que el mismo autor de esta destrucción sea el asesino de la señora Woods?

-¿Darius? No lo creo.

-No sé. Esto es el fruto de un arrebato de locura que evidencia un temperamento violento y falta de autodominio: la descripción perfecta para un asesino.. si es que ella frustró sus planes, por

ejemplo. En ese caso... Si es el señor Talbot, corres un grave peligro.

-No, no puede ser Darius -dijo Jessica con firmeza-. Imposible. Para empezar, ni siquiera conoce a la señora Woods.

-¿Cómo lo sabes? Hacía diez años que no veías.

-Pero no ha habido indicio alguno de que se conocieran. De todas formas, Darius no es un asesino. Es demasiado débil para matar a nadie. Puede fanfarronear, o montar en cólera y destrozar un joyero, pero no tendría valor para matar a nadie.

-No des por hecho que porque una persona es débil es incapaz de cometer un asesinato. El asesinato siempre es la vía fácil. El asesino mata porque no tiene valor para afrontar algo como haría un hombre fuerte. Mata por cobardía, no por coraje.

-Tal vez, pero seguimos sin tener motivos para pensar que fue Darius. No hay pruebas. La única persona con la que se trató fue con lord Kestwick, no con Darius.

-¿Por qué lo defiendes? -Cleybourne frunció el ceño.

-¿Por qué te empeñas en acusarlo? -replicó Jessica.

-Sigues queriéndolo -la acusó. Jessica se lo quedó mirando; después, se echó a reír.

-Perdona -dijo pasado un momento-. Es que resulta hilarante. No quiero a Darius, en absoluto. Al principio, me dolió mucho que rompiera nuestro compromiso, sí. Pero ahora que lo pienso, dudo que fuera por amor más que por orgullo herido. El escándalo de mi padre me abatió mucho más, y su muerte fue terrible. Ahora, cuando miro a Darius, no sé cómo pude creer que estaba enamorada de él. Habría sido muy desdichada si nos hubiéramos casado. Es un hombre débil y, como tú mismo has señalado, yo soy demasiado terca y obstinada -se interrumpió y exhaló un pequeño suspiro-. Recompuse mi corazón con demasiada facilidad. No lamenté perderlo como tú lamentaste perder a tu familia. No lo amaba como tú amabas a Caroline.

Richard hizo una mueca.

-No soy tan buen ejemplo como crees.

-Eres muy leal en tu amor por ella.

-¿De verdad? -el tono amargo de su voz sorprendió a Jessica-. Murió hace cuatro años esta misma noche y... y apenas he pensado en ella en todo el día.

-Has tenido bastantes cosas de que ocuparte -le recordó Jessica-. Es lógico que no hayas pensado únicamente en ella y en su muerte.

-No han sido esas «cosas» lo que me ha hecho olvidarla, sino tú. No he hecho más que pensar en ti. Como ves, no soy el marido leal del que hablas -añadió con una mueca sarcástica.

Jessica se había quedado sin aliento. Buscó algo que decir.

-¿Cómo puedes decir eso? Has llorado su muerte durante cuatro años. Cuando llegué, todavía estabas desesperado, añorándola tanto que ibas a quitarte la vida. Y no digas que no; vi tu expresión. Puede que no fueras a suicidarte en ese preciso instante, pero querías hacerlo. Lo estabas planeando.

-Sí -reconoció Richard-. He llorado la muerte de mi esposa y de mi hija durante cuatro años. Pero, sobre todo, he sufrido por mí. Estaba desesperado, sí, y ¿sabes por qué? No por mi amor puro y leal, sir porque... -bajó la vista un momento y, cuando volvió a mirarla a los ojos, contrajo la mandíbula, como tuviera que obligarse a hablar-. Estaba loco de pena porque sabía que había sido culpa mía. Yo las maté.

Jessica se lo quedó mirando, estupefacta.

-¿Cómo? No puedo creerlo. ¿Mataste a tu mujer y a tu hija?

-Mejor, debería decir que las conduje a su muerte. Es lo mismo. No estábamos viajando juntos coro una familia, yo montando a caballo delante del carruaje. Caroline me había dejado. Pensaba huir con su amante mientras yo me encontraba de viaje. Ya tenía el carruaje cargado con el equipaje. Me había escrito una carta en la que me lo explicaba todo, pero yo eché a perder sus planes regresando antes de tiempo. Las echaba de menos; sobre todo, a Alana. Caroline y yo. Estaba locamente enamorado de ella cuando nos casamos. Después, descubrí que no me correspondía como yo creía. Se había casado conmigo porque era u excelente partido. Le resultó fácil proponerse amar un duque, pero mucho menos seguir enamorada de mí día tas día...

-Richard... -Jessica le puso una mano en e brazo. Lo tenía rígido-. No sabes cuánto lo siento.

-Sabía que no me amaba, y mi amor empezó enfriarse un poco. Aun así, era mi esposa y la madre di mi hija. Alana era la luz de mi vida. La echaba de menos; echaba de menos mi hogar. Así que regresé dos días antes, y encontré el carruaje cargado y dispuesto para el viaje. Caroline estuvo a punto de desmayarse cuando me vio. Le pedí explicaciones, y ella inventó la excusa de que iba a visitar a su familia. Quería que dejara a Alana en casa, pero se negó. Quería que esperara, le dije que las acompañaría. Al final, reconoció la verdad. Discutimos. Le grité que no pensaba dejarla marchar, que no iba a permitir que me arrebatara a mi hija. Ella respondió diciendo que me odiaba, que amaba a otro hombre y que nunca sería feliz aquí. Yo le dije que no me importaba. No podía llevarse a Alana. Caroline salió corriendo de la habitación, llorando.

Cleybourne movió la cabeza.

-Al principio, dada mi arrogancia, pensé que había subido a su cuarto. Di vueltas por el salón, tratando de serenarme, antes de subir a hablar con Alana. No quería que me viera enfadado. Cuando por fin fui a verla, encontré allí a la niñera, llorando. Me dijo que Alana se había ido, que Caroline no le había permitido acompañarlas. Entonces, comprendí que Caroline me había desafiado. Se había llevado a mi hija. Salí a caballo tras ellas. Hacía frío, había hielo, y estaba anocheciendo. Di órdenes al cochero de que se detuviera, pero no era mi criado. Caroline había alquilado una silla de postas, con cochero incluido. Así que cuando Caroline le ordenó que apretara el paso, el cochero obedeció. Tomó la curva demasiado deprisa, y el carruaje se salió del camino.

Richard masculló una maldición y se alejó hacia la chimenea. Permaneció frente al fuego, apoyado en la repisa.

-Eso es lo que me atormenta -dijo con voz ronca y los ojos brillantes por las lágrimas a la luz del fuego-. Si no las hubiera perseguido, no habrían muerto. Fue mi egoísmo, mi arrogancia, mi obstinación. Yo las maté... porque quería retenerlas aquí.

-No, no, no... -Jessica se acercó a él-. No fue culpa tuya. Caroline decidió marcharse a escondidas, intentó quitarte a tu hija durante tu ausencia. Tú no sabías nada... ¿Cómo no ibas a reaccionar montando en cólera? Cualquiera lo habría hecho, y se habría opuesto a que se llevara a la niña. Y fue ella quien huyó en lugar de quedarse y buscar una solución. Fue egoísta al separarte de tu hija y salir corriendo. Además ¿cómo ibas a saber lo que pasaría si las perseguías? Y la culpa también fue de ella por apremiar al cochero para que hostigara a los caballos. Fue horrible, un trágico accidente. No merecían morir, y tú no merecías separarte de ellas. Ocurrió, como a veces

ocurren las desgracias. No fue culpa tuya. ¡No puedes pasarte el resto de tu vida haciendo penitencia!

Obedeciendo un impulso, Jessica le pasó un brazo por la cintura y se apoyó en él. Casi con violencia, Richard la estrechó entre sus brazos. Tenía el cuerpo rígido por la tensión. Ella le rodeó la cintura por completo y empezó a acariciarle la espalda. Richard enterró el rostro en el cuello de Jessica y emitió un suave gemido de desesperación. Los sollozos lo sacudían de pies a cabeza, y se aferró a ella con más fuerza.

Jessica lo abrazaba y absorbía el dolor que brotaba del cuerpo de Richard, los años de culpabilidad y tormentos callados. Estaba convencida de que no le había contado nunca a nadie lo que le había contado a ella; lo había guardado en su alma y se había estado aborreciendo y consumiendo de remordimientos.

-No pasa nada -murmuró Jessica, mientras le acariciaba la espalda -.Todo se arreglará.

Richard cerró los puños en el vestido de Jessica. Había llorado otras veces por Caroline y por Alana y, siempre, cuando lo hacía, experimentaba también la amargura de la culpa, la certeza de que merecía todo el dolor que sentía y más, que nunca podría sufrir ni pagar bastante con su pena la persecución que había provocado la muerte de sus seres queridos. Pero, por primera vez, lloró por sí mismo, por el dolor que llevaba dentro, por la miseria amarga e insoportable que había sido su vida durante los últimos cuatro años.

-Alana no habría querido que te sintieras culpable. La dolería verte sufrir. Lo único que querría era que volvieras a ser feliz, tanto si ella está contigo como si no.

Richard la estrechó aún con más fuerza al oír aquellas palabras, dejándola casi sin aliento.

-Dios, tienes razón -se apartó de Jessica, se secó las lágrimas del rostro y la miró. Elevó los dedos para acariciarle los pómulos-. Alana te habría querido mucho.

-Creo que yo a ella también.

Richard sonrió un poco.

-Se parecía a ti en algunas cosas: era temeraria, sincera... y franca. Y tenía muy buen corazón.

-Creo que también se parece a su padre en todo eso -Jessica sonrió y se puso de puntillas para besarlo con suavidad en los labios-. Eres un buen hombre, no dejes que la culpa y el dolor te destruyan.

Richard se la quedó mirando un momento.

-Gracias -dijo con voz ronca por la emoción-. Se te da muy bien salvarme -se inclinó para devolverle el beso, y después la besó también en la frente-. Tanto si me gusta como si no.

Jessica rió entre dientes.

-Me alegro de haber aparecido cuando necesitabas... ayuda -lo miró a los ojos-. Pero dudo que hubieras usado esa pistola, aunque yo no hubiera estado aquí. Aunque Gabriela y yo nunca hubiéramos llamado a tu puerta. Eres demasiado fuerte, demasiado valiente. No lo habrías hecho.

-Yo no estoy tan seguro.

Jessica se encogió de hombros.

-Eso es porque no te ves como yo te veo a ti. -Dudo que sea una imagen muy bonita -repuso Richard con una mueca.

-Bonita no -la sonrisa de Jessica era cálida y coqueta-, pero bastante atractiva.

-¿De verdad? -repuso Richard en un tono parejo al de ella-. Seguro que ni la mitad de atractiva

que tú.

-Adulador... -empezó a decir, pero los labios de Richard le impidieron continuar. La besó con suavidad, con ternura, saboreándola a placer. Cuando por fin levantó la cabeza, Jessica tenía el corazón desbocado y estaba sonrojada.

-Jessica... -susurró, y volvió a besarla, y a abrazarla, para apretarla contra él.

El cuerpo de Jessica se encendió de deseo, y se puso de puntillas para rodearle el cuello con los brazos y responder con avidez al beso. Richard profirió un gemido gutural, y la sujetó por las caderas para unir sus caderas a las de ella. Jessica sintió su miembro erecto, y aquello la excitó.

Richard cortó el beso para lamerle la oreja y el cuello.

-No deberíamos... -murmuró mientras deslizaba los labios por su piel.

-No -jadeó Jessica.

-Dime que pare -insistió Richard, y empezó a mordisquearle el lóbulo de la oreja. Jessica sintió el calor que se condensaba entre sus muslos -. Dime que me vaya -estaba hundiendo los dedos en sus glúteos, moviéndola contra él.

-No puedo... -Jessica se estremeció cuando Richard deslizó los labios por su cuello, ardientes y aterciopelados-. No quiero que te vayas. Quiero que... -exhaló un pequeño gemido cuando sintió la punta de su lengua en la pequeña cavidad de la base del cuello-. Quédate... -lo apremió, y hundió los dedos en sus hombros-. Por favor, quédate...

Se le nubló la mente, como siempre que estaba con Jessica. Le costaba trabajo pensar en nada que no fuera la suavidad de su piel, el sabor de su boca, la belleza sedosa y seductora de sus cabellos. Siempre que había estado con una mujer, incluida Caroline, se había mantenido dueño de sí, gobernando el deseo que lo recorría. Pero con Jessica, siempre era fuego, ansia, e inmediatez, y su voluntad no alcanzaba a controlar las acuciantes necesidades de su cuerpo. La lógica lo abandonó, y sus pensamientos se centraban en imaginarla desnuda, y en pensar lo dulce que sería penetrara y sentir sus piernas blancas y esbeltas alrededor de la espalda.

Alzó la cabeza y le puso las manos en los hombros para darle la vuelta con suavidad. Empezó a desabrocharle los botones de la espalda del vestido, y la tela se abrió y le dejó ver primero el cuello, luego la espalda. Jessica tenía la cabeza gacha, de modo que su cuello se inclinaba con suavidad hacia delante, y al verlo tan pálido y vulnerable, el deseo que agitaba su sexo se intensificó. Bajó la cabeza y posó los labios en aquella suave piel para dejar un rastro de besos hasta el borde de algodón blanco de la combinación.

El vestido estaba completamente abierto, así que deslizó las manos por debajo de la tela hacia el vientre de Jessica. La prenda fue desprendiéndose aún más con el movimiento, y resbaló por los hombros y los brazos de Jessica. Richard la apretó aún más contra él hasta que ella se sonrojó al sentir su deseo; después, deslizó las manos por la combinación hasta rodearle los senos. Enterró los labios en su cuello para besarla y mordisquearla mientras le acariciaba el pecho y atormentaba sus pezones erectos.

Jessica profirió una exclamación y se recostó aún más en él, moviendo las caderas de forma experimental. Richard sintió una poderosa llamarada de deseo, muy superior a la suscitada por las caricias hábiles de una cortesana. Desató el lazo del frente de la combinación deslizó las manos por debajo del algodón para tomar los senos de Jessica en sus manos. Tenía la piel suave y sedosa,

tentadora. Mientras le besaba el cuello y los hombros e inspiraba su fragancia, fue tirando de la prenda hacia abajo para dejarla aún más expuesta a sus caricias. Pero la combinación seguía representando un obstáculo, así que con una suave blasfemia, se la sacó por encima de la cabeza y la arrojó al suelo. Entonces, exploró su espalda desnuda con los labios mientras acariciaba con las manos las esferas de sus senos. Jessica rió, trémula ante aquel asalto a los sentidos.

Richard deslizó las manos hacia abajo y encontré enaguas, aflojó los lazos y tiró de ellas hacia abajo, Cayeron en tomo a sus pies, sobre el vestido, y se quedó desnuda salvo por las medias y el culote de algodón. Richard le acarició los glúteos con las manos y volvió a deslizar los dedos hacia delante, por el vientre Jessica y sobre su prenda interior hacia el centro de feminidad. Jessica se puso rígida y profirió una exclamación al sentir la caricia, pero no se apartó. Se estremeció un poco y se recostó en el pecho de Richard para relajar las piernas. Este deslizó entonces la mano entre ellas para acariciarla a través de la prenda, que estaba húmeda de deseo. La prueba de su reacción apasionada hacia él estuvo a punto de enloquecerlo. Quería hundirse en ella de inmediato y hallar alivio en su cuerpo, pero se contuvo.

Recordaba perfectamente la reacción apasionada de Jessica y quería llevarla aún más lejos, enseñarle nuevas y más impactantes cotas de placer. La levantó en brazos para llevarla a la cama y la depositó sobre la colcha. Después, la despojó de las últimas prendas, hasta que yació completamente desnuda ante él. Dudaba haber visto nunca algo tan hermoso.

Se la quedó mirando, con el deseo palpitándole con fuerza en las venas, mientras se desnudaba, tirando con impaciencia de encajes, botones, y desechando sus propias prendas. Jessica se estremeció un poco, y él abrió la cama y la ayudó a entrar para después deslizarse dentro y tomarla entre sus brazos. Era pequeña y suave y, durante unos momentos, se limitó a abrazarla y a deslizar las manos por su cuerpo. Pero el tacto de sus suaves curvas volvi6 a acrecentar su deseo.

Jessica deslizó las manos por la espalda de Richard, aprendiendo cada músculo, el contorno de su clavícula, la línea sinuosa de su columna. Las deslizó hacia los costados y por encima de sus caderas. Sus dedos eran como terciopelo acariciándole la piel, suaves y seductores.

Richard se tumbó de costado y se inclinó para besar- le el pecho. Con los dientes, la lengua y los labios, le acarició los senos, mientras desplazaba la mano hacia su estómago y vientre y, finalmente, por la cara interna de sus muslos. Jessica se estremeció con aquella caricia y le hundió los dedos en los antebrazos.

Muy despacio, Richard fue deslizando los dedos hacia arriba, torturándola. Tomó un pezón dentro de su boca y lo lamió, con lo que provocó oleadas de placer por todo el cuerpo de Jessica. Por fin, alcanzó el centro de su deseo y deslizó los dedos entre los pliegues ardientes y húmedos, separándolos para acariciarla con delicadeza, hasta que Jessica empezó a jadear, ansiando la liberación. Sentía aquella deliciosa presión creciendo en su interior una vez más, y arqueó la espalda para ir al encuentro de la mano de Richard, para sentir el placer sacudiéndola como una marea. Sin embargo, en aquella ocasión, Richard la acercaba al límite y, después, se retiraba. Así una y otra vez.

Jessica hundía los dedos en los hombros de Richard, casi sollozando, apretando las caderas contra su mano. Por fin, Richard se colocó entre sus piernas, a las puertas de su feminidad, y la penetró, rompiendo el sello de su virginidad con un fogonazo de dolor. Se quedó inmóvil un momento; después, empezó a moverse dentro de ella, creando un placer aún más delicioso que el de

la pasada noche. Jessica se movía de forma instintiva, adaptándose al ritmo que él marcaba. Richard tenía el cuerpo ardiente y sudoroso, y jadeaba junto al oído de Jessica. Murmuró su nombre, y a ella le pareció el sonido más bello que había escuchado nunca.

Después, con una intensidad cegadora, la manta ardiente y oscura del placer cayó sobre Jessica, y gritó, aferrándose a él. Richard gimió, derramó su semilla dentro de ella y los dos se perdieron en un torbellino frenético de pasión, unidos en un abrazo primitivo y perfecto. Richard enterró el rostro en el cuello de Jessica hasta que por fin, exhausto, cayó desplomado sobre Jessica.

Pero enseguida se colocó de espaldas sin soltarla, y la abrazó con fuerza. Ninguno de los dos era capaz de articular palabra. Envuelta en sus brazos, rodeada por su calor, Jessica concilió un sueño profundo y tranquilo.

17

LA habitación estaba fría cuando Jessica se despertó a la mañana siguiente. Abrió los ojos, parpadeando, y enseguida notó el roce de las sábanas sobre su piel. Estaba desnuda. Recordó lo ocurrido horas antes y se sonrojó, en parte de vergüenza, en parte, de deseo.

Se volvió hacia el otro lado de la cama. Richard no estaba allí. Cómo no, era demasiado considerado para hacer evidente que había pasado la noche con ella. Se habría ido mucho antes de que los criados empezaran a trajinar por la casa.

Jessica se incorporó, consciente de su cuerpo como nunca lo había estado antes, percatándose de las diferencias, de la leve molestia, el recuerdo del placer que persistía sobre su piel y que llenaba sus senos. Con un gemido de puro gozo, se dejó caer de nuevo sobre el colchón, abrió los brazos y sonrió al dosel que estaba sobre su cabeza. Se sentía maravillosamente joven y experimentada al mismo tiempo. Ninguna mujer, pensó, había sido iniciada de forma tan mágica a amor como ella aquella noche.

Amaba a Richard. Estaba segura, lo había estado antes de fundirse en sus brazos. Sabía que era una pecadora, que había quedado al margen de su sociedad moralista pero, sinceramente, no le importaba. No lograba avergonzarse de lo ocurrido la noche anterior, solo sabía disfrutar.

Buscando la felicidad y el amor en los brazos de Richard, se estaba condenando a ser su amante. A pesar de la pasión que ella desataba en Richard, a pesar de lo que este le había confesado sobre su matrimonio, Jessica sabía que seguía enamorado de Caroline. Aunque lo hubiera ayudado a aliviar el peso de la culpa, Richard no había dejado de amar a su esposa No, era lo bastante realista para saber que jamás ama ría a ninguna mujer como a Caroline.

Y aunque ocurriera un milagro y aprendiera a amarla, no se casaría con ella. Era un duque, y los duques se casaban con hijas de duquesas y de condes, no con la sobrina de un barón manchada por e escándalo. Pero lo amaba tanto, lo deseaba tanto, que no quería negarse aquel amor aunque la sociedad la despreciara. Podría vivir sin su aprobación. Y, gracias al generoso regalo del general, no tendría que depender de nadie, ni siquiera cuando su idilio terminara... porque terminaría algún día, no se engañaba en ese sentido. Los hombres se cansaban de sus amantes, el deseo se marchitaba. Quizá Richard decidiera algún día casarse para tener un heredero, prescindiría de ella.

No era una perspectiva agradable, pero tampoco le daba miedo. El amor que sentía por Richard, la alegría de expresar ese amor, hacían soportable la perspectiva de una vida vacía sin él en el futuro.

Desechó sus pensamientos y se levantó para afrontar el nuevo día. Encararía con optimismo lo que ocurriera.

Dos horas después, Jessica estaba sentada en la habitación de Gabriela, intentando descifrar ecuaciones algebraicas, cuando oyó un pequeño alboroto en el pasillo. Era una de las doncellas, y estaba dando voces, histérica.

Jessica se levantó y salió del dormitorio seguida de Gabriela. Encontró a dos doncellas hablando

con agitación.

-¡Señorita! -exclamó una, como si se alegrara de poder dejar el problema en manos de otra persona-. Se trata del clérigo.

-¿El reverendo Radfield? -preguntó Jessica, angustiada-. ¿Le ha pasado algo?

-No. Al menos, que nosotras sepamos. Pero llamé a su puerta para llevarle la bandeja del desayuno y no contestó, así que abrí... y vi que había desaparecido. No hay ni rastro de él.

-Puede que hubiese madrugado para bajar a desayunar.

-No, señorita, no estaba con los que desayunaron en el comedor. Y me dijo que siempre desayunaba en su cuarto -se sonrojó ligeramente, y Jessica sospechó que la joven se había encariñado con el apuesto clérigo-. Creo que le ha pasado algo. Están ocurriendo cosas muy raras, señorita.

-Vamos a su habitación -Jessica echó a andar por el pasillo hacia el dormitorio de Radfield y llamó a la puerta. Al ver que no contestaban, la abrió y entró. La cama estaba deshecha, pero no había rastro de ningún objeto personal, como cepillos o navaja de afeitar, sobre la cómoda. Con el ceño fruncido, Jessica dirigió al ropero y lo abrió. Estaba vacío.

-¿Sabéis si... si el reverendo había deshecho alguna maleta?

-Sí, señorita, guardaba algunas cosas en la cómoda.

Todos los cajones estaban vacíos. Jessica lanzó una mirada al rincón, donde descansaban un baúl y una bolsa de cuero.

-¿Tenía alguna otra maleta?

-Sí, señorita, una bolsa de lona pequeña -y que se encontraba por ninguna parte.

-Creo que nuestro reverendo ha ahuecado el ala -dijo con poca finura, y salió de la habitación.

Encontró a Cleybourne en su despacho y, al entrar, este alzó la vista y sonrió de oreja a oreja con afecto.

-Jessica... -se puso en pie al reparar en el pequeño ceño de su frente-. ¿Qué te ocurre? ¿Ha pasado algo?

-El reverendo Radfield no está en su cuarto. Parece que se ha marchado.

Richard la miró sin comprender.

-¿Quieres decir que se ha marchado del castillo? Jessica asintió.

-Falta una de sus maletas, y varias prendas y pertenencias. Creo que ha huido.

-¿Con este tiempo? ¡Eso es un suicidio! ¡Qué diablos...!

No tardaron mucho en organizar su búsqueda, pero o encontraron ni rastro de Radfield en todo el castillo. Mientras tanto, Richard había ordenado que ensillaran dos caballos y había encargado a los ayudantes del jardinero que buscaran huellas alrededor de la casa. Antes de que terminaran de registrar el castillo, los jardineros encontraron pisadas en la pradera, en dirección a la carretera.

Richard partió a caballo con el señor Cobb, no sin antes encargarle a Jessica que mantuviera ocupados a los demás invitados. Jessica hizo lo que pudo, aunque no dejaba de pensar en Richard y en la inesperada marcha del reverendo. ¿Por qué habría huido? Resultaba sospechoso, como si hubiera escapado porque era culpable de un delito. ¿Sería realmente un clérigo?

En el grueso manto de nieve, no resultaba difícil seguir las huellas, y los dos jinetes avanzaron mucho más deprisa que el hombre que se abría camino a pie. Cleybourne y Cobb no tardaron en

regresar al castillo con el clérigo. Jessica y la mayoría de los huéspedes estaban sentados en el salón principal. Rachel también estaba allí, lo bastante restablecida, y aburrida, para bajar y reunirse con los huéspedes.

Richard entró en el salón detrás del clérigo, y el señor Cobb cerró la puerta. Después, el duque lo sentó con firmeza en un sillón; Radfield no se resistió. Permaneció en su asiento, trémulo y mojado, desaliñado y abatido.

-Vamos, Radfield, si es ese su nombre -dijo Richard con mordacidad-, ya va siendo hora de que nos cuente la verdad. ¿Mató usted a la señora Woods?

-¡No! -Radfield lo miró con fiereza-. No, yo no la maté. Jamás le habría hecho daño.

-Pues resulta un poco sospechoso que haya salido huyendo de esta manera -señaló Richard-. ¿Por qué si no se aventuraría en la nieve, a riesgo de perder la vida, si no es el asesino? ¿Si no temiera que lo descubriéramos?

-¡Por supuesto que temía que me descubrieran! -gritó Radfield-. Estaba claro que usted y ese detective me iban a encasquetar el asesinato -señaló al señor Cobb con un movimiento amplio del brazo.

-¿Y por qué haríamos algo así?

-¡Porque la habían descubierto! Registraron su dormitorio. Han tenido que encontrar... -se interrumpió y se recostó en la silla con la mirada baja.

-¿El qué? -lo apremió Richard-. ¿Las joyas?

Radfield levantó la cabeza y lanzó a Cleybourne una mirada fulminante.

-Sí, las joyas. Estaban cerrando el lazo, esperando a que cometiera un error. Y ella estaba... ¡estaba muerta! -las lágrimas anegaban sus ojos.

Al mirar al apuesto joven, Jessica intuyó algo, Frunció el ceño y se lo quedó mirando, intrigada.

-Ella era la que sabía siempre lo que había que hacer -gimió Radfield con desolación -.Sin ella, estaba... estaba perdido. Confundido.

-Eran socios, ¿verdad? -Cobb habló por primera vez, avanzó hacia el clérigo y se plantó en actitud belicosa frente a él-. Le robaron juntos al señor Gilpin, ¿verdad? No era un profesor de baile de mediana edad, sino usted y esa casquivana...

-¡No se atreva a insultarla! -estalló Radfield, y se puso en pie.

Cobb sonrió de oreja a oreja, flexionando los dedos Con anticipación.

-Quiere pelea, ¿eh? Vamos, adelante. Estaré encantado de complacerlo.

-Vamos, siéntese -dijo Richard con irritación, y con la mano en el hombro del clérigo, lo obligó a sentarse de nuevo-. No sea estúpido. No es rival para él, y lo sabe -se volvió hacia Cobb-. No hace falta que le saque la información a golpes.

-No sé por qué es tan blando con este tipo -le espetó Cobb -.Está claro que él la mató. Eran socios, se pelearon, y él la empujó escaleras abajo. No es rival para un hombre, pero podría matar a una mujer con facilidad.

-¡Yo no la maté! -gritó Radfield-. ¿Es que no lo entiende? -las lágrimas se desbordaron de sus ojos. Se llevó las manos trémulas a la cabeza y las hundió en sus cabellos, desolado-. Es la última persona a la que habría hecho daño. Sí, era mi socia, la única persona en el mundo en quien confiaba. ¡La quería!

Rompió a llorar, y Richard se lo quedó mirando con compasión.

-¿Estaba casado con ella?

-¡No! -Radfield movió la cabeza y profirió una extraña carcajada-. No, no estábamos casados, y tampoco era mi amante, porque estoy seguro de que esa será su siguiente conclusión.

La idea que había aflorado en la mente de Jessica momentos antes cobró fuerza, y dijo con suavidad:

-La señora Woods era su hermana, ¿verdad?

Richard miró a Jessica con sorpresa.

-¿Cómo lo ha sabido?

-Lo he adivinado. Hace un momento, cuando se le llenaron los ojos de lágrimas, pensé que me recordaba a otra persona, y caí en la cuenta. Sin el maquillaje para oscurecerse la piel y si hubiera tenido el pelo castaño en lugar de negro, la señora Woods se habría parecido bastante al reve... quiero decir, al señor Radfield.

Radfield se secó las lágrimas con las manos.

-Bettina siempre cuidaba de mí. Era varios años mayor que yo. Vagábamos de un lado a otro, así que no teníamos amigos. Y siempre habíamos estado solos. Los niños eran un incordio. A los demás miembros de la compañía no les hacía gracia tenemos con ellos.

-¿De la compañía? -preguntó Rachel-. Entonces, ¿eran actores?

-Nuestros padres lo eran -asintió Radfield-. Y nosotros, también, cuando nos hicimos mayores.

-¡Pues claro! -Cobb dio una palmada sobre su muslo con ademán triunfante-. ¡Fue el profesor de baile de mediana edad! ¡Solo que ese profesor era usted!

-Sí. Se nos daba bien disfrazamos. Así la huida más fácil, menos peligrosa. ¿Quién iba a relacionar a la dama rubia y educada que había trabado amistad con el señor Gilpin con la callada señora Woods de aspecto italiano? ¿O al profesor de baile rechoncho y entrecano con un clérigo anglicano? -suspiró, se recostó en la silla y prosiguió con voz inexpresiva-. Siempre era Bettina la que ideaba los atracos. A mí se me daba bien abrir las cajas fuertes y vaciar bolsillos que nadie se diera cuenta. A veces, de pequeño, desvalijaba al público que salía del teatro para ganar unas monedas de más. Era mucho más fácil, y más divertido, que estar en el escenario. Detestaba aquella vida. Bettina también. Se marchó a los dieciséis años, a Londres a hacer fortuna. Y la hizo. Se convirtió una célebre cortesana. La incomparable Marie MacDonald.

-¡Cielos! -exclamó Darius desde el otro extremo del salón-. ¡Marie MacDonald!

Todos dirigieron las miradas a Darius, y este se sonrojó con furor y dijo:

-Les ruego que me disculpen, no era mi intención interrumpir. Siga con su historia.

-No hay mucho más que contar -prosiguió Radfield-. Marie era hermosa y popular, pero también estaba aquella vida. Además, se estaba haciendo vieja, ya casi rondaba los treinta y se envejece deprisa en ese trabajo. Quería dejarlo así que, pasado un tiempo, se le ocurrió la idea. Conocía a muchos hombres ricos. Sus fiestas eran famosas en todo Londres y a ellas asistían algunos de los nobles más conocidos del país. Sabía dónde estaban las joyas y quién alardeaba de riqueza y no la tenía. Así que nos pusimos manos a la obra... -se encogió de hombros-. Se nos daba bien -miró a Richard con expresión suplicante-. Como verá, jamás habría hecho daño a Bettina. Era mi mejor amiga, mi vida entera. Sin ella, no valgo nada.

-Sabe, me siento tentado a creerlo -dijo Richard.

-¿Qué? -Cobb giró en redondo y miró a Cleybourne con incredulidad -.Ese hombre es un canalla.

-Sí, es el ladrón que andaba buscando, desde luego. E incluso apostaría a que lord Kestwick tenía razón y también era el intruso al que sorprendí la otra noche en mi despacho.

-Sí, era yo -confesó Radfield con cierta contrariedad-. No podía dejar pasar la oportunidad de hacerme con las esmeraldas Cleybourne, ya que había aterrizado en su castillo. Son conocidas en todo el mundo.

Richard hizo una mueca y prosiguió:

-Sin embargo, el que sea un ladrón no significa que fuera él quien matara a la señora Woods.

-No la mató nadie, estoy seguro -intervino lord Vesey-. No fue más que un accidente.

-Estoy de acuerdo -corroboró lord Kestwick-. Estás sacando las cosas de quicio, Cleybourne. Todo esto es absurdo.

Richard paseó la mirada por sus invitados.

-Lo siento, pero si no les importa... Necesito hablar con Radfield a solas -enarcó las cejas hacia Kestwick y los demás, con la actitud imperiosa de un duque, y con un murmullo de protestas, empezaron a salir del salón.

-Puede quedarse, Cobb -le dijo al detective-. Y, por supuesto -Cleybourne se dirigió a Jessica-, necesitaré a mi secretaria.

Jessica corrió a sentarse detrás del escritorio y a sacar una hoja de papel. Cobb se colocó delante de la puerta cerrada, con los brazos cruzados, como si estuviera preparado para frustrar cualquier intento de huida de Radfield. .

-Y, ahora, señor... -Cleybourne se interrumpió-. ¿Es así como se llama, Radfield?

-En realidad, Radfield es mi nombre de pila. Radfield Addison. Puede llamarme como más le guste. He respondido a muchos nombres a lo largo de los años.

-Está bien, señor Addison. Digamos que creo que no mató a su hermana.

-No lo hice, lo juro.

-Creo que puede haberlo hecho otra persona. Últimamente han estado ocurriendo cosas extrañas, y la muerte de su hermana me resulta sospechosa. Si alguien la mató, estoy seguro de que querrá ayudamos a encontrar al culpable.

-Por supuesto. Haría cualquier cosa.

-Primero quiero que me conteste con sinceridad. Entró en mi despacho la otra noche. Pero ¿se coló en el aula hace unos días?

-¿Qué? No. ¿Por qué iba a entrar en el aula? Allí no hay nada de valor. Además, jamás había visto este lugar hasta que sufrimos el accidente. Viajaba en la diligencia, huyendo de Londres.

-Y, durante su estancia en este castillo, ¿extrajo un pequeño joyero de la habitación de la señorita Maitland?

-¿De la señorita Maitland? -Radfield lanzó una mirada a Jessica-. ¿La institutriz? ¿Por qué iba a llevarme el joyero de una institutriz? Eso es absurdo.

-Solo quería asegurarme.. Ahora, ¿puede decirme si su hermana estaba envuelta en algún otro asunto últimamente? ¿Algo aparte del robo de joyas?

-¿Se refiere a si me ayudó a registrar su despacho? No. Al día siguiente, me echó un buen

rapapolvo. Intentábamos que no nos vieran hablar juntos; se suponía que no nos conocíamos de nada. Pero Bets entró en mi habitación después de la pelea y me regañó. Temía que mi intento de robo nos hubiera puesto en peligro.

-¿Por eso la mató? -intervino Cobb-. ¿Porque lo regañó? No le hizo gracia, ¿verdad?

Radfield puso los ojos en blanco.

-Por supuesto que no me hizo gracia, pero no la maté por eso. No era la primera vez que me reprendía, y con razón. Desperté las sospechas del duque. Y, cómo no, Bettina había deducido que usted era un detective. Era una chica muy lista -se le quebró la voz, y bajó la vista a su regazo.

-¿Por qué fue su hermana al dormitorio de lord Kestwick la noche en que murió? -preguntó Richard-. ¿Se lo dijo?

-¿De lord Kestwick? -Radfield lo miraba con perplejidad-. ¿Qué le hace pensar que fue a su dormitorio?

-La vi. Y él lo reconoció. Dijo que habían tenido una cita.

Radfield seguía mirándolo con incredulidad.

-Imposible. Debe de estar equivocado. Hace años que Bets no trabaja de eso. Además, el dinero que obtendría por una noche sería una miseria comparado con lo que tenía en el baúl de su cuarto.

-Puede que no lo hiciera por dinero.

-¿Por qué, entonces? ¿Por amor? ¡Si acababa de conocerlo! -profirió una risita burlona-. ¿Por placer? No, eso no le procuraba placer. Lo hizo durante muchos años para ganarse la vida, ¿sabe? A Bets no le agradaban los hombres, salvo yo. Y, desde luego, no le agradaban en ese sentido. Una vez me dijo que no era más que un negocio, no un placer, y nunca la he visto buscar la compañía de ningún hombre desde entonces -miró a Jessica con cierta incomodidad-. Le pido disculpas, señorita Maitland.

-Disculpa aceptada.

-Y si, por algún casual, estuviera interesada en un hombre, no sería en un noble. Los detestaba. Eran sus clientes por aquella época. Y Kestwick representa lo peor de todos ellos: la altanería, la frialdad, la prepotencia, la insensibilidad. Nada podría haberla persuadido de ir a su cama.

Richard lo miraba pensativo.

-Pero estuvo en su habitación. ¿Podría haber estado tramando alguna otra cosa? ¿Querría robarlo?

-Lo dudo, aunque no por falta de ganas. Acababa de cantarme las cuarenta, y yo solo había bajado a echar un vistazo. Y no merecía la pena. ¿Qué puede uno ganar robando a un caballero que está de paso? ¿Un alfiler de oro, unos gemelos, una faltriquera? Menudencias. Lady Vesey era un objetivo mejor.

-Sí, y usted ya se estaba allanando el camino, ¿verdad?

Radfield tuvo la vergüenza de sonrojarse.

-No. No para lo que usted imagina. Solo pensé... Era una atracción mutua, nada más -bajó la mirada-. Como ya he dicho, Bettina y yo procurábamos no dirigimos la palabra. Pero ahora que lo pienso, la última vez que la vi, mientras conversábamos como desconocidos antes de la cena, la noté nerviosa o... o tal vez, contrariada. No estoy seguro. Pero Bets siempre guardaba la calma. Nunca se inquietaba por nada.

Aquella noche en cambio... Le pregunté si estaba bien y dijo que lo estaría. Entonces, entró otra persona y tuvimos que seguir hablando de trivialidades.

-Está bien. Bueno, gracias, señor Addison. Señor Cobb, imagino que acompañará a Addison a Londres en cuanto se haya derretido un poco la nieve, ¿verdad?

-Cierto. Y, hasta entonces, lo encerraré en una habitación a cal y canto. No en la que ha estado alojándose. Puede que en el aula, si no le importa. Sin ventanas por las que pueda salir.

-Muy bien. Coménteselo a Baxter.

Cobb se acercó a Radfield, lo agarró con fuerza del brazo, lo levantó del sofá y lo empujó hacia la puerta. El apuesto ladrón no opuso resistencia alguna.

-Bueno -Richard miró a Jessica-. Esto sí que ha sido una sorpresa. No se me ocurrió pensar... Claro que un alzacuello es un disfraz excelente, ¿no? Ni siquiera sospeché cuando vimos que había estado divirtiendo a Leona en su cuarto. Pensé que era un mal clérigo, pero clérigo a fin de cuentas.

Jessica asintió.

-¿Por qué crees que entraría la señora Woods en la habitación de Kestwick? -preguntó Richard a continuación -. Suponiendo que su hermano esté en lo cierto y no fuera a verlo por los mismos motivos que Leona fue a verlo a él.

-No lo sé. Quizá Kestwick llevara algo de dinero encima, pero como Radfield ha dicho, no tiene mucho sentido si acababa de reñirlo por intentar robarte a ti.

-Puede que Radfield esté mintiendo y que Cobb tenga razón, que fue él quien la mató y solo intenta desviar nuestras sospechas hacia Kestwick.

-Aunque hubiese ido a robarlo, ¿por qué iba Kestwick a matarla por algo así? ¿No habría sido más lógico que la denunciara?

-Cierto.

Se quedaron callados, pensativos, y pasado un momento, Richard dijo:

-El señor Talbot reconoció el nombre de la señora Woods.

-Sí. No me digas que sospechas de él por eso, ¿no? -preguntó Jessica-. ¿Por qué querría matarla solo porque hace años fue una famosa cortesana? Además, pareció sorprenderse de verdad cuando Radfield reveló la identidad de su hermana. No podría haberla reconocido o no se habría sorprendido.

-Quizá fingiera la sorpresa.

-Pero ¿para qué? ¿No habría sido mejor fingir que no la conocía?

-¿y si Kestwick también sabía quién era? - pensó Richard en voz alta-. ¿Y si la había reconocido?

Jessica se enderezó en la silla.

-¿Y si la reconoció y la amenazó con revelar su identidad? No habría querido que supiéramos quién era y arriesgarse a perder su condición de viuda decente. El señor Cobb habría sospechado de ella, y Radfield ha dicho que sabía que Cobb era detective.

-Sí, pero ¿por qué...? Ah, sí, ya lo tengo. ¿Y si la amenazó con revelar su verdadera identidad y ella fue a su habitación por la razón que pensamos... porque él la había amenazado con descubrirla si no lo hacía?

Jessica se lo quedó mirando.

-Sí. Eso lo explicaría todo. Quizá fuera por eso por lo que estaba nerviosa. No quería hacerlo, pero no tenía más remedio. Pobre mujer -siguió pensativa un momento-. Bueno, eso explicaría que quisiera matar a Kestwick. Pero no entiendo por qué tendría él motivos para acabar con ella.

-Cierto -Richard suspiró-. Siento tener que decirlo, pero temo no poder cargarle a Kestwick el asesinato. Aunque me gustaría, ya que es mi sospechoso favorito después de tu señor Talbot.

-No es «mi» señor Talbot -protestó Jessica-. Y tampoco me hace gracia descartar a Kestwick corno sospechoso. Pero me niego a creer que fuera Radfield. Se le dan bien los engaños, pero me parecía que hoy contaba la verdad.

-Sí. Puede que no fuera más que un accidente, corno afirma lord Vesey. Y una serie de coincidencias. El intruso del despacho fue Radfield. Quizá el del aula fuera Vesey, corno pensamos en un principio.

-¿Y Darius quien destrozó mi joyero? Me parecen demasiadas coincidencias.

-Cierto. Mi vida se ha complicado mucho desde que apareciste en ella.

-¿Yo? -Jessica enarcó las cejas-. ¿Me estás echando la culpa de todo esto?

-Mi vida era muy aburrida antes de que llegaras.

-Bueno, para tu información, yo tampoco había vivido asesinatos y robos en toda mi vida. Llevaba una existencia bastante aburrida, así que también podría culparte a ti.

-Puede que la culpa la tengamos los dos. Juntos somos explosivos -su voz se tomó ronca, y se hizo evidente que ya no estaba refiriéndose a sus diferencias de carácter.

-¿Ah, sí? -preguntó Jessica, casi sin aliento, y se puso lentamente en pie-. Si insinúas que habrías preferido que no... que no hubiéramos... -el corazón se le estaba rompiendo en pedazos.

-¡No! -se puso en pie de un salto, consternado-. No, no es eso lo que estoy insinuando. Lo que quiero decir es que... -Richard rodeó el escritorio y tornó las manos de Jessica entre las suyas-. Lo que quiero decir es que cuando estoy contigo hay... siento tanto calor que no puedo controlarlo. Apenas me reconozco -la miró a los ojos, los de él intensos y penetrantes -.Debería disculparme por lo de anoche, por aprovecharme de ti y de la situación.

-No te aprovechaste -dijo Jessica con firmeza-. Sabía lo que hacía y no lo lamento.

-¿De verdad? -se llevó las manos de Jessica a los labios y besó primero una, después, la otra-. Me alegro, porque yo tampoco lamento lo que hice.

-Ni yo -lo miraba con los ojos resplandecientes. -Creo que podría ahogarme en tus ojos -murmuró Richard. Se inclinó hacia ella, y Jessica fue a su encuentro. Se besaron con suavidad-. No puedo olvidarme de ti -dijo, mientras la besaba en los labios, en los párpados, en la mejilla-. Quiero volver a estar contigo esta noche. Sé que no debería...

Jessica lo calló con su boca. Por fin, se apartó y dijo:

-Yo también quiero estar contigo esta noche. Quiero tenerte en mi cama.

Richard inspiró con brusquedad.

-Jessica... -la atrajo hacia él y le acarició el pelo con el rostro-. Creo que este sería un momento mejor.

Jessica rió.

-Creo que tienes razón.

En aquel instante, alguien llamó a la puerta con suavidad, y se separaron con sobresalto,

volviéndose hacia el sonido.

-Adelante -dijo Richard con aspereza. La puerta se abrió y Baxter apareció en el umbral.

-Su Excelencia -entró en el salón con el rostro iluminado de placer-. Tiene visita. Lord Westhampton acaba de llegar.

Richard se quedó boquiabierto.

-¿Lord Westham...?

-El mismo -un hombre rubio y alto apareció en el umbral. Debía de rondar los treinta y cinco años, y era bastante agraciado. Estaba envuelto en una gruesa capa y bufanda, y sostenía un sombrero en la mano. Tenía un aspecto ligeramente fatigado, y Jessica reparó en la nieve que se adhería a sus botas y al borde de su largo abrigo.

-¡Michael! ¡Dios mío! -Richard profirió una breve carcajada y atravesó el salón para saludarlo con afecto, estrechándole la mano y dándole una palmada en el hombro-. ¿Se puede saber de dónde vienes?

-De mi casa, en realidad -respondió Michael, un tanto avergonzado.

-¿Del Distrito de los Lagos? ¿Con esta nieve? ¿Estás loco? ¿Cómo has conseguido llegar?

-Reconozco que hubo momentos difíciles. Pero una vez en camino... En fin, habría sido igual de peligroso dar media Vuelta, así que seguí adelante.

-Pero ¿por qué? -Richard frunció el ceño-. ¿Ha ocurrido algo? ¿No será Dev?

-No, no. No ha pasado nada. Al menos, a mí no. Y menos ahora que Baxter me ha asegurado que Rachel está a salvo.

-Pues sí, ha estado aquí durante la ventisca. ¿No sabías que pensaba venir a verme de regreso a vuestra casa?

-Bueno, se estaba demorando mucho más de lo que me dijo, y empecé a preocuparme, así que bajé a Derbyshire para cerciorarme de que se encontraba bien. Dev me comentó que había venido a hacerte una visita y me sentí un poco tonto. Así que di marcha atrás, pero llegó la tormenta. Temía que a Rachel la hubiera sorprendido de camino a casa, así que decidí acercarme, por si acaso.

Jessica contemplaba a lord Westhampton con interés. De modo que aquel era el hombre con el que Rachel tenía un «matrimonio agradable» pero exento de amor. Le resultaba un poco extraño que un hombre que mantenía una relación educada pero distante con su esposa se preocupara por que hubiera tardado unos días en aparecer y, más aún, que se aventurara a viajar por la nieve cuando las diligencias no lo hacían.

Lord Westhampton posó su mirada en Jessica.

-Lamento la interrupción, señora.

-No hay nada que lamentar, se lo aseguro -respondió Jessica.

-Perdonadme -dijo Richard, y se volvió hacia Jessica-. He olvidado mis modales. Señorita Maitland, este es mi cuñado, lord Westhampton, el marido de Rachel. Michael, te presento a la señorita Maitland, la... institutriz de mi pupila.

-¿De tu pupila? -Michael había empezado a avanzar para tomar la mano de Jessica, pero se detuvo y se volvió hacia Richard-. No sabía que tuvieras una...

-¿Michael? -se oyeron unas pisadas veloces en el pasillo y la voz de Rachel llamando a su marido.

Lord Westhampton giró en redondo al oír su voz, y Jessica vio en su rostro un fulgor de algo... ¿esperanza, expectación?, que no tardó en controlar. Rachel entró corriendo en el salón, sonrojada y sin resuello, y se detuvo en seco. Los dos se quedaron mirándose un momento. Después, Rachel tragó saliva y avanzó para extenderle la mano de manera casi formal.

-Michael -dijo con un levísimo temblor en la voz-. No te esperaba.

-Lo sé -contestó con idéntica educación, y se llevó su mano a los labios con cortesía-. Te pido disculpas por haber irrumpido aquí.

-¡Tonterías! -dijo Cleybourne con rotundidad.

-No es una irrupción -le dijo Rachel en voz baja-. Solo me sorprendía que hubieses recorrido un camino tan largo.

-Bueno, pensé que podías haberte quedado atrapada en la nieve mientras volvías a casa -le explicó.

-Estuve a punto, pero por fortuna, Richard me rescató.

Jessica decidió que debía marcharse. Aquel trío, viejos amigos y familiares, no necesitaban a una desconocida a su alrededor.

-Si me disculpan -dijo-. Debo ocuparme de Gabriela. Ha sido un placer conocerlo, lord Westhampton. Me alegro de que haya llegado sano y salvo.

El marido de Rachel le dio las gracias, y Jessica salió con suavidad del salón, sintiendo la mirada de Richard en la espalda. Pensó en la cita que habían acordado para aquella noche, y sintió una oleada de deseo. Sabía que estaba siendo lujuriosa, incluso perversa, pero no le importaba.

Vio que Gabriela estaba absorta leyendo un libro en su habitación, y se dirigió a su dormitorio. Lo primero que vio nada más entrar fue su joyero destrozado sobre la cómoda. Se acercó y empezó a separar las joyas de las astillas.

Pensó en guardar aquellos recuerdos, y frunció el ceño, pensativa. Entonces, se acordó de la preciosa caja de taracea que el general le había legado en su testamento. Era demasiado grande para sus adornos, pero los collares y los pendientes encajarían de maravilla en uno de sus pequeños compartimentos.

Se dirigió al baúl que estaba al pie de su cama y que todavía no había vaciado pensando que el duque no tardaría en buscarles otro alojamiento. Levantó la tapa. Sacó los vestidos más finos de verano, y se agachó para extraer la elegante caja. Era voluminosa, de treinta centímetros de largo y casi lo mismo de ancho, aunque no pesaba tanto como parecía.

La dejó sobre la cómoda deslizando la mano con admiración sobre su suave superficie. Giró la llave en la cerradura, pero antes de poder abrirla, un gruñido ahogado la sobresaltó. Se volvió hacia el pasillo. Lord Kestwick estaba allí, mirándola con fijeza.

-¡De modo que es esa! -exclamó, y bajó la mirada a la caja-. ¡Era otro estuche!

Jessica lo miró sin comprender.

-¿Qué quiere...?

Entonces, lo comprendió. Había sido Kestwick quien le había destrozado el joyero. No entendía por qué, pero era evidente que se había puesto hecho una furia al ver la caja del general. Había equivocado su joyero por el que el general le había dado. Entonces, ató otros cabos: alguien había entrado y registrado la casa del general y, después, el aula. ¿Habría estado buscando aquella caja?

-¡Fue usted! -exclamó.

-¡Cierra el pico! -Kestwick entró con paso enérgico en su habitación y cerró la puerta tras él. Sus ojos llameaban con tanta maldad que Jessica retrocedió, pero Kestwick la abofeteó con fuerza y la derribó al suelo-. ¡Maldita seas! -su rabia parecía aún más terrible por el mero hecho de que hablaba en voz baja-. Sí, fui yo. ¿Y qué? ¡Esa zorra se lo merecía!

Jessica, con la cabeza zumbándole por el golpe que l1abía recibido, lo miró con aturdimiento. Comprendió el alcance de sus palabras, y se quedó helada al comprender que lord Kestwick había asesinado a la señora Woods.

18

-¡CONDENADA perra fisgona! -prosiguió Kestwick, y Jessica no sabía si se estaba refiriendo a ella o a la señora Woods. Alargó el brazo y la agarró de la muñeca para ponerla en pie sin miramientos. La sujetó por la cintura, de espaldas a ella, y se sacó un cuchillo de hoja fina del bolsillo de atrás para acercarlo a su cuello -.Di una sola palabra y te degüello aquí mismo.

Permanecieron en aquella posición delante de la cómoda, contemplando sus reflejos en el espejo.

-¿Qué voy a hacer? -reflexionó Kestwick en voz alta-. Ahora no puedo dejarte marchar. ¿Cómo diablos lo has sabido?

-No lo sabía -respondió Jessica con sinceridad-. Quise decir que fue usted el que destrozó mi pequeño joyero, y el que entró en la casa del general y en el aula. No sabía que había matado a la señora Woods hasta ahora mismo, cuando lo ha reconocido.

Kestwick maldijo, y le ciñó la cintura de forma cruel.

-Bueno, ya no tiene arreglo. Tengo que hacer algo contigo.

-¿Por qué lo hizo? -preguntó Jessica-. ¿Qué le importaba mi joyero?

Kestwick enarcó las cejas.

-¿Quieres decir que no lo sabes? ¿No lo has encontrado?

-¿El qué? No sé de qué me habla. Kestwick profirió una carcajada que rayaba en la histeria.

-¡Dios! No puedo creerlo. No lo sabes.

-No, no lo sé.

-Así que ese viejo estúpido me mintió... o puede fue lo escondiera tan bien que ni siquiera tú lo has encontrado.

-¿Quién? ¿El general? -Jessica clavó la mirada m sus ojos a través del espejo; eran los ojos fríos y planos de una serpiente y, en aquel instante, supo con tal certeza que aquel hombre también había asesinado al general-. No murió de otro ataque de apoplejía, ¿verdad? Estuvo allí aquella noche, ¿no? Usted lo mató. ¿Por qué?

-¡Cállate! Hablas demasiado. Está bien, tenemos que hacer que esto parezca un accidente. ¡No! Tengo una idea mucho mejor -sus ojos centelleaban con maldad -.Escribirás una nota confesando haber matado a Marie y explicando tu suicidio.

-Conocía de antes a la señora Woods-dedujo Jessica-. Pero lo estábamos enfocando mal. No fue usted quien la reconoció a ella y la coaccionó. ¡Fue ella quien lo reconoció! Sabía algo sobre usted de sus lías de cortesana. ¿Qué hizo? ¿Intentó chantajearlo?

-¡Zorra estúpida! -se burló Kestwick-. ¡Como si yo fuera a ceder a las amenazas de una ramera como ella!

-¿Qué era lo que sabía?

-Te he dicho que cierres el pico -le espetó, apretándole nuevamente el pecho con tanta fuerza que Jessica apenas podía respirar-. El porqué no importa. Ahora, en primer lugar, vas a escribir una nota anunciando tu suicidio. Veamos, ¿por qué diremos que la empujaste por la escalera? Puede que las

dos fuerais mujeres de vida alegre, y que ella te reconociera. Amenazó con decírselo a tu nuevo patrón... -sonrió débilmente-. ¿O debería decir amante?

Jessica lo miró a través del espejo, sobresaltada.

-Sí -prosiguió Kestwick-, me he dado cuenta de cómo te mira. ¿Has sido lo bastante estúpida para creer que te ama? ¿Que quizá quiera casarse contigo? Nunca lo hará, ¿sabes?

-¿Es que me va a dar consejos románticos? -preguntó Jessica, hostigada por lo absurdo de la situación.

-Solo pretendo abrirte los ojos. Los hombres como nosotros no nos casamos con institutrices, y menos con aquellas que están dispuestas a abrirse de piernas por nada.

-¡No se atreva a compararse con Cleybourne! -exclamó Jessica, encolerizada-. ¡Gracias a Dios, no se parece en nada a usted!

-¿No? Bueno, quizá deba ser bondadoso y dejarte morir con esas dulces ilusiones en tu cabeza. A ver, ¿dónde hay papel?

-¡Está loco! No pienso escribir una nota de suicidio para usted.

Kestwick apretó el cuchillo un poco más contra el cuello de Jessica, con lo que cortó una delgada línea roja.

-Lo harás si no quieres morir.

-¿Durante cuánto tiempo? ¿Cuatro minutos más? ¿Y de verdad piensa que creerán que me he suicidado degollándome?

Kestwick le lanzó una mirada furibunda a través espejo, y Jessica supo que le habría gustado liquidarla allí mismo. Pero se controló.

Puede que tengas razón. Escribiré la nota yo mismo cuando regrese.

Cuando re... -pero Jessica fue incapaz de completar la palabra, porque Kestwick arrojó el cuchillo la cómoda, junto al joyero, y cerró la mano en a su cuello, apretándoselo entre los dedos hasta que Jessica vio manchas negras tras los párpados y perdió la conciencia.

Jessica se despertó mareada. También estaba muerta de frío. Abrió los ojos con un pequeño gemido y vio nieve por debajo de ella, moviéndose de un lado a otro. Le dolía la cabeza, y también el estómago, por la presión que sentía en la cintura. Tardó un momento en cuenta de que Kestwick la había echado a la espalda y la estaba acarreando a través de la nieve. Hacia demasiado frío para estar a la intemperie sin abrigo pero, al menos, el aire gélido la estaba haciendo volver en sí con rapidez. Si no hacía nada para evitarlo, Kestwick la mataría.

Empezó a patalear con todas sus fuerzas, a retorcerse y a aporrearle la espalda. Abrió la boca y chilló, aunque temía que el sonido se perdiera en la inmensidad del paisaje nevado.

Kestwick se tambaleó, y la arrojó sobre la nieve maldiciendo. El manto blanco amortiguó la caída, pero Jessica no pudo levantarse con suficiente rapidez.

¡Maldita sea, cállate! -rugió Kestwick. La agarró de la muñeca y la inmovilizó desde atrás para le la boca con una mano.

Jessica no lograba desasirse, pero dificultaba su marcha lo más posible, confiando en que alguien la hubiera oído gritar o advirtiera su ausencia. Pensó en Richard, que estaba charlando felizmente con Rachel y con Michael. Podrían transcurrir horas hasta que advirtieran que no estaba. Aun así, se resistió con fiereza, decidida a no consentir que Kestwick la matara fácilmente. Se cayeron varias

veces sobre la nieve, pero Kestwick seguía arrastrándola.

Por fin, alcanzaron un punto en el que la nieve era más baja que en los alrededores, y Kestwick la empujó. Jessica atravesó el manto nevado y aterrizó sobre una superficie dura y lisa. ¡Hielo! En aquel momento, comprendió que se encontraban en el estanque helado. Kestwick pensaba romper el hielo y lanzarla al agua gélida para que se hundiera con el peso de sus enaguas y de sus faldas.

Aterrada, se puso en pie y se apartó del hielo, dando gracias porque no se hubiera roto todavía. Kestwick rugió de rabia y la agarró para volverla a empujar al estanque y golpear el hielo con el talón. Jessica le arañó el rostro, y él profirió un grito y forcejeó con ella para inmovilizarla. Se oyó un crujido amenazador bajo sus pies.

De pronto, detrás de ellos, resonó un rugido de rabia y, al momento siguiente, una mano atrapó el cuello de la chaqueta de Kestwick y lo apartó de ella. Jessica alzó la vista y vio a Richard.

La rodeó con el brazo y la sacó del hielo. Kestwick profirió un grito ahogado de furia y frustración y se abalanzó contra Richard. Los dos se tambalearon hacia atrás sobre la superficie helada del estanque.

-¡Richard! -gritó Jessica.

Se oyó otro crujido sonoro cuando los dos hombres cayeron sobre el hielo. Este se rompió, y se sumergieron en el agua. Jessica volvió a gritar el nombre de Richard, y se abalanzó hacia delante, pero un hombre la agarró del brazo y la retuvo. Era lord Westhampton. Se acercó al estanque, donde los dos hombres seguían forcejeando en el agua gélida.

Kestwick intentaba desasirse de Richard, alcanzar el hielo y encaramarse a él, y Richard trataba de arrastrarlo de regreso a la orilla.

El hielo se resquebrajaba allí donde lo tocaban. Kestwick empujó a Richard bajo el agua, pero este volvió a emerger y arrojó a Kestwick contra el hielo. Jessica contemplaba la escena con frenesí, mientras Michael intentaba agarrar a Richard del hombro. Richard estaba fuera de su alcance, y Michael buscó con la mirada algo que poder usar para alcanzar a su amigo.

Jessica oyó unas pisadas a su espalda y vio al señor Cobb abriéndose camino entre la nieve, seguido de Rachel y de Gabriela a cierta distancia. Cobb llevaba en la mano una porra, pero la usaba a modo de bastón. Se la tendió a Michael, que tenía los brazos más largos, y este se estiró y acercó la porra a Richard. El duque se aferró al extremo del palo, y Michael tiró de él hacia la orilla. En cuanto estuvo lo bastante cerca, Cobb y él lo sujetaron por los hombros para sacarlo del agua. Richard cayó rendido sobre la nieve, tosiendo, y Jessica corrió hacia él y cayó de rodillas a su lado.

-¿Estás bien? ¡Richard!

Richard asintió y se incorporó para abrazarla con fuerza.

-Jessica... Gracias a Dios. No había pasado tanto miedo en toda mi vida. Pensaba... Pensaba que iba a perderte.

-No. Eso jamás.

Richard le levantó la barbilla y la besó y, de improviso, Jessica empezó a entrar en calor.

Detrás de ellos, Cobb y Michael se volvieron para intentar acercar a Kestwick a la orilla, pero este se dio la vuelta y se alejó nadando, haciendo caso omiso de las advertencias de Westhampton. Se movía con dificultad, ralentizado por el frío que le había calado los huesos y por el peso de la ropa y las botas empapadas. Alcanzó el borde de la lámina de hielo que cubría el estanque y se

agarró a ella con las manos. Empezó a encaramarse, pero el hielo se rompió bajo su peso y volvió a hundirse en el agua. El trozo de hielo que se había desprendido le golpeó la cabeza, y desapareció bajo la superficie.

-¡Kestwick! -gritó Westhampton. Se volvió hacia Cobb, y este se encogió de hombros. Era evidente que no podían hacer gran cosa para ayudarlo. Kestwick estaba demasiado lejos.

-¡Richard! ¡Jessica! ¿Estáis bien? -Rachel los había alcanzado. Se quitó la capa y envolvió a Jessica-. Pobrecita, debes de estar helada.

Si le resultó extraño ver a Richard abrazando a la institutriz de su pupila como si no quisiera dejarla marchar, no dijo nada.

-¡Señorita Jessie! ¡Señorita Jessie! -Gabriela también estaba allí-. ¿Se encuentra bien? Lo vi sacándola de la casa, así que corrí a decírselo al duque.

-Eres una jovencita muy lista -le dijo Rachel, y la abrazó-. Y de no ser por ti, no sé qué habría pasado.

Los cuatro miraron hacia el estanque al oír las voces de Cobb, que resoplaba en sus intentos de perseguir a lord Westhampton alrededor del estanque.

-¡No lo intente, milord! Caerá al agua, igual que él.

-No puedo quedarme de brazos cruzados viendo cómo se ahoga -replicó Westhampton-. No me importa lo que haya hecho.

Michael se aventuró en el estanque con cuidado y empezó a atravesarlo sobre el hielo. Rachel, palideció y echó a correr hacia el señor Cobb.

-¡Michael, no!

La cabeza de Kestwick salió a la superficie, y agitó los brazos; sus manos chocaron contra el hielo pero resbalaron enseguida. Se oyó otro crujido, y de improviso empezó a abrirse una grieta justo delante de Kestwick hacia Michael. Rachel chilló, y el señor Cobb tuvo que agarrarla para evitar que se adentrara en el estanque para alcanzar a su marido.

Michael, que solo estaba a unos tres metros de donde Kestwick intentaba mantenerse a flote, se tumbó boca abajo sobre el hielo para distribuir mejor su peso y avanzar arrastrándose.

-¡Agárrese! -le gritó a Kestwick al asomarse al borde del hielo y tenderle la mano. Kestwick agitó los brazos hacia Westhampton, y se agarró al borde de hielo que tenía a su lado para tratar de alcanzar su mano, pero se oyó otro sonoro crujido y el hielo al que Kestwick se agarraba se desprendió. Se hundió nuevamente en el agua y no volvió a aparecer.

Se abrió una grieta delante de Michael, y este empezó a retroceder lo más deprisa que pudo. El señor Cobb salió a gatas al estanque, agarró el pie de Michael y tiró de él hacia atrás justo cuando se abría otra grieta debajo de él. Los dos hombres retrocedieron deprisa mientras el hielo se resquebrajaba y flotaba hacia el centro del estanque. Alcanzaron la orilla y cayeron tambaleándose sobre la nieve, jadeando.

Rachel, que había estado contemplando la escena rígida como una estatua, cayó de rodillas y se cubrió la cara con las manos. Gabriela corrió hacia ella para rodearla con los brazos y ayudarla a levantarse, y cuando lord Westhampton y el señor Cobb se pusieron en pie y se dieron la vuelta, Rachel ya había adoptado un semblante sereno.

-Me estoy congelando -dijo con aspereza. Se dio la vuelta y regresó junto a Richard y Jessica,

que ya se habían levantado y estaban observando la superficie del lago. No había rastro de Kestwick por ninguna parte. Los seis se quedaron contemplando las aguas oscuras, conscientes de que Kestwick llevaba demasiado tiempo bajo la superficie para sobrevivir.

-El muy idiota -dijo Richard con brusquedad-. Ha muerto. Volvamos al castillo antes de que nosotros también perezcamos congelados. Después, intentaremos aclarar todo este asunto.

Así fue como, una hora después, estaban todos sentados en el salón. Jessica, a quien Gabriela, Rachel y una de las doncellas habían ayudado a ponerse ropa seca y abrigada, había tomado una taza de té con coñac y estaba sentada en el sofá junto a Richard, que también se había cambiado y entrado en calor. Los demás estaban desperdigados por la estancia: Cobb, los Westhampton, la señorita Pargety, el señor Goodrich, Darius Talbot, e incluso Radfield Addison, que, según Richard, merecía oír lo que habían descubierto sobre la muerte de su hermana, a pesar de su condición de prisionero. Gaby había protestado porque no la dejaran asistir a la reunión, pero tanto Richard como Jessica coincidían en que no era un tema apropiado para sus jóvenes oídos.

Todos ellos sostenían tazas humeantes de chocolate caliente mientras escuchaban a Jessica describir lo ocurrido en su dormitorio y reproducir la confesión de lord Kestwick de haber matado a la señora Woods, de haber destruido el joyero de Jessica y de haber entrado furtivamente en la casa del general y allí, en el aula.

-Pero ¿por qué? -inquirió Radfield con voz trémula de congoja-. ¿Por qué querría lastimar a Bets?

-Creo que ella amenazó con revelar algo sobre su pasado. Al parecer, lo conocía de hacía tiempo... de sus años en la capital. Pero no quiso decirme lo que era, ni por qué la caja era tan importante para él. No lo entiendo.

-Y puede que nunca lo entendamos -dijo lord Westhampton con pesar.

-No te mortifiques, Michael -repuso Richard-. Has hecho todo lo posible para salvarlo. Firmó su propia sentencia de muerte al adentrarse en el estanque - se volvió y traspasó a Darius Talbot con una mirada gélida-. Sin embargo, creo que podríamos averiguar un poco más sobre las actividades de lord Kestwick. ¿Señor Talbot?

Darius, que no se había movido ni un milímetro de la silla en la que estaba, cambió de postura con nerviosismo y palideció bajo la mirada de Cleybourne.

-No sé nada -dijo con voz ronca. Carraspeó-. No sé nada, lo juro.

-¿Ayudó a su amigo Kestwick a entrar en mi casa y en la casa del general?

-¡No! -Darius entrelazó las manos en el regazo-. De verdad, no sabía lo que tramaba. Yo... Lo conocí en Londres, en mi club. Fue poco después de la muerte de su madre, y le di el pésame. Dijo que iba a viajar a Norfolk para notificarle a un viejo amigo la muerte de lady Kestwick...

-¿A Norfolk? -repitió Jessica-. ¿Quieres decir... que fue a ver al general Streathem?

-Sí -Darius asintió-. No... No sabía que tú vivías con él, por supuesto.

-Entonces, la madre de Kestwick debe de haber sido la vieja amiga cuya muerte afectó tanto al general -pensó Rachel-. Al tener noticia de su fallecimiento, sufrió una apoplejía. Era... muy amigo de ella -no veía motivo alguno para mencionar el amor que el general profesaba a la mujer.

-No lo sé -Darius se encogió de hombros-. Kestwick no hablaba mucho. Me comentó que tenía que visitar al general y yo me ofrecí a acompañarlo. Me sentía... -parecía levemente avergonzado-.

Me sentía bastante halagado. Él es conde, y su padre ocupó un cargo importante en el gobierno antes de morir. Conocía a Kestwick de charlar con él y de jugar a las cartas, pero no éramos amigos íntimos. Fue un honor que aceptara mi ofrecimiento -se interrumpió y, Richard lo apremió.

-Adelante, señor Talbot. ¿Qué ocurrió después?

-Bueno, viajamos hasta este pequeño pueblo, Little Pilton.

-Eso no está muy lejos de la casa del general - intervino Jessica-. Pero ¿cuándo ocurrió esto? Kestwick no visitó al general.

Darius la miró con sorpresa.

-Claro que sí. Fue a visitarlo la noche antes de su muerte. Nos enteramos al día siguiente, y Kestwick se quedó de piedra. Dijo que lo había encontrado bastante bien al comunicarle la muerte de lady Kestwick. Temía que la noticia lo hubiera disgustado más de lo que había dado a entender.

-El general ya sabía que había fallecido -dijo Jessica con rotundidad-. Desde hacía más de una semana. Kestwick lo mató. No sé cómo ni por qué, pero lo vi en sus ojos mientras hablaba. Mató al general. Yo lo acusé, y él no lo negó.

-¡Eso es absurdo! -exclamó Darius.

-¿Ah, sí? -replicó Jessica-. Kestwick no fue a ver al general, al menos, abiertamente. No lo vio nadie en la casa. Debió de entrar a hurtadillas. Y lo mató - guardó silencio un momento-. Pero ¿por qué?

-Por lo que has dicho, quería esa caja que te legó el general -señaló Rachel.

-Estaba sumamente interesado en una caja - corroboró Darius-. Kestwick... Creo que fue por eso por lo que escogió esta ruta para regresar a Londres. Nos alojamos en una posada cercana durante un día o dos antes de la ventisca.

-Y fue entonces cuando se coló en el castillo para buscarla.

-Supongo que sí -dijo Darius, acongojado-. No sabía que hubiera salido de noche. No entendía qué hacíamos aquí; era muy aburrido. Pero no iba a poner en duda su criterio -se quedó pensativo un momento-. Creo que provocó el accidente con la diligencia. En su momento me pareció que se abalanzaba hacia el carruaje. Pensé que no era un hábil conductor, pero no iba a criticar a un amigo.

-Mmm... Sobre todo a uno tan importante -añadió Richard.

Darius se sonrojó.

-Puede que fuera un idiota, pero no tenía ni idea. ¿Cómo iba a saberlo?

-Quería entrar en esta casa para poder registrarla a placer -dedujo Richard-. ¿Fue él quien sugirió que se pusiera pesado con la señorita Maitland?

Darius enrojeció con furor.

-Bueno, él... -enterró la cabeza entre las manos y prosiguió con voz ahogada-. Sí. Me... me pidió que intentara averiguar qué clase de caja había recibido Jessica del general. Me dijo que había leído el testamento del general Streathern. No sabía que lo que quería decir era que se había colado en su casa para hacerlo. Dijo que el anciano le había dejado a Jessica dinero y una caja, y que Jessica y Streathem habían sido... que ellos habían...

-Sugiero que no termine esa calumnia, señor Talbot -lo interrumpió Richard-, o acabará en la nieve, rodeado de sus maletas y con varias magulladuras. Creo que me he explicado bien.

-Mmm, sí, desde luego -se apresuró a decir Darius-. Jamás repetiría tamaña mentira, se lo

aseguro. Ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba Kestwick. Pero en su momento, no lo sabía. Confiaba en él. Accedí a hablar con Jessica, ver si podía persuadirla para que me hablara de la caja.

-Pero ¿por qué? -preguntó Rachel, perpleja-. ¿Qué contiene esa caja que pueda ser tan importante?

-¡Eso mismo me pregunto yo! -exclamó Jessica-. No había nada salvo unos viejos recuerdos del general: algunas medallas, joyas antiguas, nada de mucho valor.

-Pero era de suma importancia para Kestwick. Cuando Talbot fracasó en su intento de seducción, Kestwick robó el joyero de la cómoda, pensando que era la caja en cuestión.

-Pero ¿por qué la hizo añicos? -preguntó Rachel. Darius movió la cabeza rápidamente.

-No lo sé. Ni siquiera sabía que la había robado hasta esta tarde, cuando la señorita Maitland nos lo ha dicho.

-Imagino que estaba desahogando su furia y su frustración -respondió Richard-. Sea como fuere, se equivocó de caja y, corno no encontró lo que buscaba, la aplastó en un ataque de ira. Era un lunático.

El grupo se disolvió poco después para vestirse para la cena. Jessica, cansada y frustrada por no entender el móvil de lord Kestwick, se levantó del sofá y echó a andar hacia la puerta, pero Richard la retuvo.

-Espere un momento si no le importa, señorita Maitland -le dijo con formalidad-. Me gustaría hablar un momento con usted.

-Por supuesto -Jessica regresó al sofá. Vio que Richard estaba muy serio, y se le cayó el alma a los pies. Se preguntó si estaría a punto de decirle que lamentaba lo ocurrido entre ellos, que su relación daría pie a un escándalo... o que no podía seguir con ella por sus recuerdos de Caroline.

Cuando el último huésped salió del salón, Richard cerró la puerta y regresó al sofá para sentarse junto a ella. Guardó silencio durante un largo momento.

-Señorita Maitland, debe saber que la tengo en gran estima.

Jessica lo miró sin comprender.

-¿Qué ocurre? ¿Por qué hablas así?

-Bueno, yo... Se trata de un asunto formal.

-¿Qué asunto? -Jessica suspiró-. Por favor, Richard, dímelo ya. Si no deseas que siga en esta casa, dímelo. Lo entenderé. Pero no soporto los rodeos.

-¿Seguir en esta casa? -repitió sin comprender-. ¿A qué te refieres?

-Bueno, a que no quieras que siga siendo la institutriz de Gabriela. A que quieras que me marche.

Se la quedó mirando con una sonrisa juguetona en los labios.

-Señorita Maitland, es usted insufrible en extremo. Sí, es cierto que no deseo que siga siendo la institutriz de Gabriela.

Jessica bajó los ojos, incapaz de seguir sosteniendo la mirada de Richard. El dolor que le traspasaba el pecho era tan agudo que tardó unos momentos en comprender sus siguientes palabras.

-Sin embargo -prosiguió el duque-, no quiero que abandone el castillo. Ni ahora, ni nunca. Jessica... Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Jessica levantó la cabeza.

-¿Qué?

-Te pido que te cases conmigo, que seas la duquesa de Cleybourne.

Jessica se alegró de estar sentada, porque estaba convencida de que las rodillas no la habrían sostenido.

-Pero... pero... ¡No puedes!

-¿Que no puedo? -repitió Richard-. ¿Y por qué no, si puede saberse?

-Bueno, es... es absurdo. No soy tu igual en posición social.

-Tonterías. Provienes de una buena familia. Y, de todas formas, no entiendo por qué debería importarte a ti si a mí no me preocupa.

-Soy una institutriz.

-No es culpa tuya que hayas sufrido reveses de fortuna -señaló-. No es como si hubieras pasado los últimos años llevando una vida disoluta.

-Pero los duques no se casan con institutrices.

-Ah, un duque hace lo que le place. Es lo mejor de ser un duque; puedo casarme con quien yo quiera. ¿Quién va a regañarme?

-Pero Richard, mi padre. El escándalo. Empañaría tu nombre.

-Mi querida niña -dijo Richard, y se puso en pie para ayudar a Jessica a levantarse-. Me halaga, y me sorprende un poco, lo reconozco, que te preocupes tanto por mi apellido. Sin embargo, dudo que un escándalo de hace diez años, provocado por tu padre, no por ti, arrojase una enorme sombra sobre mi familia o sobre mi título. Y, aunque así fuera, no me importaría. No estoy enamorado de mi apellido. No me hace temblar de anhelo como tú, ni mi corazón palpita cuando veo mi escudo de armas como cuando te veo a ti. Te quiero, Jessica. Quiero casarme contigo.

-Richard... -Jessica lo miró, desgarrada, incapaz de articular palabra. Todo su ser la instaba a decir que sí, pero sabía que no estaba bien.

-Vaya, he descubierto la manera de dejarte sin habla. Supongo que tiene mérito.

-Pero, Richard, tú... Yo no puedo reemplazar a Caroline. Tú todavía la amas.

-No te estoy pidiendo que ocupes el lugar de Caroline. Sinceramente, salvo en belleza, no te pareces en nada a ella. No eres Caroline, y no pretendo que seas ella. Es a ti a quien quiero. Tú eres quien me quita el sueño por las noches porque te anhelo, quien me exaspera y me hace gritar, quien me ha devuelto a la vida. Era un desecho cuando viniste aquí. Estaba ahogándome en mi desgracia, incapaz de salir de la ciénaga en la que había caído. Entonces, llegaste tú y trajiste la luz a esta casa. A mi vida. Ya sé que hablo como un mequetrefe enamorado, pero es así como me haces sentir.

La miró a los ojos con intensidad.

-Sí, quería a Caroline, y todavía la quiero, en cierto sentido. Pero eso no significa que a ti no te ame. Te amo de una forma muy distinta. Caroline era una mujer hermosa y yo un petimetre. Me enamoré locamente de ella. Pensé que era la perfección hecha mujer, pero la triste verdad era que ni siquiera la conocía. Pensé que nos queríamos, pero ella nunca estuvo enamorada de mí. Al final, estaba desesperada por dejarme. Yo no quería renunciar a la imagen idílica que tenía de ella. Eso era lo que intentaba conservar, no a Caroline. Mi sueño de ella y de mi hija. No era real.

Sujetó a Jessica por los hombros y la atrajo hacia él para besarla largamente. Cuando por fin se apartó, ella estaba sin aliento.

-Esto es real, tú eres real. Te conozco. No tengo que preguntarme si eres como creo que eres, tú me dirás exactamente lo que piensas y lo que te parece mal de mí.

Jessica no pudo evitar reír.

-Pensaba que me aborrecías por eso.

-Cierto, y por eso también te amo con locura. Jessica, pon fin a este tormento. Dime que te casarás conmigo -se interrumpió y la miró con leve incertidumbre-. ¿Es que... no me quieres?

-¡No! -exclamó Jessica, y le rodeó el cuello con los brazos-. Claro que te quiero. ¡Te quiero tanto que estaba dispuesta a ser tu amante!

-Prefiero que seas mi esposa -le dijo Richard.

-Entonces, sí. Me casaré contigo. Solo espero que no lo lamentes.

-Nunca lo lamentaré -respondió Richard, y selló el compromiso con otro beso.

19

UNA vez vestida para la cena, Jessica se miró una vez más en el espejo, presa de una duda momentánea. No sabía si sería capaz de comportarse como una duquesa. Quizá Rachel se apiadara de ella y la aconsejara.

Sonrió un poco para sí. Todavía estaba vibrando de ilusión.

Se acercó a la cómoda y contempló la caja de taracea que le había dejado el general. ¿Qué podía haber interesado tanto a lord Kestwick?

En aquel momento, alguien llamó a su puerta.

-Adelante -dijo.

La puerta se abrió y Richard apareció en el umbral, elegantemente vestido.

-Te estaba buscando para acompañarte al comedor. ¿Qué haces?

-Mirar la caja de taracea, preguntarme por qué lord Kestwick estaba tan obsesionado con ella.

-¿Y has llegado a alguna conclusión?

-No -Jessica abrió la tapa, y Richard se acercó para estudiar el contenido-. Salvo, quizá, por este relicario -metió la mano y extrajo el relicario que escondía un mechón de pelo rubio-. Debió de pertenecer a la madre de lord Kestwick. El general estuvo enamorado de ella toda su vida, ¿sabes? Me lo dijo antes de morir... salvo que, por aquel entonces, no sabía que se trataba de lady Kestwick.

-Pero eso no es razón suficiente para que Kestwick fuera por ahí matando a gente; ni siquiera para que urdiera tantas estratagemas para hacerse con la caja -arguyó Richard-. Nadie sabría de quién era el mechón.

Jessica fue vaciando el estuche y depositando el contenido sobre la cómoda, diciendo:

-Puede que haya algo más aquí dentro, algo que no podemos ver.

-¿Un doble fondo? -preguntó Richard, y deslizó una uña por el revestimiento de fieltro-. Parece más grande por fuera que por dentro -cerró la tapa y le dio la vuelta, buscando alguna juntura en la base. Al no encontrarla, la golpeó con los nudillos-. Suena a hueco.

-¿Buscas el compartimento secreto? -dijo una voz desde el umbral.

Richard y Jessica giraron en redondo, perplejos. Gabriela estaba de pie junto a la puerta, observándolos.

-¿Hay un compartimento secreto? -preguntó Richard.

-Sí, el general me lo enseñó una vez. Es muy ingenioso.

-Es evidente que deberíamos haber dejado que Gabriela asistiera a la reunión -comentó Richard con pesar.

-Cierto -corroboró Gabriela, y se acercó a ellos-. ¿Por qué?

-Esta caja contiene algo importante. Es una de las razones por las que lord Kestwick intentó... matarme.

-¿Pensaba que el general ocultaba algo en este estuche? -preguntó Gabriela, atónita-. ¿El qué?

-Es lo que estamos tratando de averiguar.

-¿Veis? Esta incrustación de madera se mueve -Gabriela apretó una pieza de la taracea, que se levantó y dejó al descubierto una minúscula palanca-. Y ahora...

Gabriela tiró de la palanca y se abrió un cajón secreto de la base del estuche. En su interior había dos atados de papeles. Uno estaba dirigido a Jessica con la letra trémula del anciano general, el otro al general, también en una letra que Jessica reconocía.

-Mi padre... -susurró-. Es la letra de mi padre. Metió la mano en el cajón y extrajo los atados. Los dos estaban sellados, el de su padre con su sello, que estaba roto, así como otro, intacto, de lacre con el sello estampado del general.

Con dedos trémulos, Jessica rompió el sello de los papeles de su padre y deshizo el atado. La primera hoja era un documento de aspecto oficial, con el sello de la armada y con fecha de hacía diez años.

-Caramba, data de pocos días antes de la muerte de mi padre. ¿Qué será?

Richard, que estaba mirando la hoja por encima del hombro de Jessica, dijo: .

-No estoy seguro. Parece que tiene algo que ver con la guerra, los movimientos de la flota, el ejército y las armas, un asunto bastante secreto. ¡Espera! -alargó el brazo y le arrebató el papel-. Mira -señaló el nombre escrito con letra sinuosa al pie de la página-. ¡Lord Kestwick!

-¿Su padre? -preguntó Jessica-. ¿El padre del actual Kestwick?

-Sí. Ocupaba un cargo importante en el gobierno. Esto parece un documento oficial que debía mantenerse en secreto. ¿Cómo llegó a parar a manos de tu padre?

Jessica todavía tenía otra hoja en la mano. Era una carta escrita por su padre.

-Mira, esto lo explica todo. Es una carta de mi padre dirigida al general. Al parecer, se la envió con el documento -leyó la carta.

Como puede ver, los secretos están filtrándose desde el despacho de Kestwick. Creo que él no sabe nada, pero se lleva muchos documentos a su casa para revisarlos y los guarda en una caja fuerte, creyendo que están a buen recaudo. Es su hijo el traidor. Ha estado robándoselos a su padre y vendiéndose los al enemigo. He conseguido infiltrarme y es así como he conseguido esta prueba. Se reúne con los agentes franceses en la casa de una cortesana llamada Marie MacDonald.

-¡Por eso mató a la señora Woods! -exclamó Richard-. Ella conocía sus actividades y, al encontrarlo aquí, decidió chantajearlo. Así que Kestwick la mató.

Jessica asintió mientras seguía leyendo.

-«Es un lugar frecuentado por jóvenes oficiales y otros caballeros. He completado mi operación y espero ansiosamente a que me devuelvan mi graduación y a quedar libre de toda sospecha» -Jessica alzó el rostro, con lágrimas en los ojos-. Esto era lo que buscaba Kestwick, pruebas de que había sido un traidor durante la guerra.

Richard asintió.

-No me extraña que Kestwick estuviera tan desesperado por hacerse con la caja. Esto habría sido su ruina.

-Fue la ruina de mi padre -dijo Jessica.

-Ay, amor mío -Richard la envolvió con sus brazos-. Lo siento mucho. Fue por esto por lo que expulsaron a tu padre del ejército, ¿verdad? No era más que una treta para que pudiera infiltrarse en el grupo de traidores.

-Sí, claro. Debí imaginarlo. Por eso mi padre se negaba a contarme la verdad. Era alto secreto.

Gabriela contemplaba el abrazo de su tutor y de su institutriz con interés, pero fue el antiguo escándalo lo que mencionó al hablar.

-Pero ¿qué pasó? ¿Por qué no se llegó a saber la verdad?

-El general estaba al corriente -dijo Jessica con amargura-. Kestwick debió de descubrir y matar a mi padre... o tuvo la mala fortuna de verse envuelto en una pelea mientras interpretaba esta farsa de haber caído en desgracia. Pero es evidente que el general Streathern recibió esta carta, ya que estaba en su poder.

-Entonces, ¿el abuelo lo sabía y no dijo nada? - preguntó Gabriela con preocupación.

-Eso me temo -dijo Richard-. Aunque no entiendo por qué.

-Yo sé por qué -afirmó Jessica en tono lúgubre-. Porque amaba a la madre de Kestwick, ¿recuerdas?

Abrió la otra misiva, la que iba a dirigida a ella, y empezó a leer en voz alta:

Querida Jessica:

A estas alturas ya debes de odiarme. Tienes todo el derecho del mundo. No solo he guardado esto en secreto durante todos estos años, sino que fui yo quien envió a tu padre a su muerte. Por favor, créeme cuando te digo que no fue mi intención. De haber sabido quién era el traidor, no habría puesto en marcha la investigación. Thomas era mi subordinado más inteligente y brillante, y confiaba plenamente en él. Cuando se hizo necesario averiguar quién estaba filtrando secretos a Bonaparte, supe que él lo haría mejor que nadie. Por esa razón, fingimos que había sido expulsado del ejército bajo una nube de sospecha, para que pudiera llevar a cabo la operación. Como puedes ver en este documento, lo logró. Desenmascaró al traidor. Recibí esta carta poco después de su muerte.

Te hablé del amor que le había profesado a una mujer toda mi vida. Era lady Kestwick, la madre del traidor a quien Thomas descubrió. Cuando recibí la carta de tu padre, que había muerto en aquella trifulca en la taberna, y vi a quién había atrapado, me vine abajo. Di vueltas al problema durante un tiempo y, al final, descubrí que era incapaz de condenar a la mujer que amaba a la existencia que la aguardaba si se hubiera sabido que su único hijo era un traidor. Hablé con lord Kestwick en privado y le enseñé el documento. Juntos abordamos a su hijo y lo obligamos a desarticular la operación so pena de descubrirlo. Su padre, por supuesto, dimitió de su cargo de inmediato.

Sé que ahora me culparás de lo ocurrido a tu padre y de la nube de escándalo que te ha envuelto durante los últimos diez años. Estás en tu derecho. Todo lo que he hecho por ti, que tú calificas de bondades, no ha sido más que un pobre intento de compensarte por el mal que os hice a ti ya tu padre. Te profeso un sincero afecto, y me ha causado un amargo dolor ver cómo tenías que trabajar para abrirte camino en el mundo. Siempre que me dabas las gracias era como sal para mi herida. Pero no podía soportar la idea de confesártelo y ganarme tu enemistad. Así que he escogido la vía fácil y te he dejado estos documentos, que demostrarán que tu padre fue agraviado y que el presente lord Kestwick es un traidor. Destruirá mi nombre, también, pero es justo lo que merezco.

Te pido perdón y rezo para que algún día recuerdes el cariño que te he profesado. Has sido

como una nieta para mí.

-Pero ¿cómo pudo hacer eso el abuelo? -preguntó Gabriela en tono lastimero-. ¡Qué crueldad! -miró a Jessica con temor-. Ahora me odiará, señorita Jessie.

-¡No! Por supuesto que no te odio. Ni se te ocurra. Te quiero muchísimo. Lo que tu tío abuelo hiciera o dejara de hacer no podría influir en el cariño que te profeso -Jessica abrazó a la adolescente-. Y aunque me apena profundamente que el general no limpiara el nombre de mi padre, soy incapaz de odiarlo. Sé perfectamente de lo que uno es capaz de hacer por amor, incluso cosas que están mal.

Lanzó una mirada a Richard al pronunciar aquellas palabras. Había anhelado tanto sus caricias, su compañía, que había estado dispuesta a echar a perder su reputación y a vivir en pecado con él.

Jessica vio que Gabriela seguía con interés la mirada que le había dirigido a Richard, y dijo:

-Y ahora, ¿quieres saber algo que no sabe nadie más?

-Por supuesto -Gabriela se animó. Fue Richard quien contestó.

-La señorita Maitland dejará de ser tu institutriz.

-¿Qué? -exclamó, horrorizada-. ¡Pero eso no es una buena noticia!

-La buena noticia es que será la mujer de tu tutor. Gabriela se quedó boquiabierta, y se volvió hacia Jessica.

-¿De verdad? ¡Señorita Jessie, me alegro tanto...! -rodeó a Jessica con los brazos y la estrechó con entusiasmo. De pronto, se apartó y miró a Richard-. ¿Significa eso que no va a ceder mi tutela a lady Westhampton?

-Así es. Rachel se entristecerá mucho, pero le diré que deberá contentarse con ser tu tía.

-¡Gracias! -exclamó Gabriela con ojos centelleantes-. Le prometo que no lo lamentará.

-No tengo la menor duda.

-¿Puedo decírselo a lady Westhampton? -preguntó, temblando de emoción.

-¿Que voy a ser tu tutor? Sí. En cuanto a lo demás, no, sigue siendo un secreto. Eres la primera en saberlo.

-Y querrá decírselo en persona. Lo entiendo. No diré una palabra, lo prometo -con otro abrazo impulsivo a Jessica y, después, como si no pudiera reprimirse, a Richard, Gabriela salió corriendo del dormitorio.

-No sé cuánto durará ese secreto -comentó Richard con una sonrisa.

-Dudo que se lo cuente a Rachel. Para Gabriela será una cuestión de honor. Pero no me extrañaría que Rachel adivinara por su júbilo que no se trata solamente de que vayas a ser su tutor.

-Les daremos la noticia a ella y a Michael en cuanto nos quedemos a solas con ellos. Y les contaremos lo que hemos descubierto. Tendrás que limpiar el nombre de tu padre; Michael sabrá cómo abordar la cuestión. Es un tipo sesudo.

-Richard... No sé si debo limpiar el nombre de mi padre.

-¿Qué?

-Piensa en Gabriela. La reputación del general quedará destruida por completo, más aún que la de mi padre. SÍ, me encantaría limpiar su nombre, pero han pasado diez años y mucha gente ya lo ha olvidado. Pero la reputación de Gabriela se resentirá, y hará su presentación en sociedad dentro de muy pocos años. Verá mermadas sus posibilidades... mientras que yo ya pasé por eso hace mucho

tiempo. Claro que sería mejor para tu familia -añadió al comprender que su matrimonio con ella escandalizaría menos a la nobleza.

-¡Al cuerno con mi familia! -exclamó Richard-. Tengo muy pocos parientes, salvo unos cuantos primos que se llevarán una gran decepción al ver que me vuelvo a casar. Ya te lo he dicho, soy libre de hacer lo que me apetezca, y me apetece casarme contigo, con escándalo o sin él. Pero quiero limpiar el nombre de tu padre. No mereces vivir, como él murió, bajo una nube de sospecha. Fue un hombre honorable, y cumplió con su deber. Seguramente murió sirviendo a su país. Quizá tú puedas perdonarle al general lo que hizo por lady Kestwick, pero yo no. Permitió que vivieras en la pobreza, que sufrieras el rechazo de la sociedad, que tuvieras que trabajar para vivir, y no te preocupes por Gabriela - sonrió-. Dentro de cuatro años, cuando se presente en sociedad con un duque por tutor y contigo y con Rachel como consejeras, por no hablar de la cuantiosa fortuna que le dejaron su padre y el general, tendré que apartar a sus pretendientes a patadas. No le pasará nada.

Jessica sonrió y se puso de puntillas para besar a Richard con suavidad en los labios.

-Te quiero.

-Y yo a ti -la besó en la frente; después, le acarició el pelo con la mejilla-. ¿Sabes? Todavía quedan unos minutos para la cena, y Rachel estará ocupada escuchando a Gabriela.

-Cierto -corroboró Jessica, e inclinó el cuello hacia un lado para permitirle acceso-. ¿Se le ocurre alguna manera de matar el tiempo, Su Excelencia?

-Ya lo creo, señorita Maitland -río Richard-. Ya lo creo. .

Cerró la puerta con llave, levantó a Jessica en brazos y la llevó a la cama. En aquella ocasión, hicieron el amor despacio, con suavidad. Fue una cómoda exploración con manos, lenguas y labios que fue creciendo poco a poco en intensidad, hasta alcanzar el estallido final de la pasión. Y, cuando volvió a la realidad, todavía con el corazón desbocado y el cuerpo empapado en sudor, Jessica supo, presa de una felicidad sin límites, que por fin había encontrado el amor. Suspiró.

-Ojalá Rachel y Michael pudieran ser tan felices como yo.

-Bueno -comentó Richard-. Tú me has cambiado la vida. Quizá ahora puedas empezar a cambiar la de Rachel.

Jessica sonrió débilmente.

-No. La felicidad es algo que cada uno ha de encontrar por sí mismo.

-En ese caso... -Richard la atrajo de nuevo a sus brazos con intención de besarla-. Me alegro de que me hayas encontrado a mí.

-Que nos hayamos encontrado el uno al otro -puntualizó Jessica, y le rodeó el cuello con los brazos para recibir el beso.